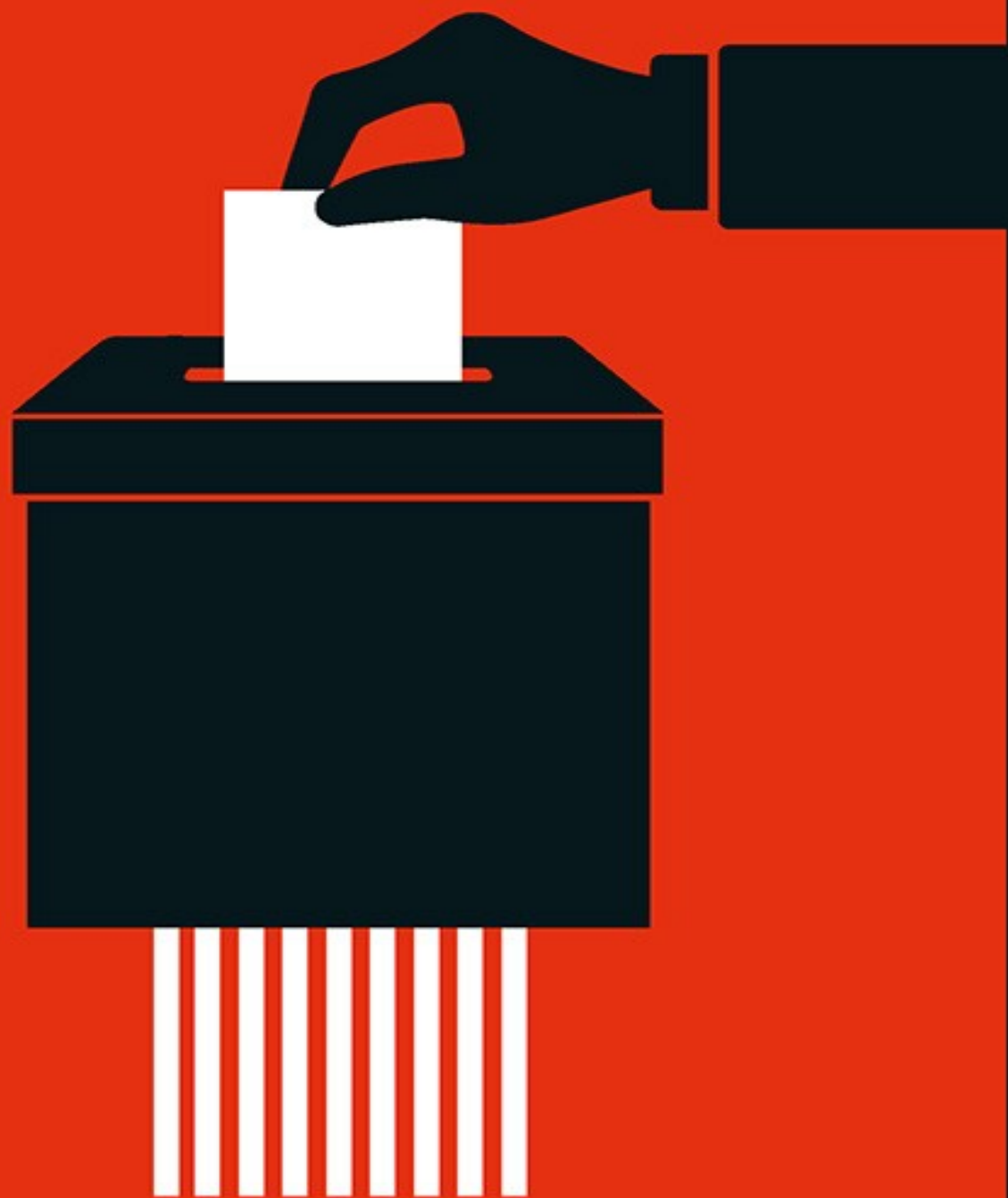


Susan C. Stokes

# Los regresores

Líderes que erosionan  
sus propias democracias



Galaxia Gutenberg



**Susan C. Stokes** es catedrática de Ciencias Políticas en la Universidad de Chicago, donde dirige el Chicago Center on Democracy. Es una de las fundadoras de la organización Bright Line Watch, un trabajo colaborativo entre varias universidades, que analiza la situación de las democracias. Ha publicado numerosos libros, entre los que se incluyen *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise in Latin America* y, junto con Thad Dunning, Marcelo

Nazareno y Valeria Brusco, *Brokers, Voters, and Clientelism: The Puzzle of Distributive Politics*.

La democracia sufre una oleada de erosión por todo el mundo. Desde principios del siglo XXI, una veintena de líderes electos ha atacado las instituciones democráticas de sus países, violado las normas políticas, ampliado sus propios poderes, y a menudo ha tratado de mantenerse en el cargo más allá de su mandato.

*Los regresores* ofrece la primera explicación general de esta oleada. Partiendo de una abundante investigación original, Susan C. Stokes muestra que el aumento de la desigualdad salarial y la herencia del periodo de globalización de finales del siglo XX dejó a algunos países en una posición especialmente susceptible al proceso de involución hacia una autocracia. Los segmentos del electorado que quedaron atrás viraron hacia líderes etnonacionalistas de derechas en países como Estados Unidos, la India y Brasil, y hacia líderes populistas de izquierdas en países como Venezuela, México y Sudáfrica.

A diferencia de los jefes militares, que eliminan las democracias abruptamente mediante golpes de Estado, los líderes electos que las erosionan de forma gradual deben mantener cierto grado de apoyo social. Y lo consiguen con el fomento de la polarización entre la ciudadanía y un lenguaje basura dirigido contra sus democracias, afirmando que las instituciones que atacan son corruptas e incompetentes, y que deben ser desmanteladas y sustituidas por otras que estén bajo el control del poder ejecutivo. *Los regresores* describe cómo frenar la erosión democrática desde el periodismo, la judicatura, las ONG y la oposición, y cómo, desde el electorado, podemos lograrlo a través del compromiso político y el poder de las urnas.

Título de la edición original: *The Backsliders. Why Leaders Undermine their own Democracies*  
Traducción del inglés: Teresa Bailach Arrate

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© Princeton University Press, 2025  
© de la traducción: Teresa Bailach Arrate, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026  
Imagen de portada: © Estudio Pep Carrió, 2026

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 979-13-88236-19-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mi hermana, Elizabeth Stokes Çakır,  
que, durante toda nuestra vida, ha iluminado  
mi camino con su sabiduría y su intelecto.  
Soy muy afortunada de contar  
con su amor y su amistad.*

# Índice

[Listado de figuras](#)

[Listado de tablas](#)

[Prefacio y agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[1. ¿Qué es la erosión democrática?](#)

[¿Qué quieren los regresores?](#)

[¿Qué hacen los regresores?](#)

[Manual de estrategia](#)

[Parte I. CONTEXTOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS](#)

[2. ¿Qué hay detrás de la oleada de erosión democrática?](#)

[La estadística al servicio del estudio de la democracia](#)

[Las causas de la erosión](#)

[Contagio](#)

[Un apunte sobre el entorno cambiante de los medios de comunicación y la erosión democrática](#)

[3. La derecha etnonacionalista](#)

[Un nuevo espacio político para la derecha etnonacionalista](#)

[La erosión democrática en una democracia rica: Estados Unidos](#)

[Desarrollos sociales y cambio de partido en Estados Unidos](#)

[Debilitamiento institucional sin erosión completa: el Reino Unido](#)

[Desarrollos sociales y cambio de partido en el Reino Unido](#)

[Etnonacionalismo sin erosión: Suecia](#)

[4. Los populistas de izquierdas](#)

[Los populismos regresores de izquierda en Latinoamérica](#)

[La política electoral latinoamericana en el cambio de siglo](#)

[La democracia libre de erosión bajo la izquierda en Latinoamérica](#)

[La democracia libre de erosión y la izquierda en Argentina](#)

[Parte II. LOS REGRESORES Y EL ELECTORADO](#)

[5. Polarización y lenguaje basura: la teoría](#)

[El apoyo de la ciudadanía a la democracia](#)

[Los regresores y la polarización partidista](#)

[Las trampas de la polarización](#)

[Más allá de la polarización: el lenguaje basura](#)

[¿Cuándo polarizar y cuándo emplear el lenguaje basura?](#)

#### [6. Polarización y lenguaje basura: la evidencia](#)

[¿Cómo influye en el electorado el lenguaje basura contra la democracia?](#)

[Encuesta en Turquía](#)

[Encuesta en México](#)

#### [7. La base psicológica del respaldo a los regresores](#)

[¿Por qué la gente se cree cosas absurdas sobre la política?](#)

[El bayesianismo y las convicciones](#)

[Percepciones acerca del fraude electoral en Estados Unidos](#)

[El sesgo cognitivo](#)

[Las emociones y la regresión](#)

[Las emociones y el lenguaje basura contra la democracia](#)

### [Parte III. RESISTENCIA Y REPARACIÓN](#)

#### [8. Estrategias para detener \(y revertir\) la erosión](#)

[Un avance de las estrategias prácticas](#)

[Las políticas que reducen la desigualdad también refuerzan la democracia](#)

[¿Jugar sucio o no jugar sucio?](#)

[Partidarios del régimen y profesionales](#)

[La resistencia desde el electorado](#)

[Cómo despolarizar](#)

[Cómo rebatir el lenguaje basura y contrarrestar el nihilismo](#)

[Referencias bibliográficas](#)

[Notas](#)

## Listado de figuras

- [1.1.](#) Casos de erosión, 1998-2022
- [2.1.](#) Desigualdad y probabilidad de erosión
- [3.1.](#) Porcentaje de apoyo a los partidos de izquierda en Europa por parte del electorado de clase obrera y de clase media, 1980-2010
- [3.2.](#) Coeficientes de Gini en las rentas después de impuestos (disponible) y en las rentas de mercado, Estados Unidos, Reino Unido y Suecia, 1980-2020
- [3.3.](#) Tres dimensiones del posicionamiento de los partidos en las democracias avanzadas
- [3.4.](#) Polarización afectiva de los partidos en el electorado estadounidense, británico y sueco
- [3.5.](#) Tres dimensiones del posicionamiento de los partidos en Estados Unidos
- [3.6.](#) Cómo debatieron Donald Trump y Bernie Sanders acerca de las élites económicas y las minorías etnorraciales (2016)
- [3.7.](#) Tres dimensiones del posicionamiento de los partidos en el Reino Unido
- [3.8.](#) Aprobación y desaprobación de Boris Johnson por parte del electorado conservador y de Donald Trump por parte del electorado republicano durante el último año en el cargo de cada líder
- [3.9.](#) Reparto del voto entre los partidos políticos en las elecciones nacionales suecas
- [3.10.](#) Posicionamiento del Partido Moderado, el Socialdemócrata y Demócratas de Suecia en las tres dimensiones
- [4.1.](#) Posicionamiento de los partidos de izquierda y de derecha (agrupamientos ideológicos) en Latinoamérica
- [4.2.](#) Coeficientes de Gini en democracias en proceso de erosión y libres de erosión
- [5.1.](#) Polarización ideológica en las democracias en proceso de erosión y libres de erosión
- [5.2.](#) Porcentaje que opina que el presidente Biden debería ser procesado
- [6.1.](#) Afirmaciones de lenguaje basura, polarizantes y mixtas por parte del presidente de México, Andrés Manuel López Obrador
- [6.2.](#) Afirmaciones de lenguaje basura, polarizadas y mixtas por parte de Hugo Chávez
- [6.3.](#) Tuits de lenguaje basura, polarizantes y mixtos por parte de Donald Trump
- [6.4.](#) Lenguaje basura contra los Gobiernos municipales por parte de Recep Tayyip Erdoğan
- [6.5.](#) Lenguaje basura y las opiniones de los mexicanos acerca de las instituciones democráticas, por partido de la persona encuestada

- [6.6.](#) Comparativa de la persuasión de los mensajes polarizantes y los mensajes institucionales/lenguaje basura en tres democracias en proceso de regresión
- [7.1.](#) Porcentaje que cree que Biden ganó las elecciones en el 2020, por partido
- [7.2.](#) Respaldo a la Gran Mentira: ¿Evidencia o sospecha?
- [7.3.](#) Porcentaje de republicanos y partidarios de Trump que opinan que Biden ganó en las elecciones del 2020, por nivel de estudios (con y sin titulación universitaria)
- [7.4.](#) Afección de los candidatos a la presidencia de Estados Unidos en el debate sobre los grupos objetivos
- [8.1.](#) Conceptualización de la competencia y la lealtad entre los profesionales del sector público
- [8.2.](#) Rendimiento medio de las políticas de Covid-19 en las Américas, en proceso de erosión y libres de erosión, entre marzo del 2020 y marzo del 2022
- [8.3.](#) Impacto de la información sobre las auditorías en el condado de Maricopa, Arizona, sobre la confianza en las elecciones de Estados Unidos

## Listado de tablas

[1.1.](#) Manual de estrategia. Objetivos, estrategias, ejemplos

[4.1.](#) Ideología e impactos institucionales de una selección de presidentes latinoamericanos

## Prefacio y agradecimientos

Mi primer empleo como docente fue en la Universidad de Washington, a finales de los años ochenta. Por aquel entonces, había un personaje habitual en el campus, un caballero marchito al que a menudo se lo veía paseándose por el amplio patio exterior del edificio de la Asociación de Estudiantes. Lloviera o hiciera sol, ahí estaba (y, como era Seattle, sobre todo llovía). Solía llevar unas grandes pancartas con diversos mensajes políticos, y uno de ellos rezaba: «Llegará el fin del Muro de Berlín». A mí aquel mensaje me parecía más cargado de rima que de realismo, y mi preocupación iba dirigida principalmente a que el hombre no se resbalara en el patio mojado por la lluvia.

Y entonces, un día de principios de noviembre de 1989, resultó que aquel hombre tenía razón.

Para cualquiera que piense que los seres humanos no deberían tener que soportar vivir bajo una dictadura, aquel acontecimiento fue una grata sorpresa. Y se sumó a otros acontecimientos similares. Sólo un año antes, una tarde de principios de octubre de 1988, el mundo se enteró de que la mayoría de los chilenos habían votado «No» a que el general Augusto Pinochet continuara en el poder durante ocho años más. En Chile iba a tener lugar algún tipo de transición a la democracia: se había colocado la última gran pieza del rompecabezas y Latinoamérica se convertía en un continente mayoritariamente democrático.

Pero últimamente los vientos de la política soplan en la otra dirección, y las sorpresas ahora resultan ser, más a menudo, golpes de mala fortuna. Más de tres décadas después, los jóvenes adultos hoy heredan democracias que parecen estar desintegrándose. Una breve muestra de este triste panorama incluye países con tribunales, antes independientes, convertidos ahora en

armas virtuales del Gobierno o en instituciones que corren el riesgo de perder su independencia. Este escenario incluye países con unos medios de comunicación perseguidos, censurados o cerrados por líderes electos, y con presidentes que afirman con falsedad que las elecciones son fraudulentas y que fomentan levantamientos contra un traspaso pacífico del poder.

La lista, como veremos en el capítulo 1, es larga.

Por supuesto, la democracia, en el mejor de los casos, es susceptible de contener muchos defectos. Es posible que la participación ciudadana sea anémica: la de los ciudadanos marginados a menudo queda excluida o se desalienta. También es posible que los intereses de los más pudientes impidan que los legisladores representen a todos los electores. Que los funcionarios sean incompetentes o corruptos. Que las campañas electorales a veces agraven las tensiones sociales sin arrojar luz sobre los importantes desafíos que enfrenta la sociedad. La lista de defectos de las democracias es, también, muy larga. Pero, en los últimos años, hemos sido testigos de un creciente número de presidentes y primeros ministros decididos a ampliar sus propios poderes y a sabotear sus instituciones políticas, en algunos casos hasta el punto de que el sistema en el que operan deja de ser una democracia. ¿Por qué la democracia está virando hacia el autoritarismo en muchos países? ¿Cómo se puede revertir esta tendencia? Estas son las preguntas clave a las que pretendo dar respuesta en este libro.

\* \* \*

La investigación es un esfuerzo comunitario. Mis reflexiones acerca de las amenazas a las que se enfrenta actualmente la democracia han ido adquiriendo forma gracias a una comunidad de académicos que han producido un extraordinario caudal de investigación. Estos colegas son, entre otros, Nancy Bermeo, Steven Levitsky, Daniel Ziblatt, Milan Svolik, Ellen Lust, David Waldner, Adam Przeworski, Stephan Haggard, Robert Kaufman, Tom Ginsburg, Aziz Huq, Jennifer McCoy, Murat Somer, Melis Laebens, Zhaotian Luo, Javier Corrales, Jamie Druckman, Ozan Varol, Pippa Norris, Kim Lane-Scheppele, Kenneth Roberts, Yascha Mounk, Kurt Weyland, Jan-Werner Müller, Gretchen Helmke, John Carey, Brendan

Nyhan, Julio Ríos Figueroa, Scott Mainwaring, Laura Gamboa, Monika Nalepa, Larry Bartels, Robert C. Lieberman y Suzanne Mettler.

He realizado mi investigación en el Chicago Center on Democracy (CCD), que tengo el honor de dirigir. Este centro cuenta con el respaldo de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago, que, bajo el liderazgo de su decana, Amanda Woodward, ha apoyado nuestro trabajo con generosidad. El director de operaciones del CCD, Kevin Kromash, ha desarrollado una labor crucial en la coordinación de nuestra investigación, con un asesoramiento inestimable. Hago extensible mi agradecimiento también a Laura Sandino, del personal del CCD, por su experta ayuda con la investigación y por su colaboración en general.

El profesorado vinculado al CCD ha alimentado un estimulante debate y ha tenido la amabilidad de leer mi trabajo y ofrecerme su *feedback* para este proyecto: Michael Albertus, Cliff Ando, María Angélica Bautista, Elisabeth Clemens, Ciara Cordelli, Jane Dailey, Marco Garrido, Tom Ginsburg, Andreas Glaeser, Aziz Huq, Demetra Kasimis, Matthew Landauer, Zhaotian Luo, Luis Martínez, John McCormick, Monika Nalepa, Shmulik Nili, James Sparrow, James Wilson y Scott Gehlbach. Mi colega y cómplice en Chicago, Will Howell, es una fuente de inspiración como académico y como crítico constructivo de la democracia estadounidense. Lisa Wedeen me ha enseñado mucho sobre política y sociedad a lo largo de los años: le agradezco su sabiduría, erudición y amistad. En Chicago, conté también con la excelente ayuda de Guankun Li para mi investigación.

Este libro se nutre del trabajo realizado por Bright Line Watch, un consorcio que rastrea las valoraciones, tanto de expertos como del público, con respecto a la democracia estadounidense. John Carey, Gretchen Helmke, Brendan Nyhan, Mitchell Sanders y yo misma fundamos Bright Line Watch en el 2017. Nuestro equipo ha contado con el gran talento de varios jóvenes académicos: Annie Chen, Yibing Du, Germán Feierherd, Shun Yamaya, Olivier Bergeron-Boutin y Katie Clayton. Katie ha aportado, además, lúcidas observaciones en varias partes de este proyecto. Bright Line Watch ha contado con la generosa financiación de la Hewlett Foundation y el Democracy Fund.

He tenido el gran privilegio de contar con la colaboración de mis colegas en el Tecnológico de Monterrey, en Monterrey, México. Doy las gracias a Brett Bessen, así como a mis amigos y colegas de Ciencias Políticas, el decano Gabriel Aguilera López y el vicepresidente Alejandro Poiré, por su *feedback* y su orientación.

Un equipo de estudiantes de posgrado y doctorados recientes de Yale y Chicago ha enriquecido este proyecto, entre los que se incluyen Melis Laebens (ahora en la Universidad Central Europea), Andrés Uribe (ahora en la Universidad de Wisconsin, Madison), Shahana Sheikh (ahora en la Universidad de Pensilvania) e Ipek Çınar y Lautaro Cella (Universidad de Chicago).

Erdem Aytaç, de la Universidad Koç, en Estambul, ha sido un fiel colaborador, asesor y amigo durante muchos años. Su ayuda con los sondeos turcos que se citan en este libro resultó crucial.

Doy las gracias a Bo Rothstein y a Carl Wennerlind por sus lecciones acerca de la política sueca, a Carlos Dada por sus enseñanzas sobre la política salvadoreña y a Natália Bueno por sus conocimientos acerca de la política brasileña.

He presentado partes de este libro en muchas universidades y congresos. No es posible nombrar aquí a todos los participantes. Pero todas y cada una de las presentaciones, junto con los comentarios y críticas que suscitaron, han mejorado este estudio. Quedo especialmente agradecida a Giovanni Capoccia y a Isabela Mares, que convocaron una serie de conferencias en la Universidad de Oxford, en Yale y en la American Political Science Association, y a los colegas que participaron en estos talleres, incluidos Robert Lieberman, David Bateman, Melis Laebens, Filip Milačić y Desmond King. Doy las gracias, asimismo, a Andrea Olsner y a Germán Feierherd por organizar una serie de conferencias durante una semana en la Universidad de San Andrés, en Buenos Aires, que me brindó la maravillosa oportunidad de testear estas ideas ante un público sudamericano.

Los tres talleres que se dedicaron al libro me aportaron un valioso *feedback* sobre el manuscrito completo por parte de varios grupos de académicos distinguidos. Uno de ellos tuvo lugar con el Democracy

Reading Group, formado por Sheri Berman, Anna Grzymala-Busse, Didi Kuo, Noam Lupu y Dan Slater. Otro, financiado por el Center for International Social Science Research (CISSR) de Chicago, contó con la participación de Cathy Cohen, Tom Ginsburg, Peter Hall, Aziz Huq, Zhaotian Luo, Adam Przeworski, Milan Svolik y James Wilson, así como la de los extraordinarios doctorandos de la Universidad de Chicago, Lautaro Cella e Ipek Çınar. Una tercera conferencia sobre el libro se celebró en el Nuffield College, de la Universidad de Oxford, con la participación de Viviana Baraybar-Hidalgo, David Doyle, Andy Eggers, Jane Gingrich, Ezequiel Gonzalez, Desmond King y David Rueda. Sus impresiones me llevaron a realizar muchos cambios: a todos ellos les envió mi profundo agradecimiento.

Tres de mis colegas y amigos –Eli Rau, Luis Schiumerini y Frank Trentmann– leyeron el manuscrito entero casi en la última fase, y me hicieron sugerencias útiles y detalladas, me salvaron de algunos errores y contribuyeron a hacer que el libro final fuera mucho mejor.

En Princeton University Press, quedo profundamente agradecida a Bridget Flannery-McCoy por su apoyo al proyecto, y por su asesoramiento y ayuda a la hora de pulirlo y hacerlo más accesible –¡eso espero!– para un público no académico. Hago extensible mi agradecimiento, asimismo, a Eric Crahan, por su ayuda con este proyecto, y a Alena Chekanov y a Nathan Carr, por su ayuda y orientación. Jamie Druckman y Anna Grzymala-Busse revisaron el manuscrito para Princeton. Su trabajo no podría haber resultado más útil y riguroso: tengo una gran deuda con ambos.

Mi trabajo también ha contado con el apoyo del Democratic Erosion Consortium, una asociación en la que colaboran profesores universitarios, investigadores y estudiantes. Desde el 2017, el consorcio ha coordinado un curso acerca de la erosión de la democracia, que actualmente se enseña en sesenta universidades, y se ha nutrido, asimismo, del trabajo de los estudiantes para construir la base de datos Democratic Erosion Event Database, un tesoro para todos los que realizamos nuestra investigación en

este campo. Doy las gracias a Rob Blair, Jessica Gottlieb, Hannah Baron y otros colegas que están implicados en este consorcio.

Se suele decir «no podría haber escrito este libro sin», y a continuación se añade el nombre de alguien que haya aportado algo útil. Pero, literalmente, no podría haberlo escrito sin la colaboración constante de Eli Rau. Hace algunos años, Eli era un estudiante de doctorado en la Universidad de Yale. En aquel entonces, tal vez le enseñara yo algunas cosas. Pero, de manera sostenida, a lo largo de los años, las tornas se han vuelto y a estas alturas ya no tengo tan claro quién es el mentor y quién el aprendiz. Hemos trabajado juntos en las ideas en las que se basa este estudio, así como en el trabajo empírico. Eli, además, ha realizado todos los gráficos que ilustran este libro.

Varias instituciones han aportado su ayuda a través de becas que facilitaron, en gran medida, que pudiera completar este libro. Entre el 2021 y el 2023, tuve el honor de recibir el apoyo del Andrew Carnegie Fellows Program. Tuve también el privilegio de ocupar el cargo de Kluge Chair in Countries and Cultures of the South, en la Biblioteca del Congreso, a mediados del 2024. Estoy muy agradecida al director del Kluge Center, Kevin Butterfield; al director del programa, Dan Turello, y al resto del personal del Kluge. En Chicago, el Center for International Social Science Research ayudó con la investigación de los sondeos y con una conferencia para el libro. Quedo agradecida al CISSR y a su alentadora directora, Jenny Trinitapoli.

Por supuesto, mi mayor agradecimiento se lo debo a mi familia. Mi marido, el historiador Steve Pincus, ha sido no sólo un apoyo a lo largo de todo el proceso, sino también paradigma del académico que produce estudios rigurosos y emocionantes que guardan una gran relevancia para el mundo actual, aunque se centre en la Europa de los siglos XVII y XVIII. Mi familia política, Gail Pincus, Michelle Pincus y Phil Pincus, comparte una brillante obsesión por la política y grandes valores. Mis hijos, Sam Deustua, David Pincus y Andy Pincus, son unos ávidos y perspicaces observadores de la política de nuestros días, aunque, como madre, sólo espero que no tengan que vivir toda su vida tiempos tan «interesantes» como los actuales.

Finalmente, dedico este libro a mi querida hermana mayor, Elizabeth Stokes Çakır, quien, durante toda nuestra vida, ha iluminado mi camino con su sabiduría y su intelecto. Soy muy afortunada de contar con su amor y su amistad.

## Introducción

Este libro habla acerca del debilitamiento de la democracia. Desde principios del siglo XXI, en una veintena larga de países en todo el mundo, varios presidentes y primeros ministros electos han ocupado sus cargos y han procedido a atacar sus propios sistemas democráticos. Han adoptado una postura hostil hacia las normas, los agentes democráticos y las instituciones. Los ataques verbales han ido acompañados de acciones destructivas contra esos mismos objetivos. Puede que uno de esos primeros ministros lance, tal vez, una diatriba contra los medios que vaya más allá de la típica queja acerca de un error en una cita o de unas informaciones sesgadas. O quizá cuestione, de manera implícita o explícita, el valor mismo de la prensa independiente. El lenguaje hostil ha ido acompañado de acciones hostiles: demandas judiciales contra periodistas, la adquisición de agencias de prensa independientes por parte de amigos ricos del líder, el establecimiento de organizaciones oficiales que rastrean a la prensa o la clausura de plataformas problemáticas.

Así ha sido, también, en el caso de otras instituciones. Un presidente declara que la judicatura es incompetente, corrupta y tendenciosa, y que, por todo ello, estaría justificado que abarrotara los tribunales con jueces ideológicamente afines. Las organizaciones de la sociedad civil son agentes de entidades extranjeras y se prohíbe su actividad si tienen conexiones internacionales. La Administración pública se rebautiza como «Estado profundo», los expertos del sector público son menospreciados y se cuestionan las leyes que protegen sus empleos. Aquellos líderes que están a punto de perder unas elecciones cuestionan la integridad de la Administración electoral, y si, en efecto, pierden, denuncian un fraude generalizado.

Esta deriva es preocupante y profundamente desconcertante. En épocas anteriores, la principal amenaza a la que se enfrentaba la democracia era un golpe de Estado militar, un peligro limitado a las nuevas democracias en los países pobres. Ahora nos enfrentamos a la posibilidad de que la democracia se corra desde dentro, y a que esto ocurra en varios sistemas ricos y aparentemente bien establecidos. Mientras que un golpe de Estado llegaba como una explosión repentina, imposible de esconder, esta regresión democrática ha tenido un cariz sigiloso, gradual, gota a gota, y por ello ha sido más difícil que la población se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que el proceso estaba ya muy avanzado.

La erosión democrática en nuestros días trae el eco de una época anterior. Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la democracia estuvo amenazada en toda Europa y cayó en algunos países. En efecto, la década de los años treinta nos ofrece una lección sobre cómo erigir una barrera de protección alrededor de las democracias contemporáneas.<sup>1</sup> El debilitamiento de la democracia hace casi un siglo fue un elemento precursor de la Segunda Guerra Mundial. Ahora que los agresores autocráticos vuelven a alterar la paz en nuestra propia época, esta historia es un recordatorio de lo que está en juego para la supervivencia y la salud de la democracia.

¿Por qué está debilitándose la democracia? Las explicaciones que ofrecen académicos y observadores por lo general se centran en las acciones o en la falta de acción de individuos particulares, como, por ejemplo, el fracaso de los líderes de los partidos políticos para erigir barreras que protejan de los líderes regresores. O se fijan en aquellos rasgos de las masas que las vuelven tolerantes a los ataques sobre las instituciones democráticas. De ahí que se centren en la intensa polarización ideológica del electorado, una característica que también analizaré.

Estas explicaciones son certeras e importantes. Pero no explican por qué el mundo está padeciendo una ola de erosión democrática *en este momento*, a partir del final del siglo XX y a lo largo de las primeras décadas del siglo XXI. Lo que ofrezco en este libro es justo esa explicación histórica, una respuesta a la pregunta «¿por qué ahora?».

Para comprender los acontecimientos que vivimos en estos días, tenemos que retrotraernos varias décadas atrás. Las raíces de esta erosión se encuentran en las últimas décadas del siglo XX. Tras la desregulación económica y la integración global de los mercados de bienes y de capital, la desigualdad salarial fue en aumento. La promesa en aquella época era que el crecimiento económico se extendería a través de las sociedades: la pleamar elevaría todos los barcos.

Pero no fue así. Para dar un ejemplo, en Estados Unidos el fuerte crecimiento económico que tuvo lugar entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el año 1980 se dio de manera equitativa entre los grupos de rentas baja, media y alta. A partir de 1980, el crecimiento salarial se estancó en el caso de las clases más bajas, fue mediocre para las clases medias y se disparó para las clases más altas. Y, al igual que en Estados Unidos, las democracias más avanzadas fueron testigos de un aumento de la brecha salarial.

En el sur global, las brechas salariales eran ya considerables en los años noventa, cuando los mercados fueron desregulados y se eliminaron las barreras al comercio y a la inversión. La globalización agrandó estas brechas.

En la primera parte de este libro, expongo los pasos que llevan de la desigualdad salarial a la erosión democrática. Trazo dos caminos separados que terminan en un mismo punto: con los líderes electos atacando sus propias instituciones democráticas. Uno de los caminos es a través del ascenso de los partidos etnonacionalistas de derechas y el otro, a través de los populismos de izquierdas. El desarrollo de las sociedades en décadas anteriores y la desigualdad en la era de la globalización provocaron cambios en los sistemas de partidos de las democracias avanzadas y en las nuevas democracias del mundo poscomunista. Estos cambios abrieron un espacio a los partidos etnonacionalistas de derechas, que en algunos casos obtuvieron poder y sabotearon sus sistemas democráticos. El cambio del sistema de partidos en el sur global significó no una apertura a nuevos partidos sino, sobre todo, la cristalización de unas fuerzas populistas de izquierdas con un enorme reclamo social. Estas transformaciones, a lo largo de varias

décadas, crearon el escenario para una erosión democrática en el primer cuarto del siglo XXI.

El economista del desarrollo Dani Rodrik vaticinó que la globalización y las crecientes brechas salariales serían el presagio de una deriva política nada saludable. Rodrik explicó que, en los países ricos, la globalización fomentaba la afluencia de mano de obra. En esos lugares, los políticos populistas basaban la movilización del electorado en unos clivajes culturales o identitarios. En los países en vías de desarrollo, la globalización implicaba una afluencia de bienes, finanzas e inversión procedentes del extranjero: en esos territorios, a los políticos les resultaba más fácil la movilización basada en las diferencias de clase y de renta. Por lo tanto, explica Rodrik:

Los «enemigos del pueblo» son diferentes en cada caso. Los populistas que enfatizan el clivaje identitario atacan a los extranjeros y las minorías, y eso da como resultado un populismo de derechas. Aquellos que ponen el foco en el clivaje salarial atacan a los ricos y a las grandes corporaciones, y eso produce un populismo de izquierdas.<sup>2</sup>

Hablen el idioma del etnonacionalismo o el idioma de la clase social, la movilización encuentra su fuerza motriz en una acentuada división «entre los ganadores y los perdedores de la exposición a la competición global».<sup>3</sup>

Pero la desregulación y la globalización no llevó a la erosión en todos los países. En los capítulos que siguen, explicaré qué elementos pusieron en especial peligro a ciertas democracias. A modo de avance, imaginemos un tren en el que viajen presidentes y primeros ministros. Puede que se bajen del tren antes de llegar al punto en que su democracia se erosione, o puede que sigan en el vagón. ¿Qué clase de perfil tiene el líder que se queda en el tren hasta las últimas consecuencias y qué tipo de sociedad suele gobernar esta clase de líder?

Los dirigentes de países en los que la brecha salarial y de riqueza es mayor tienen más probabilidades de ser de los que se quedan en el tren. También aquellos líderes que gobiernan sobre poblaciones extremadamente polarizadas ideológicamente, poblaciones que ven al partido opuesto como

una amenaza existencial. De modo similar, los presidentes y primeros ministros son más propensos a quedarse en el vagón si gobiernan sobre poblaciones que desconfían de las instituciones políticas y sociales: desde los partidos políticos tradicionales hasta la prensa y los tribunales. Una sociedad que tenga una mayor confianza en las instituciones será más propensa a usar sus votos para presionar al líder para que se baje del tren. Y otros líderes del partido, compañeros de los regresores y que tal vez tengan sus propias razones para querer verlos bajarse del tren, estarán más dispuestos a acompañarlos si el público no se muestra tan fascinado por los líderes polarizantes.

Las preferencias personales de los presidentes y primeros ministros también cuentan. Incluso los líderes de países polarizados, con altos índices de desigualdad y que desconfían de sus instituciones tal vez decidan bajarse del tren de manera voluntaria si están comprometidos con los ideales de la democracia liberal y respetan la Constitución y a las generaciones fundadoras de sus Estados. Mientras tanto, los presidentes y primeros ministros que no sientan como propios esos compromisos democráticos se quedarán alegremente en su vagón. Como también lo harán quienes vean el tren como un sitio inmejorable desde el que conspirar para robar de lo público y evitar ser procesados. Si piensan que al bajar del tren terminarán ante un tribunal para ser juzgados por sus fechorías, optarán por mantenerse en la seguridad de sus compartimentos.

Esta metáfora ferroviaria es, claro está, una simplificación. Para empezar, las características que mantienen a los líderes a bordo del tren no son completamente independientes, sino que están conectadas entre sí. Los países con mayor desigualdad, además, son propensos a estar polarizados. Y sus líderes no se limitan a aceptar a sus sociedades tal y como se las encuentran: fomentan esa polarización, el odio entre la ciudadanía, unos contra otros. Y, después de haber ascendido al poder a base de prometer la clausura de las instituciones, avivan la desconfianza hacia estas en sus países. Tratan de convencer a sus simpatizantes de que la prensa, la judicatura, los partidos tradicionales y la Administración electoral están rotos. Abogan por sustituirlos por alternativas sobre las que el poder

ejecutivo ejerza su control. En resumen, estos líderes regresores emplean el lenguaje basura al hablar de sus democracias.

La imagen de un destino común en el que la democracia se erosiona de repente tampoco es correcta al cien por cien. De hecho, los líderes tienen oportunidad de observarse unos a otros antes de decidir si se bajan o si se quedan a bordo del tren. Imaginemos a algunos presidentes sudamericanos, hacia el inicio del trayecto, mirando por la ventanilla del tren y viendo por un instante a su homólogo venezolano planeando la redacción de una nueva Constitución para su país que garantice que todo el poder se concentre en sus manos. Imaginemos a un presidente norteamericano mirando por otra ventanilla, viendo a un primer ministro europeo manipulando una vez más al Tribunal Supremo para hacerlo más favorable y apartando a las agencias de prensa que lo critican. Todo eso alienta a los presidentes que observan estos dudosos modelos de conducta a quedarse a bordo del tren para hacer la prueba y ejercer esa regresión democrática en sus propias sociedades.

Pero estos presidentes y primeros ministros que hemos estado imaginando no están aislados en el vacío dentro del tren. En realidad, son vulnerables a toda clase de agentes que desean acompañarlos, presionarlos y forzarlos a que se bajen. Cuando un número suficiente de jueces mantiene la integridad profesional en sus juzgados, los esfuerzos de los líderes por acabar con sus oponentes o robar unas elecciones se pueden contrarrestar. Si un número suficiente de asociaciones civiles se opone a que los líderes normalicen la destrucción de las normas, los esfuerzos de los regresores para revestir de respetabilidad sus acciones pueden verse frustrados. Si las fuerzas democráticas logran sumar votos gracias a una visión atractiva de un futuro colectivo mejor, y respaldan sus declaraciones con políticas públicas sólidas, la democracia puede prevalecer.

En la segunda parte del libro, profundizo en la cuestión clave de cómo responde el electorado ante los líderes regresores. Y propongo respuestas a este rompecabezas: si la ciudadanía común en las democracias no está, por lo general, dispuesta a tirar por la borda sus sistemas de gobierno, ¿por qué aguanta a líderes que parecen ansiosos por hacer justamente eso? La clave

está en unos electorados altamente polarizados y unos líderes que menosprecian las instituciones de su país ante los ojos de la ciudadanía.

En el último capítulo de este libro propongo una serie de reflexiones acerca de cómo frenar la regresión democrática y cómo arreglar aquellos países en los que la democracia sigue debilitada, incluso después de la salida de los líderes regresores.

\* \* \*

Cuando he hablado de este proyecto con otras personas, algunas piensan que el asunto no tiene suficiente entidad. La democracia siempre es tumultuosa, me dicen, y propensa a los altibajos. En Estados Unidos, mucha gente empezó a preocuparse por la capacidad de resistencia de la democracia estadounidense durante la primera presidencia de Donald Trump. Después de que Trump pasara brevemente a un plano secundario, se aferraron a la idea de que esto no había sido más que un pequeño bache, y que la solidez de la democracia estadounidense nunca había estado realmente en tela de juicio. (A muchos, con la reelección de Trump en el 2024, les volvió la preocupación acerca de la salud de la democracia estadounidense.)

La reacción es comprensible. Pero en este libro demuestro que es errónea. Eso no fue un bache. Los estudios publicados por destacados politólogos coinciden en que, de hecho, en las últimas dos décadas ya se había producido una ola de erosión democrática en todo el mundo.<sup>4</sup> Estados Unidos formó parte de esa ola. Se ha producido un daño real en más de un puñado de democracias en todo el mundo, un daño que puede persistir más allá del momento en que el líder regresor acabe su mandato. Por ejemplo, la democracia está diseñada para ofrecer vías pacíficas para arreglar las diferencias. Al erosionarse, las democracias se vuelven más violentas: los manifestantes pacíficos son perseguidos, los funcionarios públicos sufren amenazas, los jueces necesitan guardaespaldas y los políticos reciben disparos.

El asunto se extiende a las relaciones internacionales. Las democracias son menos proclives a declararse la guerra mutuamente, de manera que un

mundo menos democrático es un mundo menos pacífico.<sup>5</sup>

Además, incluso aunque un potencial autócrata se baje de nuestro tren imaginario, las condiciones sociales pueden seguir siendo las ideales para que aparezca un imitador que retome el proceso de erosión. El líder regresor tal vez salga de escena pero deje tras de sí a un electorado que siga considerando que las instituciones públicas son corruptas y sus conciudadanos, una amenaza existencial.

En resumen, la erosión democrática es real. Puede acabar en una autocracia, e incluso cuando no ocurre eso, daña la democracia y debilita los derechos, las garantías y las libertades de la ciudadanía que atraviesa esa experiencia vital.

También me he encontrado con otra reacción, que es la siguiente: un determinado país puede ser lo que llamamos una «democracia» y, aun así, estar lejos de ser ideal. Se trata de un lugar en el que la gente no puede evitar la escasez material, la exclusión o el racismo. Un lugar en el que la baraja parece estar trucada en contra de la gente corriente, donde los padres y las madres están preocupados por el futuro de sus hijos e hijas. Que promete igualdad de derechos y garantías legales pero que, a menudo, no está a la altura. Con todos estos defectos, ¿cuál es el valor de la democracia y por qué debería preocuparnos su declive?

En realidad, existe una amplia evidencia de que es mejor vivir en una democracia que en una autocracia. Económicamente, las democracias son más dinámicas. Según algunas estimaciones, el cambio de una autocracia a una democracia se asocia con un aumento a largo plazo del veinte por ciento en un índice clave de la riqueza nacional: la renta per cápita.<sup>6</sup> Este crecimiento refleja un mayor gasto público por parte de las democracias en educación y sanidad, así como un entorno sujeto a leyes, más adecuado para la inversión privada. Los movimientos sindicales y las presiones electorales producen una mayor igualdad salarial en las democracias, en comparación con las autocracias, de nuevo, de media y a largo plazo.<sup>7</sup> Así que existen razones para creer las palabras de un político argentino, pronunciadas en un momento en el que su país se hallaba en una encrucijada, entre una

dictadura en declive y una democracia al alza: «Con la democracia no sólo se vota, sino que también se come, se educa y se cura».<sup>8</sup>

Aun así, la respuesta a la pregunta de «¿para qué es buena la democracia?» no puede darse sólo en términos de dinamismo económico o beneficio social. Una colega muy sabia, Cathy Cohen, ofreció la siguiente respuesta a esta cuestión: las democracias no siempre alcanzan los mejores o más justos resultados. Pero dan esperanza.

Esto es lo que yo creo que quiere decir.

Consideremos la situación de los grupos minoritarios, personas que se diferencian de la mayoría de la población por su aspecto físico o por el idioma que hablan o la religión que practican. A menudo, estos grupos se enfrentan a la persecución, el abuso y la violencia. Estas humillaciones pueden ser infligidas por la ciudadanía, por la policía y las fuerzas de seguridad o por otros agentes poderosos. La cuestión clave es: ¿cuentan los grupos minoritarios con algún recurso? ¿Existe alguna acción que puedan hacer, como personas individuales o como colectivo, para buscar que se haga justicia y restaurar su dignidad?

Las democracias institucionalizan unos derechos formales que pueden ofrecer recursos a las minorías y a las personas marginadas, en el plano individual y como grupo. Hay mucho debate entre los politólogos a la hora de definir la democracia, pero una definición ampliamente aceptada es que es un sistema político en el que los Gobiernos protegen una serie de derechos ciudadanos. La ciudadanía tiene derecho a expresar su opinión sobre cuestiones políticas sin miedo a recibir un castigo por ello. Tiene derecho a asociarse y a tener acceso a fuentes alternativas de información. Y, algo crucial, la mayor parte de la ciudadanía adulta tiene derecho a votar en unas elecciones libres y justas. Los partidos que gobiernan pueden perder las elecciones y, cuando esto ocurre, se retiran de manera pacífica.<sup>9</sup>

Estas disposiciones institucionales hacen que las democracias estén más capacitadas para proteger a la ciudadanía de detenciones arbitrarias, violaciones del *habeas corpus* y discriminación basada en la raza, la etnia y la religión. En resumen, para proteger los derechos humanos.<sup>10</sup>

En países en vías de convertirse en autocracias, estas protecciones se debilitan. Pensemos en la situación de Turquía, una sociedad multiétnica. Bajo los mandatos liderados por Recep Tayyip Erdoğan y el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), la libertad de prensa, la independencia judicial y la confianza en las elecciones se han debilitado. Entre la población, la minoría más amplia es la formada por la población kurda. Los kurdos en Turquía sufren persecución, abusos y violencia. Desde principios del siglo XX, los Gobiernos turcos han tratado de prohibir el uso del idioma kurdo y de suprimir las organizaciones políticas kurdas.

A pesar de que, en Turquía, la población kurda ha establecido movimientos separatistas violentos, también ha buscado tener una representación mediante partidos políticos no violentos. En el espacio cada vez más restringido de la democracia turca, estos agentes pacíficos han comprobado cómo sus derechos se han visto gravemente reducidos. Un activo líder político kurdo tuvo que hacer su campaña presidencial desde la cárcel.<sup>[11](#)</sup>

En la democracia en declive de Turquía, el espacio para la acción colectiva pacífica es cada vez más pequeño para todos. En mayo y junio del 2013, cientos de miles de ciudadanos turcos de una amplia variedad de identidades étnicas y religiosas –turcos seculares, alauitas, algunos devotos de la Sunna– y pertenecientes a toda una serie de organizaciones políticas y civiles se manifestaron juntos. Las protestas del parque Gezi comenzaron como un intento de proteger un espacio verde en el centro de Estambul y crecieron hasta convertirse en un gran levantamiento nacional. La prensa turca, en parte de propiedad afín al Gobierno y en parte sujeta a la autocensura, no cubrió este acontecimiento masivo, del que la mayoría de la gente se enteró por las grabaciones de los móviles y la información compartida en las redes sociales. Las personas que participaron en las manifestaciones se enfrentaron a una dura respuesta policial.

Cuando visité Estambul durante un viaje de investigación en el 2015, conocí a Mucella Yapıcı, arquitecta y secretaria de la Cámara de Arquitectos en Estambul. Ella había participado activamente en las protestas del parque Gezi. Recuerdo que me estremecí cuando Mucella me contó que se

enfrentaba a un proceso, acusada del cargo de «establecimiento y dirección de organización ilegal». En caso de ser condenada, la pena sería de más de veinte años de prisión. Más adelante durante ese mismo año, Mucella fue absuelta por un tribunal. Pero en el 2022 los cargos que se le imputaban, relacionados con las protestas de Gezi, se elevaron a «intento de derrocamiento del Gobierno». Entonces tenía setenta y un años, y fue condenada a una pena de dieciocho años de prisión. Más tarde, en el 2025, fue absuelta.

La experiencia estadounidense en extender o negar los derechos a las minorías arroja lecciones parecidas. La lenta expansión de los derechos en el siglo XX llevó a una mayor garantía de protección frente a la violencia, la persecución y el abuso. Pero la reciente erosión de la democracia estadounidense supone una amenaza para estos mismos derechos, y esta amenaza daña al conjunto de la población estadounidense.

Según la definición estándar, Estados Unidos es una democracia, aunque con muchas notas de advertencia. El dinero desempeña un papel importante en la política estadounidense, y lo ha hecho desde el siglo XIX. La expansión del sufragio en Estados Unidos fue un proceso lento. Las mujeres no obtuvieron el derecho al voto en las elecciones nacionales hasta el año 1920. La exclusión de las mujeres del sufragio «universal» llevó a Robert Dahl, un reputado teórico de la democracia, a definir a Estados Unidos y a otros países, hasta bien entrado el siglo XX, como «democracias masculinas».<sup>12</sup> Los afroamericanos no obtuvieron el derecho al voto hasta la Reconstrucción (1865-1877). Pero, en la era de las leyes Jim Crow (1876-1965), los impuestos al sufragio, las pruebas de alfabetización y otras barreras convirtieron ese derecho en letra muerta en gran parte del sur de Estados Unidos.

El periodo de las leyes Jim Crow fue un periodo de enorme violencia contra la comunidad afroamericana. Más de cuatro mil cuatrocientas personas fueron asesinadas en linchamientos, unos episodios de violencia masiva que a menudo tenían lugar con la connivencia de los funcionarios locales. (Las comunidades de personas migrantes mexicanas, italianas y chinas, así como de los pueblos originarios, también sufrieron

linchamientos, aunque en menor número que la comunidad afroamericana.)<sup>13</sup> Los responsables casi nunca fueron procesados.<sup>14</sup> Finalmente, los activistas locales, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) y los periódicos que se hacían eco de estos crímenes pusieron fin a los linchamientos en la década de los años treinta. Sin las libertades de expresión, de asociación y de prensa, su tarea habría resultado mucho más difícil.

La violencia continua dirigida contra la comunidad afroamericana, así como los prejuicios y otras humillaciones, son una lacra que persiste en la democracia estadounidense. En la actualidad, estas acciones a veces vienen acompañadas de procesos judiciales y un castigo. La rendición de cuentas legal rara vez tendría lugar si no fuera por una sociedad civil activa que hace campaña por ella. Aun así, en los últimos años, las falsas denuncias de fraude generalizado en las elecciones han impulsado un regreso a las restricciones del acceso al voto. La erosión democrática provoca que las minorías, y la ciudadanía en su conjunto, se pongan a la defensiva.

La ciudadanía valiente en los países autocráticos ejerce presión para provocar un cambio, pero el riesgo puede ser abrumadoramente alto. El riesgo es elevado también en las democracias gravemente debilitadas, como Turquía, tal y como atestigua la experiencia de Mucella. En general, las democracias ofrecen un espacio para la acción y la esperanza. Merece la pena luchar por estos sistemas, y merece la pena luchar para hacerlos mejores.

\* \* \*

He aquí una hoja de ruta de los capítulos que siguen. Comienzo, en el capítulo 1, por describir la erosión democrática. La erosión ocurre cuando los presidentes y los primeros ministros reducen las restricciones a las que se enfrentan, unos límites impuestos por tribunales, órganos legislativos, administradores públicos, la prensa y el electorado. De manera deliberada, debilitan estas restricciones institucionales mediante una serie de estrategias que los académicos describen, apropiadamente, como el «manual de estrategia» del aspirante a autócrata, que se detalla en el capítulo 1.

El primer paso para explicar por qué las democracias sufren una erosión es reunir datos de las democracias de todo el mundo –de aquellas que están erosionadas y de las que no lo están– y emplear técnicas estadísticas para definir las causas de esa erosión, una tarea que analizo en el capítulo 2. El modelo revela factores estructurales que colocan a los países en una posición de mayor riesgo frente a la erosión. El factor de riesgo clave es la desigualdad salarial. Las democracias con mayor índice de desigualdad presentan alrededor de un treinta por ciento de probabilidad de sufrir erosión en cualquier momento. En las más igualitarias, la probabilidad es de sólo un dos o un tres por ciento. La relación estadística entre la desigualdad y la erosión ayuda a explicar por qué, como se ha sugerido anteriormente, el mundo experimentó una ola de erosión después de un periodo de globalización y desregulación.

En los capítulos 3 y 4 se exponen los nodos que unen la desigualdad con la erosión democrática. El capítulo 3 continúa a través del ascenso de los etnonacionalismos de derechas en el norte global. El capítulo 4, por su parte, avanza en paralelo a través de los populismos de izquierdas, en el sur global.

Ya sean etnonacionalismos de derechas o populismos de izquierdas, los agentes de la erosión democrática no pueden triunfar si pierden el apoyo del electorado. Cuando, tras un golpe de Estado, las democracias se derrumban, la opinión de las masas deja de importar. Cuando las democracias se deterioran a manos de unos líderes electos que amplían sus poderes, el sentimiento del público aún debe ser gestionado. El apoyo sostenido al líder regresor por parte del público a menudo marca la diferencia entre un declive continuado de la democracia y uno que se ve interrumpido en seco. Comprender la erosión democrática, entonces, requiere que indagemos a fondo en cómo responde el electorado ante los líderes regresores, y cómo esos líderes tratan de mantenerlo fiel a sus proyectos. Estas son las tareas de las que me ocupo en la segunda parte del libro.

El capítulo 5 explora las lógicas de la polarización y el lenguaje basura. El capítulo 6 analiza la evidencia que explica estas lógicas. Un público polarizado es aquel en el que una gran parte del electorado tolerará acciones

antidemocráticas por parte de su líder, como un mal menor que asume para mantener a la otra parte, a la que odia, alejada del poder. Dado que la polarización es beneficiosa para los regresores, estos tienen una poderosa motivación para empujar al electorado todavía más hacia el odio dirigido contra la otra parte. No es difícil dar con ejemplos de presidentes, primeros ministros y otras élites de los partidos que emplean una retórica altamente polarizante.

Sin embargo, la eficacia de las estrategias polarizantes tiene sus límites. La retórica polarizante enciende a los simpatizantes del regresor. Pero también enciende a los de los partidos de la oposición y aliena al electorado independiente o menos militante. Una estrategia alternativa, y menos propensa a alienar a la oposición y al electorado independiente, es la que yo llamo la democracia del lenguaje basura: el uso por parte de los líderes políticos de una retórica dirigida a convencer al electorado de que las principales instituciones políticas del país están profundamente deterioradas. Cuando los regresores usan un discurso polarizante, su mensaje implícito es: *debes mantenerme en el poder para evitar la catástrofe que ocurriría si ganara la otra parte*. Cuando emplean el lenguaje basura, el mensaje implícito es: *no te preocupes por que debilite instituciones clave, porque, de todas formas, ya son un desastre*. También apuntan a que la democracia sólo prosperará si se concentra un poder mayor en manos del presidente o del primer ministro. Estas instituciones –dicta su mensaje– ya son corruptas y elitistas, y deberían ser erradicadas para construir un sistema mejor. Los líderes regresores atacan la democracia con un discurso que emplea el lenguaje basura para fomentar el cinismo entre la ciudadanía.

La polarización y el lenguaje basura son, de este modo, estrategias para impulsar el apoyo a los líderes regresores. El poder de estas estrategias reside, en parte, en la pizca de verdad que contienen. Los partidos de la oposición cuentan, efectivamente, con miembros extremistas que, si les dieran luz verde, dañarían gravemente los intereses de los simpatizantes de los regresores. De igual manera, el lenguaje basura contra la democracia no

es del todo una cortina de humo: algunos jueces son, efectivamente, corruptos, y algunos periodistas son malos y mentirosos.

Pero los regresores no se limitan a exagerar. Su éxito a menudo depende de que amplios sectores de la población se crean afirmaciones que son completamente falsas. El capítulo 7 indaga en las razones por las que cualquier persona puede llegar a creer las demenciales afirmaciones de unos líderes egoístas, como que unas elecciones bien reguladas le han sido «robadas» al verdadero vencedor. Esta exploración me obliga a profundizar en las dimensiones psicológicas de la demagogia y la regresión.

Si detrás de la erosión democrática se encuentran las brechas salariales, los ataques polarizados dirigidos a la oposición y a las más altas instituciones, y unos poderosos vínculos psíquicos entre los regresores y el electorado, que distorsionan la realidad, ¿cómo se puede contrarrestar? El capítulo 8 identifica puntos débiles y contradicciones en las estrategias de gobierno de los potenciales autócratas. Recorro ahí a la evidencia de las ciencias sociales para plantear cómo despolarizar y contrarrestar los efectos del lenguaje basura, y cómo reconstruir el optimismo en torno a la democracia. Ese último objetivo implica claramente luchar para hacer que la democracia funcione mejor, especialmente para los segmentos de la ciudadanía que tienen buenas razones para temer que las clases más ricas y las élites los dejen atrás. Una sencilla lección, que nos lleva de vuelta, completando el círculo, al capítulo 2, es que la desigualdad salarial comporta un claro riesgo político. Reducir la desigualdad y apuntalar la democracia no son tareas separadas. Al contrario: van de la mano.

Hay mucho en juego, por lo tanto, en la salud y la supervivencia de las democracias de todo el mundo. Todos y todas podemos desempeñar un papel, desde activistas políticos, líderes de partidos prodemocráticos, abogadas y jueces hasta el electorado. La profusión de estudios académicos publicados por expertos de todo el mundo ha marcado una diferencia. Proteger la democracia requerirá de una gran inventiva y coraje, así como de agudeza analítica acerca de las razones por las que nos hemos desviado del rumbo y acerca de cómo volver a él.

## ¿Qué es la erosión democrática?

La erosión democrática se ubica en el espacio que media entre las acciones normales de los Gobiernos democráticos y el golpe de Estado militar. Las primeras conllevan la estabilidad y la continuidad de los sistemas democráticos, aunque nunca están exentas de fallos. Los golpes de Estado son rupturas abruptas y repentinas. La erosión democrática, tal y como sugiere el término, es un proceso de degradación más lento que el golpe de Estado, pero que, si no se controla, acaba en un sistema profundamente defectuoso. Y algunas democracias se erosionan del todo, hasta el punto de convertirse en autocracias.

Cuando los observadores emplean los términos «erosión democrática» o «regresión», generalmente se refieren a situaciones en las que los jefes de Estado electos incrementan sus poderes a costa de instituciones coiguales. Estos observadores subrayan, además, que los líderes regresores se enfrascan en acciones que rompen las normas, que violan las leyes y que doblegan la Constitución.

En este libro, opto por una concepción de la regresión que parte de estas apreciaciones y se adentra aún más en qué ocurre cuando los jefes de Estado eluden las restricciones de las democracias. Me baso en el trabajo de Melis Laebens, que señala que los jefes de Gobierno electos pueden obtener –y maquinan– una importante reducción de su *rendición de cuentas vertical y horizontal*.<sup>1</sup> La rendición de cuentas vertical se refiere a la capacidad del electorado de evaluar las acciones de quien ocupa el cargo y de o bien reelegirlo o bien expulsarlo de su posición. (Si el mandato de los líderes individuales está sujeto a un límite temporal, el electorado puede hacer

responsable al *partido*.) La prensa y las organizaciones de la sociedad civil desempeñan una función clave a la hora de informar al electorado, y le permiten a este pedir responsabilidades al Gobierno. Por lo tanto, la vulneración de los derechos de la prensa –tanto en lo que concierne a su alcance como a sus acciones– y de los de estas entidades es, también, una amenaza a la rendición de cuentas vertical.<sup>2</sup>

La rendición de cuentas horizontal implica que las instituciones gubernamentales coiguales y los organismos públicos independientes deben tener la capacidad de vigilar y potencialmente bloquear las acciones de los presidentes y los primeros ministros cuando estas suponen una violación de las leyes y las regulaciones. Entre las instituciones gubernamentales coiguales se incluyen el Tribunal Supremo, la Asamblea legislativa, la Administración electoral, las comisiones de vigilancia de la Administración pública y otras entidades similares.

La erosión democrática supone deterioros en ambas dimensiones. Laebens observa que el «doble ataque» en las instituciones contra la rendición de cuentas horizontal y vertical «ha sido una característica definitoria de la ampliación del poder ejecutivo contemporáneo y de la erosión democrática».<sup>3</sup> El método de Laebens nos permite distinguir los episodios de erosión democrática de la habitual demostración de fuerza por parte de presidentes y primeros ministros. Nos ayuda a distinguir los intentos frustrados de los que logran su objetivo. En el capítulo 3 demuestro que los episodios que se acercan a la erosión, sin producirla, pueden ser muy instructivos.

Para decir que un país está en proceso de erosión, en primer lugar, debe ser una democracia. Por lo tanto, excluyo de este estudio los sistemas enteramente autocráticos.<sup>4</sup> Para dibujar una línea divisoria entre democracia –incluidas las debilitadas– y autocracia, los politólogos se centran en si se dan o no unas condiciones clave. Unas elecciones libres y justas, un sufragio amplio y el traspaso pacífico del poder después de la derrota electoral por parte de los partidos que gobiernan: estas son las condiciones comúnmente consideradas como necesarias para que un sistema se defina como una democracia. A veces se mencionan otras circunstancias, tales

como que se aplique el Estado de derecho y la garantía de la igualdad ante la ley.

Pocos expertos negarían que unas democracias funcionan mejor que otras. Y sin embargo, la idea de hacer una distinción entre democracias convencionales y democracias en proceso de erosión no está exenta de cierta polémica. En un artículo que provocó mucho revuelo, dos politólogos ponían en duda la idea de que la regresión existiera como fenómeno en el mundo actual. Uno de sus argumentos principales era que había muy pocos países cuyas democracias se hubieran erosionado hasta el punto de convertirse en autocracias completas.<sup>5</sup> Pero las poblaciones que viven durante periodos de erosión democrática perciben que está ocurriendo algo alarmante y preocupante. La mayoría de los politólogos coinciden en esta opinión.<sup>6</sup> Más adelante, en este mismo capítulo, describo lo que hacen los líderes regresores y cuáles son sus objetivos. Sus acciones y sus fines contradicen la noción de que «el asunto no tiene suficiente entidad».

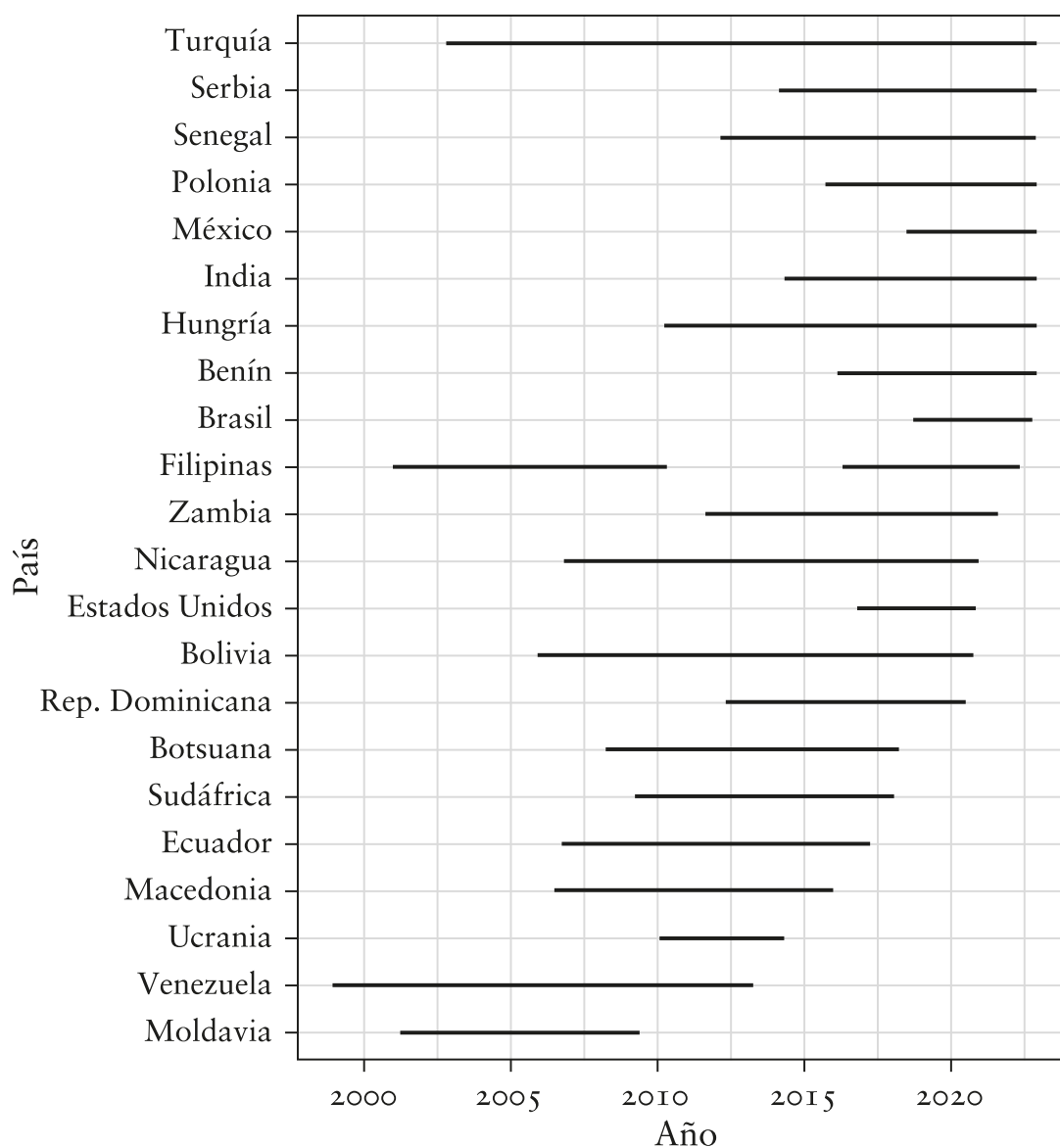
El trabajo de Laebens ofrece no sólo una útil conceptualización de la regresión; también proporciona un método para detectar ejemplos de ello. Laebens rastrea los casos en los que disminuye la rendición de cuentas vertical y horizontal empleando encuestas a expertos, realizadas por Varieties of Democracy (V-Dem), un instituto de investigación de la Universidad de Gotemburgo, en Suecia.<sup>7</sup> Laebens usa los datos del instituto V-Dem para detectar disminuciones de la rendición de cuentas. A la hora de evaluar la rendición de cuentas horizontal, el V-Dem plantea, a especialistas en política, preguntas como: ¿cumple el poder ejecutivo las decisiones del Tribunal Supremo?, ¿son las decisiones del Tribunal Supremo un mero reflejo de los deseos del Gobierno? y ¿cuál es la probabilidad de que el poder legislativo investigue actividades ilegales por parte del poder ejecutivo, o de que lo hagan los fiscales? Para evaluar la rendición de cuentas vertical, el V-Dem pregunta al grupo de especialistas por el trato que los Gobiernos dispensan a la prensa (es decir: ¿ejerce el Gobierno una censura sobre la prensa?, ¿persigue a periodistas?), a las organizaciones de la sociedad civil (¿intenta el Gobierno reprimirlas?) y a la Administración

electoral (¿tiene autonomía con respecto al Ejecutivo para aplicar las leyes electorales de manera imparcial?).

Este procedimiento arroja un resultado de veintitrés periodos de erosión en veintidós países, como se ilustra en la Figura 1.1. El punto más a la izquierda de cada línea marca el año electoral en el que subió al poder el presidente o primer ministro que, a lo largo del consiguiente mandato, erosionaría su democracia. En un par de casos, estas elecciones no fueron las primeras en las que el líder regresor salió vencedor: al haber ejercido como presidente o primer ministro en un periodo anterior, en esta ocasión vencieron en una democracia que ya habían degradado previamente.<sup>8</sup> El año que aparece a la derecha corresponde o bien al momento en el que el país se vuelve completamente autoritario (por ejemplo, Venezuela en el 2014), o bien a la salida del líder regresor del cargo. Pueden dejar el cargo porque se cumpla el plazo de su mandato (por ejemplo, Ecuador en el 2017), porque no sean reelegidos (por ejemplo, Estados Unidos en el 2020) o porque su propio partido político los retire del cargo (por ejemplo, Sudáfrica en el 2018).

Este listado coincide, en gran medida, con los de otros estudios académicos que analizan las democracias en proceso de erosión. Por ejemplo, en un libro publicado en el 2021, Stephan Haggard y Robert Kaufman identificaban una serie de democracias en proceso de erosión que concuerda sustancialmente con la Figura 1.1.<sup>9</sup> En su mayor parte, las diferencias se refieren a países para los que aún no había datos disponibles cuando Haggard y Kaufman terminaron su estudio. Las excepciones, casos que yo, a diferencia de Haggard y Kaufman, catalogo como en proceso de erosión, son la India bajo el mandato de Narendra Modi, Filipinas bajo el de Gloria Arroyo y Rodrigo Duterte, y Senegal bajo el Gobierno de Macky Sall.

Figura 1.1. Casos de erosión, 1998-2022



*Nota:* Los segmentos indican los años en los que cada país experimentó erosión, de acuerdo con las normas de codificación establecidas por Laebens (2022).

### ¿QUÉ QUIEREN LOS REGRESORES?

Puede que algunos lectores se hagan otra pregunta antes: ¿por qué deberíamos centrarnos en las motivaciones de unos presidentes o primeros ministros?<sup>10</sup> Después de todo, los Gobiernos están formados por equipos de

decisores de alto nivel. Gabinetes ministeriales y de asesoría, líderes de los partidos y una multitud de otros agentes, tanto dentro como fuera del funcionariado, influyen en las acciones ejecutivas. La respuesta es que la erosión democrática, un proceso mediante el cual se amplían extensamente los poderes del Ejecutivo, está casi siempre dirigida por ese líder ejecutivo.<sup>11</sup> Por lo tanto, comprender las motivaciones de estos individuos es crucial para entender la erosión democrática.

Dicho esto, los líderes regresores causan perplejidad entre los politólogos. Por lo general, solemos concebir que la clase política está formada por gente «ávida de poder», por personas cuyo objetivo principal es obtener y mantener el poder político. Los líderes regresores se ajustan a este molde a la perfección y usan su cargo para continuar en el poder durante más tiempo y con menos restricciones. ¿Por qué no *todas* las personas que llegan a ocupar un alto cargo intentan sabotear las instituciones que se interponen entre ellos y un poder más duradero y más absoluto? ¿Por qué la mayoría asume y se retira del cargo discretamente y por los procedimientos constitucionales aprobados?

Existen tres respuestas a esta pregunta. La primera tiene que ver con la *innovación*. Simplemente, a la mayor parte de los presidentes y primeros ministros, en épocas normales, no se les ocurre que ellos puedan incumplir las normas y violar las leyes hasta donde lo hacen los regresores, no sólo pisando los límites habituales sino saltándoselos olímpicamente. Los primeros regresores innovaron al hacer justo eso: sumar al potencial menú del que disponen todos los líderes electos un conjunto de acciones que amenazaban a la democracia. (Los pormenores de este menú se exploran en la siguiente sección.) La evidencia estadística del siguiente capítulo nos indica que la regresión democrática se retroalimenta a partir de los primeros innovadores (Hugo Chávez, Viktor Orbán), que inspiraron a posteriores imitadores. Recuerden a nuestros pasajeros imaginarios, asomados a las ventanillas del tren, contemplando a un presidente mientras este redacta una nueva Constitución que empodera al Ejecutivo, o viendo que un primer ministro margina a jueces y periodistas independientes.

La segunda respuesta es que, para muchos líderes democráticos, las *oportunidades* de regresión son muy limitadas. Si trataran de sabotear sus democracias, se arriesgarían a perder el cargo y a que ahí terminara su carrera. Al prever estos peligros, algunos líderes, que de otro modo serían regresores, permanecen bajo control. En el siguiente capítulo, analizo los factores que podrían disuadir a los ambiciosos –incluso a los temerarios– de intentar dismantelar las instituciones democráticas.

La tercera respuesta tiene que ver con la *motivación*. Muchos líderes democráticos están satisfechos con haber alcanzado el cénit del poder político nacional. No los impulsa el deseo de aumentar su poder o ampliar su mandato más allá de los límites constitucionales, legales y normativos. Para entender por qué algunos presidentes y primeros ministros respetan las restricciones normales mientras que otros tratan de saltárselas sin miramientos es útil tomar en consideración el conjunto amplio de las motivaciones que alientan a los potenciales autócratas.

Los hombres y las mujeres que llegan a ser presidentes o primeros ministros de sus países no son personas tímidas o apocadas. Son personas enérgicas que quieren que las cosas se lleven a cabo: promulgan políticas, boicotean a los oponentes legislativos, gozan de privilegios. Los presidentes y primeros ministros convencionales tantean los límites de sus poderes. Emiten órdenes y decretos ejecutivos que, más tarde, resultan, en algunos casos, una transgresión de las funciones constitucionales asignadas al líder. Son despiadados con la prensa, a la que todos ellos acusan, en algún momento, de injusta y equivocada. Estas quejas son más viejas que las octavillas y los periódicos de gran tirada. A veces, los presidentes y primeros ministros se entrometen, o amenazan con entrometerse, en la composición de su Tribunal Supremo (Franklin D. Roosevelt amenazó con copar los tribunales), infringen las leyes que regulan el gasto para la campaña electoral (Helmut Kohl en Alemania), clausuran los órganos legislativos (Perú, Reino Unido) o aceptan sobornos de empresas que consiguen contratos con el Gobierno (Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil). Muchos líderes han cometido todas estas infracciones sin orquestar la

reducción general de la rendición de cuentas vertical y horizontal; es decir, sin erosionar sus democracias.

En cambio, los líderes que sí erosionan la democracia entran en guerra desde muchos frentes, en un intento de ampliar sus poderes y alargar su periodo en el cargo. ¿Qué es lo que mueve a estas personas?

Está fuera del alcance de este libro dar una respuesta sistemática a esta pregunta. Pero me apoyo en varias fuentes para construir una lista razonable de posibilidades. Las motivaciones que enumero a continuación no son exclusivas de los regresores. Los líderes democráticos comunes y corrientes comparten algunas de estas mismas motivaciones, aunque, al parecer, con menor empeño.

Estas motivaciones incluyen:

- **La convicción de que la supervivencia de la nación depende de que su liderazgo continúe.** No es raro oír al líder regresor declarar que solo él o ella puede evitar la catástrofe o incluso el derrumbe nacional. En algunos casos, esta es una creencia que sostienen firmemente. Un influyente observador advirtió que Ley y Justicia (PiS), el partido que gobernó Polonia desde 2015 hasta 2023, «cree que los valores mismos que constituyen Polonia como nación cristiana están en peligro y que todos sus oponentes son “traidores”». <sup>12</sup> Para otros, esta postura es sólo la justificación pública del regresor. Que sea una firme convicción o una excusa de cara al público tal vez sea irrelevante para el éxito del regresor.
- **El odio a la oposición.** ¿Qué líder político no desprecia al partido opositor? Pero, los alicientes de exacerbar la polarización hacen que los líderes regresores sean propensos a echar aún más veneno contra el lado contrario, un tema sobre el que volveremos. Este desprecio por el partido opositor puede ser fingido o sincero. El de Jair Bolsonaro era sincero. El presidente de Brasil expresaba con frecuencia sus opiniones acerca de sus oponentes en términos violentos, como cuando dijo que Brasil sólo mejoraría «el día en que aquí estalle una guerra civil y

terminemos el trabajo que el régimen militar no hizo: matar a 30.000».<sup>13</sup>

- **Evitar ser procesados.** Mantener la inmunidad para evitar ser procesados, que a menudo es una de las ventajas del cargo, es una poderosa motivación para algunos. Existen casos de líderes que se han enfrentado a causas por delitos cometidos antes de que fueran presidentes o primeros ministros, por acciones realizadas mientras estaban en el cargo, aunque no relacionadas con sus ataques contra sus democracias, y otros se ven ante un peligro legal por sus intentos de sabotear las elecciones. Benjamin Netanyahu aún no aparece en las listas de regresores, pero dio un paso en esa dirección en el 2023, con sus esfuerzos por debilitar la independencia del Tribunal Supremo de Israel. Los politólogos expertos en política israelí describen sus acciones como una manera de dirigir al país hacia «el conocido camino de la regresión democrática».<sup>14</sup> Netanyahu fue imputado por corrupción, pero gozaba de inmunidad ante la Fiscalía por ser primer ministro. Bolsonaro se enfrentó a un riesgo legal por sus intentos de sabotear las elecciones; al igual que Trump, por un lado, por delitos supuestamente cometidos antes de ser presidente, y también por sus ataques contra las instituciones, ya como presidente. Una de las motivaciones, entre otras, que lo impulsó a presentarse a un segundo mandato fue poner fin a los procesos legales abiertos contra él. En el 2024, la decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos de concederle inmunidad alivió, en gran medida, las preocupaciones de Trump.
- **Un gusto por el autoritarismo.** Algunos líderes simplemente son autocráticos por naturaleza y por instinto. Como escriben dos académicos latinoamericanos, «incluso en contextos en los que se dan condiciones favorables para la toma de poder del Ejecutivo, el líder, de forma activa, debe dar pasos agresivos para llevarla a cabo».<sup>15</sup> Los líderes que veneran las tradiciones democráticas de sus países y que reverencian a los antepasados que lucharon por la democracia son menos propensos a abusar del sistema. A pesar de que muchos

políticos se ven en situaciones en las que sacrifican los principios democráticos con el fin de llevar adelante sus proyectos, aquellos que desdeñan las prácticas y tradiciones democráticas son más propensos a convertir ese «sacrificio» en una manera sostenida de aferrarse al poder.

Cuando esta clase de líder gana las elecciones, ¿llega desde el primer día con un plan perfectamente diseñado para acabar por completo con su democracia? Algunos sí. Algunos ya dan señales durante la campaña de que pretenden rehacer las instituciones de su país de arriba abajo. Un buen ejemplo de ello es Chávez, en Venezuela: en su primera campaña presidencial, prometió hacer que el país diera «un salto adelante de una democracia moribunda».<sup>16</sup> La consigna venía acompañada de una propuesta para redactar una Constitución completamente nueva para Venezuela. En otros casos, queda claro –en retrospectiva– que los altos cargos ejecutivos desdeñaban instituciones clave desde mucho antes de que ascendieran al poder. Andrés Manuel López Obrador, en México, tenía a sus espaldas un largo historial de denuncias de fraude y de incumplimiento de las normas políticas mucho antes de que obtuviera la presidencia, en el 2018.<sup>17</sup> En Hungría en el 2010 y en Polonia en el 2015, subieron al poder unos líderes que se proponían cambiar drásticamente sus sistemas políticos, pero que habían disimulado sus intenciones durante la campaña: «mintieron».<sup>18</sup>

En otras ocasiones, el programa de estos líderes para dismantelar las instituciones evoluciona con el tiempo, y reculan hasta convertirse en regresores. Cuesta pensar que Recep Tayyip Erdoğan se convirtiera en primer ministro de Turquía en el 2003 con un plan perfectamente formulado para suprimir la libertad de información o para que el sistema judicial reprimiera toda discrepancia. Su programa inicial era, ciertamente, revertir el estatus de Turquía como Estado secular, pero es más probable que, a base de prueba y error, a lo largo del tiempo, descubriera que podía controlar el país y ganar las elecciones en parte a través del control de la prensa y

mediante el empleo del sistema de justicia penal para intimidar y marginar a sus oponentes.

### ¿QUÉ HACEN LOS REGRESORES?

Los equipos de investigación que estudian la erosión democrática por todo el mundo se sorprenden cuando comprueban que las tácticas y estrategias de las que hacen uso los potenciales autócratas son muy similares. Tanto es así que emplean el término «manual de estrategia» para referirse a este conjunto de actuaciones. Tal vez no debería asombrarnos que sus acciones sean tan descaradamente parecidas. Incluso cuando un presidente o primer ministro no ha expuesto claramente antes sus planes para arrasar con su democracia, una vez empieza a incumplir las normas se encontrará luchando contra una serie previsible de personas e instituciones. Por ejemplo, si al asumir el cargo o hacia el inicio de su mandato decide debilitar el Tribunal Supremo, se enfrentará a duras críticas, de las que se hará eco la prensa, a la que él entonces definirá como «el enemigo del pueblo».

Por lo tanto, el presidente o primer ministro que desee liberarse de las ataduras de la rendición de cuentas desplegará, como es natural, una serie de estrategias preVISIBLES, que enumero a continuación.

Pero no sólo cuentan las acciones, también la retórica es parte esencial del manual de estrategia de los regresores. Dos destacados expertos señalan que «la regresión a menudo se asocia con la demonización de los adversarios».<sup>19</sup> Esta «demonización» ha captado la atención de periodistas, además de la del público en general. En su campaña del 2016, con sus ataques verbales contra la prensa («mentirosa» y «enemiga del pueblo»), contra la Administración pública («Estado profundo»), contra los jueces, a quienes describía como sectarios aficionados, etcétera, Trump estaba anunciando sin pretenderlo el destrozo de las normas y las leyes que vendría después. A continuación, centro mi análisis en lo que los autócratas *hacen*, no en lo que *dicen*. No obstante, lo que dicen es una parte

extremadamente importante del fenómeno de la erosión democrática, y en ello nos centraremos en capítulos posteriores.

### *Manual de estrategia*

La primera columna de la Tabla 1.1 enumera los objetivos institucionales de los regresores. Entre ellos se incluyen la prensa, los tribunales, las elecciones, el poder legislativo y los partidos de la oposición, la Administración pública (o burocracia), otros organismos oficiales o semioficiales, y las organizaciones no gubernamentales de la sociedad civil. La segunda columna ofrece ejemplos de acciones relativamente leves desplegadas contra el objetivo, y el país en el que fueron empleadas. La tercera columna muestra ejemplos de acciones más severas y los países en los que se emplearon. Los ejemplos son ilustrativos más que exhaustivos.

Atacar a la **prensa** es una de las primeras cosas que hacen los regresores. Esta prioridad refleja el inconveniente de que exista una prensa libre e independiente que informe sobre las irregularidades, los delitos y las violaciones de la ley en los que incurren quienes ocupan el poder. Fomentar la autocensura es un ejemplo de acción relativamente leve, a menudo reforzada por la amenaza de medidas más duras. Un ejemplo destacado de autocensura fue la «decisión» de la cadena CNN Turquía de emitir un documental sobre pingüinos durante las protestas del parque Gezi en el 2013, mientras el Gobierno atacaba a los manifestantes.<sup>[20](#)</sup>

La autocensura puede ascender a intervención gubernamental activa. Quizá el Gobierno deniegue a la prensa los recursos que necesita para funcionar, como ocurrió cuando el Gobierno de Chávez, en Venezuela, manipuló el tipo de cambio disponible para los periódicos independientes, aumentando con ello el precio real del papel de periódico.<sup>[21](#)</sup> O tal vez limite la capacidad de informar de las agencias de medios de capital privado mientras permite la actividad informativa a los medios de titularidad estatal, un método adoptado por el Gobierno de Rafael Correa en Ecuador.<sup>[22](#)</sup>

*Tabla 1.1. Manual de estrategia: objetivos, estrategias, ejemplos*

| <b>Objetivo</b>                          | <b>Estrategia leve</b>                                             | <b>Estrategia severa</b>                                                                             |
|------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Prensa                                   | Autocensura y censura (Turquía 2013)                               | Asesinato extrajudicial de periodistas (Filipinas 2022; México 2022)                                 |
| Tribunales                               | Cambio en su composición (Hungria 2010; Polonia 2015; México 2019) | Desafío a las resoluciones y decisiones (Sudáfrica 2021)                                             |
| Elecciones                               | Restricción del acceso al voto (Estados Unidos, 2020)              | Denuncia de fraude en los resultados electorales (Macedonia 2016; Estados Unidos, 2020; Brasil 2022) |
| Poder legislativo, partidos de oposición | Desafío a la vigilancia (Estados Unidos, 2019-2022)                | Clausura del poder legislativo, prohibición de partidos (Nicaragua 2021)                             |
| Administración pública                   | Politización (Polonia 2017)                                        | Presión regulatoria abusiva (Serbia 2019)                                                            |
| Organismos públicos                      | Debilitamiento por falta de financiación (Brasil 2019)             | Disolución o contratación de personal leal (Botsuana 2012)                                           |
| Organizaciones de la sociedad civil      | Presión regulatoria abusiva (Bolivia 2013)                         | Clausura, absorción (India 2014)                                                                     |

*Nota:* Ejemplos no exhaustivos. Mucha de la información contenida en esta tabla ha sido recopilada en «Democratic Erosion: A Cross-University Collaboration» (2023).

Los Gobiernos imponen también cambios en la propiedad de los medios, con operaciones en las que unos inversores afines al poder se imponen sobre los dueños independientes. Puede que el propio Gobierno adquiera medios que previamente han sido independientes. Además, los Gobiernos regresores ejercen un control indirecto sobre los medios públicos y absorbidos. En Polonia, el Gobierno del partido Ley y Justicia (PiS) creó el Consejo Nacional de Medios, designó a sus miembros y le concedió el poder para contratar y despedir a los ejecutivos de las agencias de comunicación públicas.<sup>[23](#)</sup>

Cuando existe un entorno aún más hostil para los periodistas independientes, estos pueden verse obligados a exiliarse. Tras años de vigilancia electrónica y de otras formas de acoso por parte del Gobierno de Nayib Bukele, el periódico digital *El Faro* tuvo que dejar El Salvador y trasladó sus operaciones a Costa Rica.<sup>24</sup> A la hora de proteger a los periodistas de la violencia, esta protección puede ser laxa, como lo fue durante la presidencia de Duterte en Filipinas,<sup>25</sup> durante la de Bolsonaro en Brasil<sup>26</sup> y en la de López Obrador, en México. En el año 2022, Human Rights Watch declaró que «el presidente López Obrador no sólo no ha abordado la violencia contra los medios, sino que ha usado sus ruedas de prensa matutinas diarias para acosar e intimidar a periodistas».<sup>27</sup>

Los ataques dirigidos contra los **tribunales**, especialmente contra el Tribunal Supremo, llegan, como un reloj, en las etapas iniciales del proceso de erosión. Los tribunales independientes imponen las leyes y las disposiciones constitucionales, y por lo tanto son un obstáculo para los regresores. Estos emplean varios métodos para alterar la composición del Tribunal Supremo con el fin de que quede convertido en una entidad aliada del Gobierno. Los regresores reducen el papel que desempeñan las organizaciones de juristas y abogados a la hora de elegir y designar a los jueces. Rebajan la edad de jubilación obligatoria para eliminar de los tribunales a la judicatura hostil de más edad, copan los tribunales designando a jueces afines a ellos, modifican las jurisdicciones y los procedimientos de los tribunales, y los someten al control de los ministerios gubernamentales. También reducen los presupuestos de los tribunales.<sup>28</sup> Todas las estrategias están ampliamente documentadas en el caso de Polonia y Hungría.<sup>29</sup> Pero, al otro lado del charco, en México, el presidente López Obrador forzó la designación de dos jueces para el Tribunal Supremo y la retirada de un tercero, todo ello con el objetivo de reducir la independencia del Tribunal y obtener dictámenes favorables en, entre otros asuntos, sus esfuerzos por debilitar otros organismos horizontales.<sup>30</sup> Y en El Salvador, en mayo del 2021, la recién establecida mayoría legislativa del partido del presidente Bukele ejecutó un «golpe judicial»: destituyó al

Tribunal Supremo al completo y al fiscal general. De inmediato, el nuevo Tribunal aprobó la petición de Bukele de flexibilizar el límite temporal del mandato presidencial.<sup>31</sup>

Los líderes que erosionan la democracia a veces simplemente desafían los dictámenes y las decisiones de los tribunales. Esta es la vía que adoptó el expresidente de Sudáfrica Jacob Zuma, en 2021, cuando se negó a comparecer ante el Tribunal para responder por las acusaciones de corrupción.<sup>32</sup>

Las juntas militares eliminan la rendición de cuentas vertical mediante la postergación o la suspensión completa de las **elecciones**. No así los erosionadores. La estrategia que estos eligen es celebrar elecciones pero manipularlas a su conveniencia. Esta manipulación no siempre es necesaria: algunos Gobiernos regresores mejoran su posición frente al electorado de un modo convencional, ofreciendo resultados que son apreciados por la gente. Los Gobiernos de Duterte en Filipinas y de Bukele en El Salvador aplicaron duras medidas contra el crimen, dando así una mayor sensación de seguridad a la ciudadanía, al tiempo que pisoteaban, de paso, las libertades civiles. También persiguieron a la prensa y permitieron los ataques a periodistas, y degradaron otras instituciones. Pero el electorado reeligió a ambos presidentes, en gran medida, por su eficacia a la hora de mejorar la seguridad pública.

Cuando los líderes regresores no tienen la opción de apoyarse en un buen rendimiento para ser reelegidos, emplean varias tácticas para evitar la derrota. Una de ellas consiste en contener la participación de la parte del electorado proclive a votar en contra. Por eso, en 2020, cuando Trump buscó ser reelegido en mitad de las alteraciones debidas al Covid-19, su campaña y su partido tomaron medidas para desalentar la participación del electorado en las áreas de mayor peso del Partido Demócrata y de mayor población afroamericana.<sup>33</sup> Otra táctica consiste en declarar que las elecciones en las que han perdido son fraudulentas, y emplear esta denuncia para interrumpir el traspaso del poder de su Gobierno de erosión al partido rival. Son ejemplos de ello Macedonia en el 2016,<sup>34</sup> Estados Unidos en el

2020 y Brasil en el 2022. En los tres casos, los simpatizantes del Gobierno fueron usados como tropas de asalto en las protestas tras las elecciones, con diversos grados de violencia.

Los **líderes del partido de la oposición y la Asamblea legislativa** son una amenaza sobre todo cuando el partido que ostenta el poder ejecutivo no controla el poder legislativo. Este era el caso de la Cámara de Representantes de Estados Unidos durante el primer mandato presidencial de Donald Trump. Trump opuso resistencia a los intentos de supervisión por parte de la Cámara, con más de cien casos de desacato por parte de miembros de su Administración a citaciones del Congreso.<sup>35</sup> En un caso de mayor intensidad, con el fin de presionar para obtener fondos para proveer a las fuerzas de seguridad de nuevos equipamientos, el presidente Bukele acudió al Congreso de El Salvador acompañado de una falange de soldados armados hasta los dientes.<sup>36</sup>

Los Gobiernos regresores a veces disuelven la Asamblea legislativa nacional. En el 2015, los partidos de la oposición obtuvieron una mayoría de escaños en el Congreso de Venezuela. En el 2017, el Tribunal Supremo, favorable al régimen, suspendió el Congreso con efecto inmediato y se arrogó todos los poderes legislativos.<sup>37</sup> El Gobierno nicaragüense de Daniel Ortega fue más allá, al ordenar el arresto de todos los candidatos de la oposición antes de las elecciones legislativas del 2021. El Consejo Supremo Electoral de Nicaragua anuló el estatus legal de los partidos políticos de oposición.<sup>38</sup> El siguiente año, el partido gobernante se declaró vencedor en la totalidad de las 153 elecciones municipales del país. La situación del poder legislativo y de los partidos de la oposición es un claro síntoma del total deslizamiento de Nicaragua hacia una autocracia.

La **Administración pública y el funcionariado** pueden entrometerse en los planes de quienes erosionan la democracia. Tal vez se resistan a la presión para que violen las leyes y las regulaciones, quizá pongan objeciones a la designación de funcionarios leales no cualificados, y puede que desempeñen un papel de vigilancia y den la voz de alarma. No es de extrañar que quienes erosionan las democracias apunten hacia los

empleados del «Estado profundo» o «burócratas de oro».<sup>39</sup> Una respuesta es politizar la burocracia, remplazando al funcionariado por personal leal al partido. El partido Ley y Justicia (PiS) en Polonia acometió «remplazos masivos de directores, la abolición de las oposiciones para la contratación de puestos de rango superior y el rebajamiento general de los estándares que se exigen a las personas designadas».<sup>40</sup> El despido masivo de empleados públicos y su remplazo por funcionarios leales ocurrió también en el sector petrolero estatal de Venezuela, después de que sus empleados fueran a la huelga en el 2003, y en Turquía después del intento de golpe de Estado del 2016.<sup>41</sup>

Trump prometió que, en un segundo mandato, cambiaría las normas para contratar y despedir a los empleados públicos, de tal manera que la designación de funcionarios leales resultara más fácil.<sup>42</sup>

Los Gobiernos regresores a veces responden con acciones represivas a los desafíos que les presenta el funcionariado. Un ejemplo lo hallamos en Serbia, en el 2019, bajo el Gobierno de Aleksandar Vučić, del Partido Progresista Serbio (SNS). Alguien dio la voz de alarma e implicó al padre del ministro del Interior del Gobierno de Vučić en un entramado de comercio ilegal de armas: el informante fue detenido.<sup>43</sup>

Quienes erosionan la democracia emplean tácticas parecidas a la hora de sabotear también los **organismos públicos**, además de las administraciones electorales mencionadas con anterioridad. Reducen su financiación o sus responsabilidades, y persiguen al personal. El presidente Bolsonaro debilitó la Fundación Nacional de los Pueblos Indígenas (FUNAI) con métodos agresivos: despidió a funcionarios y abrió investigaciones criminales contra empleados y líderes indígenas.<sup>44</sup>

Un enfoque que amplía aún más el poder ejecutivo consiste en situar a estos organismos bajo la autoridad del presidente o del primer ministro. Ian Khama, presidente de Botsuana, consideró conveniente reubicar varios organismos gubernamentales, incluido el Consejo contra la Corrupción y los Delitos Económicos, bajo la Oficina de la Presidencia.<sup>45</sup>

El último objetivo enumerado en la Tabla 1.1 es la amplia categoría de las **organizaciones de la sociedad civil**. Unas defienden los derechos de las minorías, mientras que otras son creadoras independientes de información y conocimiento. Quienes erosionan las democracias las atacan por las mismas razones por las que atacan al sector público. Las tácticas más suaves incluyen una regulación más minuciosa, a veces acompañada de la acusación de que estas organizaciones son agentes clandestinos que responden a intereses extranjeros.

Una táctica más dura consiste en clausurar estas organizaciones. En Bolivia, en medio de un conflicto entre el Gobierno de Evo Morales y varias organizaciones de la sociedad civil por las políticas energéticas, el Gobierno anunció la clausura de cuatro ONG que realizaban investigaciones. Acusó a estas ONG, que contaban con una larga historia de trabajo y apoyo en Bolivia, de «“mentir y entrometerse en actividades políticas” para promover los intereses de Gobiernos y corporaciones extranjeros ... [y] emplear fondos procedentes del extranjero para fomentar una “política imperialista transnacional” de la protección medioambiental».<sup>46</sup>

En la India, en el 2014, el Ministerio del Interior del primer ministro Narendra Modi revocó la licencia a veinte mil ONG, despojándolas del derecho a recibir financiación extranjera.<sup>47</sup>

Otro tipo de organizaciones privadas convertidas en objetivo de los regresores son las instituciones académicas y científicas. Al igual que los medios, estas instituciones realizan investigaciones y producen un conocimiento que a quienes erosionan las democracias les parecen inconvenientes. Entre estos objetivos, con frecuencia incluyen a las instituciones de enseñanza superior: en el 2017, Orbán expulsó de Budapest al campus principal de la Universidad Central Europea.<sup>48</sup> En México, López Obrador recortó los presupuestos e impuso el nombramiento a dedo de líderes de instituciones académicas anteriormente independientes, como el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).<sup>49</sup> El presidente turco Erdoğan purgó a miles de miembros de los claustros de profesores universitarios en todo el país tras el intento fallido de golpe de Estado del

2016. Desde el 2018, ha designado a los rectores de las principales universidades estatales, incluida la prestigiosa Universidad del Bósforo, en Estambul.

En este capítulo, he definido la regresión democrática y analizado las motivaciones de los presidentes y primeros ministros regresores. He descrito el aspecto que presenta la erosión democrática sobre el terreno: qué instituciones y organizaciones se convierten en objetivos y qué acciones se emplean. En la siguiente parte de este libro, paso de las definiciones y descripciones a las explicaciones. ¿Por qué se ha dado una ola de regresión en todo el mundo en los últimos años del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI? Y ¿por qué esa ola ha arrastrado consigo a unos países, mientras que otros han escapado por poco y otros más no se han visto afectados por ella?

Parte I

# CONTEXTOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS

## ¿Qué hay detrás de la oleada de erosión democrática?

Las primeras elecciones en las que Donald Trump salió elegido presidente, en el 2016, desconcertaron a los politólogos estadounidenses. Todo lo que habíamos aprendido durante décadas de análisis de las causas de la inestabilidad democrática nos decía: eso no puede ocurrir aquí.

Desde el principio, la elección de Trump prometía turbulencias importantes. Durante su campaña presidencial del 2016, Trump ya había hecho trizas unas reglas que nos parecían tan «normales» que ni siquiera reparábamos en ellas, de la misma manera que un hablante nativo de un idioma cumple unas normas gramaticales que ni siquiera es capaz de explicar. Reglas como: *No acusar a un gran grupo étnico nacional de estar integrado por criminales y violadores*, y *No animar a los militantes que acuden a los mítines a atacar violentamente a los manifestantes (ni prometerles que, si lo hacen, tendrán cubiertos los costes legales)*. Y *No ir suplicando a un poder extranjero rival que genere información desfavorable acerca de tu oponente (menos aún, en público)*.<sup>1</sup> En las siguientes dos campañas Trump también se dedicó a romper las normas, como cuando acusó a sus oponentes de planear fraudes electorales masivos.

Ya como presidente, continuó pisoteando las normas. Sus acciones y comportamientos preocupaban a los politólogos, también a los que llevamos a cabo nuestra investigación en partes del mundo donde las dictaduras han sido habituales. El fenómeno Trump, junto con otros declives paralelos en la calidad de la democracia en diversos países, generó importantes estudios, incluidos libros ampliamente difundidos de Steven

Levitsky y Daniel Ziblatt, y del historiador Timothy Snyder.<sup>2</sup> Un equipo de analistas políticos, entre los que figuro, fundó una organización, Bright Line Watch, en el 2017. Nuestro objetivo era rastrear, en los meses y años siguientes, si Estados Unidos se estaba alejando de una forma de gobierno democrática, y hasta qué punto. Con ese propósito, llevamos a cabo una serie de encuestas en las que pedimos a varios expertos que indicaran cuáles les parecían las facetas más importantes de la democracia, y cómo pensaban que le estaba yendo a Estados Unidos.<sup>3</sup> Muy pronto ampliamos la muestra e incluimos a todo el público estadounidense en general.

En agosto del 2018, hacia la mitad del segundo año del primer mandato de Trump, Bright Line Watch pidió a los expertos que puntuaran las acciones y declaraciones del presidente, tanto en grado de relevancia como en grado de anomalía.<sup>4</sup> De este modo, cada declaración o acción podía ser «irrelevante y normal», «relevante y normal», «irrelevante y anómala» o «relevante y anómala». Los expertos colocaron en la casilla de *relevante/anómala* la machacona descripción de la prensa por parte de Trump como «el enemigo del pueblo»; sus repetidos llamamientos a abrir investigaciones criminales contra su antigua oponente, Hillary Clinton, y su feroz crítica pública dirigida a las agencias federales de investigación criminal y de inteligencia. Por lo tanto, lo que los expertos consideraban más alarmante, en aquel momento, eran las *declaraciones* de Trump, más que sus *acciones*.

Al final del primer mandato de Trump, cuando Bright Line Watch planteó la misma pregunta, los expertos consideraron que muchas de sus palabras y *también* sus acciones eran relevantes y anómalas: incitar un asalto al Capitolio para interrumpir la ratificación del nuevo presidente, presionar a funcionarios en varios estados para que anularan los resultados electorales y solicitar al Tribunal Supremo que hiciera lo mismo.<sup>5</sup>

Todo esto resultaba sorprendente. Décadas de investigación habían llevado a los académicos a ver Estados Unidos como un candidato muy poco probable para la inestabilidad democrática. En la investigación académica anterior, un factor destacado como causante de la inestabilidad

era el subdesarrollo económico: la democracia muere en los países pobres, no en los ricos. Otro factor que se identificaba como determinante para la solidez de las democracias era simplemente el aguante: mueren las democracias jóvenes, no las viejas. ¿Cómo podía ser que la democracia más vieja del mundo estuviera en peligro en el país más rico del mundo?

#### LA ESTADÍSTICA AL SERVICIO DEL ESTUDIO DE LA DEMOCRACIA

Una larga y reputada tradición académica ha empleado datos cuantitativos de los países de todo el mundo para tratar de responder a preguntas acerca de los regímenes políticos: democracias, autocracias e híbridos de ambas. A finales de los años cincuenta, Seymour Martin Lipset, un gigante en los campos de la política y la sociología comparadas, quiso desvelar «algunos requisitos sociales de la democracia», tal y como planteaba el título de su artículo.<sup>6</sup> Lipset pensaba que los países ricos tenían más probabilidades de ser democracias. Clasificó los países en cuatro categorías, en función de sus regímenes políticos: podían ser democracias estables, democracias inestables, dictaduras inestables o dictaduras estables. Entonces Lipset pasó a comparar niveles medios de riqueza, distribución de la renta, número de aparatos de radio per cápita y alfabetización, entre otros factores, en estas cuatro tipologías de país. Halló un patrón bastante consistente según el cual la tipología de los países más democráticos era también la de los más ricos, los más alfabetizados y más desarrollados. Lipset concluyó que el desarrollo económico hacía que un país tuviera más probabilidades de ser una democracia.<sup>7</sup>

El artículo de Lipset todavía es ampliamente leído y citado, a pesar de que no cumple los estándares actuales de análisis estadístico.<sup>8</sup> Como es tanto lo que hay en juego, para la ciudadanía y para las relaciones internacionales, a la hora de definir si los sistemas políticos de los países son democráticos, autocráticos o una combinación de ambos, las cuestiones a las que se enfrentó Lipset han seguido despertando un gran interés, más

aún con la «tercera ola» de democratización, que comenzó en los años ochenta.<sup>9</sup> Varios equipos de investigación han empleado técnicas estadísticas que permiten abordar los problemas que suscita el estudio de Lipset, con los cimientos económicos como foco de interés principal. Dos factores ampliamente considerados como indicadores de la resistencia de las democracias, en una época en la que la principal amenaza consistía en un golpe de Estado militar, eran el índice de desarrollo económico y la edad de la democracia: cuánto tiempo llevaba desarrollándose la democracia sin interrupciones.

En el siglo XXI, un sorprendente debilitamiento de la democracia en ciertos países llevó a los expertos a comprobar de nuevo los datos. Volvieron a los modelos más antiguos para calcular la probabilidad de declive democrático en las democracias más viejas y ricas, representadas por la experiencia de Estados Unidos. Pero cuando agregaron a esos modelos los datos que describían Estados Unidos en torno al 2016, descubrieron que el riesgo de debilitamiento democrático era minúsculo: uno entre tres mil, según un experto; prácticamente cero, de acuerdo con otro.<sup>10</sup>

Lo que ocurría era que las fórmulas a las que habían recurrido los expertos se habían creado en una época en la que la principal amenaza para la democracia era el golpe de Estado militar. A pesar de que Trump trató de obtener la ayuda del Ejército para mantenerse en el poder tras perder las elecciones en el 2020, es lógico pensar que la probabilidad de que haya un golpe de Estado en Estados Unidos sea ínfima. Y durante el primer mandato de Trump, podría considerarse que la estadounidense no era una democracia moribunda sino, más bien, quebradiza.

Necesitábamos un modelo nuevo, uno que funcionara mejor a la hora de «predecir» el hecho incontestable de que la democracia estadounidense estaba bajo presión, de un modo sin precedentes, como lo estaba en muchos otros países. El viejo modelo heredado no se ajustaba a la nueva realidad.

Por eso, mi colega Eli Rau y yo nos pusimos a investigar qué factores podrían estar presentes en el proceso de erosión de una veintena de democracias en todo el mundo. Tal vez Estados Unidos representara un

valor atípico: quizá, en general, los países más pobres eran más propensos a sufrir una regresión. Otro factor económico que merecía la pena explorar era la desigualdad salarial. Las brechas salariales habían crecido en la mayoría de las regiones del mundo en las últimas décadas del siglo XX. Y los principales académicos en activo durante la primera década del siglo XXI sostenían que, en teoría, una distribución salarial desigual debilitaría la democracia.<sup>11</sup> De modo que tal vez la desigualdad fuera la culpable del reciente pico de regresión democrática.

## LAS CAUSAS DE LA EROSIÓN

Para explorar la relación entre la erosión democrática y los posibles factores que la explicaban, Rau y yo llevamos a cabo una serie de análisis estadísticos, para lo cual reunimos unas grandes bases de datos transnacionales. El análisis estadístico básicamente indica si un determinado factor explicativo tiene relación con la probabilidad de erosión democrática, qué grado de incremento o descenso del riesgo de erosión podemos esperar con determinadas alteraciones de este factor, y qué grado de seguridad tenemos de que cualquier efecto o relación que detectemos pueda ser debida al azar.<sup>12</sup>

Algunos de los modelos (los «bivariantes») incluyen una sola variable explicativa e información acerca de si un país ha experimentado erosión democrática en un determinado año, mientras que otros modelos (los «multivariantes») incluyen más variables explicativas de manera simultánea. Los modelos multivariantes nos permiten saber si el efecto aparente de una variable depende de que otra variable esté presente o ausente en el modelo. Por ejemplo, los países que son pobres tienden a experimentar una gran desigualdad. Un modelo que incluya tanto una medición de la desigualdad (el coeficiente de Gini)<sup>13</sup> como una medición de la riqueza nacional (PIB per cápita) nos dirá si la relación aparente entre la desigualdad y la erosión (observada en el modelo bivalente) se sostiene

en un modelo que también incluya el PIB. (La respuesta es que sí se sostiene.)

La desigualdad es muy relevante, también la riqueza nacional, pero no lo es tanto la edad de la democracia. Lo que descubrimos fue que la desigualdad salarial era *el* factor clave de riesgo económico para la erosión democrática.

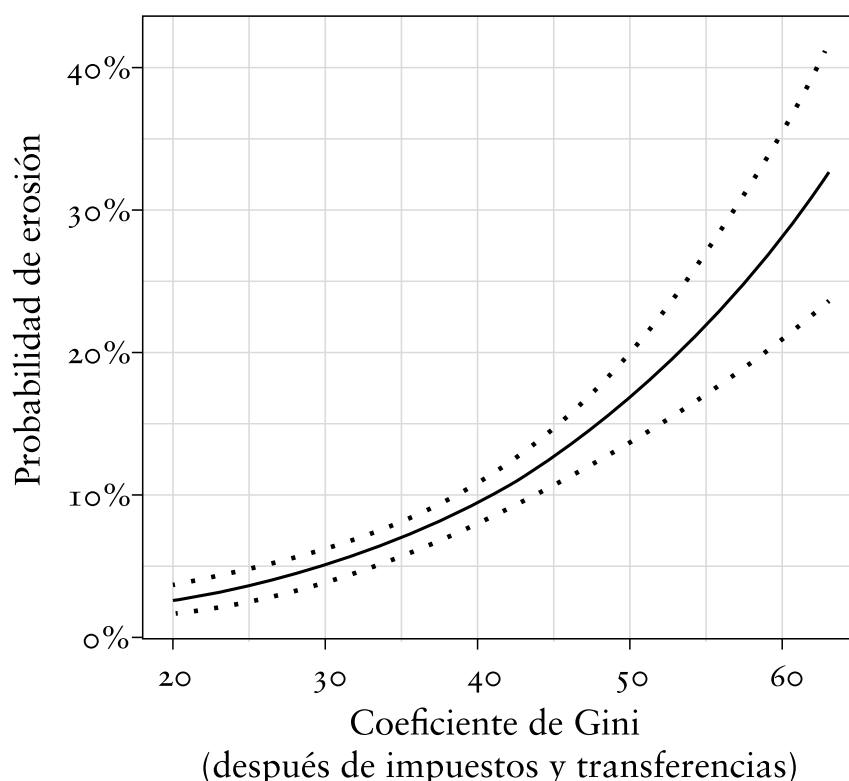
La relación estadística entre la desigualdad y la erosión era muy robusta: por mucho que lo intentáramos, resultaba muy difícil librarnos de ese resultado estadístico. La asociación entre la desigualdad salarial y la erosión se sostenía bajo numerosas mediciones diferentes del grado de desigualdad,<sup>14</sup> y en los cien modelos diferentes que calculamos. Se manifestaba en los modelos diseñados para revelar si una alteración en la desigualdad salarial dentro de un país afectaría al riesgo de erosión en ese país. También en los modelos que incluían una variedad de controles estadísticos. Y también cuando eliminábamos a Estados Unidos, y a cualquier otro país, de uno en uno, y repetíamos el análisis. Y se sostenía cuando, en lugar de calcular la probabilidad de que ocurriera una regresión democrática en un año determinado, analizábamos sólo los años electorales y hasta qué grado la desigualdad salarial determinaba la probabilidad de que un regresor saliera elegido. Menos desenchufar los ordenadores, lo probamos todo, sin conseguir que el efecto de la desigualdad desapareciera.

Nuestro descubrimiento reveló que el caso de Estados Unidos bajo el primer mandato de Trump constituía un valor menos atípico de lo que pudiera parecer. La distribución salarial muy desigual del país lo dejaba a expensas de un mayor riesgo de regresión que cualquier otra democracia en la que la renta estuviera distribuida de manera más igualitaria.

La Figura 2.1 presenta la relación entre una distribución salarial desigual y el riesgo de regresión. Muestra la probabilidad de que un país sufra erosión en un año determinado, con relación a su nivel de desigualdad salarial. Este riesgo oscila entre cifras de un solo dígito en los países más igualitarios hasta el 32 por ciento en los que tienen mayor desigualdad. Los países más igualitarios, con coeficientes de Gini menores, incluyen lugares como Suecia, Austria y Francia: su grado de riesgo de regresión es leve.

Entre los países con mayor desigualdad salarial se incluyen Brasil, Venezuela y Sudáfrica. Estos alcanzan un riesgo de uno entre tres de experimentar regresión en un año determinado. (Estos tres países, en efecto, han involucionado.)

*Figura 2.1. Desigualdad y probabilidad de erosión*



*Nota:* Predicción de probabilidades e intervalos de confianza asociados del 95 por ciento, calculados a partir de un modelo de regresión logística bivalente que incluye únicamente la desigualdad y la erosión democrática. Los datos del coeficiente de Gini son del periodo 1995-2020 y provienen de la Base de Datos Estandarizada de la Desigualdad Salarial Mundial (SWIID, v9.3).

Si se comparan Estados Unidos y Suecia, estos contrastes se hacen más evidentes. En Suecia, las diferencias entre los ricos y los pobres son pequeñas (aunque estas diferencias se han incrementado, como veremos en el siguiente capítulo). En el año 2017, sólo un trece por ciento de todas las democracias tenía un coeficiente de Gini más bajo que Suecia. Nuestro modelo coloca las posibilidades anuales de erosión para Suecia en el cuatro por ciento. Estados Unidos es un país con una brecha muy grande entre ricos y pobres: su coeficiente de Gini es mayor que el del sesenta por ciento

de las democracias. Y su riesgo de erosión es más del doble que el de Suecia: nueve por ciento en un año determinado.

Un riesgo anual del nueve por ciento es casi trescientas veces mayor que el riesgo de uno entre tres mil, que es el riesgo estimado que daban como resultado los modelos antiguos, los viejos modelos diseñados originalmente para predecir, principalmente, la interrupción de una democracia mediante el golpe de Estado.

A pesar de que detectamos una relación robusta entre la desigualdad y la regresión, existen, ciertamente, algunas excepciones. Para empezar, estamos detectando *factores de riesgo*. De la misma manera que es posible que alguien que haya fumado toda su vida no llegue a padecer cáncer de pulmón, algunos países con una alta desigualdad pueden no acabar con un presidente o un primer ministro que desmantele sus instituciones democráticas. (Colombia es un ejemplo.)<sup>15</sup> Y hay agrupaciones de países en los que la desigualdad parece comportarse de manera diferente. Un ejemplo de este tipo de agrupación de países es la Europa Central y del Este, donde las distribuciones salariales son relativamente igualitarias –un legado de la era comunista–, aunque en los últimos años la desigualdad ha ido creciendo. Y varios de ellos han sufrido erosión democrática. Entre ellos se incluyen Hungría, Polonia, Serbia y Ucrania. El modelo se ajusta al caso de Rusia. Rusia no aparece en la mayoría de las listas de regresores democráticos de los investigadores por la sencilla razón de que nunca se ha vuelto lo suficientemente democrática como para involucionar demasiado. Pero Rusia es, también, un país con un coeficiente de Gini por debajo de la media –es decir, está por encima de la media en igualdad salarial– y, en torno a mediados de los años noventa, parecía estar en vías de convertirse en una democracia, hasta que involucionó a lo que es hoy: un sistema autoritario.

En los países de Europa Central y del Este, creemos que el *cambio* en la desigualdad salarial es lo que resulta relevante, más que el grado. La desigualdad puede sobresalir por ser alta o porque se haya incrementado a un ritmo desconcertante, como ocurrió tras la caída del comunismo.

Tan reveladores como los factores que colocan a los países en peligro resultan aquellos que no lo hacen. Un factor que no lo hace es la *edad de la democracia*: el número de años transcurridos desde que un país se convirtió en una democracia y durante los cuales su sistema democrático no se ha visto interrumpido. En el 2017, la democracia más antigua, que entonces cumplía 218 años, era Estados Unidos; la más joven, con cinco años de vida, era Kosovo. Pero, basándonos únicamente en la longevidad, la democracia estadounidense no estaba más a salvo de la erosión que la de Kosovo. Incluso cuando eliminamos Estados Unidos de nuestra muestra y repetimos los cálculos del modelo estadístico, los resultados indican que una larga historia de democracia ininterrumpida no protege a los países de la erosión. Las democracias más viejas están relativamente protegidas del riesgo de un golpe de Estado, pero no lo están ante el peligro de la regresión.

¿Qué papel desempeñan la pobreza o el subdesarrollo económico? Varios estudios importantes que siguieron al de Lipset demostraron que los países pobres tienen una menor probabilidad que los países ricos de ser democracias.<sup>16</sup> Y que los países pobres corren un mayor riesgo de sufrir un golpe de Estado.<sup>17</sup> Nuestra investigación demuestra que el subdesarrollo económico también pone la democracia en un elevado riesgo de sufrir erosión.<sup>18</sup>

Nos preguntábamos si la desigualdad era más relevante en los países pobres que en los ricos. Por ejemplo: unos índices de desigualdad altos tal vez incrementen el riesgo de regresión democrática en Sudáfrica, un país relativamente pobre, en mayor medida que en Estados Unidos, que tiene desigualdad, pero es un país rico. El resultado indicó que no ocurre así. De hecho, en todo caso, ocurre lo contrario: la desigualdad es una amenaza mayor en los países ricos que en los países pobres.<sup>19</sup>

Las lecciones aprendidas hasta ahora, por lo tanto, son que los países que involucionan son típicamente más desiguales que aquellos que no sufren regresión. Puede parecer que son más pobres, pero la renta nacional

es un factor menos importante. Y, de media, no son democracias más jóvenes que los países en los que no ha tenido lugar la erosión.

### *Contagio*

Cuando un conjunto amplio de países pasó de la dictadura a la democracia en los años ochenta y noventa, los investigadores intuían que estos acontecimientos no eran completamente independientes entre sí. Tal vez los dictadores de los países que se transformaron más tardíamente se vieran influidos por el ejemplo de los países a su alrededor y reaccionaran al ver las barbas de sus vecinos pelar. En Perú, la dictadura cayó pronto, en 1980. La de Chile lo hizo más tarde, en 1989. La hipótesis era que había una mayor probabilidad de que Chile se convirtiera en una democracia, al margen de que otros factores permanecieran igual, por el hecho de que Perú y los principales países vecinos ya se habían liberado de sus dictaduras.

La investigación estadística respaldó esta intuición, y centró la atención sobre las dinámicas de *demonstración* o *contagio*.<sup>[20](#)</sup>

Tal vez el contagio esté operando también en la oleada de erosión democrática que se observa a principios del siglo XXI. Quizá los regresores precoces hayan sido una fuente de inspiración para otros posteriores. Hugo Chávez constituye el embate más temprano de la última oleada. Él amplió el poder ejecutivo y debilitó la prensa, la Asamblea legislativa nacional, los tribunales y el sector público. Una de las estrategias que empleó, como ya se ha mencionado, fue redactar una nueva Constitución que le otorgara un mayor poder ejecutivo. La táctica de reescribir la Constitución fue imitada posteriormente por otros líderes de Latinoamérica que erosionaron sus propias democracias, como hicieron Rafael Correa en Ecuador, en el 2008, y Evo Morales en Bolivia, en el 2009.<sup>[21](#)</sup>

Los efectos de la dinámica de demostración también parecen operar en otros casos. Viktor Orbán emprendió su proceso de debilitamiento de la democracia húngara en el 2010, al comienzo de su segundo mandato en el poder. Trump, al igual que otros etnonacionalistas de derechas en diversos

lugares, admiraba a Orbán y trató de emularlo. Jair Bolsonaro, que fue elegido presidente de Brasil en el 2018 –poco después de que, en el 2016, Trump ganara las elecciones en Estados Unidos– era fan de Trump: aceptó varias invitaciones para acudir a la Casa Blanca y a Mar-a-Lago, la propiedad de Trump en Florida. Como le ocurrió a Trump en el 2020, Bolsonaro tampoco salió reelegido y reaccionó declarando que su derrota no se había producido por una mayoría de votos sino por fraude electoral. Al igual que los partidarios de Trump, los de Bolsonaro atacaron con violencia la sede del Gobierno nacional en pleno traspaso del poder presidencial.

¿Están respaldadas por la estadística estas evidencias anecdóticas de contagio? Para comprobarlo, empleamos nuestros modelos, a los que añadimos una variable que simplemente registraba el año de cada observación.<sup>22</sup> El hecho de incluir el dato del año que se está observando nos dice, por ejemplo, si Bolivia en el 2005 tenía menos probabilidad de sufrir regresión que Bolivia en el 2015. En el 2005, había tres países que habían comenzado un proceso de erosión democrática. Una década después, en el 2015, diecisiete países habían sufrido periodos de regresión: catorce casos más que podrían servir de ejemplo a seguir para los líderes bolivianos.<sup>23</sup>

Y nuestros resultados muestran, en efecto, que, durante los primeros años de la oleada global de erosión, la probabilidad de que un país determinado involucionara era menor que durante los últimos años dentro de ese mismo periodo. En otro modelo estudiamos el efecto de la acumulación de años de erosión en la probabilidad de que otra erosión ocurriera, con resultados similares. En ambos casos, el efecto de la desigualdad se mantiene robusto: una vez controlada la variable del año que está bajo observación, la desigualdad sigue constituyendo una fuerte variable predictora de la erosión.

¿Cuál es la potencia de nuestro modelo estadístico? Una manera de verlo es imaginar a una experta en riesgo país que está evaluando dos democracias y necesita decidir cuál de las dos corre un mayor riesgo de sufrir erosión democrática en el futuro. Podría escoger al azar, como si

lanzara una moneda al aire. La mitad de las veces acertaría y la otra mitad, no. Si empleara nuestro modelo en lugar del método de la moneda, la probabilidad de acierto ascendería hasta el ochenta por ciento.<sup>24</sup>

*Un apunte sobre el entorno  
cambiante de los medios de comunicación  
y la erosión democrática*

Otro acontecimiento de finales del siglo XX y principios del XXI, aparte de la desregulación y la globalización económica, fue la revolución digital, que provocó un cambio profundo en el modo en que la gente accede a las noticias y a la información. La coincidencia temporal *per se* no es la única razón por la que resulta tentador echar la culpa de la erosión de muchas democracias a la revolución digital en general y a las redes sociales en particular. Hoy, en las democracias, la ciudadanía obtiene gran parte de la información a través de las redes sociales, cuyo uso aumentó más del quíntuple entre el 2005 y el 2023, de mil millones de personas usuarias a cinco mil cuatrocientos millones.<sup>25</sup> Se estima que, en su mayor parte, el discurso político que se maneja en las redes sociales está generado por «burbujas de opinión».

Dado que los debates que tienen lugar *online* aíslan a las personas usuarias de puntos de vista distintos a los suyos o de información política contraria a sus expectativas, se considera que estos debates contribuyen a la polarización. Y la polarización es un factor en la erosión democrática.

No analizo la proposición, digamos, de que el uso de redes sociales podría estar estadísticamente relacionado con la erosión. La sociología pone en duda esta proposición.<sup>26</sup> La polarización ideológica tiene unos orígenes complejos y, en muchos contextos, precede a la aparición de las redes sociales e incluso a la revolución digital. Una investigación cuidadosa indica que las redes sociales contribuyen a la polarización sólo en un pequeño grado.<sup>27</sup> Las personas usuarias de redes sociales están expuestas a

puntos de vista opuestos en un mayor grado de lo que a menudo se piensa, y los discursos ideológicos no siempre son tan antagónicos como a veces imaginamos. Asimismo, estas personas suelen tener un mayor compromiso político que la media de la ciudadanía, algo que tiende a convertirlas en consumidoras más lúcidas de las noticias y los «hechos» que ven *online*. Además, las agencias de noticias tradicionales tienen cuentas en las redes sociales y una presencia *online* consolidada, de manera que quienes consumen información en el entorno digital tienen acceso a las noticias de los medios tradicionales y por lo tanto pueden aumentar la precisión de su conocimiento político.<sup>[28](#)</sup>

Aun así, la preocupación por el impacto de un entorno mediático polarizado en la calidad de la democracia no está fuera de lugar. Las redes sociales ciertamente permiten que los líderes eviten los medios tradicionales, con su ética periodística y su comprobación de datos, y lancen su mensaje al electorado de manera rápida y barata. Estos líderes pueden, de este modo, difundir información falsa a sus seguidores.

Una vez se ha establecido la polarización, probablemente resulte más difícil arrancarla de raíz en un mundo de canales de noticias por cable, de emisoras de radio extremistas y de redes sociales que si el contexto fuera otro. Pero para adquirir una mayor comprensión de las causas de la erosión democrática, debemos tener en cuenta unos contextos político-económicos más amplios, como se verá en los siguientes capítulos.

\* \* \*

El hecho de que la oleada de erosión democrática tuviera lugar tras un periodo de globalización y reformas mercantiles sugería que la desigualdad salarial desempeñaba un papel importante, una suposición que ha quedado confirmada en este capítulo. Sin embargo, la correlación estadística es una cosa y la explicación, otra muy distinta. Para desenmarañar los vínculos entre la desigualdad y la erosión de la democracia, me adentro en la reciente historia de cambios económicos y políticos que han tenido lugar en una serie de países tras la liberalización y la globalización de los mercados. ¿Qué cambios experimentaron los sistemas de partidos?, ¿por qué estos

cambios han dado paso, a veces, a líderes deseosos de dismantelar unas instituciones fundamentales para sus democracias? En los capítulos 3 y 4 doy respuesta a estas preguntas.

## La derecha etnonacionalista

En este capítulo explico cómo ciertos procesos en las democracias ricas, que se remontan a los años ochenta, con el tiempo produjeron profundos cambios en los sistemas de partidos; unos cambios que finalmente impulsarían el crecimiento de los partidos y movimientos etnonacionalistas de derechas. Irónicamente, el auge del etnonacionalismo de derechas tuvo mucho que ver con una serie de cambios previos en la naturaleza y el reclamo de los partidos de centro izquierda. Estos partidos de izquierda vieron cómo poco a poco mermaba su identidad como representantes de la clase obrera, y finalmente gran parte de su electorado pasó a redirigir su apoyo hacia los nuevos y enérgicos etnonacionalismos de derechas.

Hoy, los partidos tradicionales de centro izquierda a menudo se quejan de aquellos procesos, que los han dejado en una posición electoral vulnerable. Les preocupa que la pérdida del apoyo de la clase obrera sea el resultado de errores pasados, de una serie de malas decisiones. O culpan de la pérdida del apoyo de las clases trabajadoras a errores en las estrategias de campaña y de comunicación. Pero, en realidad, el declive del apoyo de la clase obrera hunde sus raíces décadas atrás, cuando estos partidos empezaron a ampliar sus coaliciones, con el fin de incluir a urbanitas liberales con un mayor nivel de estudios. Con esta ampliación para acoger a estas nuevas secciones del electorado, los partidos de centro izquierda y los socialdemócratas estaban respondiendo a unas motivaciones creadas por el cambio social: por el declive de la industria manufacturera, la expansión de la educación superior y los movimientos demográficos del campo a las ciudades. Es más, si es cierto que los estrategias de los partidos de izquierda

cometieron un error, lo cometieron de un modo similar en Estocolmo, Londres, Washington y en los centros de poder de un montón de democracias ricas. Quizá no fueran culpables de cometer errores sino más bien de una falta de previsión a largo plazo, a la hora de calcular hasta qué punto el hecho de abrirse a las clases medias educadas diluiría su imagen de partido defensor de la clase obrera.

Al distanciamiento de estos partidos de sus antiguas bases se le sumó la distancia social entre los cargos electos y la población con las rentas más bajas. Los escaños del Parlamento y sus brazos ejecutivos no están llenos de agricultores, peones o líderes sindicales, sino de pudientes abogados, médicos y empresarios.<sup>1</sup> Esta distancia social no se limita, en modo alguno, a la izquierda. Es un fenómeno que atraviesa ideologías y se extiende en todo el mundo: la ciudadanía con las rentas más bajas encuentra muy pocos líderes de partido que compartan sus experiencias. Esta distancia social facilitó aún más que los partidos de izquierda perdieran de vista las luchas, las frustraciones y las humillaciones de la vida diaria en los países con una renta polarizada.

\* \* \*

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la discusión política en las democracias ricas giraba en torno a los partidos socialdemócratas y los partidos conservadores: el Partido Demócrata y el Republicano en Estados Unidos, el Laborista y el Conservador en el Reino Unido, el Socialdemócrata y el Moderado en Suecia, entre otros muchos. Los partidos socialdemócratas reunían a una coalición formada por la clase obrera industrial, que estaba en gran parte organizada en sindicatos, y por algunos trabajadores del sector terciario con salarios medios y bajos. Los partidos conservadores crearon coaliciones integradas por empresarios, directivos y empleados del sector terciario con salarios altos y, en algunos contextos, el electorado rural. La izquierda dio prioridad a las políticas dirigidas a la redistribución de la renta y a la seguridad frente al riesgo social (la enfermedad, el desempleo, la ancianidad). La derecha era

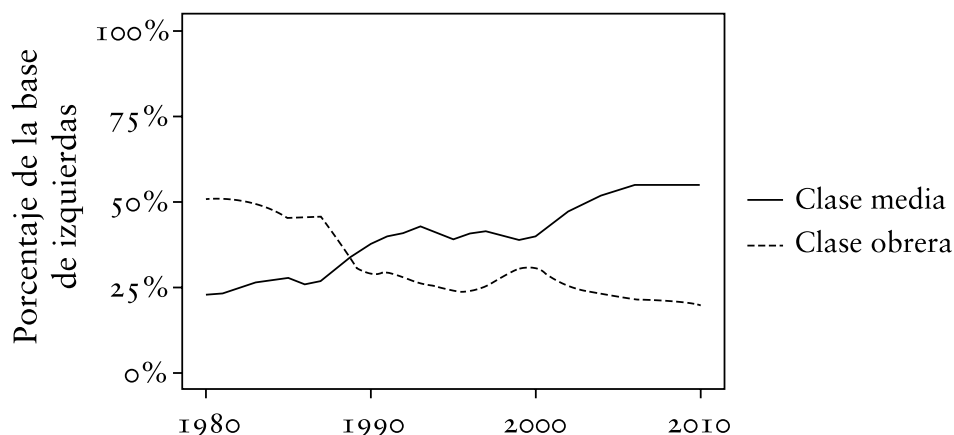
favorable a un Gobierno limitado, con una regulación ligera y una redistribución muy pequeña.<sup>2</sup>

Ya a principios de los años ochenta, el desarrollo económico y las transformaciones sociales habían reducido los sectores manufactureros y ampliado el tercer sector. El movimiento obrero se vio debilitado. Asimismo, las políticas socialdemócratas empezaron a sufrir presiones, con las crisis petroleras, la inflación y la competición de las economías industriales emergentes del sur global.

Ante estos cambios, los partidos socialdemócratas se encontraron con una motivación para ampliar su electorado atrayendo a trabajadores de las clases medias y a profesionales urbanitas liberales con estudios superiores. A pesar de que mantuvieron sus posturas como defensores de los trabajadores y de la protección social, su popularidad en expansión debilitó su identidad como partidos de la clase obrera. Los primeros años de la década de los noventa fueron testigos del auge paralelo de los nuevos demócratas en Estados Unidos, los nuevos laboristas en el Reino Unido y la tercera vía en el norte de Europa. La postura de los partidos de izquierda en cuanto al gasto social y a la integración del mercado global viró hacia la de los partidos conservadores, sin llegar a converger enteramente con esta.

El giro de los partidos de izquierda en la Europa occidental desde un electorado principalmente obrero a un electorado principalmente de clase media se ilustra en la Figura 3.1, que se basa en la investigación de Gingrich y Häusermann (2015), quienes explican que «los partidos de izquierda han atraído un importante apoyo electoral por parte de partes concretas de la clase media en expansión, en sustitución de una base obrera cada vez más pequeña».<sup>3</sup>

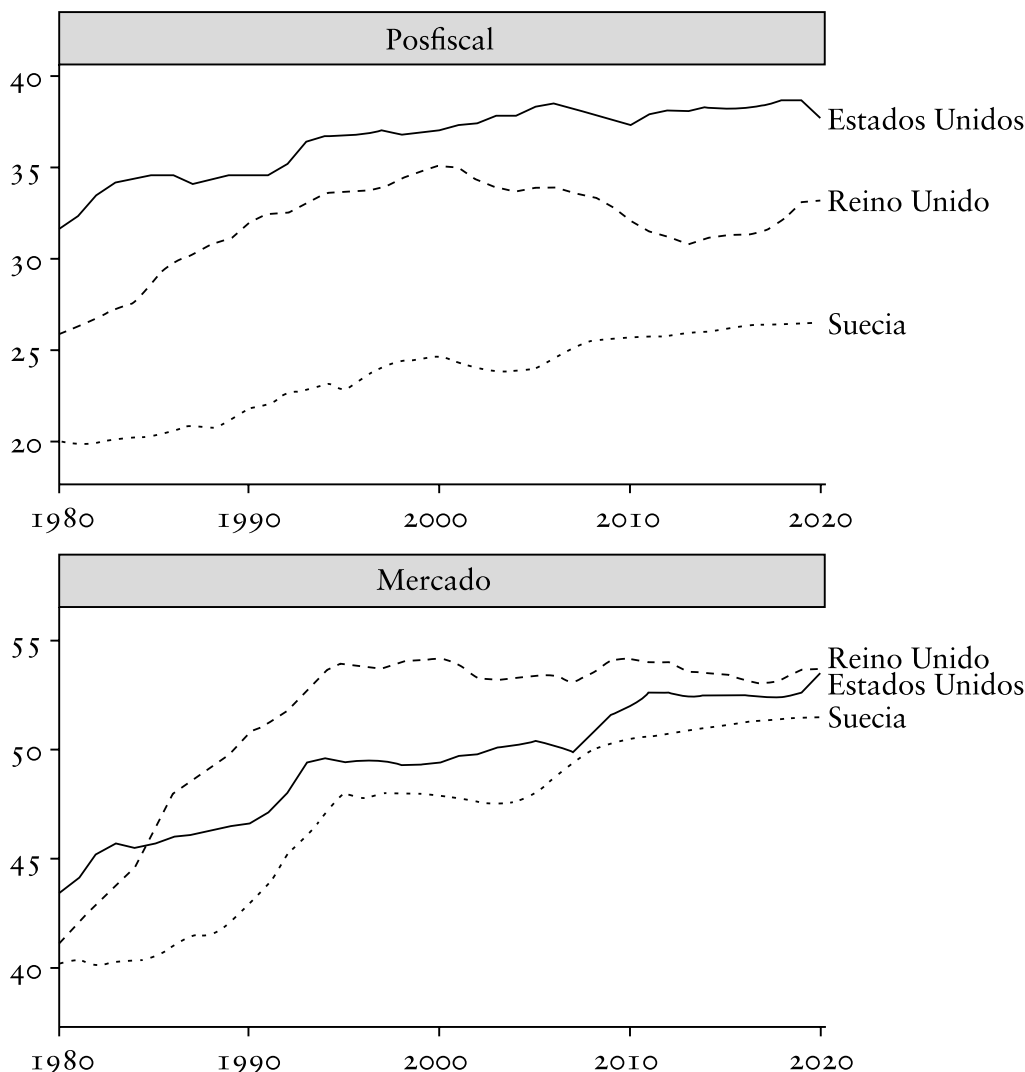
*Figura 3.1. Porcentaje de apoyo a los partidos de izquierda en Europa por parte del electorado de clase obrera y de clase media, 1980-2010*



*Nota:* Datos de Gingrich y Häusermann (2015). El gráfico presenta el porcentaje de media móvil bienal de la participación electoral de los partidos de izquierdas procedente del electorado de clase media y del de clase obrera, sin contar a la población jubilada ni a las personas desempleadas. Los datos son de quince países europeos. Gingrich y Häusermann definen a los partidos de izquierdas como integrados por los socialdemócratas, los socialistas, los comunistas y los verdes. Las autoras toman los datos del Eurobarómetro y de la Encuesta Social Europea.

Estas transiciones coincidieron con un crecimiento de la desigualdad salarial. Salvo contadas excepciones, entre 1980 y el 2010 las brechas entre la ciudadanía rica y la pobre crecieron considerablemente. La Figura 3.2 muestra estas tendencias en Estados Unidos, el Reino Unido y Suecia.<sup>4</sup> Gran parte del incremento de la desigualdad salarial en las últimas décadas del siglo XX se debió a la subida estratosférica de los salarios y los activos del diez por ciento más rico de la ciudadanía.<sup>5</sup> Pero, tras la crisis del 2008, la dinámica cambió. Noam Lupu y Jonas Pontusson estudian los cambios en la distribución de la renta en quince democracias avanzadas. En todos estos países, menos en cinco, la participación de la renta del diez por ciento más rico disminuyó entre el 2008 y el 2018: el aumento de desigualdad indicaba unos salarios estancados para la ciudadanía de las clases baja y media.<sup>6</sup>

*Figura 3.2. Coeficientes de Gini en las rentas después de impuestos (disponible) y en las rentas de mercado, Estados Unidos, Reino Unido y Suecia, 1980-2020*



*Nota:* Un mayor coeficiente de Gini indica una mayor desigualdad. Los datos provienen de la Base de Datos Estandarizada de la Desigualdad Salarial Mundial (SWIID, v9.3).

Por lo tanto, el siglo XXI comenzó su andadura en un momento en el que el legado de la identidad de las izquierdas como representantes de las clases trabajadoras se había diluido, mientras que el legado de la derecha mantenía su compromiso con un Gobierno limitado y una redistribución muy modesta. Este siglo se inauguró, además, en un periodo de estancamiento salarial persistente entre los estratos más bajos. Estos procesos abrieron un espacio que sería ocupado por los partidos de la derecha etnonacionalista.

Ellos se llevarían el apoyo de los sectores políticamente descuidados del electorado de renta más baja.

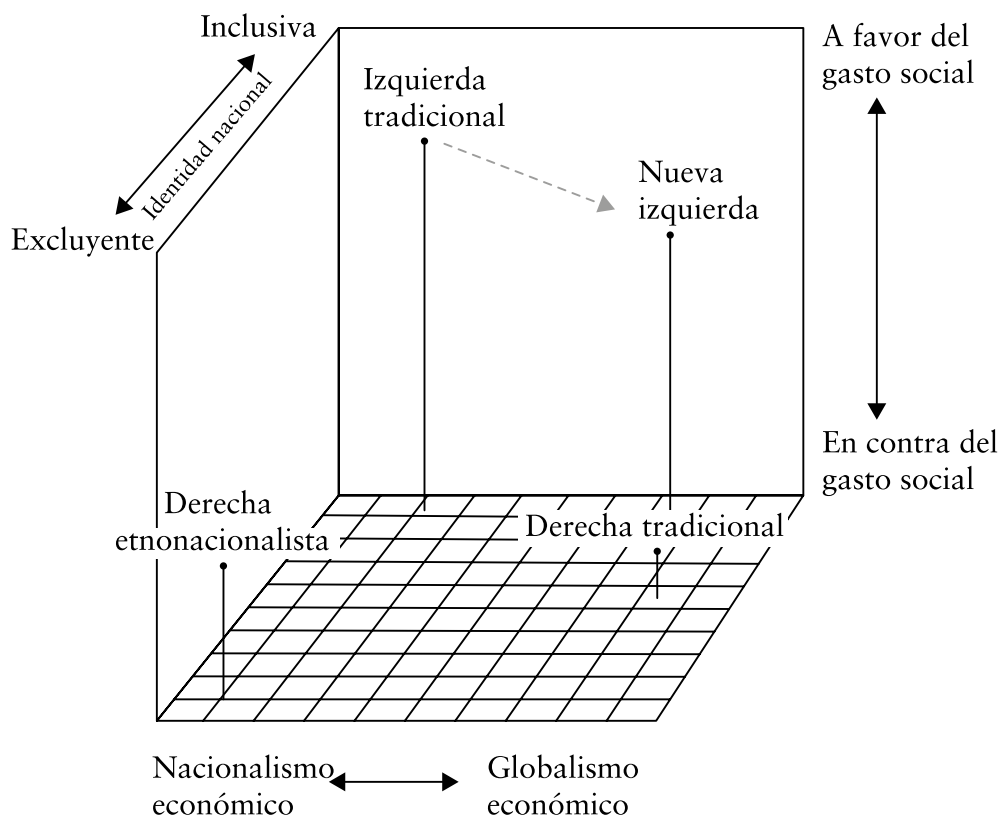
### UN NUEVO ESPACIO POLÍTICO PARA LA DERECHA ETNONACIONALISTA

En las democracias avanzadas, ¿en qué se diferenciaban las nuevas fuerzas etnonacionalistas del legado de los partidos de izquierdas y de derechas?<sup>7</sup> La Figura 3.3 ilustra los posicionamientos de los partidos en tres dimensiones:

1. Postura con respecto al gasto social: ¿debe el Estado ampliarse y dar apoyo mediante prestaciones sociales generosas, o limitarse y evitar el gasto social?
2. Apertura económica: ¿cómo de integrada o protegida debe estar la economía nacional con respecto a los mercados globales?
3. Identidades nacionales: ¿enfatisa el partido una identidad nacional basada en un grupo étnico, religioso o racial mayoritario? ¿O define al «pueblo» de manera amplia e inclusiva? (¿O la construcción misma de una identidad nacional esencial apenas tiene prominencia en los mensajes y políticas del partido?)<sup>8</sup>

Unos nuevos aspirantes políticos, a menudo escindidos de los partidos tradicionales de derechas, respondieron ante este panorama cambiante. Ofrecían una combinación de nacionalismo económico, una definición de la identidad nacional agresivamente excluyente y una postura en cuanto a la distribución de la renta y las políticas sociales que los colocaba algo más cerca de la posición de la izquierda y más lejos de sus antecesores de derechas. Eran los etnonacionalistas de derechas, y se forjaron un espacio hacia el rincón inferior izquierdo y delantero de la Figura 3.3.

*Figura 3.3. Tres dimensiones del posicionamiento de los partidos en las democracias avanzadas*



*Nota:* La posición de cada tipo de partido es aproximada. Para un análisis más preciso de la posición de los partidos en el Reino Unido y en Suecia, véanse las Figuras 3.7 y 3.10.

Esta evolución describe, en términos generales, la trayectoria seguida por una multitud de países ricos. Pero también tuvo su equivalente en otras democracias, incluidas varias de los antiguos países comunistas en la Europa Central y del Este. En Polonia, los Gobiernos de coalición liderados por Plataforma Cívica (*Platforma Obywatelska*, PO) estuvieron en el poder desde el 2007 hasta el 2015. Plataforma Cívica ocupaba posiciones parecidas a las de la derecha tradicional en otros lugares. Favorecía un Estado racionalizado, la apertura económica y una identidad nacional inclusiva. En el 2015, fue derrotado por Ley y Justicia (PiS), un partido cuya posición se ajusta a la que corresponde al rincón izquierdo delantero/inferior de la Figura 3.3. El partido Ley y Justicia, junto con sus socios de coalición, que estuvieron en el poder entre el 2015 y el 2023,

revirtieron el rumbo de las decisiones del Gobierno anterior de subir la edad de jubilación y recortar el gasto social, al tiempo que adoptaban una postura antagónica con la Unión Europea. Además, el Gobierno de Ley y Justicia cultivó una cultura política nostálgica de la grandeza del pasado de Polonia.<sup>9</sup> También siguió de manera agresiva el manual autocrático en sus acciones dirigidas contra los tribunales, la prensa, la sociedad civil y en otros contextos.<sup>10</sup>

Estas dinámicas se pueden encontrar, asimismo, en algunos países de renta media. La India es un ejemplo de ello. La desigualdad salarial se incrementó bruscamente en la era de las reformas favorables al mercado en la India, entre el año 1990 y el estallido de la crisis financiera global: unas reformas llevadas a cabo en los años noventa, bajo el Partido del Congreso, de centro izquierda, y su primer ministro, P. V. Narasimha Rao. El partido de derechas preponderante que emergió en este periodo fue el Partido Popular Indio (*Bharatiya Janata Party*, BJP). El BJP es un partido nacionalista hinduista cuya retórica y políticas desprecian y marginan a la minoría musulmana india. En sus primeros años, el BJP se aseguró el apoyo de una base electoral de las clases pudientes, al tiempo que construía una masa de simpatizantes entre las castas más bajas. Y logró este truco de malabarismo proporcionando beneficios sociales al electorado hinduista de las castas bajas a través de terceros, mediante organizaciones religiosas.<sup>11</sup> Esta estrategia persistió bajo el Gobierno de BJP de Narendra Modi.<sup>12</sup>

Brasil es otro país con una renta media y un alto índice de desigualdad en el que un líder de derechas ha erosionado su democracia.<sup>13</sup> La vía emprendida por Jair Bolsonaro se apartaba en algunos aspectos de la vía etnonacionalista. Ciertamente, atacó a los pueblos originarios indígenas de la región amazónica, unas poblaciones pequeñas y vulnerables. Pero en lugar de echar pestes contra el «otro» religioso, étnico o inmigrante, el principal mensaje de Bolsonaro fue uno de odio ideológico dirigido contra los líderes del partido socialdemócrata y contra sus simpatizantes. El odio recíproco entre los líderes de los partidos sentó las bases de las identidades políticas y sociales polarizadas de Brasil.<sup>14</sup>

Volviendo a las democracias avanzadas, como decíamos, en el año 1990, los partidos tradicionales de izquierdas estaban virando hacia abajo (hacia una reducción del gasto social) y hacia la derecha (a favor del globalismo): hacia la derecha en la Figura 3.3.<sup>15</sup> La derecha tradicional, sin embargo, cambió poco, aunque su postura a favor de un Gobierno limitado se hizo más extrema en muchos países. La derecha promovía un Gobierno más reducido y de menor injerencia, y la integración en la economía mundial (con matices, en función de la estructura económica de cada país). La derecha tradicional también ocupaba una postura intermedia en la dimensión de la identidad nacional: si bien podía albergar inclinaciones xenófobas, tendía a no destacar especialmente estas posturas.<sup>16</sup> Por lo tanto, la derecha ocupaba la parte derecha inferior al fondo del cubo de la Figura 3.3.

Estos cambios abrieron oportunidades para nuevos tipos de partidos. La derecha etnonacionalista en las democracias avanzadas adoptó unas posturas que, comparadas con la derecha tradicional, eran más excluyentes en cuanto a la etnia, ligeramente más a favor de la redistribución y económicamente nacionalistas. En comparación con la izquierda, las posiciones de la derecha etnonacionalista eran económicamente más excluyentes y nacionalistas, y menos favorables al gasto social. De ahí que se sitúen en el rincón izquierdo frontal inferior del cubo.

De hecho, al juntar la dimensión vertical y la de profundidad, algunos partidos etnonacionalistas se acogen a lo que se conoce como «chovinismo del bienestar»: favorecen un generoso gasto estatal pero sólo para el verdadero «pueblo». Un ejemplo lo encontramos en un discurso que pronunció Donald Trump en el 2016: «En lugar de ofrecer una sanidad gratuita y empleos a millones de refugiados, tenemos que reconstruir nuestros barrios pobres y cuidar de los americanos».<sup>17</sup>

¿Qué impacto tienen los cambios demográficos y la inmigración en el ascenso de los partidos etnonacionalistas de derechas? Una posibilidad, con relación a la inmigración, es que el aumento del número de migrantes llegados a Europa, a Estados Unidos y a otros lugares, durante los flujos que se produjeron a principios del siglo XXI, provocara ansiedad entre la

ciudadanía, y esa preocupación entonces fuera adoptada por los líderes políticos y los partidos. En el otro extremo, también es posible que unos políticos emprendedores tal vez se sirvieran de la inmigración como un elemento oportuno para avivar las preocupaciones de la ciudadanía y crearse, así, un nuevo espacio en el sistema de partidos. Sin su lenguaje incendiario, en este sentido, el sentimiento antiinmigración habría estado ausente o se habría mantenido en un nivel relativamente bajo y estable.

Ninguna explicación es suficiente, por sí misma, para dar cuenta del auge de la derecha etnonacionalista en el siglo XXI. Ciertamente, se da la circunstancia de que la migración internacional ha alcanzado nuevos máximos en este siglo, a causa de los cambios políticos (por ejemplo, la expansión de la Unión Europea a diez nuevos países en el 2004), de los conflictos internacionales (por ejemplo, la guerra civil del 2011 en Siria, que produjo millones de refugiados en los años siguientes) y del colapso económico (por ejemplo, el colapso de la economía venezolana, que envió oleadas de migrantes hacia Estados Unidos y a varios países latinoamericanos).

Mucha gente que sentía que la habían dejado atrás en lo económico, en efecto, percibía a la población migrante como una amenaza. Pero el sentimiento antiinmigrante también lo exacerbaban políticos ambiciosos que vieron ahí un asunto que podría catapultarlos y ponerlos por delante de sus rivales. En Estados Unidos, las reacciones hostiles hacia los inmigrantes fueron el resultado combinado de los flujos de migrantes a nuevas áreas del país y de la retórica de los líderes nacionales, que presentaron esos flujos recientes como una amenaza.<sup>18</sup> A medida que esta retórica se hacía más incendiaria, lo mismo ocurría con la sensación de crisis y de pérdida potencial de la identidad nacional entre grandes franjas del electorado.

El Reino Unido ofrece una sólida evidencia de que los partidos etnonacionalistas han sido una fuente de desinformación exacerbada acerca de los migrantes. Durante la campaña electoral del 2015, tanto las agencias de noticias como los partidos políticos tradicionales usaron Twitter para difundir información acerca de las cifras de migrantes que llegaban al país. Los politólogos analizaron el impacto de la exposición a estos tuits sobre la

veracidad de las creencias del electorado británico acerca del número de migrantes.<sup>19</sup> La exposición a tuits generados por las agencias de noticias tradicionales mejoraba la veracidad de las creencias de la gente, mientras que la exposición a los tuits patrocinados por los partidos hacía que los británicos sobreestimarán el número de migrantes. La mayor parte de los tuits patrocinados por partidos provenían del partido antiinmigración, el Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP).

En el resto de Europa, un estudio realizado en Italia mostró que las comunidades que habían sufrido recortes de los servicios públicos, tras la reforma del 2010, redirigían su apoyo hacia los partidos antiinmigración. Los recortes aupaban a los partidos antiinmigración, incluso a pesar de que formaban parte de unos procesos de reforma que nada tenían que ver con la presencia de los inmigrantes. Las autoras concluyeron que los recortes en servicios públicos «incrementaban la preocupación por la inmigración, y los partidos de extrema derecha relacionaban cada vez más los servicios públicos con la inmigración en su retórica posterior» a los recortes.<sup>20</sup>

Los partidos etnonacionalistas se implantaron en los sistemas de partidos de diferentes formas. En algunos países, como Estados Unidos, un etnonacionalista lideró una facción para hacerse con el mando del partido de derechas tradicional. En otros, como el Reino Unido, una facción fuertemente etnonacionalista surgió a partir del Partido Conservador tradicional, sin remplazarlo.<sup>21</sup> Y en otros más, como en Suecia, los etnonacionalistas formaron nuevos partidos que competían, y a veces se aliaban en coalición, con la derecha tradicional.

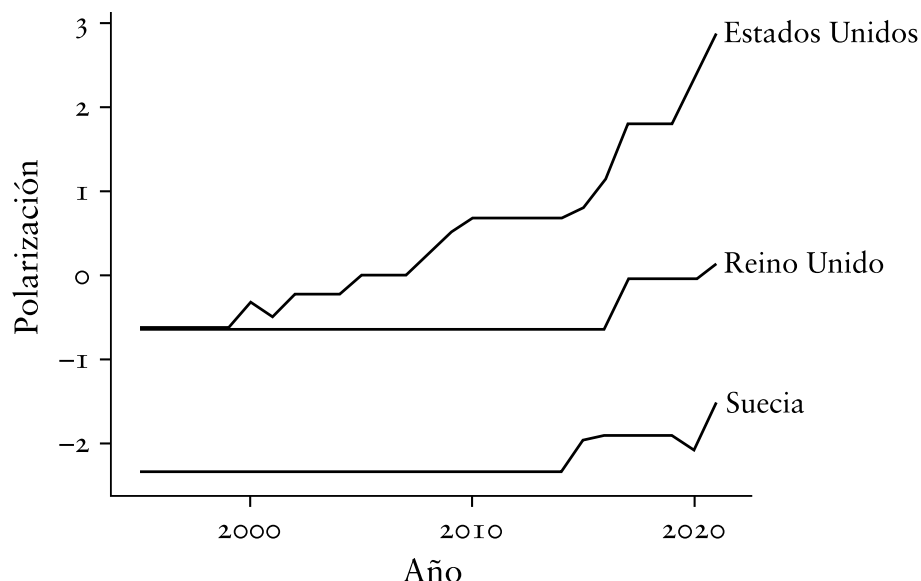
No todos estos partidos etnonacionalistas de derechas han ganado elecciones. Incluso cuando lo han conseguido, no todos han emprendido un proceso de desmantelamiento de las normas democráticas o de destrucción de las instituciones democráticas. Aun así, su inclinación antiinstitucional ha llevado a muchos a emprender una regresión de la democracia. Su sentimiento antiinstitucional era, en parte, una consecuencia de su necesidad de resquebrajar el poder de los partidos políticos tradicionales. Pero las circunstancias podían envalentonarlos o apaciguarlos. Los países con unas distribuciones salariales menos polarizadas tendían también a

tener unos políticos menos polarizados y, por lo tanto, eran menos propensos a sufrir una regresión democrática.

La relación entre la desigualdad salarial y la polarización ideológica no es en absoluto simple. Pero, en los tres países que exploro en mayor profundidad en este capítulo –Estados Unidos, el Reino Unido y Suecia–, la polarización y la desigualdad van de la mano. La Figura 3.4 rastrea los cambios en el nivel de polarización de los partidos entre 1995 y el 2020 en los electorados de los tres países.<sup>22</sup> Los tres sufrieron un incremento de la polarización en el siglo XXI. El aumento de la polarización ideológica en Estados Unidos comenzó antes y creció hasta hacerse mucho más grande que en el Reino Unido. Suecia comenzó y permaneció en un nivel considerablemente más bajo de polarización. Estos niveles relativos de polarización, y las alteraciones que experimentaron, se hacen eco de las tendencias en la desigualdad salarial mostradas en la Figura 3.2.

El cubo de la Figura 3.3 es, por fuerza, una simplificación que pasa por alto, por ejemplo, las diferencias entre líderes y facciones dentro de los partidos políticos. El análisis que realizo a continuación explora esta complejidad añadida. También arroja luz sobre las circunstancias en las que las fuerzas etnonacionalistas han intentado y logrado, intentado y fallado, o no intentado siquiera, erosionar sus democracias.

*Figura 3.4. Polarización afectiva de los partidos en el electorado estadounidense, británico y sueco*



*Nota:* Los datos proceden de respuestas de expertos del instituto V-Dem a la pregunta «¿Está la sociedad polarizada entre bandos políticos antagónicos?». Las cifras que aparecen en el eje vertical indican la medida de posición en un índice que oscila aproximadamente entre -4 (menos polarizada) y 4 (más polarizada).

## LA EROSIÓN DEMOCRÁTICA EN UNA DEMOCRACIA RICA: ESTADOS UNIDOS

La democracia se consolida cuando [...] nadie puede imaginarse actuando fuera de las instituciones democráticas bajo las que acaba de perder.

ADAM PRZEWORSKI<sup>23</sup>

El 6 de enero del 2021 fue la primera vez que un presidente norteamericano rechazó su deber constitucional de traspasar el poder de manera pacífica al siguiente.

LIZ CHENEY,  
congresista estadounidense<sup>24</sup>

En Estados Unidos, la erosión democrática tuvo lugar tras medio siglo de crecimiento de la desigualdad salarial y de aumento de la polarización

ideológica. Los economistas Emmanuel Saez y Gabriel Zucman señalan que, en las tres primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial, el sólido crecimiento de la economía estadounidense estuvo distribuido de manera bastante igualitaria. «Desde 1946 hasta 1980, el crecimiento estaba distribuido de manera equitativa, y todos los grupos salariales tuvieron una tasa de crecimiento anual del dos por ciento (excepto el uno por ciento más alto, que creció a un ritmo menor)». Después de 1980, «el crecimiento se distribuyó de manera desigual, con poco crecimiento para los grupos salariales más bajos, un crecimiento mediocre para la clase media, y un crecimiento explosivo en las rentas más altas».<sup>25</sup>

Junto con una desigualdad salarial creciente, a lo largo de cincuenta años se ha producido un declive de la confianza en las instituciones estadounidenses, en especial en la institución política nacional. Tras documentar este declive, dos expertos investigadores de la opinión pública sugieren que esto «tal vez pueda atribuirse a una polarización política que tiene su origen en la creciente desigualdad salarial y en la segregación en Estados Unidos».<sup>26</sup> Los politólogos expertos en política estadounidense apuntan a otros procesos que también han contribuido a la polarización ideológica, especialmente una estructura mediática cada vez más segmentada por partidos, una clasificación por partidos de los patrones geográficos de residencia y los crecientes vínculos entre organizaciones y movimientos, y los partidos políticos.<sup>27</sup>

Este es el contexto económico y político-cultural en el que una figura con grandes dotes para la demagogia llevó a su partido hacia una posición etnonacionalista de derechas, para erosionar bruscamente la democracia estadounidense.

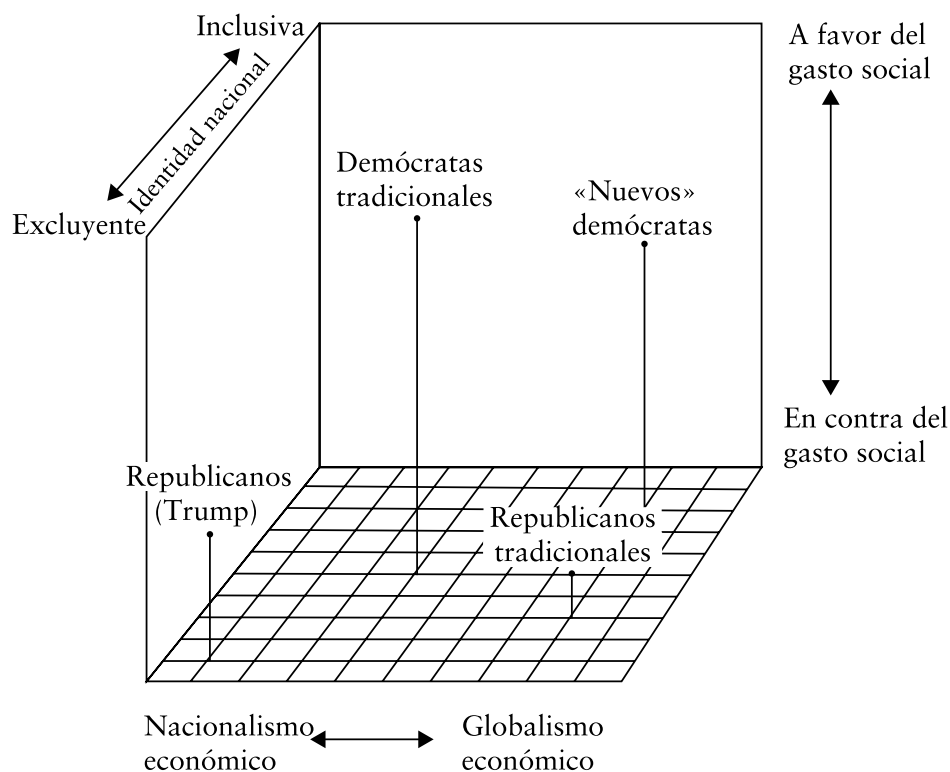
### *Desarrollos sociales y cambio de partido en Estados Unidos*

En los años ochenta, la economía estadounidense comenzó a perder la industria manufacturera frente a competidores extranjeros. Las empresas

estadounidenses se mudaron a otros países en busca de unos salarios más bajos. Además, las regiones del Cinturón de Óxido perdieron industrias manufactureras cuando las empresas se trasladaron a los estados sureños, donde las condiciones favorecían a las empresas, con sueldos más bajos y una escasa red sindical. (La salida de las empresas fue la causante de ese «óxido».) La desaparición de empleos bien pagados para personas sin estudios superiores y el declive del movimiento sindical son parte de la historia de creciente desigualdad salarial que se muestra en la Figura 3.2.<sup>28</sup>

Estas grandes tendencias estuvieron acompañadas de cambios en el posicionamiento y el estilo de los dos principales partidos políticos: unos cambios que ayudarían a allanar el terreno para que el etnonacionalismo se hiciera con el GOP (*Grand Old Party*, el «viejo gran partido», el Partido Republicano) en el siglo XXI. En los años ochenta, el Partido Republicano comenzó a adoptar una postura antigubernamental y de austeridad más acusada, virando hacia abajo en la dimensión vertical de la Figura 3.5. El presidente Ronald Reagan fomentó la opinión de que el Gobierno era siempre el problema, nunca la solución. Su máxima, repetida con frecuencia, era: «Las nueve palabras más aterradoras de la lengua inglesa son “Soy del Gobierno y he venido aquí para ayudar”». En 1985, un lobista conservador antiimpuestos con estrechos vínculos con el GOP, Grover Norquist, pronunció su famosa frase de que su objetivo era «recortar el Gobierno hasta la mitad» en veinticinco años, «para reducir su tamaño hasta que podamos ahogarlo en la bañera». En una época posterior, la visión de que el Gobierno Federal al completo no era de fiar avivaría un nihilismo radical hacia las instituciones, al que se acogieron muchos de los líderes del partido y gran parte de su electorado.

Figura 3.5. Tres dimensiones del posicionamiento de los partidos en Estados Unidos



Nota: Las posiciones de los partidos son aproximadas.

Sin embargo, el estilo de Reagan era suave, y su retórica en la campaña de 1980, por lo general, inclusiva.<sup>29</sup> En un claro contraste con respecto al tono de los políticos posteriores («el bien contra el mal», «ser implacables»), en 1980 Reagan hizo todo lo posible por evitar declaraciones polarizantes sobre los demócratas. En su discurso de campaña, se refería al Partido Demócrata con educación y amabilidad:

Sé que en este lugar y frente a este público tendría que dirigirme no sólo a nuestros compañeros republicanos sino a los demócratas, y a los independientes también. Y espero que así sea. Porque, en primer lugar, no podemos cambiar el rumbo en el que nos encontramos sin vosotros. Sois bienvenidos, necesitamos vuestra ayuda y vuestro apoyo en una cruzada para cambiar el rumbo de este país.<sup>30</sup>

Ahí donde otros líderes estadounidenses posteriores describirían a sus oponentes como malintencionados, Reagan declaraba que el entonces

presidente, Jimmy Carter, del Partido Demócrata, tenía buenas intenciones, pero era incompetente:

Los importantes asuntos de nuestra época han caído en manos de personas *cuyas motivaciones ciertamente no se ponen en cuestión*, pero cuya comprensión fundamental de cómo dirigir América es, lamentablemente, deficiente.

Reagan se impuso en las elecciones de 1980, en parte porque obtuvo el apoyo de los cristianos evangélicos, que habían apoyado a Carter en 1976, un cristiano renacido del sur. Gracias a ello, Reagan reforzó el atractivo del Partido Republicano para el electorado blanco sureño.

En la Figura 3.5, la posición conservadora tradicional (republicana) en la dimensión de profundidad refleja la postura del partido en la clase de asuntos que preocupaba a los cristianos conservadores: temas como el aborto y la homosexualidad. La raza nunca está lejos de la superficie en la política estadounidense, pero las apelaciones a la raza por parte de Reagan tendían a estar implícitas en el mensaje. De ahí que su argumento contra el gasto social evocara la idea de la «reina de los subsidios», un término empleado para justificar recortes en el gasto social: la reina de los subsidios, en la mente de gran parte del electorado, era una mujer negra.<sup>31</sup>

Para el Partido Republicano, la dimensión de profundidad adquiriría una mayor prominencia en las décadas posteriores. Sus líderes declararían, de formas más explícitas, que unos enemigos internos, además de los externos, amenazaban a la población estadounidense.

Si pasamos al Partido Demócrata, como en muchas otras democracias avanzadas durante las últimas décadas del siglo xx, la izquierda se había ido alejando de posturas favorables a un Gobierno más amplio y a un nacionalismo económico, virando hacia abajo en la Figura 3.5 con respecto a la dimensión del tamaño del Gobierno y hacia la derecha en la dimensión del nacionalismo económico. Después del periodo de Reagan, los demócratas buscaron una fórmula para recuperar el apoyo del electorado rural, sureño, blanco, de clase obrera. Bill Clinton era uno de los miembros del grupo de los nuevos demócratas, un antiguo gobernador de un estado

del sur que, junto con otros, trató de redefinir el partido tras la derrota de las elecciones en los años de Reagan y George H. W. Bush. En 1996, el presidente Clinton firmó la Ley de Responsabilidad Personal y Oportunidades Laborales: una política de subsidios al desempleo que dirigía los beneficios hacia el «pobre que lo merecía». La reforma de 1996 fue consecuencia de las negociaciones entre Clinton y el presidente de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, un republicano polarizante.<sup>32</sup> Los nuevos demócratas también estaban a favor de la integración económica global. Clinton era un gran defensor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) con Canadá y México, que había negociado su predecesor republicano y que era recibido con escepticismo por el movimiento obrero estadounidense.

Por lo tanto, en los términos que establece la Figura 3.5, el Partido Demócrata viró de la posición del Partido Demócrata tradicional a la de los nuevos demócratas: se desplazó hacia abajo en el eje vertical, lejos de anteriores posturas más firmes sobre el gasto social, y hacia la derecha en el eje horizontal, alejándose del nacionalismo económico y acercándose a la integración con los mercados globales.

Por supuesto, en un país tan extenso y heterogéneo como Estados Unidos, ambos partidos aglutinan unas complejas coaliciones. Por eso es difícil situarlos con exactitud incluso en un espacio tridimensional. Es difícil precisar *la* posición del Partido Demócrata tradicional. En la era de las leyes Jim Crow, el partido atrajo a los blancos de los estados del sur, a los liberales del nordeste y a los obreros organizados del Medio Oeste. Después de la Ley del Derecho al Voto de 1965, el partido atravesó un largo periodo de transición. La posición del Partido Demócrata tradicional, tal y como aparece en la Figura 3.5, puede leerse como una especie de media de las distintas posiciones de las diversas expresiones regionales y facciones del partido.

Es más, el alejamiento de las posiciones de la izquierda tradicional no fue en modo alguno un desplazamiento universal dentro del partido político. Hubo voces que persistieron en posturas favorables a la redistribución y al nacionalismo económico, y que resurgieron en el siglo XXI. El senador

Bernie Sanders fue una de las más destacadas.<sup>33</sup> Su postura con respecto a la desigualdad salarial se ubica en la parte superior de la dimensión vertical, cerca de la de la izquierda tradicional. Condenaba a «los superricos, que cuentan con una riqueza que escapa a la comprensión –enormes yates, *jets* privados, miles de millones de dólares, más dinero del que podrían gastar en miles de vidas– mientras, al mismo tiempo, millones de personas tienen que luchar para poder alimentar a sus familias o para vivir bajo un techo o para conseguir dinero para ir al médico».<sup>34</sup>

Hasta la elección de Trump, en el 2016, el Partido Republicano se mantenía fiel a sus posturas favorables a la empresa, a la austeridad y al globalismo económico. Antes de Trump, en el GOP se sucedieron varias rondas de rebelión contra lo que sus miembros consideraban como un despilfarro por parte de los demócratas, y contra cualquier desviación de la ortodoxia del Gobierno limitado entre los republicanos. El movimiento Tea Party y, en la Cámara de Representantes, el Freedom Caucus fueron expresiones de esta línea dura conservadora. Por su parte, en el lado demócrata, el presidente Barack Obama logró un equilibrio entre el ala progresista y el ala centrista del partido, manteniendo la postura favorable a la integración global de los nuevos demócratas, al tiempo que conseguía aquello en lo que Clinton había fracasado: la introducción de la reforma de la sanidad. Gracias a sus potentes dotes oratorias y a un tono optimista al estilo de Reagan, Obama convenció y trajo de vuelta a muchos de los sectores del electorado que se habían pasado al GOP en las campañas presidenciales desde la época de Reagan.

El liderazgo del GOP consideraba a Obama como una amenaza. Recibió la promulgación de la Ley del Cuidado de la Salud Asequible (ACA, también conocida como Obamacare) con aversión. La elección de un presidente negro, además, despertaba los instintos más descaradamente racistas del partido. El perfil político de Trump subió con su defensa del movimiento «*birther*», cuando lanzó la afirmación falsa de que Obama había nacido en Kenia y, por lo tanto, constitucionalmente no era apto para ser candidato a la presidencia.

La candidatura presidencial de Trump en 2016 y su presidencia fueron el comienzo del gran cambio para el Partido Republicano. El propio Trump entrañaba muchas contradicciones. Cultivaba una imagen de empresario de éxito —«mucho, mucho, mucho éxito»<sup>35</sup> e inmensamente rico, y al mismo tiempo se presentaba como antielitista y amigo de la clase obrera, como cuando declaró: «Me he pasado mi vida profesional entre obreros de la construcción, albañiles, electricistas y fontaneros. Me siento más cómodo entre la clase trabajadora que con los ejecutivos de Wall Street».<sup>36</sup>

Para los republicanos, Trump representaba una solución a un dilema al que se enfrentan muchos partidos favorables al sector empresarial: cómo maniobrar para tener el apoyo popular sin alienar al electorado y a los donantes procedentes de las élites. Para seducir al electorado de las clases bajas, Trump se fue alejando de la ideología contraria al gasto social y favorable a un Gobierno limitado que había definido al Partido Republicano tradicional. Su historial real se ajustaba bastante a esta doctrina, como demuestra su reforma fiscal del 2017 y sus repetidos intentos de revocar la Ley del Cuidado de la Salud Asequible (ACA). Pero Trump era asimismo consciente de que una intervención demasiado vigorosa para reducir el gasto gubernamental podría desagradar a su electorado principal. Por ejemplo, antes de las elecciones de mitad de mandato del 2022, reprendió a aquellos de sus socios republicanos que exigían recortes radicales en programas sociales como la Seguridad Social y Medicare. Por lo tanto, mientras la mayoría de los líderes del partido seguían defendiendo con firmeza el Gobierno limitado, una brecha se abría entre estos y otros que iban subiendo levemente en la dimensión vertical de la Figura 3.5.

Un desplazamiento vertical hacia arriba de los republicanos supondría acercarse a la posición de los partidos etnonacionalistas en Europa. Los expertos europeos que rastrean el posicionamiento de estos partidos consideran que «ahora, por lo general, [estos partidos] representan posturas centristas en la política económica, combinadas con unas posturas pronunciadamente conservadoras en el clivaje cultural», especialmente en lo que concierne a la inmigración.<sup>37</sup> Sin embargo, el desplazamiento de los etnonacionalistas de derechas en Estados Unidos no se ajusta tanto a la

realidad como el de sus homólogos europeos, quizá por el papel desmesurado de los intereses financieros en las campañas electorales estadounidenses y en el diseño de las políticas.

El etnonacionalismo es la unión de los reclamos étnico y nacionalista.<sup>38</sup> Se basa en unas reacciones altamente emocionales, la clase de respuesta que experimenta la gente que se considera la esencia de la nación cuando percibe a los «otros» como una amenaza. A pesar de este poder emocional del etnonacionalismo, los líderes que lo usan lo hacen con fines estratégicos. Su intención es trazar una clara división entre «nosotros» y «ellos», pero trazarla justo en el lugar que les genere el máximo apoyo político. Si un líder etnonacionalista designa a demasiados grupos como los «otros», y la suma de estos grupos da como resultado un sector demasiado amplio de la población, entonces la estrategia puede ser contraproducente.

La táctica ideal de los etnonacionalistas consiste en integrar en la definición de los «otros» a grupos que sean lo suficientemente reducidos y cuya influencia sea lo bastante irrelevante como para que su exclusión facilite, y no bloquee, el camino de los etnonacionalistas hacia el poder. Una definición ideal del «otro» son los inmigrantes que no pueden votar y cuya amenaza sobre la ciudadanía puede enfatizarse y exagerarse con facilidad.

El etnonacionalismo de Donald Trump incluye unas diatribas extremadamente duras contra los inmigrantes. Trump emplea un lenguaje que induce al miedo, como cuando presenta a los inmigrantes, en su mayoría, como criminales: asesinos, violadores y traficantes de drogas. También usa un lenguaje que produce repugnancia, otra poderosa emoción humana. De ahí que haya acusado a los inmigrantes de robar y comerse a las mascotas de sus vecinos, de «envenenar la sangre de nuestro país» y de «traer enfermedades».<sup>39</sup>

Espolear las tensiones étnicas y raciales es, por supuesto, una vieja estrategia en la política estadounidense. Para contrarrestar el poder de atracción de los demócratas sobre el electorado de rentas más bajas mediante los programas sociales, los etnonacionalistas de derechas convencen al electorado de clase obrera de que los programas sociales

suponen para ellos una subida de los impuestos y beneficios para otras personas. En el caso concreto del Partido Republicano, estas son tácticas tradicionales para construir una coalición de los sectores empresarial, obrero y de clase media del electorado. Con el viraje del partido hacia el etnonacionalismo de derechas, la retórica de antagonismo hacia los «otros» se ha vuelto más explícita, más extrema y, a veces, violenta.

La población estadounidense de raza negra constituye aproximadamente el mismo porcentaje sobre la población de Estados Unidos que la población inmigrante que no cuenta con la ciudadanía, pero la primera tiene más poder político, incluido el derecho al voto. La postura de Trump hacia la población negra ha sido cambiante, desde el racismo abierto hasta un intento de obtener el apoyo de esta sección del electorado. Las estrategias que ha empleado con respecto a otros grupos, como el electorado latino o judío, también han sido ambivalentes, alternando entre la búsqueda de su apoyo y los mensajes de desprecio o la decisión de no distanciarse de otros que desprecian a estos sectores de la población.<sup>40</sup>

El giro del Partido Republicano posterior al 2016 hacia el etnonacionalismo lo desplaza hacia el frente en la Figura 3.5.

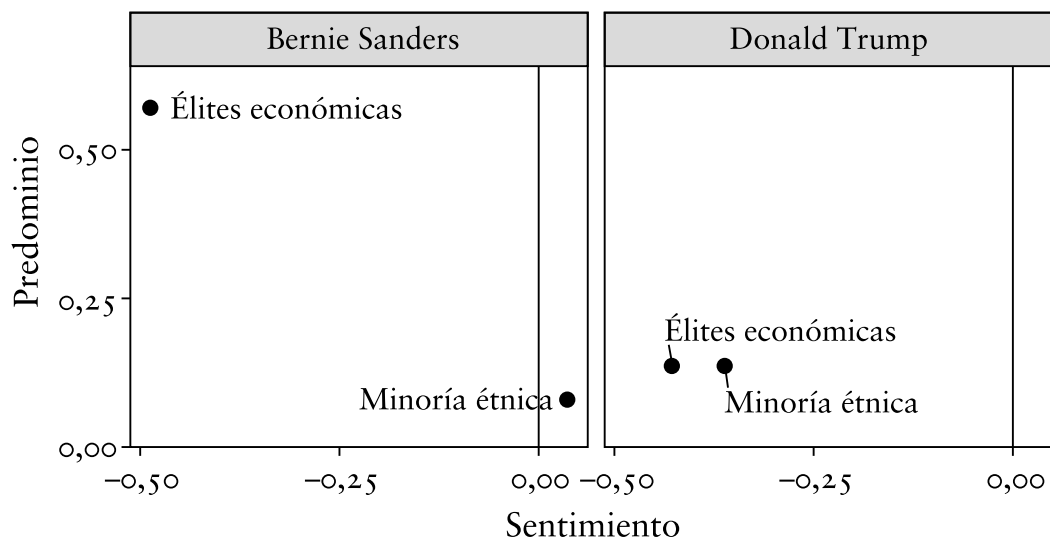
Trump también diseñó un giro hacia la izquierda en la dimensión horizontal del nacionalismo económico. En cumplimiento de su objetivo de poner a «América primero», ha fomentado la implementación de aranceles al comercio y ha virado de acuerdos comerciales multilaterales a acuerdos bilaterales.

En realidad, la postura antiinmigración de Trump interfirió en su nacionalismo económico. En el 2015, durante el anuncio de su candidatura, declaró: «Cuando México envía a su gente, no están enviando a los mejores [...]. Están enviando a gente que tiene muchos problemas». Es un enunciado extraño, dado que los procesos migratorios generalmente están impulsados por las decisiones descentralizadas de familias y personas individuales, no por directrices de un «ellos» indeterminado. Pero, para Trump, esa formulación es relevante. Una de las razones por las que la retórica etnonacionalista es tan poderosa es que la gente es sensible a un discurso en el que se les dice que alguien les está haciendo algo malo a

propósito, una cuestión que analizo en mayor profundidad en el capítulo 7. En este caso, la potente ficción era que, supuestamente, el Gobierno mexicano, de forma deliberada, estaba enviando a criminales, dementes y a gente sucia al otro lado de la frontera, para victimizar a la población estadounidense.

La Figura 3.5 muestra cómo el etnonacionalismo y el populismo retórico de Trump moldearon un espacio singular en la política de partidos estadounidense, que se desplaza hacia la izquierda tradicional en las dimensiones económicas al tiempo que incorpora un fuerte componente de antagonismo étnico. Este giro se hace patente si se compara la retórica de Trump con la de Sanders, cuyas posturas, como se ha mencionado anteriormente, reflejan las posiciones de la izquierda tradicional. Ipek Çınar, Andrés Uribe y yo realizamos la comparativa entre Trump (etnonacionalista) y Sanders (izquierda tradicional), que se ilustra en la Figura 3.6.<sup>41</sup> Reunimos un gran número de discursos de los candidatos a la presidencia y aplicamos técnicas estadísticas para analizar su frecuencia y tono: si empleaba lenguaje positivo, neutral o negativo cuando hablaba de determinados grupos clave.

*Figura 3.6. Cómo debatieron Donald Trump y Bernie Sanders acerca de las élites económicas y las minorías etnorraciales (2016)*



*Nota:* Datos de Çınar, Stokes y Uribe (2020). Las cifras en el eje vertical muestran la proporción de discursos en los que Sanders y Trump mencionaron a las élites económicas y a las minorías étnicas. Las cifras en el eje horizontal se refieren a los resultados del sentimiento general medio, es decir, de manera aproximada, la media de afirmaciones positivas menos las negativas de cada aspirante acerca del grupo objetivo. Por lo tanto, la posición de los puntos en ese eje indica el grado de negatividad (hacia la izquierda) o de positividad (hacia la derecha) de las declaraciones de los políticos, de media, cuando hablan de esos grupos.

En sus campañas del 2015-16, tanto Trump como Sanders usaron palabras y frases peyorativas para hablar de las élites económicas. Su antielitismo económico común puede verse en el desplazamiento de los puntos correspondientes a «Élites económicas» hacia el lado izquierdo de la figura. (Cuanto más negativa es la retórica, más se desplaza hacia la izquierda; cuanto más positiva, hacia la derecha). Recordemos la crítica de Trump a «Wall Street» y la denuncia de Sanders de los «superricos» y sus yates. Sanders pasó más tiempo hablando sobre las élites económicas, de ahí que el punto esté más alto en el eje vertical, en la dimensión de Predominio. Pero en lo que respecta a las minorías, los tonos de los candidatos difieren radicalmente. Trump, el etnonacionalista, fue negativo, mientras que Sanders fue positivo.

Trump empleó el antagonismo étnico y el nacionalismo económico para atraer al electorado blanco de clase obrera. Y tuvo bastante éxito. El votante tipo de Trump era un republicano pudiente. Pero Trump continuó con la

tendencia de anteriores candidatos republicanos a la presidencia de atraer a mayores porcentajes del electorado blanco de clase obrera. En el 2016, el 62 por ciento del electorado blanco de clase obrera votó a Trump, en el 2020 lo hizo el 59 por ciento,<sup>42</sup> y en el 2024, el porcentaje subió al 65 por ciento.

El presidente estadounidense etnonacionalista erosionó la democracia estadounidense, del modo descrito en el primer capítulo. Trump estaba en guerra, tanto retórica como políticamente, con multitud de instituciones: cualquiera que pudiera poner freno a su ambición de poder y a su huida de la humillación y del riesgo legal que suponía para él perder las elecciones. Estaba en guerra con el GOP tradicional (los RINO le parecían «la forma más rastrera de vida humana»)<sup>43</sup> y con el Partido Demócrata («una masa enfurecida, decidida a destruirlo todo y a todos a su paso»)<sup>44</sup>. Estaba en guerra con el funcionariado electoral, los legisladores estatales y los gobernadores cuando estos oponían resistencia a sus denuncias de fraude electoral; con el Congreso y con sus propias fuerzas y cuerpos de seguridad, cuando el investigado era él; y con los tribunales, a los que describía como meras sucursales de los partidos políticos. Estaba en guerra con los «medios corporativos», a los que acusaba de menospreciarlo y de sacar unas informaciones a la luz pública que podían debilitarlo.

A pesar de que Trump ha erosionado la democracia estadounidense, también se ha encontrado con una resistencia eficaz. Al final de su primer mandato, la fracción del electorado que se oponía a él era mayor que la que lo apoyaba. Los tribunales rechazaron sus denuncias de fraude electoral. Al comienzo de su segundo mandato, consiguieron frenar muchos de sus esfuerzos por despedir a funcionarios federales y por desobedecer otras leyes. En el 2020, las Fuerzas Armadas se resistieron a verse mezcladas en su intento de golpe de palacio .

La institución que ha opuesto muy poca resistencia es su propio partido político. Eso es lo que ha marcado la diferencia entre el éxito de Trump y lo sucedido en Reino Unido, que sólo rozó la erosión democrática, como se describe a continuación.

## DEBILITAMIENTO INSTITUCIONAL SIN EROSIÓN COMPLETA: EL REINO UNIDO

La calidad de la democracia británica descendió en el siglo XXI, aunque no lo suficiente como para aparecer en la lista de democracias en proceso de erosión. En el periodo posterior al Brexit, un Gobierno fuertemente concentrado en sacar al país de la Unión Europea lo hizo, en parte, desafiando las leyes y las normas, y emprendiendo unos cambios que están sacados directamente del manual del aspirante a autócrata. El líder con mayor grado de responsabilidad sobre el impulso autócrata, Boris Johnson, fue apartado del poder al cabo de tres años. Pero este episodio autocrático dejó cicatrices. Con el Partido Conservador resquebrajado por las divisiones internas y ante la subida del partido etnonacionalista Reformar Reino Unido, un exceso de confianza en la resiliencia de las instituciones democráticas del país sería injustificado.

Este proceso tuvo lugar en el contexto de un aumento del sentimiento antiinmigración y de la polarización ideológica, y de un incremento casi ininterrumpido de la desigualdad salarial. En los años setenta, el Reino Unido estaba considerado como un país más igualitario que Estados Unidos. Como nos recuerda la Figura 3.2, a finales del siglo XX el coeficiente de Gini británico se había incrementado ya de manera considerable, y se acercaba al de Estados Unidos. La creciente polarización ideológica del Reino Unido se ilustra en la Figura 3.4. En esta variable de polarización, al igual que en la polarización salarial, la tendencia británica era menos pronunciada que la estadounidense, y más pronunciada que la sueca.

El Reino Unido nunca llegó a experimentar el tipo de erosión ocurrida en Estados Unidos. Pero estaba más cerca de Estados Unidos que de Suecia en cuanto a rozar la regresión. Su experiencia ayuda a arrojar luz sobre los factores que impulsan o protegen contra la erosión democrática.

## *Desarrollos sociales y cambio de partido en el Reino Unido*

Las líneas generales de los cambios sociales y políticos en el Reino Unido son las habituales. La desindustrialización y, con ella, la reducción del tamaño y la influencia de la clase obrera industrial llevaron a un reposicionamiento de las identidades y el electorado de los partidos políticos. El Partido Laborista no abandonó a la clase trabajadora británica pero, a principios del siglo XXI, este segmento de la población estaba menos fuertemente ligado a los laboristas, como partido y como identidad política, de lo que había estado en el XX.

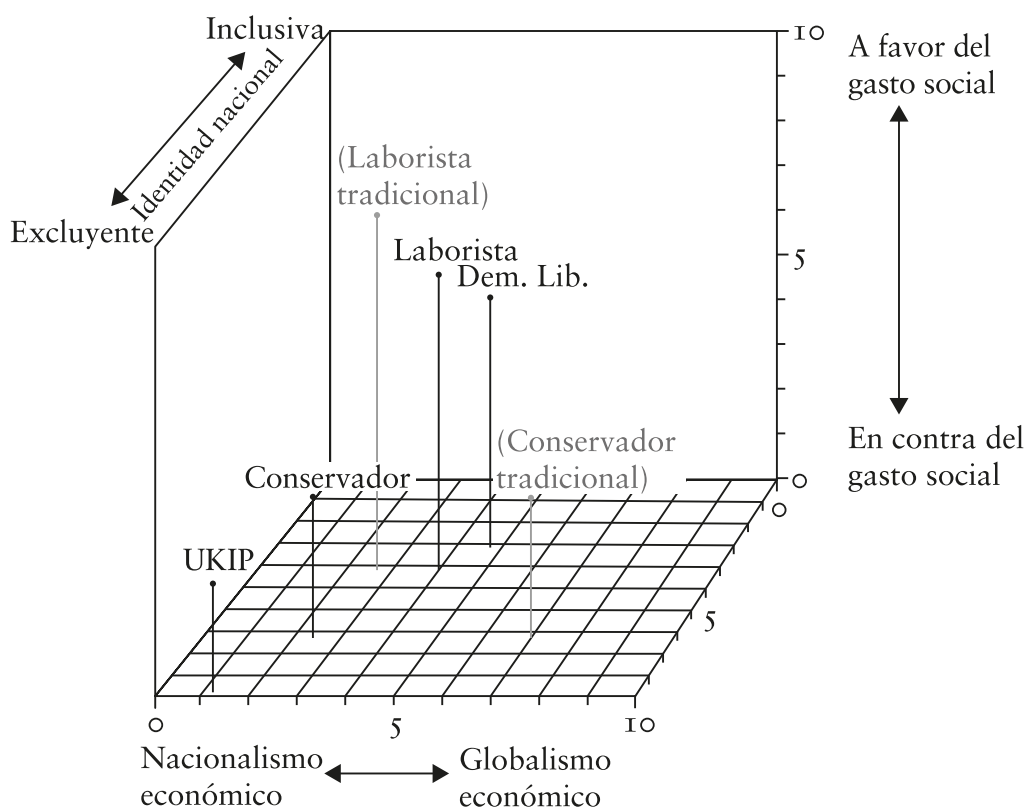
En los años ochenta, la derecha tradicional cambió su posición de una manera similar a como lo hizo el Partido Republicano en Estados Unidos. El Partido Conservador abogó por unos impuestos más bajos y llevó adelante importantes programas de privatización. Mientras Reagan gobernaba en Estados Unidos, su estrecha aliada y de ideología afín, Margaret Thatcher, gobernaba en el Reino Unido. El Partido Conservador se mantuvo en el poder bajo el liderazgo de Margaret Thatcher desde 1979 hasta 1988, y después, con John Major, hasta 1997. Thatcher redujo los impuestos a los ricos y recortó algunas prestaciones sociales.<sup>45</sup> Otros partidos importantes desde el punto de vista electoral –los socialdemócratas y los demócratas liberales– eran más liberales en lo social que los conservadores y más conservadores fiscalmente que los laboristas.

La evolución del Partido Laborista durante esta época también fue parecida a la de los demócratas estadounidenses. El largo periodo que los laboristas estuvieron alejados del poder, en los años de Thatcher-Major, ayudó a favorecer un liderazgo moderado que buscaba revitalizar el partido. Por eso, de igual manera que los nuevos demócratas reaccionaron a su largo periodo fuera del poder desviándose hacia el centro, eso mismo hicieron los nuevos laboristas, con Tony Blair.

Sin abandonar su compromiso con el gasto social, el Partido Laborista viró hacia abajo en la dimensión de tamaño del Gobierno (eje vertical) en la

Figura 3.7, y hacia la derecha en la dimensión de integración económica (eje horizontal).<sup>46</sup> Expandió su base esencial más allá del electorado de la clase obrera, hacia un electorado de empleados de clase media y profesionales socialmente liberales, con estudios superiores.<sup>47</sup>

*Figura 3.7. Tres dimensiones del posicionamiento de los partidos en el Reino Unido*



*Nota:* Se emplean datos del proyecto CHES-Europe para situar a los partidos, lo que refleja la valoración de los expertos sobre la ubicación de los partidos en cuanto a la redistribución, la identidad nacional y el nacionalismo económico o el globalismo. Véase Jolly et al. (2022). Los partidos entre paréntesis muestran una ubicación histórica aproximada de esos partidos.

En la primera década del siglo XXI, tras más de diez años fuera del poder, el Partido Conservador, bajo el liderazgo de David Cameron, también intentó modernizar su posición y competir por el electorado socialmente liberal y con estudios superiores. Esta convergencia del Partido Laborista y del Conservador tradicional provocó el descontento de una parte del electorado británico, que sintió que la estaban «dejando atrás».

Este descontento se expresó, durante las dos primeras décadas del siglo XXI, a través de la hostilidad hacia los inmigrantes. El Reino Unido es una sociedad multicultural desde los años cincuenta, con un gran número de ciudadanos de origen antillano y del Sudeste Asiático, entre otros grupos. Pero con el nuevo siglo, el país experimentó un aumento significativo de la inmigración, comenzando por los Estados recién integrados en la Unión Europea. En el 2004, diez países de la Europa del Este entraron en la Unión Europea. El Gobierno de Blair vio la llegada de inmigrantes de estos países como un beneficio para la economía del Reino Unido. Pero otros Estados miembros de la Europa occidental procuraron una transición más gradual, implantando topes temporales, permitidos por la Unión Europea, sobre el número de inmigrantes. El Gobierno de Blair no adoptó esta medida, y el aumento de inmigrantes fue brusco y ocurrió en un lapso breve. Entre 1997 y el 2007, la inmigración creció de 48.000 a cerca de 270.000 por año.

Robert Ford y Matthew Goodwin describen una discrepancia entre un Reino Unido más diverso e internacional y un electorado «que se ha dejado atrás», una discrepancia que se agudizó con la llegada de oleadas de inmigrantes. Una amplia sección de la ciudadanía anciana, menos educada y de clase obrera se sentía

abandonada a su suerte por la convergencia de los principales partidos en un consenso social liberal y multicultural, una visión del mundo que les resulta ajena. Para este electorado, la identidad nacional se relaciona con la ascendencia y el lugar de origen, no sólo con las instituciones y el vínculo cívico, y el ser británico es mucho más importante para ellos que para los liberales con estudios.<sup>[48](#)</sup>

La crisis de los refugiados del 2015, cuando más de un millón de inmigrantes llegó a Europa procedente de Siria y de otros países, hizo que el asunto migratorio estuviera aún más en el foco de la atención del electorado, especialmente debido al empeño para que así fuera de los fanáticos antiinmigración. Uno de ellos era Nigel Farage, fundador del Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP), precursor de Reformar Reino Unido. En el 2015, el UKIP de Farage se convirtió en el

tercer partido más votado del país, con el fuerte apoyo de la clase obrera, que en épocas anteriores habría votado por los laboristas. La probabilidad de que un inglés de clase obrera votara a favor del UKIP era del dos por ciento entre el 2004 y el 2012. En el 2015, subió al veintitrés por ciento.<sup>49</sup>

Teniendo en cuenta las instituciones electorales y la geografía británicas, la sorprendente subida del UKIP en el reparto del voto no se tradujo en ningún escaño parlamentario. Pero, aun así, la influencia del partido era notable. La pugna electoral y el señuelo antieuropeo del UKIP provocaron divisiones dentro del Partido Conservador. Un sector considerable de la cúpula conservadora viró hacia una posición no muy alejada de la de Trump y sus aliados en Estados Unidos. Se acogieron a una identidad nacional excluyente, mantuvieron una postura notablemente conservadora en cuanto al tamaño del Gobierno y se opusieron a la integración económica global, en este caso, exigiendo la salida del Reino Unido de la Unión Europea. La facción etnonacionalista siguió activa en el Partido Conservador incluso después de que su figura más visible, Boris Johnson, cayera en desgracia y fuera apartado del cargo de primer ministro (véase a continuación).<sup>50</sup>

Así, los conservadores se desplazaron hacia el rincón inferior frontal izquierdo, ocupado por el UKIP, en la Figura 3.7.

Bajo la presión de las voces euroescépticas y antiinmigración dentro de su propio partido, en el 2013 el primer ministro, David Cameron, prometió un referéndum sobre la pertenencia a la Unión Europea, en caso de que su partido ganase por una amplia mayoría de los votos en las elecciones del 2015, como sucedió. En la votación del Brexit, que tuvo lugar en el 2016, el Partido Conservador estaba profundamente dividido. De los 323 parlamentarios *tories*, 138 votaron a favor de «Abandonar» la Unión Europea: el 43 por ciento de los parlamentarios del partido. Entre las élites del Partido Laborista, el Brexit era impopular: sólo diez parlamentarios laboristas votaron a favor de «Abandonar» y 218, a favor de «Quedarse». Pero el sentimiento nacionalista antiinmigración se había extendido entre el electorado laborista, que votó, en gran medida, a favor del Brexit. De este modo, la votación del Brexit reveló una brecha entre el Partido Laborista y

su electorado en la dimensión horizontal y, tal vez, también en la dimensión de profundidad de la Figura 3.7.

Los etnonacionalistas de derechas se convirtieron en una facción importante dentro del Partido Conservador, a pesar de que no llegaron a imperar, como sí lo hicieron sus homólogos en el GOP estadounidense. Aun así, las instituciones británicas se debilitarían bajo un líder antieuropeo.

Boris Johnson –periodista, exalcalde de Londres, eterno euroescéptico– fue nombrado primer ministro después de que el Brexit provocara la caída de dos de sus predecesores del Partido Conservador. El propósito principal de su Gobierno era liberar al Reino Unido de la Unión Europea, incluso aunque ambas entidades no pudieran negociar los términos de la salida del Reino Unido: incluso si terminaba siendo un «Brexit sin acuerdo», según la consigna adoptada por la línea dura de los brexiteros. La fuerte determinación de Johnson para alcanzar el objetivo que había desbancado a sus predecesores contribuye, en gran medida, a explicar su beligerancia con las normas establecidas y las instituciones durante sus tres años como primer ministro. Entre sus antagonistas se encontraban miembros de su propio partido con una postura favorable a la Unión Europea, el Parlamento, los tribunales que restringían sus actuaciones y la parte del público que protestaba contra sus actuaciones.

Las instituciones y principios que atacó el Gobierno de Johnson incluyen:

- **El Parlamento.** Johnson asumió el cargo en julio del 2019, anticipando un posible bloqueo de sus planes para salir de la Unión Europea por parte del Partido Laborista y de los *tories* contrarios al Brexit en la Cámara de los Comunes. Por eso disolvió el Parlamento. El 10 de septiembre, anunció una prórroga o suspensión temporal, una maniobra contemplada por la teoría constitucional británica pero polémica en ese contexto. Inicialmente, el Parlamento suspendería su actividad hasta mediados de octubre, lo cual dejaba muy poco tiempo para el debate sobre el Brexit antes del plazo establecido para abandonar la Unión Europea, el 31 de octubre.

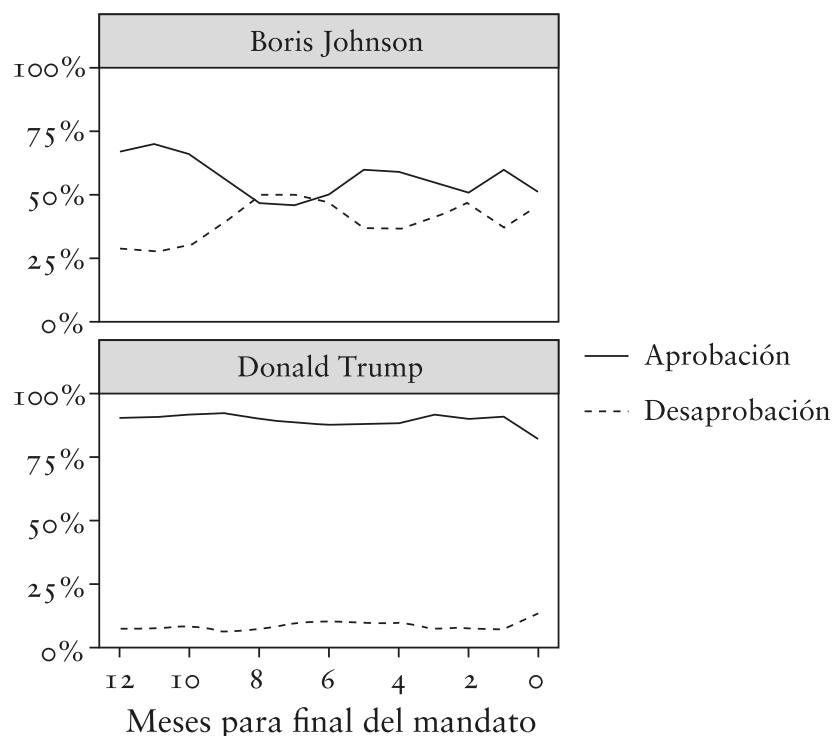
- **El derecho a la protesta.** La polémica por la prórroga desencadenó protestas en las calles de todo el país. Más adelante durante el mandato de Johnson, tuvieron lugar grandes protestas, a veces turbulentas, por temas medioambientales y de justicia racial. En el mes de abril del 2022, el Parlamento aprobó la Ley de Policía, Crimen, Sentencias y Tribunales. Esta ley incluye la aplicación de restricciones a protestas «inaceptables». El escrito otorga a la fuerza policial el poder discrecional para criminalizar las protestas que considere una «alteración del orden público».
- **La libertad de prensa.** A pesar de que el propio primer ministro era periodista, su Gobierno cargó contra la prensa y amenazó con aplicar medidas agresivas contra los medios de comunicación desfavorables. Propuso privatizar un canal de la televisión pública, según las voces críticas, después de que en sus emisiones se mofaran del primer ministro.<sup>[51](#)</sup>
- **La integridad electoral.** Una Ley Electoral del 2022 instauró el requisito de mostrar un documento de identidad con fotografía para poder votar, y puso la gestión de las elecciones bajo la autoridad del Ministerio de la Presidencia. El fraude electoral es extremadamente poco habitual en el Reino Unido. Las campañas y las elecciones británicas están más centralizadas y, durante un siglo y medio, han estado más fuertemente reguladas que en Estados Unidos. Con la introducción del requisito del documento de identidad con fotografía esperaban reducir la participación del electorado, especialmente entre la población joven.<sup>[52](#)</sup>

Una regulación más restrictiva de la votación y de las protestas amenazaba con debilitar, de un modo perdurable, los mecanismos de la rendición de cuentas vertical en el Reino Unido. En el asunto de las protestas, el Gobierno de Rishi Sunak, un sucesor de Johnson, impuso más restricciones.<sup>[53](#)</sup> Como muestra de la amenaza continua al derecho a la protesta, en julio del 2024 cinco activistas de una organización contra el cambio climático recibieron severas condenas de prisión –hasta cinco años–

por planear el bloqueo de una autopista, un crimen no violento que nunca llegó a materializarse.<sup>54</sup>

Otros amagos de regresión fueron tanteados por el Gobierno sólo a medias (por ejemplo, la privatización de la prensa) o se enfrentaron a una resistencia eficaz. Este fue el caso de la «prórroga» (suspensión del Parlamento), declarada ilegal por el Tribunal Supremo a finales de septiembre del 2019. Un desafiante Johnson cuestionó la pertinencia de que el Tribunal se involucrara en el caso. Sin embargo, los tribunales demostraron ser un bastión eficiente contra algunos aspectos de la erosión democrática en el Reino Unido.<sup>55</sup>

*Figura 3.8. Aprobación y desaprobación de Boris Johnson por parte del electorado conservador y de Donald Trump por parte del electorado republicano durante el último año en el cargo de cada líder*



*Nota:* Los datos provienen de los sondeos de YouGov

El debilitamiento de la democracia británica no llevó a una completa erosión democrática, como sí ocurrió en Estados Unidos. ¿Cómo se explica

esa diferencia?

Una respuesta es que Johnson no obtuvo el tipo de poder sobre su partido que Trump sí consiguió en el suyo. La Figura 3.8 compara los índices de aprobación y desaprobación de Trump por parte del electorado republicano en el último año de su primer mandato con los de Johnson entre el electorado conservador en su último año como primer ministro. El gráfico revela un contraste extraordinario. Trump, de acuerdo con la opinión de sus bases, no podía hacer nada malo. Se mantenían a su lado con un nivel de apoyo muy alto e inquebrantable. No así en el caso de Johnson, de quien no se podría decir que contara con una «base» en el mismo sentido que Trump. Los sentimientos del electorado conservador hacia él estaban sacudidos por los escándalos, especialmente por el hecho, que veían como un injusto agravio, de que su primer ministro celebrara múltiples fiestas regadas con alcohol en el Número 10 de Downing Street en la misma época en que la población británica había sido obligada a cumplir el estricto confinamiento durante la pandemia de Covid-19. Johnson, además, mintió acerca de estas infracciones.

¿Por qué no se mantuvo el electorado *tory* junto a Johnson como lo hicieron las bases de Trump con su presidente? Tal vez hubiera varios factores en juego. Recordemos, de la Figura 3.4, que el público británico está menos polarizado afectivamente que el público estadounidense. Esta mayor polarización en el caso de Estados Unidos le permite al líder republicano responsabilizar al Partido Demócrata de muchos acontecimientos que de otro modo habrían reducido su popularidad. Por ejemplo, Trump y sus representantes les repitieron una y otra vez a sus seguidores que los casos legales abiertos contra él eran culpa de la Administración de Joe Biden, que había «convertido [el Departamento de Justicia] en un arma». Otra desemejanza tal vez tenga que ver con cómo perciben la diferencia de clase la población estadounidense y la británica. La conciencia de clase sigue siendo prominente en el Reino Unido, y a Johnson se lo identifica como un privilegiado. La ciudadanía estadounidense es más propensa a una «identificación hacia arriba», y esto es lo que impulsa a Trump a reivindicar su afinidad con la clase obrera

estadounidense («albañiles y fontaneros») al tiempo que hace alarde de su riqueza personal. De manera que un incidente que podría irritar al electorado británico porque desvela un sesgo clasista y una injusticia tal vez resulte menos irritante para el electorado estadounidense.

Cualesquiera que fueran las razones del sube y baja de la posición de Johnson en la opinión pública conservadora (y, en general, en la británica), en julio del 2022, en mitad del escándalo, con la dimisión en masa de miembros de su gabinete, la derrota en las elecciones parciales y la presión de su partido, Johnson renunció a su cargo de primer ministro.

Dado que el Partido Conservador puso fin al mandato de Johnson como primer ministro, es tentador atribuir el contraste entre el Reino Unido y Estados Unidos a las diferencias entre el sistema parlamentario de Westminster, a un lado del Atlántico, y un sistema presidencial, al otro lado. Los partidos británicos tienen un grado de control sobre sus líderes del que carecen los partidos estadounidenses en su relación con el presidente del país. Para el Partido Conservador, una carta firmada por el quince por ciento de los parlamentarios automáticamente desencadena una moción de censura. El ex primer ministro David Cameron escribió en sus memorias que «en mis once años como líder del partido, en ningún momento sentí que tuviera nada garantizado». [56](#)

Pero, más allá del poder relativo de los partidos, la verdadera diferencia radicó en el deseo de cada partido de echar a su líder. Y, detrás de eso, en la popularidad de la que gozaba el líder. Las elecciones generales de diciembre del 2019, en las que los conservadores habían ganado una amplia mayoría de escaños, resultaron ser el punto álgido de Johnson en cuanto a opinión pública. Su descenso, tanto entre el electorado en general como entre el electorado *tory* en particular, fue muy abrupto. Para cuando dimitió, sus índices netos de aprobación –el porcentaje de aprobación menos el de desaprobación– estaban más o menos a la par con los de Theresa May (2016-2019) al final de su mandato como primera ministra. May está considerada como una primera ministra especialmente desafortunada.

Johnson perdió su influencia sobre el electorado británico y, por lo tanto, recibió presiones de su partido político, que tenía la capacidad

institucional de sustituirlo como primer ministro y la motivación electoral para hacerlo. Su historia difiere radicalmente de la de Trump. El partido del estadounidense era reacio a enfrentarse a él, debido al enorme e inquebrantable seguimiento que amasaba entre la mayoría del electorado republicano.

#### ETNONACIONALISMO SIN EROSIÓN: SUECIA

A lo largo de mucho tiempo, Suecia ha sido un modelo de Estado generoso en el ámbito de lo social. Durante décadas, este modelo se basó en un alto nivel de sindicalización, un sistema centralizado de negociación salarial y un amplio apoyo a las garantías sociales y a las políticas de pleno empleo. Suecia es el país del norte de Europa en el que los socialdemócratas han controlado el Gobierno durante el periodo más largo del siglo XX: casi sin interrupción, desde los años veinte hasta 1991.

Desde los años setenta, la presión económica –en especial, una alta inflación– fomentó la austeridad y cierta racionalización del gasto social. En 1990, la propuesta por parte del Gobierno socialdemócrata de congelar los salarios y prohibir la huelga de manera temporal no consiguió la aprobación del Parlamento (*Riksdag*) y llevó a la caída del primer ministro. Bajo el consiguiente Gobierno conservador (del Partido Moderado, *Moderaterna*), Suecia abandonó su política de pleno empleo y abolió los controles del cambio de divisas. Aunque estas medidas fueron implementadas por el Partido Moderado, tenían el apoyo del ministro de finanzas socialdemócrata saliente.<sup>[57](#)</sup> Aun así, a mediados de los años noventa, el gasto social de Suecia era más alto que el de todo el resto de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). En el año 1995, el gasto social público bruto de Suecia fue del 36,4 por ciento del PIB; el del Reino Unido, casi del veintiséis por ciento, y el de Estados Unidos, del diecisiete por ciento. Sólo Dinamarca tuvo un gasto social más elevado.<sup>[58](#)</sup>

Al cierre del siglo xx, las diferencias entre el Partido Socialdemócrata y los partidos de centro y centro derecha se estaban difuminando. El Partido Socialdemócrata viró y se acercó a las posiciones de la derecha en materia de política social y económica, como acabamos de ver, y en materia de integración económica. En el referéndum del 2003 para entrar en la Eurozona, el Partido Moderado se mostraba a favor. El Socialdemócrata, dividido internamente, con algunos líderes a favor y otros en contra, no adoptó una postura oficial. La ausencia de una posición alternativa frente a la del Partido Moderado contribuyó a diluir la imagen y la identidad del Partido Socialdemócrata.

El cambio del Partido Socialdemócrata sueco puede rastrearse a través de su retórica, que incluía más debate sobre la economía de mercado.<sup>59</sup> La composición de clase del electorado del Partido Socialdemócrata sueco también cambió, alejándose de la clase obrera hacia la clase media. Aunque el partido siguiera comprometido con unas prestaciones sociales generosas, también eran receptivos a cuestiones «posmaterialistas», como la ecología y los derechos de las mujeres. Asimismo, la evidencia indica que los socialdemócratas se hicieron más receptivos a un electorado pudiente, un cambio que los hizo parecerse más a sus competidores conservadores.<sup>60</sup>

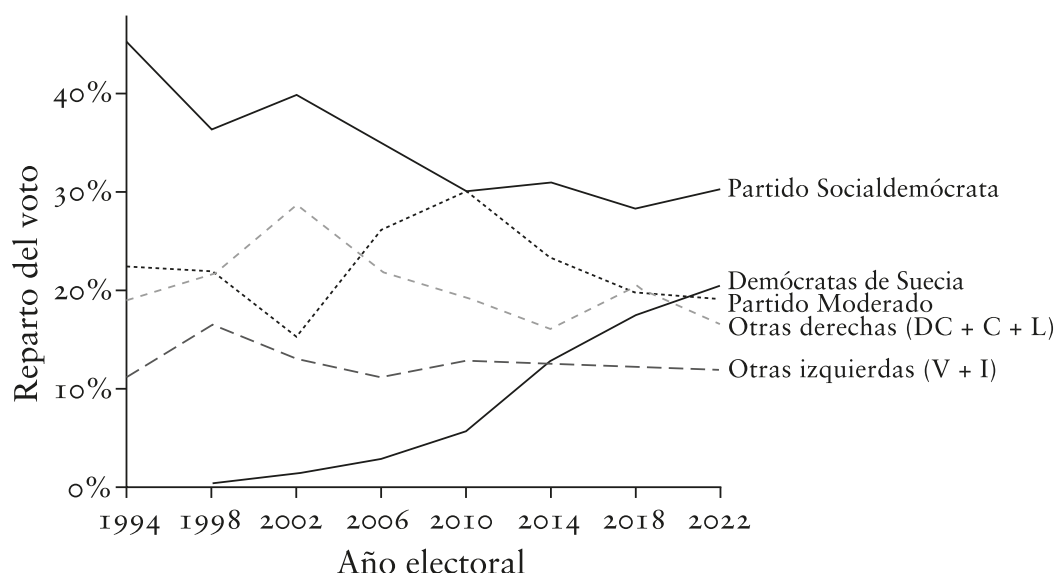
Al igual que en Estados Unidos y en el Reino Unido, en Suecia el desdibujamiento de la identidad de la izquierda tradicional como el partido de la clase obrera –y la continuada adhesión de la derecha tradicional a un programa sin atractivo para gran parte de la población sueca de renta baja– abrió un espacio para un pujante nuevo etnonacionalismo. La preocupación por la inmigración y la naturaleza cambiante de la sociedad sueca no surgieron de la nada. En las últimas décadas del siglo xx, Suecia estaba poco a poco convirtiéndose en una sociedad más diversa. El porcentaje de residentes nacidos en el extranjero se duplicó, de menos del siete por ciento en 1960 a casi el trece por ciento en el 2006. En 1985, el Gobierno socialdemócrata implementó el Programa Toda-Suecia (*Sweden-wide Program*), que dispersó a las personas solicitantes de asilo por todo el país, convirtiendo «el asilo político en un tema más tangible y políticamente más relevante para gran parte del electorado».<sup>61</sup> El esfuerzo por dispersar a los

inmigrantes avivó un naciente chovinismo del bienestar. Basándose en encuestas que se extienden desde mediados de los años ochenta hasta el año 2002, un experto concluye que, a mayor porcentaje de residentes nacidos en el extranjero en un municipio sueco determinado, menor es el apoyo de sus residentes hacia el gasto social.<sup>62</sup>

Inicialmente, la inmigración no era un tema en el que los partidos políticos suecos estuvieran fuertemente divididos. Las posturas de los partidos acerca de los inmigrantes se polarizaron a principios del siglo XXI,<sup>63</sup> y esta polarización se intensificó con la aparición del partido antiinmigración.

El partido Demócratas de Suecia se fundó en 1988.<sup>64</sup> Este partido se benefició del viraje gradual de los socialdemócratas hacia posturas de derechas en materia de política económica y, más tarde, de la nueva prominencia del asunto de la inmigración. En el reparto del voto electoral, de ser un partido muy minoritario en las elecciones nacionales, ascendió al tercer puesto en el 2018, y luego, en el 2022, al segundo. En ese último año, quedó segundo por detrás de los socialdemócratas, que lograron el primer puesto, y por delante de su rival de derechas, el Partido Moderado. Hasta las elecciones del 2010, la creciente popularidad del partido Demócratas de Suecia coincidió con un declive del Partido Socialdemócrata en el reparto del voto; después de las elecciones del 2010, su ascenso coincidió con un declive del partido conservador tradicional, el Partido Moderado (véase la Figura 3.9).

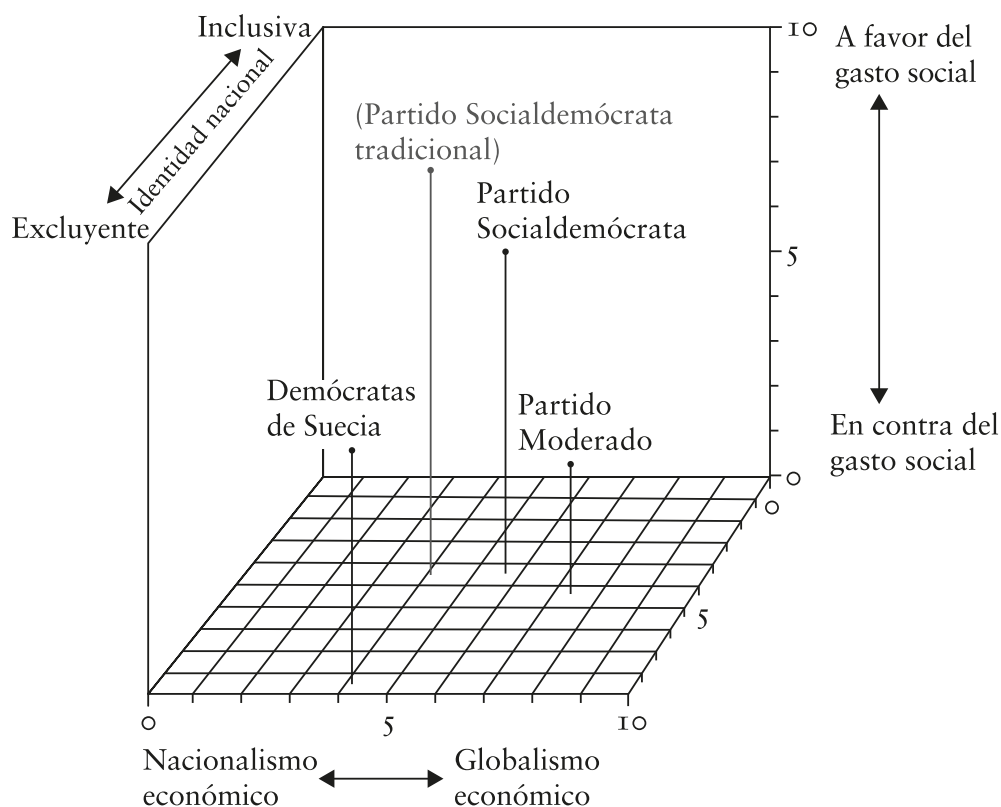
*Figura 3.9. Reparto del voto entre los partidos políticos en las elecciones nacionales suecas*



*Nota:* DC es el partido demócrata cristiano, C es el partido del centro, L es el partido liberal, V es el partido verde e I es el partido de izquierda.

El contorno general del cambio en el sistema de partidos en Suecia se parecía al de Estados Unidos y al del Reino Unido (véase Figura 3.10). Las posiciones de los partidos en los gráficos-cubo tanto del Reino Unido como de Suecia provienen de las encuestas de expertos de CHES. La posición de los partidos tradicionales de derechas se mantuvo relativamente intacta. La izquierda tradicional se deslizó hacia abajo en la dimensión del tamaño del Gobierno y hacia la derecha en integración económica, aunque sin llegar a la posición del Partido Moderado. La izquierda tradicional sueca también trató de endurecer su postura con respecto a la inmigración, aunque nunca alcanzó la posición extrema que ocupaba Demócratas de Suecia, un partido etnonacionalista.<sup>65</sup>

*Figura 3.10. Posicionamiento del Partido Moderado, el Socialdemócrata y Demócratas de Suecia en las tres dimensiones*



*Nota:* Estas posiciones reflejan las evaluaciones de expertos, en el 2019, del proyecto CHES-Europe. Véase Jolly *et al.* (2021). La posición de los socialdemócratas tradicionales es aproximada.

Demócratas de Suecia, entonces, ocupó el área del cubo que corresponde a una posición excluyente y con una economía nacionalista. También adoptó una postura más proclive a la redistribución, en comparación con la derecha tradicional. Como señala Bo Rothstein, en su mayoría, las filas de Demócratas de Suecia apoyan «el modelo universal sueco de protección social, popular durante mucho tiempo», y el partido no «desea que se lo relacione demasiado con ninguna propuesta concreta de recortarlo».<sup>66</sup> Explica que Demócratas de Suecia forzó al Partido Moderado a ocupar una posición más generosa en cuanto a su política social, como condición para recibir su apoyo a un Gobierno del Partido Moderado.

A pesar de su creciente popularidad, los orígenes de extrema derecha del partido Demócratas de Suecia hicieron que, durante muchos años,

fueran un partido paria, incluso para los partidos de la derecha. Este estatus de intocable se formalizó a finales del 2014, en el Acuerdo de Diciembre, cuando tanto el bloque conservador como el de la izquierda acordaron que quien obtuviera el mayor número de votos formaría Gobierno. Demócratas de Suecia permanecería, así, fuera de cualquier coalición de gobierno. «El objetivo era claro: construir un cártel que excluyera [a Demócratas de Suecia] de ejercer cualquier influencia. Era casi como si hubiera que mutilar el escenario parlamentario, con siete partidos actuando como si el octavo no estuviera allí».<sup>67</sup>

Este cordón sanitario que cercaba a Demócratas de Suecia terminaría cediendo. Tras las elecciones del 2022, en su condición de mayor partido de la derecha, este ostracismo le salía demasiado caro a la derecha tradicional. Los partidos tradicionales tuvieron que elegir entre formar un Gobierno en coalición con la extrema derecha de Demócratas de Suecia o seguir fuera del poder mientras una coalición de partidos de izquierda asumía el poder. Eligieron la primera opción.<sup>68</sup>

Demócratas de Suecia, ya en segundo lugar en el recuento de votos, sólo por detrás del Partido Socialdemócrata, ejerció una profunda influencia. Un partido que había sido considerado una opción intolerable tanto por la izquierda como por la derecha ahora era una fuerza pujante. Puso sobre la mesa asuntos que previamente habían sido menos preponderantes y estaban menos polarizados en la política sueca –en concreto, la inmigración y el crimen– y ejerció su influencia sobre los partidos de la derecha y la izquierda, que cambiaron sus propias posturas con respecto a la redistribución y a la inmigración.

Y, sin embargo, ninguno de estos acontecimientos supuso una amenaza para la democracia sueca; ciertamente, no la clase de amenaza que significó el ascenso del etnonacionalismo en Estados Unidos. La independencia del poder judicial sueco no se ha visto amenazada. La prensa, por lo general, no se ve ridiculizada por quienes ostentan el poder. Los funcionarios no son denigrados. La integridad de los procesos electorales no está bajo sospecha.

Una explicación simple a esta diferencia es que Suecia todavía no ha tenido a un etnonacionalista de derechas como jefe del Gobierno. El poder

ejecutivo se ha mantenido bajo el control de los partidos tradicionales de izquierda o derecha, en todo momento.

Pero el acceso incompleto de la extrema derecha sueca al poder gubernamental es más bien un síntoma y no la causa de que el país haya eludido la regresión. Otros factores que lo explican con mayor precisión son un índice menor de polarización de la renta posfiscal (como se muestra en la Figura 3.2), un índice menor de polarización ideológica (como se muestra en la Figura 3.4), un mayor consenso acerca del valor del Estado de bienestar y, por ende, menos espacio disponible para un partido que quisiera dismantelar el sistema democrático. Además, Suecia carece de un medio de comunicación populista prominente.<sup>69</sup> La confianza social y política se mantienen fuertes en Suecia, en comparación con otros países, aunque, como señala Rothstein, el electorado que apoya a Demócratas de Suecia «se distingue por expresar una confianza social considerablemente más baja que el electorado de cualquiera de los siete partidos restantes del *Riksdag*».<sup>70</sup>

Recordemos que la polarización ideológica tiende a ser mayor en escenarios con altos niveles de desigualdad salarial. Así que, probablemente, la igualdad salarial de Suecia explique, en parte, los bajos índices de polarización ideológica del país. La confianza en las instituciones políticas es, asimismo, una consecuencia de una mayor igualdad de las rentas, de manera que es probable que unas brechas salariales relativamente más pequeñas entre la clase alta, la clase media y la clase baja contribuyan a su alto grado de fe en las instituciones. Esta confianza se ve reforzada todavía más gracias a que gran parte de la ciudadanía sueca es consciente de que se beneficia de un importante y eficaz conjunto de prestaciones sociales. Ninguno de estos factores –baja desigualdad, baja polarización y confianza en las instituciones– ha evitado que en Suecia prospere un partido etnonacionalista de derechas. Pero a ese partido se lo han puesto más difícil para erosionar la democracia sueca.

La baja polarización y una confianza estable en las instituciones ayudan a explicar un hecho excepcional: en el 2022, el consenso general fue que el líder del partido mayoritario de la coalición de partidos que había obtenido la mayoría de los votos y escaños en el *Riksdag* no tenía legitimidad para

aspirar a convertirse en primer ministro. A pesar de que los partidos del bloque de la derecha demostraron una previsible «flexibilidad» u oportunismo en el 2022, al cortar el cordón sanitario que cercaba a Demócratas de Suecia, aun así quedaba fuera de toda discusión que su líder pudiera convertirse en primer ministro o incluso que el partido se integrara formalmente en el Gobierno. Tampoco ellos exigieron ocupar el cargo de primer ministro ni entrar en el gabinete.<sup>71</sup>

Las dinámicas de la política de partidos han apaciguado, también, a Demócratas de Suecia hasta un grado mayor del que se ha logrado con los republicanos de Trump o con los *tories* brexiteros. Para abrirse camino hacia las posiciones de poder, Demócratas de Suecia ha tenido que hacer cambios importantes en sus posturas y su estilo. Dicho esto, también ha obligado a la derecha institucional a hacer concesiones en sus políticas. Y esas concesiones no son menores: incluyen importantes recortes a la inmigración, una moderación de la postura de la derecha en materia de políticas sociales y el debilitamiento de sus acciones para frenar el cambio climático.<sup>72</sup> No obstante, Demócratas de Suecia no ha presionado a su socio, el partido conservador oficial, para que ataque las instituciones democráticas suecas.

El ascenso de una derecha etnonacionalista y la aplicación sobre ella de restricciones que dificulten una erosión democrática total no es un caso exclusivo de Suecia. Existen tendencias similares en otros lugares de Europa. En Países Bajos, el Partido por la Libertad, un partido antiinmigración, ascendió de un lugar marginal al primer plano electoral. El partido estaba claramente situado en el rincón inferior izquierdo frontal de nuestro gráfico-cubo, con posturas xenófobas (especialmente antiislámicas) y de nacionalismo económico, y una postura en materia de gasto social que lo colocaba entre las posiciones de la derecha tradicional y la izquierda. El éxito electoral le otorgó al Partido por la Libertad el acceso al poder y, probablemente, a posiciones en el gabinete ministerial, cuando no al cargo de primer ministro. Pero ha tenido que autoimponerse garantías por escrito de que defenderá los principios constitucionales, un compromiso al que la derecha etnonacionalista estadounidense habría sido reacia.

\* \* \*

¿Qué enseñanzas generales podemos extraer del etnonacionalismo de derechas y la erosión? Una es que el etnonacionalismo es una mayor amenaza para la democracia cuando opera en un escenario de escepticismo generalizado hacia las instituciones democráticas y hacia la capacidad del Gobierno de llevar a cabo políticas públicas que aumenten el bienestar de la ciudadanía. La población estadounidense es más cínica que la sueca con respecto a la democracia y a la capacidad de los Gobiernos para mejorar la vida de las personas. Este mayor cinismo creó un espacio más amplio para que el etnonacionalismo de derechas atacara la democracia en Estados Unidos.

Una segunda enseñanza se relaciona con el concepto de los *guardianes*, tal y como se desarrolla en el influyente libro publicado por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en el 2018, *Cómo mueren las democracias*.<sup>[73](#)</sup> Cuando las élites de un mismo partido o de partidos ideológicamente cercanos bloquean el ascenso de líderes antidemocráticos, la democracia se puede salvar. Como explican Levitsky y Ziblatt, esta función de salvaguarda actuó en Bélgica y Finlandia antes de la Segunda Guerra Mundial, y por eso esos países eludieron el fascismo (o su desarrollo interno). La vigilancia falló en Alemania y en Italia, dos países en los que los líderes fascistas ascendieron al poder.

Las recientes experiencias de Estados Unidos, el Reino Unido y Suecia muestran hasta qué punto pueden los partidos ser reacios a ejercer de guardianes. Incluso cuando llegaron a expulsar a los líderes que trataban de erosionar la democracia, sus actuaciones no fueron, por lo general, ejemplos de coraje político. El Partido Conservador británico se volvió contra Boris Johnson cuando se convirtió en un lastre electoral. Por supuesto, el contexto histórico tiene relevancia: en los años treinta, la amenaza fascista era más inmediata y obvia para los líderes de Finlandia y Bélgica, mientras que la amenaza de un declive democrático ha tardado en ser evidente en los Estados Unidos del siglo XXI.

Este capítulo ha rastreado la amenaza de erosión democrática que suponen los partidos etnonacionalistas de derechas en las democracias ricas. En el siguiente capítulo, rastreo una amenaza similar, la que presentan los partidos populistas de izquierdas en las democracias del mundo en desarrollo.

## Los populistas de izquierdas

Una segunda vía de erosión es la que eligen los líderes que movilizan al electorado, tal y como lo expresa acertadamente Dani Rodrik, a través del «clivaje salarial» en lugar del «clivaje identitario».<sup>1</sup> Rodrik vincula estas diferentes rutas al impacto de la globalización. Pero, de hecho, por razones históricas, algunas sociedades del sur global tienen unos marcados clivajes de identidad étnica y religiosa, de los que se aprovechan los líderes regresores. Antes de entrar a hablar sobre la forma más habitual de erosión en el mundo en desarrollo bajo líderes populistas de izquierdas, analizo primero algunos ejemplos de regresores etnonacionalistas en estas democracias.

**La India.** Narendra Modi constituye un regresor etnonacionalista de derechas en un país en desarrollo. Desde que el BJP, el partido de Modi, ganó las elecciones por primera vez, en el 2014, el Gobierno ha reducido la protección de las libertades civiles, la libertad de prensa y las garantías de la libertad de expresión. La población india ha sido juzgada bajo unas leyes de la era colonial contra delitos de sedición por expresar discrepancias en entradas de blogs, comunicaciones personales y carteles. Una enmienda del 2019 a la Ley de Prevención de Actividades Ilegales permite al Gobierno designar a las personas como terroristas incluso aunque carezcan de conexiones con organizaciones terroristas. El partido nacionalista hinduista de Modi, el BJP, ha vilipendiado a la enorme minoría musulmana de la India, que constituye algo más del catorce por ciento de la población. La violencia dirigida hacia la ciudadanía musulmana, incluidos los

linchamientos y los asesinatos en grupo, han experimentado un brusco aumento.<sup>2</sup>

Al igual que otros países que han sufrido una regresión, la India presenta una profunda desigualdad salarial. De hecho, incluso antes de que Modi ascendiera al poder nacional, se había producido un incremento brusco de esta. El centro izquierda en la India tuvo parte de la responsabilidad en la dramática subida de la desigualdad en los años noventa y a principios del siglo XXI.<sup>3</sup> Como reacción a una crisis económica, en 1991, el Gobierno liderado por el Partido del Congreso, de centro izquierda, implementó un ambicioso programa para desregular la economía. También abrió la economía india a la inversión y al comercio extranjeros. La India experimentó un importante crecimiento económico, pero también un ascenso constante de la desigualdad. Para la segunda década del siglo, la desigualdad en la India estaba al nivel de la de Ecuador.

**Sudáfrica.** La etnia es un aspecto prominente de la política en el África subsahariana, incluidas las democracias de la región que se han visto erosionadas: Zambia bajo Michael Sata, Botsuana bajo Ian Khama, Senegal bajo Macky Sall y Sudáfrica con Jacob Zuma. África es, también, la región más desigual del planeta, por delante de Latinoamérica. Sus líderes regresores podrían, por lo tanto, movilizar a sus ciudadanías tanto mediante el clivaje salarial como mediante el identitario.

En Sudáfrica, Zuma hizo las dos cosas. Sudáfrica es un país de gran diversidad tribal, que ha recibido múltiples oleadas de migración, la última, procedente de la vecina Zimbabue. Pero el «otro» étnico que algunos líderes sudafricanos pos-*apartheid* tienen en su punto de mira es, como era de esperar, la población blanca.

En efecto, la diferencia entre Sudáfrica y los casos de etnonacionalismo analizados en el anterior capítulo es que, aquí, una minoría étnica –la población sudafricana blanca, en especial la de ascendencia británica– forma parte, a su vez, de la élite económica. De ahí que Zuma desplegara una retórica de populismo de izquierdas y *también* de división étnica. Y, para justificar la erosión de la democracia, sembró la polarización económica y étnica con su menosprecio hacia las instituciones

democráticas. La facción de Zuma del Congreso Nacional Africano (ANC) promovió un discurso que era

profundamente receloso de las «reglas del juego» formales, ya fueran las de la Constitución o las del Gobierno. Su postura es que las reglas formales están amañadas a favor de la población blanca y de las élites urbanas, y en contra de la gente corriente. Por lo tanto, la transformación económica radical se presenta como un programa que a menudo debe romper las normas, incluso las de la Constitución. A primera vista, el argumento es convincente, especialmente porque los niveles de desempleo y pobreza se presentan como experiencias abrumadoramente negras.<sup>4</sup>

Zuma tenía poderosas razones para sabotear las instituciones de Sudáfrica, especialmente los tribunales y el funcionariado: usó su presidencia para redirigir los recursos públicos hacia sí mismo y hacia sus socios cercanos. Sus principales infracciones fueron el uso de fondos públicos para gastos personales y la designación de varios estrechos aliados como jefes de industrias públicas. Además, colocó a personas fieles al régimen en posiciones clave de los servicios de inteligencia y en cargos administrativos, en un intento de blindarse frente a la rendición de cuentas horizontal.<sup>5</sup>

El propio partido político de Zuma finalmente pisó el freno a este episodio de erosión democrática en Sudáfrica y expulsó a Zuma del cargo. En medio de un cúmulo de escándalos de corrupción, a finales del 2017, el Comité Ejecutivo Nacional del ANC lo retiró del cargo. El Parlamento bajo el control del ANC aprobó una serie de mociones de censura sobre el presidente, que finalmente dimitió a principios del 2018.

El liderazgo del ANC tenía buenas razones para expulsar a Zuma de la presidencia. Había acentuado la división en el partido y los escándalos de corrupción que se cernían sobre él eran una deshonra para el ANC. En efecto, un factor clave detrás de la expulsión de Zuma fue su rápido descenso en la opinión pública. Si bien comenzó su presidencia con una aprobación del 67 por ciento en los sondeos, para finales del 2017 el porcentaje de aprobación había caído al veinticinco por ciento.<sup>6</sup> Como

ocurrió con el liderazgo del Partido Conservador británico durante el mandato de Boris Johnson como primer ministro, el ANC temía que la presidencia de Zuma dañara los resultados del partido en las siguientes elecciones.

Por lo tanto, la desigualdad salarial no es el único aspecto en el que se han centrado los líderes regresores en el mundo en desarrollo. Pero en Latinoamérica, como explico en la siguiente sección, la cuestión de las divisiones económicas ha sido la tónica dominante. Incluso cuando los líderes regresores ponen el énfasis en otros temas, como la ley y el orden, estos se ajustan a la dimensión económica del enfrentamiento entre la izquierda y la derecha. En Latinoamérica, el «clivaje salarial», en palabras de Rodrik, ha sido el tema destacado para los líderes regresores, y ha fagocitado otros temas que también preocupan al electorado.

#### LOS POPULISMOS REGRESORES DE IZQUIERDA EN LATINOAMÉRICA

Teniendo en cuenta los índices de desigualdad y los altibajos en el rendimiento económico en toda la región, es difícil imaginar una campaña electoral nacional en Latinoamérica en la que la cuestión económica no sea un tema candente y central. Las candidaturas en México discuten acerca de los impuestos y el salario mínimo universal garantizado; en Argentina, sobre cómo restaurar la estabilidad de los precios; en Brasil, sobre cómo impulsar el crecimiento económico. En un plano general, el conflicto de clase es el tema de fondo en la política latinoamericana.

Este es el clivaje sobre el que los líderes regresores han movilizado, también, al electorado. Despotrican no contra los inmigrantes ni contra las minorías étnicas, sino contra los ricos.

Al menos un líder regresor en Latinoamérica estaba en el lado del clivaje salarial favorable al empresariado: Jair Bolsonaro, en Brasil. Un estudio realizado por politólogos brasileños caracterizó los objetivos de las políticas del presidente Bolsonaro como claramente de derechas: trató de

«privatizar empresas públicas, destruir derechos sociales, reducir los mecanismos de control medioambiental y facilitar el acceso a las armas de fuego».<sup>7</sup> El manual de estrategia de Bolsonaro coincide con el de un regresor: politizó la Administración, socavó la confianza en el proceso electoral y bloqueó las investigaciones judiciales sobre los escándalos de corrupción.<sup>8</sup>

Aun así, el prototipo del presidente latinoamericano que tomó el control del sistema democrático era un populista de izquierdas: de izquierdas porque estaba a favor de la redistribución y las políticas contra la pobreza, y populista porque enmarcaba el conflicto de clase en un maniqueísmo del bien contra el mal.<sup>9</sup> (El término maniqueísmo se refiere a un profeta persa del siglo III y denota una perspectiva dualista en la que todos los fenómenos y personas entran dentro de una de dos categorías: bueno y malo.)

En el anterior capítulo he señalado que, en las democracias ricas, los etnonacionalistas crearon un nuevo espacio para sí mismos en el gráfico-cubo. En Latinoamérica, la evolución ha sido diferente. Por una parte, los partidos y los sistemas de partido latinoamericanos revelan una menor estabilidad y coherencia ideológica que los de los países del norte global. Por otra parte, en vez de incorporar un nuevo espacio, la política de partidos en Latinoamérica siguió estando definida por una única dimensión. Pero en el siglo XXI, esa dimensión se visibilizó más claramente que en los años noventa, como si se enfocara una imagen que antes hubiera estado borrosa.

El auge de la postura a favor del mercado y de la globalización en Latinoamérica llegó enseguida, tras la democratización de muchos de sus países. Eso significó que las reformas internas favorables al mercado, así como la apertura de las economías al comercio y la inversión internacionales, aterrizaron en la región en un momento en el que los sistemas de partidos eran nuevos y estaban en pleno cambio. Las reformas favorables al mercado lograron algunos resultados espectaculares, como el control de la inflación. Pero también exacerbaron la desigualdad salarial en la que ya era la segunda región más desigual del mundo.

Las flagrantes desigualdades y la ausencia de respuesta a unas necesidades económicas urgentes moldearon la política hasta el cambio de

siglo. En varios países, estos factores ayudaron a destruir antiguos partidos y sistemas de partidos, y a allanar el terreno para los líderes de izquierdas, algunos de los cuales continuaron ese trabajo de demolición, dirigiendo el punto de mira, a su vez, hacia las normas y las estructuras democráticas.

Que la política fuera, en gran medida, unidimensional, como he planteado, no significa que estuviera dominada por un solo *tema*. Más bien, las posturas de los partidos en una serie de asuntos tienden a enlazarse de maneras previsibles. Por ejemplo, aparte de la economía, la mejora de la seguridad personal y la reducción del crimen son cuestiones habituales en Latinoamérica.<sup>10</sup> Los partidos y candidatos competidores adoptan posturas contrapuestas en ambos temas. Un lado quiere usar la política pública para luchar contra la pobreza y la desigualdad. El otro quiere dejar la distribución salarial al dictado del mercado. Un lado quiere seguir una línea severa contra los criminales (la «mano dura»). El otro cuestiona que esa postura funcione si no se abordan las causas de raíz.

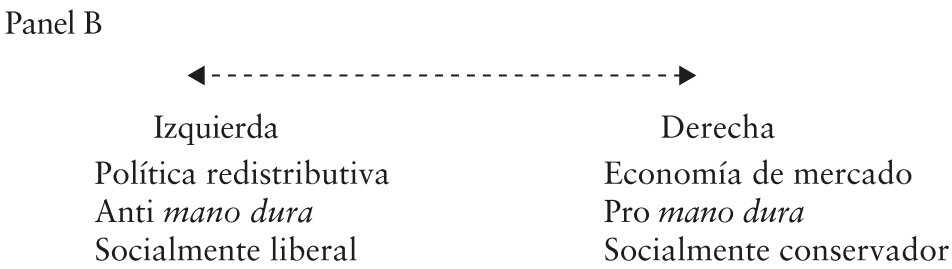
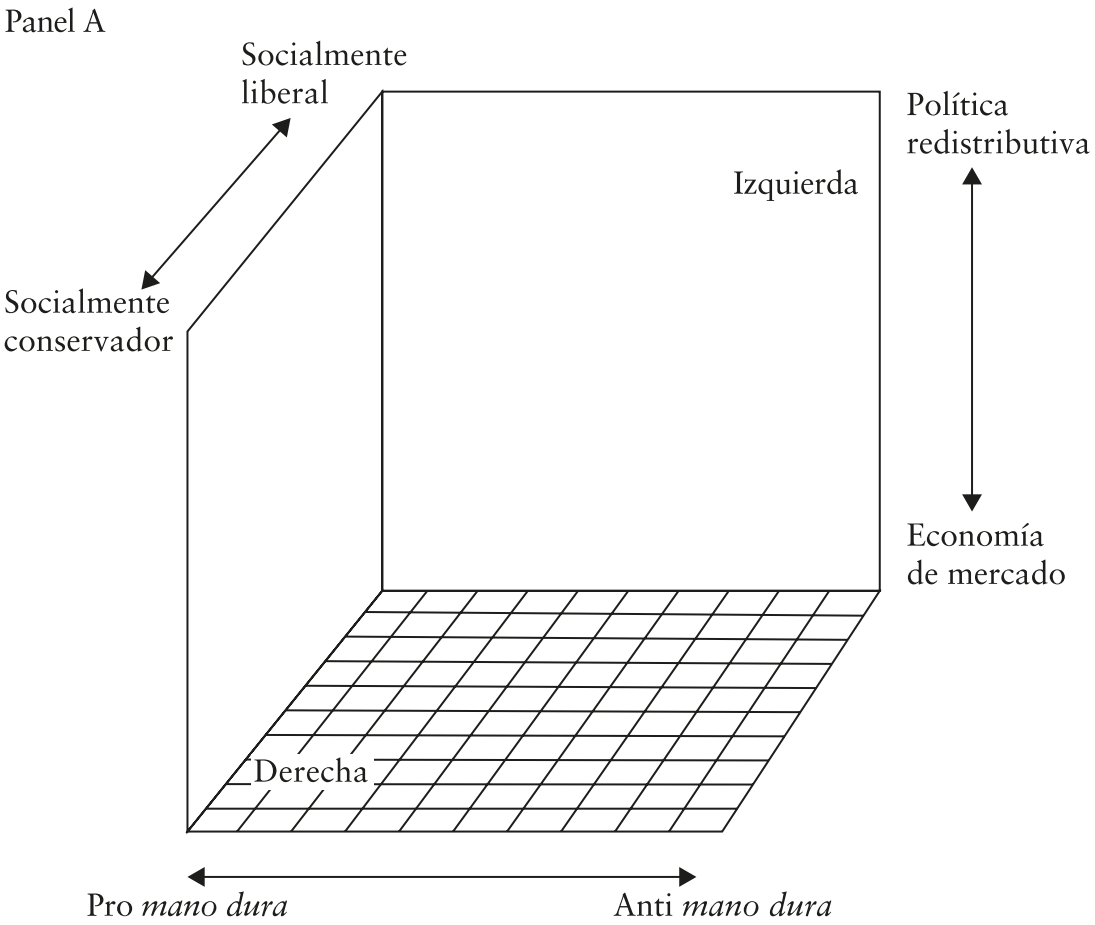
En Latinoamérica, los partidos que adoptan posturas que convencionalmente describiríamos como de izquierdas en un tema tienden a adoptar posturas de izquierda en otros. Esto contrasta con las democracias ricas analizadas en el capítulo anterior, en las que un partido que se consideraría de derechas porque defiende unos impuestos bajos y recortes en el gasto podría adoptar tanto una economía nacionalista como globalista. La alineación de los partidos latinoamericanos en una única dimensión se ve en los datos recopilados por la Chapel Hill Expert Survey Latin America (CHES-LA).<sup>11</sup> A partir de estos datos, se detecta una dimensión única de derecha-izquierda, en la que se ubican los partidos. Un conjunto de partidos prefiere que el Estado tenga una injerencia relevante en la economía, que adopte una postura con respecto al crimen que se concentre en erradicar las causas subyacentes y que se extiendan de manera significativa los derechos y las protecciones a las mujeres y a los colectivos LGBTQ+. Otro conjunto está alineado, básicamente, en el lado contrario de estos temas: favorece la desregulación y un Gobierno limitado, una respuesta dura contra el crimen, así como la defensa de un rol tradicional para las mujeres, y la oposición a ampliar los derechos de las personas LGBTQ+.<sup>12</sup>

El clivaje etnonacionalista o «identitario» es menos marcado, pero no está ausente, y los partidos, tanto de izquierdas como de derechas, tienden a adoptar una postura previsible también en este asunto. En lo que respecta a la inmigración y los derechos de los pueblos originarios indígenas, los líderes de derechas, como Bolsonaro en Brasil, abogan por una asimilación rápida, y los de izquierdas, como Evo Morales en Bolivia, insisten en el pluralismo cultural y los derechos de esos pueblos.<sup>13</sup>

El contraste con Europa es brutal. El análisis de los datos de CHES-Europe indica que se necesita más de una dimensión para mostrar la posición de un partido, tal y como se ilustra en las líneas de la Figura 3.3. La correlación entre las posturas de los partidos en economía y en asuntos sociales es mucho menor en Europa que en Latinoamérica.<sup>14</sup> Por lo tanto, mientras que las referencias a la *izquierda* y a la *derecha* en el contexto de las democracias ricas puede llevar a confusión, en el marco de Latinoamérica la simplificación es bastante acertada.

Para representar las posiciones de los partidos latinoamericanos, puedo emplear un gráfico-cubo como los que he empleado en el capítulo 3 (véase el panel A de la Figura 4.1). Pero los partidos y agrupaciones de partidos reales tenderán a amontonarse en dos rincones del cubo: el rincón favorable a la redistribución, a la indulgencia, a una postura socialmente liberal, y el rincón favorable al mercado, a la dureza contra el crimen y a una postura socialmente conservadora. La versión unidimensional, más comprimida, en el panel B en la parte inferior de la Figura 4.1, es más simple, e igual de acertada.

Figura 4.1. Posicionamiento de los partidos de izquierda y de derecha (agrupamientos ideológicos) en Latinoamérica

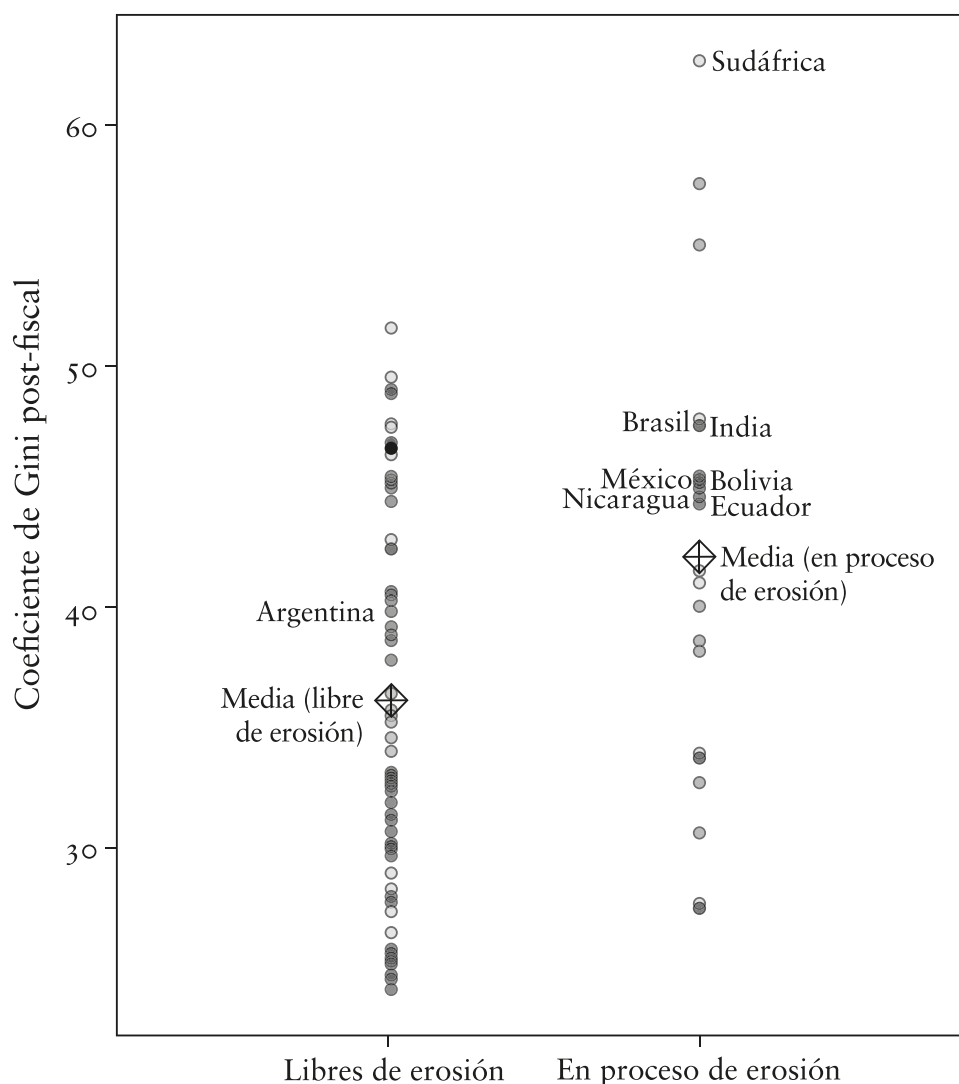


Nota: Panel A: Posiciones de los partidos de izquierdas y de derechas en las dimensiones de la economía, el crimen y los derechos sociales. Panel B: Posiciones de los partidos latinoamericanos en una dimensión.

Los líderes regresores, por lo tanto, surgieron en todo el mundo pero por dos vías bastante diferenciadas. Una implicaba un cambio profundo en la posición adoptada por los partidos políticos, mientras que la otra no era un

reposicionamiento sino más bien una cristalización de posiciones que anteriormente se habían manifestado de un modo más vago. Sin embargo, ambas vías tenían algunas características en común. Las dos se desplegaron en sociedades con altos niveles de desigualdad salarial. Como sugiere la Figura 4.2, los países de Latinoamérica con mayor desigualdad eran más propensos a la regresión. Y ambas experiencias generaron unos líderes con grandes razones para desafiar las estructuras institucionales dominantes. Para comprender esta parte del relato sobre Latinoamérica, hace falta ampliar un poco más el contexto.

Figura 4.2. Coeficientes de Gini en democracias en proceso de erosión y libres de erosión



Nota: Cada punto se corresponde con el coeficiente de Gini promedio para un país determinado, 2005-2020. Se clasifican varios países del sur global.

## LA POLÍTICA ELECTORAL LATINOAMERICANA EN EL CAMBIO DE SIGLO

La nitidez de la dimensión izquierda-derecha no ha sido una característica constante de las democracias posteriores a una transición. En la primera década tras la democratización en Latinoamérica, los candidatos a menudo fueron ambivalentes en sus posturas económicas, presentándose como protectores de los pobres para después, una vez en el Gobierno, dar un giro

hacia medidas de austeridad que muchas veces agravaban la pobreza y la desigualdad.<sup>15</sup> De hecho, en este primer periodo, parecía que estaba surgiendo un nuevo tipo de líder político, que combinaba un conservadurismo fiscal con una imagen y un tono que atraían a las clases pobres.<sup>16</sup> Y el electorado parecía recelar de dar su voto a la izquierda económica en los primeros años después de la transición, algo que tal vez refleje una falta de confianza en la solidez de sus democracias.

Pero, en una segunda o tercera oleada de elecciones, la dimensión económica izquierda-derecha cristalizó. Los partidos ofrecieron unos planes de igualdad económica de manera más abierta y directa, y el electorado se vio atraído hacia ellos. En Chile y Brasil, en Ecuador y Bolivia, en Venezuela y Uruguay, entre otros, ascendieron al poder partidos que se identificaban acertadamente como «de izquierdas».

Estos Gobiernos de la llamada «marea rosa», que empezaron a hacer su aparición a comienzos del siglo XXI, eran bastante diferentes entre sí. Diferían ideológicamente en su grado de radicalismo o moderación, y en la organización de sus estructuras internas.<sup>17</sup> En retrospectiva, ha quedado claro que también se diferenciaban en su impacto sobre las instituciones democráticas. Algunos las mantuvieron intactas. Otros las sabotearon. Y, como ya se ha mencionado, los Gobiernos de derechas también debilitaron la democracia en Latinoamérica. La Tabla 4.1 distingue entre presidentes de izquierdas y de derechas, y entre aquellos que preservaron las instituciones democráticas y aquellos que las erosionaron.

*Tabla 4.1. Ideología e impacto institucional de una selección de presidentes latinoamericanos*

| Ideología:                 |                                                                                      |                                                                              |
|----------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------|
|                            | Izquierda                                                                            | Derecha                                                                      |
| Instituciones intactas:    | Bachelet, Lagos (Chile)<br>Petro (Colombia)<br>Kirchner (Argentina)<br>Lula (Brasil) | Piñera (Chile)<br>Uribe (Colombia)<br>Macri (Argentina)<br>Calderón (México) |
| Instituciones erosionadas: | Chávez, Maduro (Venezuela)                                                           | Bolsonaro (Brasil)                                                           |

*Ideología:*

|  | Izquierda                                                                             | Derecha              |
|--|---------------------------------------------------------------------------------------|----------------------|
|  | Morales (Bolivia)<br>Correa (Ecuador)<br>Ortega (Nicaragua)<br>López Obrador (México) | Bukele (El Salvador) |

La Tabla 4.1 sugiere que a la democracia le fue mejor, en términos generales, en Argentina y Chile, países del Cono Sur. Le fue peor en la región andina, que destaca por haber producido varios regresores populistas de izquierdas. Nancy Bermeo está entre las primeras politólogas que señalaron la regresión democrática. Ella observó que los niveles de desigualdad en Bolivia y Ecuador eran los más altos en toda Sudamérica cuando Evo Morales y Rafael Correa ganaron las elecciones. En el 2005, cuando Morales salió elegido como presidente de Bolivia por primera vez, el país tenía una desigualdad mayor que la del 96 por ciento de las democracias. En el 2006, cuando Correa fue elegido presidente de Ecuador por primera vez, el país tenía más desigualdad que el 89 por ciento de las democracias. En Venezuela, la desigualdad había aumentado sustancialmente antes de la primera victoria de Hugo Chávez.<sup>18</sup> Ni siquiera las excepciones en esta región lo son tanto. En Colombia, un poderoso presidente de derechas, Álvaro Uribe, intentó erosionar la democracia y sólo se lo impidió una resistencia parlamentaria eficaz.<sup>19</sup> Perú, otro país andino, ha experimentado una agitación política enorme desde su regreso a la democracia en 1980, con un «autogolpe» de Estado que tuvo éxito y otro en calidad de tentativa. Por razones institucionales, los presidentes peruanos destacan por su debilidad más que por una fuerza excesiva.

Una motivación común a muchos populistas y etnonacionalistas regresores consistía en desafiar a los partidos políticos tradicionales. A pesar de que la magnitud de la disputa entre los partidos latinoamericanos no cambiara, un rendimiento deficiente por parte de los partidos y sus líderes en el Gobierno los hacía vulnerables a ser sustituidos por otros líderes nuevos y ambiciosos. A veces se desmoronaba todo el sistema de

partidos entero.<sup>20</sup> Varios regresores latinoamericanos subieron al poder en momentos señalados de desmoronamiento del sistema de partidos, y se beneficiaron de esos derrumbes.

El colapso más extraordinario tuvo lugar en Venezuela, la primera democracia en erosionarse en todo el mundo, en nuestro periodo. El sistema de Venezuela había sido fuertemente bipartidista: durante décadas, el partido de centro izquierda, Acción Democrática (AD), y el de centro derecha, COPEI, fueron prácticamente un duopolio de partidos.<sup>21</sup> En 1992, el Gobierno de AD adoptó unas políticas de austeridad, privatización y reformas favorables al mercado que desdibujaron su imagen como partido levemente socialdemócrata, lo cual generó una enorme oposición popular.<sup>22</sup> Este giro y el colapso de la Administración del Gobierno de AD finalmente provocaron la caída del viejo sistema. Entre 1947 y 1998, la suma del reparto del voto entre AD y COPEI en todas las elecciones, salvo en cuatro, superaba el setenta por ciento. En 1998, cuando estos dos partidos en declive presentaron una candidatura conjunta a la presidencia, su candidatura obtuvo tan sólo el 34 por ciento del voto.

Como estaba en campaña ese año, Chávez no perdió mucha energía en criticar a los partidos canónicos. Estos no suponían una gran amenaza. En lugar de eso, hizo llamamientos muy generales a la destrucción del viejo orden, al que tachó de corrupto y en descomposición. El único «camino pacífico, democrático [es] [...] dar un salto adelante de una democracia moribunda, de un sistema caotizado, donde se acabó la República [...], a una nueva democracia, a una democracia verdadera».<sup>23</sup> Chávez estaba al menos tan concentrado en crear un plebiscito para una nueva Constitución, una que aumentara enormemente los poderes del presidente, como en desacreditar el viejo orden de los partidos.

El presidente regresor de izquierdas de Bolivia también llegó al poder en medio de un sistema de partidos desastroso. El sistema boliviano previo a la llegada de Morales estaba compuesto por una serie de partidos principales: desde Acción Democrática Nacionalista (ADN) en la derecha, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) en el centro derecha, hasta el

Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en el centro izquierda. Sus perfiles ideológicos estaban difuminados por las alianzas entre partidos. Por ejemplo, un presidente del ala derecha, perteneciente al ADN, gobernó con el apoyo del centro izquierda, el MIR.<sup>24</sup> Sus perfiles estaban desdibujados también por sus cambios de política, con candidatos que habían sido críticos con las reformas favorables al mercado convertidos en reformistas promercado una vez que ocupaban el cargo.<sup>25</sup>

La victoria de Evo Morales en las elecciones del 2005 supuso un cambio radical en el sistema de partidos. En elecciones posteriores, algunos de los líderes de la vieja guardia reaparecerían. Pero la categorización de los partidos tradicionales y su organización básicamente desaparecieron.

Morales venía de ser el jefe del sindicato de campesinos productores de coca. Su partido político, Movimiento al Socialismo (MAS), no aspiró a la representación parlamentaria hasta casi veinte años después de la transición de Bolivia a la democracia. Los líderes de MAS eran personas ajenas a la clase política boliviana.

El sistema de partidos en Ecuador, a su vez, había estado fragmentado desde los años ochenta. Un futuro regresor, Rafael Correa, asumió el poder en el 2006 como un presidente minoritario: la mayoría en el poder legislativo correspondía a partidos de la oposición. En medio de fuertes conflictos con el poder legislativo y el Tribunal Constitucional, Correa convocó un plebiscito para abrir una vía para redactar una nueva Constitución. Se impuso en las nuevas elecciones del 2009, esta vez con el apoyo de una mayoría en el poder legislativo. En su segundo mandato, Correa atacó a los medios independientes y a los tribunales.

El colapso institucional no era una característica tan marcada en el contexto de la regresión democrática de México. El sistema de partidos ha sido extraordinariamente estable desde el último periodo autoritario, desde los años ochenta hasta el presente.<sup>26</sup> Y el líder regresor del país, Andrés Manuel López Obrador (2018-2024), no era un recién llegado: había sido candidato y funcionario gubernamental en dos partidos tradicionales. Aun así, quienes hubieran seguido de cerca su trayectoria no se sorprenderían demasiado cuando ejerció una presidencia que rompía las normas. López

Obrador no había conseguido vencer en las campañas presidenciales del 2006 ni en las del 2012. Tras ambas elecciones, denunció que había habido fraude e intentó interrumpir el normal traspaso del poder.<sup>27</sup>

El líder regresor mexicano no subió al poder, entonces, en medio de un colapso institucional o un derrumbe del sistema de partidos. Pero sus experiencias previas como candidato le infundieron un profundo escepticismo con respecto a las principales instituciones democráticas del país. Y estas experiencias sirvieron para que sus simpatizantes se acostumbraran a ver el sistema heredado como compuesto por instituciones elitistas que se interponían entre el líder y sus objetivos.<sup>28</sup>

Una gran diferencia entre Chávez, Morales y Correa, por una parte, y López Obrador, por la otra, es su comportamiento al enfrentarse al límite temporal de su mandato. Los tres primeros líderes abolieron los límites de sus mandatos –Correa, por su parte, los suavizó– con la vista puesta en una futura candidatura. López Obrador no trató de deshacerse de la norma de los seis años y de la no reelección. El «sexenio» ha sido la base fundamental de la política mexicana desde que estallara la revolución, a principios del siglo XX, contra un dictador que acumulaba mandatos, uno tras otro. En este sentido, las instituciones de la política mexicana, más sólidas, hacían que fuera más difícil para el líder regresor alterar las reglas del juego del modo en que lo hicieron sus homólogos más meridionales.

Los ingredientes que contribuyeron a la regresión democrática en el caso de los populismos de izquierdas, por lo tanto, incluyen la desigualdad salarial, la fragilidad institucional y la motivación por parte de los presidentes para debilitar aún más las instituciones democráticas. En el siguiente capítulo exploro más en profundidad cómo los líderes regresores latinoamericanos y de otras regiones construyeron un discurso de polarización y difamación institucional para mantener cautivo al electorado.

*La democracia libre de erosión bajo  
la izquierda en Latinoamérica*

Así como el caso del Reino Unido, que se libró «por los pelos», y el caso libre de erosión de Suecia ayudan a entender la regresión etnonacionalista, también resulta instructivo explorar casos de regresión potencial pero finalmente nula en el sur global. Durante muchos años, los líderes de izquierdas ocuparon la presidencia de Brasil: hasta que no se produjo su salida del órgano ejecutivo no hizo su aparición el proceso de erosión democrática. La izquierda controló la presidencia de Argentina durante extensos periodos y, sin embargo, el país no escaló de cierta aproximación a una regresión completa. ¿Por qué la izquierda presidió durante los episodios de regresión en países como Bolivia, Ecuador y México, pero no en Argentina o Brasil?

**Brasil.** Unos niveles muy altos de desigualdad salarial hacían que el país estuviera predispuesto para la erosión democrática. El modelo estadístico del capítulo 2 daba como resultado una estimación del riesgo de erosión para Brasil del veinticuatro por ciento. Pero el principal partido de la izquierda en Brasil, el *Partido dos Trabalhadores* (PT), era el más institucionalizado del país: no tenía motivos para debilitar las principales instituciones ni para desestabilizar la confianza del pueblo en el modelo electoral.

Durante décadas, en Brasil los partidos políticos tuvieron un carácter marcadamente distendido. Los alcaldes, los funcionarios estatales y los miembros del poder legislativo nacional saltaban con frecuencia de un partido a otro. El sistema de partidos no estaba establecido sobre unas posturas ideológicas o de programa estables. El electorado brasileño mostraba unos índices bajos de identificación con uno u otro partido. Una excepción que cobró fuerza en la primera década del siglo XXI fue el PT, un partido socialdemócrata que surgió estrechamente vinculado al movimiento sindical. Representaba una postura ideológica y una propuesta política relativamente claras, y se convirtió en un partido que inspiraba, si no una

adhesión profunda, al menos un apoyo electoral consistente entre amplios sectores del electorado.

En su condición de líder de este partido político relativamente establecido e institucionalizado, Lula tenía pocos motivos para debilitar la democracia brasileña. En sus dos primeros mandatos en el poder, desde el 2003 hasta el 2011, Lula dirigió unos Gobiernos que llevaron adelante importantes iniciativas en materia de política social y medioambiental. Tuvo una discusión con la prensa, en concreto con agencias de noticias internacionales, y propuso una ley para crear una agencia oficial que controlara los medios. Sin embargo, ni él ni su sucesora del PT, Dilma Rousseff, trataron de debilitar la independencia judicial ni la Administración electoral. Ni tampoco cuestionaron los límites temporales de sus mandatos.

Los logros de la política gubernamental del PT ocurrieron en el escenario del *boom* de las materias primas. El crecimiento económico y la política social se tradujeron en una mejora de la distribución salarial durante el periodo en que el PT estuvo en el poder.

Esta época de éxitos del PT se interrumpió cuando Brasil sufrió una profunda recesión en el 2013, bajo el mandato de la presidenta Rousseff. Ya fuera del cargo, Lula se vio envuelto en un gran escándalo de corrupción, por el que inicialmente fue juzgado y encarcelado. Más tarde salió libre, y adujo irregularidades en los procedimientos judiciales. Con un electorado hostil y la imagen del partido dañada, la presidenta Rousseff fue destituida, un proceso que dividió profundamente a la sociedad brasileña.

La caída de Brasil en la erosión, como recogen los datos del V-Dem, comenzó con la polémica destitución de la presidenta Rousseff y su sustitución por un presidente interino, que también se vio arrastrado por un escándalo de corrupción.<sup>29</sup> La erosión continuó tras las elecciones del 2018, bajo el presidente Bolsonaro. Bolsonaro no era un recién llegado a la política: era un capitán del Ejército retirado que había trabajado muchos años como miembro del Congreso Nacional. A pesar de ello, congregó a una Administración formada por personas con poca experiencia en política

o en la gestión pública.<sup>30</sup> Y mostró muy poco compromiso con la red de instituciones democráticas que presidía.

Si los ingredientes de la regresión en Brasil incluyeron la desigualdad económica y el ascenso de un líder antidemocrático al poder, a todo ello se le agregó, a partir de la segunda década del siglo XXI, una creciente polarización partidista. La polarización se vio impulsada por las opiniones acerca del PT.<sup>31</sup> La ciudadanía brasileña era «propetista» o «antipetista». Esta polarización afectiva aumentó, de acuerdo con los resultados de las encuestas realizadas en torno al 2014 y continuó creciendo en el 2018, durante una campaña presidencial en la que el candidato Bolsonaro describió repetidamente al PT como un partido singularmente corrupto, incompetente y comunista.<sup>32</sup>

En resumen, un líder de izquierdas que de otro modo podría haber desmantelado la democracia brasileña tenía escasos motivos institucionales para hacerlo. Pero la combinación de un alto índice de desigualdad salarial, la fragilidad institucional y la polarización partidista finalmente hizo estallar la regresión democrática cuando llegó al poder un líder con un compromiso exiguo con la democracia. En este caso, un líder no de la izquierda, sino de la derecha.

### *La democracia libre de erosión y la izquierda en Argentina*

Si en Brasil la izquierda eludió por poco la erosión democrática, a pesar de algunas medidas destinadas a ampliar el poder ejecutivo, Argentina estuvo aún más cerca de caer en ella. En efecto, Benjamín García Holgado y Scott Mainwaring subrayan los muchos factores que podrían haber desestabilizado la democracia argentina:

En Argentina, a pesar de muchas condiciones adversas, la democracia ha permanecido intacta desde 1983. A pesar del pasado histórico de Argentina, que incluye cinco colapsos democráticos; dos profundas crisis económicas, sociales y políticas (1989-

1990 y 2001-2002); tres profundos declives económicos prolongados y acumulativos (1984-1990, 1998-2002 y 2012-2020) y cuatro levantamientos militares entre 1987 y 1990, y a pesar de haber tenido dos presidentes que trataron de concentrar el poder en el Ejecutivo, no ha habido erosión democrática desde 1983.<sup>33</sup>

Los datos estadísticos transnacionales respaldan la afirmación de García Holgado y Mainwaring de que Argentina escapó de la erosión democrática. Aunque los datos del V-Dem detectan ciertas áreas en declive, estas no se acumulan hasta alcanzar el nivel de erosión.

García Holgado y Mainwaring atribuyen el hecho de que Argentina haya esquivado la erosión en parte a una repulsa de la izquierda a regresar a una autocracia. En el siglo XXI, Argentina ha estado gobernada por la izquierda en varios periodos, bajo líderes peronistas. Los presidentes del peronismo reforzaron los objetivos de izquierdas en el partido, tras un giro neoliberal anterior.<sup>34</sup> Sin duda, el partido peronista había defendido una vuelta a la democracia en décadas anteriores, de modo que sus líderes querían evitar dar la imagen pública de autócratas. García Holgado y Mainwaring destacan, asimismo, la presencia de importantes periodos de presidencia peronista en minoría. Los presidentes en minoría tenían menos oportunidades de ampliar el poder ejecutivo que los partidos respaldados por una mayoría de los escaños en la asamblea legislativa nacional.

Otro factor de la resistencia a la erosión democrática sería una distribución de la renta relativamente igualitaria. Históricamente, Argentina ha sido un país con altos índices de urbanización y alfabetización, y una distribución de la renta algo menos desequilibrada que otros países latinoamericanos. La desigualdad aumentó durante los años de la liberalización del mercado, a finales de los años ochenta y en la década de los noventa, y después cayó de manera bastante abrupta en los primeros quince años del siglo XXI, la época del *boom* de la exportación de materias primas y del auge de los Gobiernos de izquierdas. Argentina tenía un índice de desigualdad superior al del 73 por ciento de las democracias en el 2005. En el 2015, estaba en el percentil 57 entre las democracias, un poco más que la media.<sup>35</sup> Usando el modelo descrito en el capítulo 2, calculamos que

el pico de probabilidad de erosión democrática en Argentina en esos años era del ocho por ciento. El pico de probabilidad en Bolivia, durante la presidencia de Morales, teniendo en cuenta sus índices de desigualdad salarial, era aproximadamente del veinte por ciento.<sup>36</sup> En Ecuador, bajo Correa, el pico de riesgo era el doble del de Argentina: el dieciséis por ciento. Recordemos que los países con menor índice de desigualdad suelen presentar riesgos de una sola cifra, más cercana al cero que al diez.

En el anterior capítulo vimos que el Reino Unido eludió una erosión democrática completa, pero que sufrió algunos de estos mismos síntomas y que estos han persistido. Lo mismo puede decirse de Argentina. Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) se enfrentó a la prensa desfavorable y criticó a los tribunales, aunque su Gobierno acató las resoluciones judiciales en su contra.

La perspectiva de una resiliencia democrática en Argentina se desvaneció en el 2023. Debido a que tanto la izquierda como la derecha institucionales habían presidido el país sobre unas pésimas economías desde el 2015, gran parte de la ciudadanía argentina sentía rechazo hacia los partidos consolidados.<sup>37</sup> En la contienda presidencial de ese año, el electorado argentino eligió a un candidato de fuera del sistema de partidos: uno que, en su campaña, mostró muy poco respeto por las instituciones democráticas del país. Javier Milei derrotó a las candidaturas de los partidos conservadores tradicionales, así como al candidato peronista. Milei, radical defensor de la economía de libre mercado, alentó en la ciudadanía el nihilismo institucional. En la campaña del 2023, anunció su deseo de clausurar el Banco Central argentino, su oposición a los sindicatos obreros y su intención de eliminar o fusionar muchos ministerios gubernamentales (incluidos el de Educación, Desarrollo Social y Salud). En un gran anuncio por televisión, dijo que «el Estado no es la solución, es el problema».

Durante su primer mandato, Milei no fue capaz de construir un dominio sobre el Congreso ni sobre los gobernadores provinciales que le permitiera erosionar las instituciones democráticas en Argentina. De hecho, el Congreso frenó varios intentos del Ejecutivo de legislar unilateralmente mediante decretos de necesidad y urgencia. Aunque Milei obtuvo

importantes logros legislativos, tuvo que apoyarse en los partidos de la centroderecha tradicional. Pero está claro que una probabilidad estadística más baja de sufrir erosión no es una garantía para la democracia argentina.

\* \* \*

Por todo el mundo, una variedad de presidentes y primeros ministros ha aplicado el manual del regresor. Volviendo a la metáfora del tren, los líderes que tenían una mayor probabilidad de seguir a bordo hasta el destino final de una democracia en proceso de erosión eran aquellos que operaban en los países con índices de desigualdad más altos. En esos países, el electorado «dejado atrás» podía ser inducido a culpar de sus apuros a distintas tipologías de «otros». Los líderes que perdían el apoyo de la opinión pública tenían más probabilidades de que las élites de sus partidos los obligaran a bajarse del tren. En este sentido, el electorado podía desempeñar uno de dos papeles a la hora de ayudar a que su líder se apeara del tren. Uno era directo: podía votar por la expulsión del líder, como cuando echó de su cargo a los líderes del PiS, en Polonia, en el 2023, a Donald Trump en el 2020, o a Bolsonaro en el 2022. El segundo era indirecto: si la actitud del electorado y de la opinión pública con respecto a su líder se resentía entre elecciones, esto podía incitar a las élites del partido a facilitar su salida. De este modo, anticipando una pérdida electoral futura, los líderes del Partido Conservador británico obligaron a Boris Johnson a bajarse del tren; los potentados del ANC, augurando una derrota similar, forzaron a Zuma, en Sudáfrica, a bajarse.

Teniendo en cuenta este protagonismo del electorado, es de crucial importancia ahondar más en la naturaleza y las dinámicas del apoyo público a los regresores, una tarea que emprendo en la segunda parte de este libro.

Parte II

## LOS REGRESORES Y EL ELECTORADO

## Polarización y lenguaje basura: la teoría

Tras la jornada electoral, en el 2020, el acusado lanzó una campaña de desinformación en la que, de manera pública y extensiva, hizo unas declaraciones falsas, a sabiendas, en las que afirmaba que había habido un fraude en las elecciones presidenciales que había afectado al resultado, y que en realidad él había ganado. [...] El acusado ahora está intentando hacer lo mismo en este caso penal: socavar la confianza en el sistema de justicia penal.

*Petición por parte del fiscal de un secreto  
de sumario parcial sobre el expresidente Trump,  
15 de septiembre del 2023*

Este es un nuevo concepto de individuo que lo único que quiere es arrasarlo con todo.

KEVIN MCCARTHY,  
presidente de la Cámara de Representantes,  
hablando de sus colegas del Partido Republicano  
en el Congreso, 21 de septiembre del 2023

Los dos capítulos anteriores explican cómo unos giros previos en la política de partidos, en las democracias ricas y en desarrollo, crearon oportunidades para los líderes proclives a sabotear sus democracias. En los siguientes capítulos hablo del papel que desempeña el comportamiento político en esta historia. A pesar de que el electorado no es el único agente que necesitan los líderes regresores, es un agente crucial. La disposición del público para aceptar o resistir a los líderes regresores puede marcar la diferencia entre que el proceso de erosión flaquea o se intensifique. ¿Por qué el electorado

soporta, e incluso en algunos casos respalda, a líderes que erosionan las instituciones democráticas? ¿Es porque no le importa la democracia o incluso porque la considera un sistema de gobierno inferior?

Adelanto que la mayor parte de la ciudadanía en los países en vías de regresión no ha dejado de concebir la democracia como un sistema político deseable. Si toleran los ataques de sus líderes a las instituciones democráticas, por lo general, no es porque hayan renunciado a la democracia.

Cuando se enfrentan a un público que no está dispuesto a dar la democracia por perdida, los líderes regresores aplican principalmente tres estrategias para mantener al electorado de su parte. Una es debilitar las elecciones como instituciones de control. Tal vez limiten el acceso al voto entre el electorado de la oposición o alteren los distritos electorales de manera favorable al partido en el Gobierno. Si todo lo demás falla, pueden negarse a aceptar los resultados de las elecciones que han perdido. Una segunda estrategia consiste en aprovecharse de, y exacerbar, la polarización partidista. Esta segunda táctica es la que ha recibido una mayor atención por parte de expertos y observadores. Existe una tercera estrategia que ha pasado casi desapercibida. Es la que yo llamo *lanzar un lenguaje basura contra la democracia*, o la difamación de las instituciones democráticas. Los líderes emplean el lenguaje basura con el objetivo de que el público acepte cada vez más sus ataques contra las instituciones.

En este capítulo y en el capítulo 6, centro mi análisis en las estrategias segunda y tercera: la polarización y el lenguaje basura. Pero antes: ¿ha renunciado el electorado a la democracia?

## EL APOYO DE LA CIUDADANÍA A LA DEMOCRACIA

Cuando se le pregunta a la gente por su opinión acerca de la democracia, la mayor parte de la ciudadanía, en todo el mundo, responde que le gusta: coincide en que, aunque sea imperfecto, es un sistema de gobierno mejor

que otros.<sup>1</sup> ¿Ha disminuido la cifra de personas que responde de este modo en el periodo previo a la oleada de erosión democrática?

La academia, en su mayor parte, se decanta por una respuesta negativa a esta pregunta. En un gran estudio, Pippa Norris y Ronald Inglehart hallaron que no había una corriente general contra la democracia como sistema político. Pero sí descubrieron un decaimiento del respaldo entre algunos sectores de la población en las democracias ricas. En concreto, lo que descubrieron es que la cohorte o grupo de población de mayor edad ha virado hacia valores proautoritarios.<sup>2</sup> Por su parte, Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk descubrieron, alarmados, una caída en el respaldo público a la democracia, esta vez entre la gente joven. Estos autores consideraban «profundamente preocupante» que «la ciudadanía en una serie de democracias supuestamente consolidadas en Norteamérica y la Europa occidental se ha [...] vuelto más crítica hacia sus líderes políticos» y «más dispuesta a expresar su apoyo a alternativas autoritarias».<sup>3</sup>

Los hallazgos de Foa y Mounk han sido cuestionados. En respuesta a su artículo, en el 2017 Erik Voeten contraargumentó, basándose en la evidencia de países de varias regiones del mundo, que «las tendencias en el respaldo general a la democracia y sus alternativas no democráticas se han mantenido estables durante las dos últimas décadas».<sup>4</sup> Además, Voeten alegaba que el aparente deterioro del respaldo a la democracia entre la juventud es, de hecho, un efecto de la edad, no de la cohorte estadística. Es decir, lo que puede parecer un declive secular de ese respaldo es, en realidad, una instantánea de un déficit permanente de este respaldo entre la juventud. Si se hubiera realizado una encuesta similar en los años ochenta, noventa y en la primera década del siglo XXI, los resultados habrían revelado el mismo tipo de déficit en el respaldo a la democracia entre las personas que entonces eran jóvenes y el segmento de la ciudadanía de mayor edad.

Larry Bartels critica enérgicamente la idea de que el respaldo a la democracia se ha derrumbado en Europa en las últimas décadas o que un colapso parecido esté detrás de la erosión democrática. Partiendo de la

Encuesta Social Europea, señala que los niveles generales de «confianza y satisfacción política con la democracia han sido bastante estables en Europa a lo largo del siglo XXI».<sup>5</sup> El respaldo a la democracia, explica, es relativamente alto en algunas democracias en proceso de erosión (Polonia) y relativamente bajo en otras (Hungría). Y añade que la cadencia de los giros en la opinión pública en Europa sugiere que el sentimiento antidemocrático era producto de la retórica de los líderes y, por lo tanto, más un declive que una variable principal. A partir de un análisis riguroso de los datos de los sondeos de Hungría, Bartels concluye que «el discurso cada vez más antieuropeo y antiinmigración [del primer ministro Viktor Orbán] fue un acicate para que gente que ya apoyaba al Fidesz [el partido gobernante] expresara unas actitudes consistentes con esa retórica».<sup>6</sup>

En algunos países latinoamericanos, el respaldo a la democracia ha decaído. Pero, en la mayoría de los casos, lo hizo *después* de que en ellos se instalara la erosión democrática. El Center for Global Democracy, de la Universidad de Vanderbilt, realiza las ampliamente respetadas encuestas LAPOP a lo largo de las Américas. Las encuestas LAPOP revelan unos niveles altos y bastante estables de aprobación en Latinoamérica de la idea de que «la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno». El declive comenzó en el 2014, pero esto ocurrió tras la aparición de la regresión en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua. Aquellos países en los que la erosión comenzó más tarde registraban niveles relativamente altos de respaldo a la democracia, de acuerdo con esta medición: 67 por ciento en El Salvador, 64 por ciento en Brasil y 62 por ciento en México.<sup>7</sup>

Por lo tanto, el descenso del respaldo a la democracia como sistema de gobierno no parece haber precedido a la oleada de erosión democrática en las primeras décadas del siglo XXI. Y sin embargo, la idea de que gran parte del electorado se ha vuelto cínica con respecto a las instituciones políticas tiene su relevancia. Regresaré a este asunto más tarde en este capítulo.

## LOS REGRESORES Y LA POLARIZACIÓN PARTIDISTA

La polarización política alienta la regresión democrática. En esta sección, exploro esta idea y ofrezco evidencias que la respaldan. En la línea de otros investigadores, planteo que la polarización es tanto una causa como un efecto de la regresión democrática.<sup>8</sup>

Pero, primero: ¿qué es la polarización política? El término invita a pensar en unos agentes políticos que van alejándose cada vez más unos de otros. Las dimensiones en las que se separan pueden vincularse con las políticas públicas. Imaginemos que, en un momento inicial, el partido A está a favor de un tipo impositivo sobre la renta del veinticinco por ciento, mientras que el partido B propone un veinte por ciento. Si posteriormente el partido A pasa a defender un tipo impositivo promedio del setenta por ciento y el partido B pasa a un diez por ciento, los dos partidos se han polarizado.

No sólo los partidos, también la ciudadanía puede polarizarse. Tal vez se polarice en cuanto a políticas relativas a los impuestos. O quizá se polarice al dar mayor importancia que antes a ciertos temas que dividen a la población. Hasta los años ochenta, el aborto era un asunto relativamente poco relevante para la mayoría de la ciudadanía estadounidense que no despertaba un gran activismo. Y los integrantes de ambos partidos políticos tenían posturas heterogéneas sobre el tema: había demócratas antiabortistas y republicanos a favor de la libre elección. Más tarde, el tema ganó prominencia y despertó una gran movilización, y las posiciones de los partidos se volvieron mucho más homogéneas en ambos lados. En este sentido, el electorado estadounidense se polarizó con el tema del aborto.<sup>9</sup>

La polarización de los electorados también puede relacionarse con sus identidades. De hecho, los politólogos opinan que la afiliación política de la gente está ahora entrelazada como parte de su identidad. La inclinación de la ciudadanía por un partido político u otro surge de una idea o estereotipo de la persona simpatizante típica de cada formación. Si la identidad propia está

alineada con la imagen del colectivo simpatizante del partido A y se aleja de la imagen del colectivo simpatizante del partido B, es más probable que esa persona se defina como simpatizante del partido A.<sup>10</sup> Si la imagen que esa persona tiene del típico simpatizante del partido socialdemócrata es la de alguien de clase obrera que forma parte del sindicato o la de un urbanita de mentalidad liberal, y su propia identidad se parece más a la de alguien que reside en una pequeña comunidad agrícola, esa persona buscará alinearse con algún otro partido diferente del socialdemócrata.

Estas afinidades basadas en la identidad también pueden estar más o menos polarizadas. Se puede pensar en la gente que quizá simpatice con otro partido simplemente como personas diferentes, o se puede pensar en ellas como antagonistas. Y ese antagonismo puede ser leve o extremo. Un colectivo que simpatiza con otro partido podría sencillamente estar formado por gente que quiere pagar un impuesto más alto que lo que yo considero ideal, pero yo también podría pensar que ese colectivo está tratando de negarme un derecho básico a mí y a la gente como yo. Esta clase de antagonismo identitario trae consigo fuertes reacciones emocionales. Y tiende a desatar lo que los académicos llaman *polarización afectiva*, que se mide, en el plano individual, por el intervalo entre cuánto le gusta a la persona su propio partido y cuánto le disgustan otros partidos.<sup>11</sup> La antipatía hacia otro partido puede estar basada en su postura con respecto a determinadas políticas o en una animosidad que tenga más que ver con la identidad tribal.<sup>12</sup>

La polarización afectiva afecta no sólo al sentimiento de la ciudadanía acerca de líderes u organizaciones políticas. También puede hacer que se resientan las relaciones entre las bases electorales de los partidos. En las sociedades afectivamente polarizadas, la gente evita entablar amistad con personas simpatizantes de otros partidos, y no les gusta la idea de que su prole tenga una pareja que apoye al partido opuesto.<sup>13</sup> Por ejemplo, en Estados Unidos, las personas que usan aplicaciones de citas *online* rechazan a quien simpatice con el partido contrario tanto como rechazan a personas con diferente nivel de estudios.<sup>14</sup>

Las identidades diferenciadas y enfrentadas no siempre generan una hostilidad intensa. Pensemos en el vínculo de la gente con sus equipos deportivos. La afición de un equipo a veces se sienta en las gradas entre la del equipo contra el que juega. Esta situación puede llevar a una conversación amistosa, quizá incluso a compartir bromas ligeras; en mi experiencia como aficionada al béisbol, ocurre así a menudo. Pero la afición deportiva no siempre es tan benévola. Pensemos en la ciudad de Glasgow, en Escocia, donde hay dos equipos profesionales de fútbol: el Celtic y el Rangers. La hinchada del Celtic no querría asistir a un partido desde las gradas de la afición del Rangers, y viceversa. La animosidad es intensa y, a veces, violenta.

La rivalidad ilustra lo que los politólogos conceptualizan como *estructuras de clivaje*. Las aficiones del Celtic y del Rangers son un ejemplo de estructuras de clivaje *superpuestas*. Un hincha del Celtic es, seguramente, católico de clase obrera, quizá de ascendencia irlandesa. El seguidor del Rangers probablemente sea más rico, protestante y de ascendencia escocesa. Ambos grupos son diferentes en muchas e importantes dimensiones: región, ascendencia, clase social. Estas diferencias se basan en la realidad y también, sin duda, se exacerban en las mentes de las aficiones enfrentadas. Las estructuras de clivaje también pueden estar *entrelazadas*: la gente puede diferir en algunas dimensiones y coincidir en otras. Un ejemplo de una rivalidad intraurbana con clivajes entrelazados es el béisbol en Chicago, cuyos equipos en las Grandes Ligas de Béisbol son el White Sox y el Cubs. Existen leves diferencias entre las bases de sus aficiones, que se asocian a la ubicación del primero en el lado sur de la ciudad, de clase obrera, y la ubicación del segundo en el lado norte, de clase más alta. Pero también existen otras líneas más borrosas entre los dos, que además no son motivo de una fuerte hostilidad. Ambas aficiones podrían quejarse juntas del lamentable estado de nuestro equipo de fútbol americano: el Chicago Bears.

En política, las estructuras de clivaje superpuestas constituyen la base de un sentimiento identitario y una polarización intensos. A esto se le suma que la clase política puede convencer a la gente para que piense que los

clivajes son únicamente superpuestos, cuando en realidad están, en parte, entrelazados. Y los líderes pueden exagerar ante sus partidarios el grado de amenaza que representa la otra parte. En el contexto de la erosión democrática, Murat Somer, Jennifer McCoy y Russell E. Luke describen un fenómeno que denominan *polarización perniciosa*: «la percepción creciente entre simpatizantes de ambos partidos de que las políticas del partido opuesto suponen una amenaza para el país».<sup>15</sup> Uno de los países que analizan es Turquía, que –como demuestran– se ha polarizado mucho más bajo el liderazgo de Recep Tayyip Erdoğan y su partido, el AKP. La polarización perniciosa, en Turquía como en otros lugares, es una consecuencia de los esfuerzos de «emprendedores políticos» que explotan

las reclamaciones populares mediante el empleo de un discurso de «nosotros contra ellos», echando la culpa a los supuestos enemigos y avivando el recelo y la desconfianza. Estos agentes polarizantes también recurren a –o se inventan– unas identidades políticas y unos relatos históricos que respaldan esas identidades, que, a su vez, movilizan a un electorado, por lo demás, diverso. Con el tiempo, esta clase de agentes divide al electorado en alas políticas opuestas con un número cada vez menor de elementos entrelazados. La política adopta una dinámica de intenso conflicto, y quien participa en ella despliega una lealtad a su grupo social acompañada de una antipatía y desconfianza hacia el grupo opuesto, al que llega a considerar como una amenaza existencial.<sup>16</sup>

Tal y como plantean Somer y sus coautores, los líderes regresores llevan, deliberadamente, a los electorados a volverse más polarizados. Y los líderes de la oposición también contribuyen a la polarización, al reaccionar con una retórica antigubernamental cada vez más dura. Este fue el caso, explican, de Turquía.

No es difícil encontrar ejemplos de retórica polarizante. En su campaña presidencial del 2018 en Brasil, Jair Bolsonaro afirmó que el partido en el Gobierno había «hundido a Brasil en la más absoluta corrupción, algo nunca visto en ningún otro lugar del mundo».<sup>17</sup> Ante semejante hipérbole, no sorprende que la ciudadanía brasileña se agarre a teorías conspirativas y

que sea reacia a abandonarlas. Según un minucioso estudio, no existe información correctiva suficiente capaz de sacar a los encuestados de su engaño o de sus convicciones, basadas en rumores desagradables y falsos acerca del partido al que desprecia su candidato.<sup>18</sup>

El discurso polarizante a veces alcanza un nivel caricaturesco. En el 2018, durante la fase previa a las elecciones de mitad de mandato en Estados Unidos, el entonces presidente, Donald Trump, se lamentó de un país

que vive bajo los demócratas radicales, [que] quieren subir los impuestos, quieren imponer el socialismo en nuestra increíble nación, convertirla en Venezuela. [...] Quieren quitarnos nuestro sistema de salud [...] destruir vuestra Segunda Enmienda y abrirles vuestras fronteras de par en par a bandas mortíferas y violentas. [...] Los demócratas se han convertido en el partido del crimen. [...] Los demócratas se han convertido, realmente, en una masa enfurecida, decidida a destruirlo todo y a todos a su paso.<sup>19</sup>

El lenguaje empleado por los líderes regresores apunta a una de las razones por las que los países en proceso de erosión estarían polarizados: esos líderes fomentan la polarización. Lo hacen porque gobernar sobre una sociedad polarizada los ayuda a eludir su responsabilidad ante un electorado que podría no estar dispuesto a tolerar ataques contra unas normas e instituciones bien conocidas. Como sugieren Somer, McCoy y Luke, cuando el electorado ve una victoria de la otra parte como una catástrofe, considerará los ataques de su propio líder sobre las instituciones democráticas como algo más aceptable. Los regresores tienen la esperanza de que sus simpatizantes, de hecho, se digan: «Tal vez no me guste que siempre esté atacando a los medios o metiendo a su gente en el Tribunal Supremo, o insistiendo en un supuesto fraude electoral, pero si gana la otra parte...». El final de esa frase podría ser «nos convertiremos en Venezuela» o «seremos sometidos por una facción de derechas» o algún tipo de resultado imaginario que, desde el punto de vista de los simpatizantes de los regresores, constituye una pesadilla.

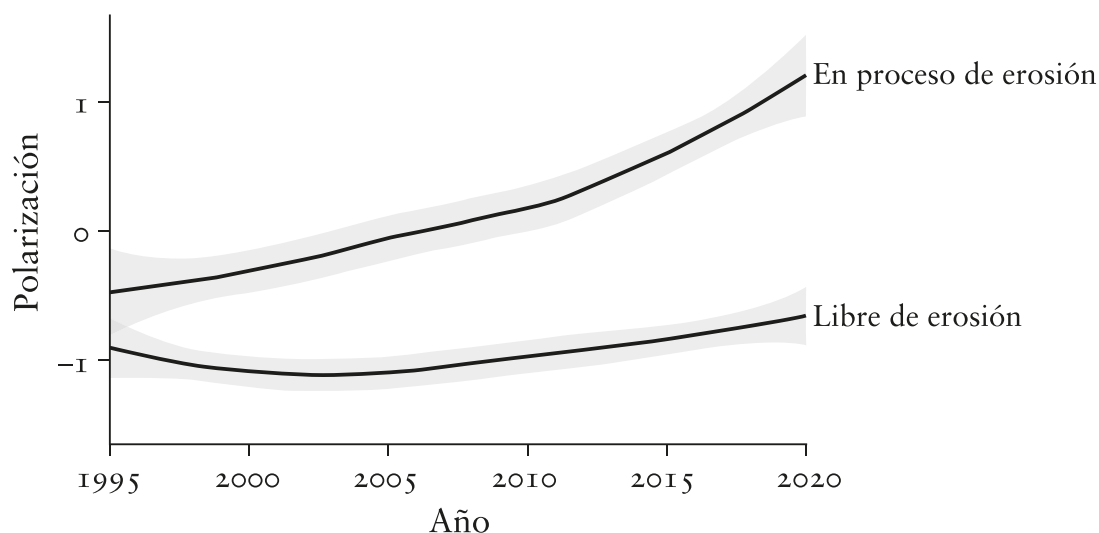
Esta lógica ha sido expresada y estudiada sólidamente por Matthew Graham y Milan Svolik, que explican:

En el momento de elegir entre una candidatura del propio partido cuyas posturas violan los principios democráticos y una candidatura que respeta los principios democráticos pero que, por lo demás, no resulta atractiva, un porcentaje importante del electorado puede sacrificar los principios democráticos y elegir la candidatura que defiende su partido o sus intereses. En un electorado fuertemente polarizado, incluso un electorado con mentalidad democrática puede actuar, primero, como simpatizante de un partido y, sólo en segundo lugar, como demócrata.<sup>[20](#)</sup>

Dado que la polarización ayuda a los regresores, no tienen ningún motivo para frenarla, sino, más bien, para avivarla. Los esfuerzos de un Bolsonaro o un Trump no cuentan toda la historia que hay detrás de la polarización, pero son parte de ella.

El argumento de que los regresores se benefician de la polarización y por lo tanto tratan de exacerbarla encuentra un respaldo indirecto en la Figura 5.1, que está basada en las valoraciones de expertos en polarización afectiva, recogidas por el V-Dem. La línea superior indica los niveles de polarización en países que sufrieron regresión, mientras que la línea inferior indica esos niveles en países que no la sufrieron. En 1995, la polarización afectiva en ambos tipos de democracias estaba más o menos al mismo nivel. A lo largo del siguiente cuarto de siglo, la polarización creció en los países que experimentaron una erosión democrática, mientras que permaneció relativamente estable en aquellos que no la sufrieron.

*Figura 5.1. Polarización ideológica en las democracias en proceso de erosión y libres de erosión*



*Nota:* Las curvas suavizadas (líneas de tendencia LOESS) indican niveles de polarización, rastreados por la variable *polarización política* del V-Dem. Los segmentos en sombra son intervalos de confianza del 95 por ciento. «En proceso de erosión» se refiere a países que sufrieron erosión en algún punto entre 1995 y el 2020. El resto de los países incluidos se mantuvieron como democracias entre 1995 y el 2020.

Por supuesto, la figura no distingue entre la polarización como causa o como efecto de la regresión. Los estudios académicos sugieren que ambos operan de manera simultánea. Los potenciales autócratas tienen más probabilidades de ganar las elecciones y, algo crucial, de ser reelegidos en las sociedades polarizadas.<sup>21</sup> La ventaja electoral que otorga la polarización a los regresores les da motivos para polarizar aún más a sus electorados.

En resumen, una respuesta a la pregunta de «¿por qué están polarizadas las democracias en proceso de regresión?» es que la polarización ayuda a los potenciales autócratas, quienes, por tanto, tratan de polarizar más todavía a sus ciudadanías. Y, como explican Somer y sus coautores, la oposición a menudo reacciona pagándoles con la misma moneda, acelerando, así, la espiral de la polarización.

Sin lugar a duda, existen varios factores que impulsan la polarización partidista, más allá de las acciones deliberadas de las élites de los partidos. Estos incluyen cambios en el entorno mediático y –en algunos países– una

creciente segregación residencial de los electorados simpatizantes de cada partido.

Un ingrediente adicional en la creciente polarización es la desigualdad salarial. He mostrado, en el capítulo 2, cómo eleva el riesgo de erosión democrática. Pero también se da la circunstancia de que la desigualdad salarial aumenta la polarización partidista.

Una gran brecha entre ricos y pobres puede avivar el resentimiento y el descontento entre aquellos que sienten que los han dejado atrás: un sentimiento del que se aprovechan los líderes de los partidos, que buscan movilizar a sus simpatizantes.<sup>22</sup> La espiral de polarización que Jennifer McCoy, Murat Somer y sus coautores describen se nutre, asimismo, de la desigualdad salarial. En su estudio documentan cómo los líderes políticos se valen de una desigualdad salarial prolongada para intensificar la polarización entre los que «han quedado atrás» en países como Polonia y Turquía.<sup>23</sup>

Los expertos que estudian el caso de Estados Unidos también han detectado una conexión entre la polarización en las rentas y en la política, y explican que los estados con un alto nivel de desigualdad salarial son más propensos a la polarización partidista.<sup>24</sup>

De manera similar, los datos transnacionales revelan una conexión entre la desigualdad salarial y la polarización partidista. Eli Rau y yo hallamos que la desigualdad salarial es un sólido predictor de la polarización social, de acuerdo con las mediciones de las encuestas del V-Dem.<sup>25</sup> Pasar de contextos con una baja desigualdad a contextos con una desigualdad moderada o alta se asocia con un brusco aumento de la polarización partidista.<sup>26</sup>

Rau y yo, además, realizamos unas encuestas experimentales para explorar el vínculo entre la desigualdad salarial, o la conciencia de esta, y una actitud cínica hacia la democracia. En unas encuestas realizadas en Estados Unidos y México en el 2023, expusimos a unos subgrupos de encuestados elegidos al azar a recordatorios de los altos índices de desigualdad salarial en cada país. En Estados Unidos, el apunte sobre la

desigualdad incluía el dato de que «el uno por ciento de las personas asalariadas (los tres millones de estadounidenses más ricos) controlan más riqueza que la clase media al completo (casi doscientos millones de estadounidenses)»; en México, el dato ofrecido fue que «el uno por ciento más rico controla el 47 por ciento de la riqueza nacional en México». En ambos países, se les recordó que «las personas que trabajan mucho durante toda su vida no tienen garantizada una jubilación cómoda» «en la vejez».

En las dos encuestas, planteamos una pregunta diseñada para detectar el cinismo con respecto a las instituciones democráticas. Preguntamos a las personas encuestadas si estaban de acuerdo, y en qué grado, con la siguiente afirmación: «No podemos arreglar los problemas que hay en nuestras instituciones políticas: debemos dismantelarlas y empezar de cero». Quienes habían recibido el dato que les recordaba los altos índices de desigualdad eran más proclives a estar de acuerdo con esta afirmación. En Estados Unidos, especialmente los republicanos mostraron un nivel alto de nihilismo institucional cuando se les informó acerca de la desigualdad.

En resumen, la creciente polarización partidista en una variedad de países a finales del siglo XX y en los primeros años del siglo XXI hunde sus raíces en un aumento de la desigualdad salarial entre la ciudadanía y en la intensificación de la retórica entre los líderes políticos, que se benefician electoralmente de la animadversión entre los electorados. Como hemos visto en el capítulo 2, la polarización no es ajena a los nuevos entornos mediáticos, pero los medios de comunicación desempeñan un papel más bien de refuerzo y no constituyen la causa última de la polarización.

## LAS TRAMPAS DE LA POLARIZACIÓN

A pesar de todo, la polarización tiene desventajas desde el punto de vista privilegiado de los líderes políticos. Una de las principales es el riesgo de que se vuelva contra ellos. Recordemos a Bolsonaro, lamentando que un antiguo Gobierno militar brasileño no hubiera matado a miles de civiles de la oposición. O a Trump, que describía a los demócratas como «una masa

enfurecida, decidida a destruirlo todo y a todos a su paso». Es fácil entender por qué un defensor de Bolsonaro o de Trump que considerara convincentes estas diatribas miraría hacia otro lado ante las acciones antidemocráticas de sus líderes. Pero si nos ponemos en el lugar del electorado militante del PT en Brasil, o del demócrata en Estados Unidos, ese lenguaje podría llevarlo a una movilización *contra* el líder. Cuando Bolsonaro le dice a una parte de la ciudadanía que debería ser llevada ante un pelotón militar de fusilamiento o que forma parte de una turba criminal decidida a destruir el país, es probable que el electorado haga campaña contra el político que ha hecho esas declaraciones. Y podría ocurrir que la parte de la ciudadanía desalentada por las acciones de los regresores y que aún dudara sobre si ir a votar se decante por hacerlo, como respuesta al discurso polarizante. Incluso si antes ya era probable que fuera a votar, ahora tal vez muestre, además, una mayor disposición a hacer una donación a la campaña o a participar en un mitin.

La estrategia de la polarización puede también dañar al líder entre el electorado independiente y no militante. El lenguaje polarizado es, por su propia naturaleza, corrosivo, y el lenguaje corrosivo puede alienar a personas que estén relativamente desvinculadas de la política.<sup>27</sup> La estrategia de intensificar la polarización partidista conlleva el riesgo de empujar al electorado independiente hacia la oposición.

La desventaja de la polarización, por lo tanto, es que, de la misma manera que revoluciona las propias bases del líder, también aviva las de sus oponentes. Y esto puede alienar al electorado no militante.

La evidencia de que una retórica muy agresiva puede inducir un contrataque entre la oposición y el electorado independiente proviene de una encuesta realizada en junio del 2024 por Bright Line Watch.<sup>28</sup> Se expuso a la mitad de una muestra de personas adultas estadounidenses al siguiente enunciado:

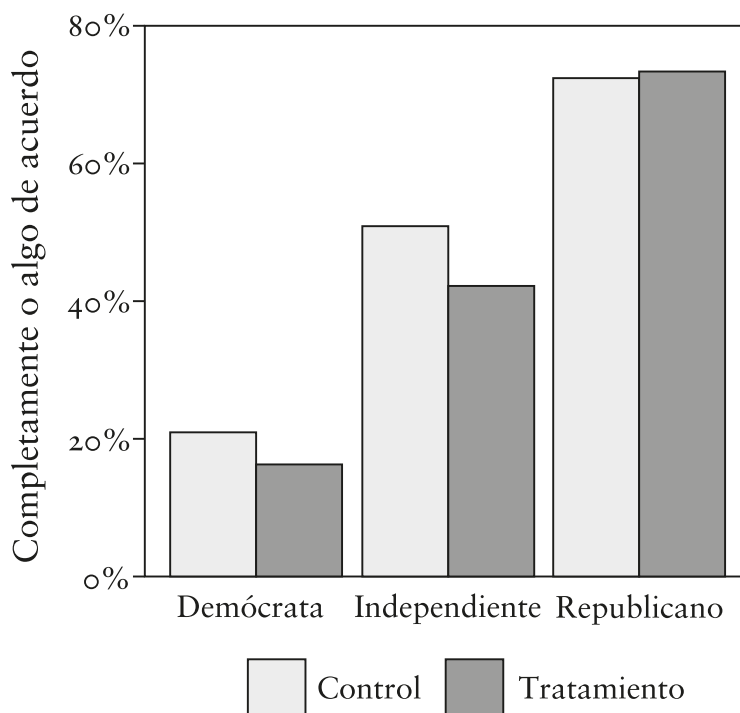
En respuesta a la sentencia condenatoria a Donald Trump en un tribunal estatal de Nueva York en mayo por falsificar informes empresariales, el congresista Ronny Jackson (republicano, Tejas) exigió el procesamiento del presidente Biden y de su

familia, y afirmó que: «Voy a animar a todos mis colegas y a todas las personas sobre las que tenga influencia como miembro del Congreso a que vayan agresivamente contra el presidente y contra toda su familia, *toda su familia criminal*, por todos los delitos que hay ahí fuera ahora mismo, relacionados con su familia».<sup>29</sup>

El congresista Jackson, efectivamente, hizo un llamamiento para que el presidente y su «familia criminal» fueran procesados.<sup>30</sup>

El experimento produjo un contrataque por parte de demócratas e independientes. Al final de la encuesta, se les preguntó a las personas participantes —de las cuales, la mitad habían leído la declaración del congresista y la otra mitad no— por su opinión acerca de las posibles acusaciones contra el presidente y su familia. Los demócratas que habían leído la cita de Jackson estaban, de media, *menos* a favor de procesar a Joe Biden que los demócratas que no la habían leído (véase Figura 5.2). La diferencia no era grande: entre aquellos expuestos al enunciado del congresista Jackson, apoyaba el procesamiento un cinco por ciento menos. Pero era una diferencia estadísticamente relevante. Hubo incluso señales más fuertes de una reacción entre el electorado independiente. El 51 por ciento de quienes no leyeron la cita de Jackson estaba a favor del procesamiento de la familia de Biden, una cifra que caía hasta el 43 por ciento entre los independientes que sí la habían leído.<sup>31</sup>

*Figura 5.2. Porcentaje que opina que el presidente Biden debería ser procesado*



*Nota:* Datos procedentes de Bright Line Watch (2024b). El grupo de tratamiento leyó un enunciado en el que se hacía un llamamiento para que el Congreso fuera «agresivamente contra el presidente y contra toda su familia, toda su familia criminal».

### MÁS ALLÁ DE LA POLARIZACIÓN: EL LENGUAJE BASURA

Los líderes que erosionan las democracias tienen a su disposición otra estrategia, una que reduce el riesgo de despertar una movilización en su contra desde el otro bando. Pueden emplear el lenguaje basura contra la democracia: manchar la percepción de la calidad, la ecuanimidad y la capacidad de sus instituciones tal y como operan en el país de quien así habla. En lugar de condenar la democracia como sistema de gobierno, describen las instituciones concretas de su democracia y las presentan como defectuosas. La judicatura es corrupta, las administraciones electorales son parciales, la prensa se la tiene jurada al líder, etcétera.

El discurso polarizante y el lenguaje basura tienen diferentes modulaciones. El mensaje del discurso polarizante es: a lo mejor no te

gustan mis ataques a las normas y las instituciones, pero un Gobierno controlado por el otro partido sería catastrófico. El mensaje del lenguaje basura es: a lo mejor no te gustan mis ataques a las normas y las instituciones, pero en realidad estas instituciones están huecas y son corruptas. Para restaurar una democracia sana, necesito que se me permita derribar nuestras instituciones y reconstruirlas de modo que me otorguen un mayor control.

He ofrecido algunos ejemplos de cómo suena un discurso polarizante en las declaraciones de Bolsonaro y de Trump. También muchos ejemplos de lenguaje basura. En los que se mencionan a continuación destaco la ausencia de mención alguna a otros partidos políticos, una práctica que, cargada de crítica, sería el sello distintivo del discurso polarizante.

El presidente de México, López Obrador, retrató a muchas agencias gubernamentales como corruptas, incompetentes y caras. Dedicó palabras especialmente duras al órgano de la Administración electoral, el Instituto Nacional Electoral (INE), incluidos ataques *ad hominem* contra su dirección. Sus declaraciones insinuaban que había habido corrupción o una mala gestión de los recursos de la agencia («el INE de México es de los organismos electorales más onerosos, más costosos») o que esta había mirado hacia otro lado ante el fraude electoral (tiene «un papel, un desempeño muy antidemocrático, porque hay pruebas de que cometen injusticias, de que están al servicio de los potentados, de que avalan los fraudes electorales»).

[32](#)

Donald Trump ha difamado muchas instituciones estadounidenses, principalmente la prensa y los tribunales. A pesar de que, en ocasiones, ha culpado al Partido Demócrata de sabotear estas instituciones, en otras, las ha criticado sin invocar ninguna supuesta conexión con el Partido Demócrata.

En cuanto a la judicatura federal, a menudo Trump ha insinuado que sus integrantes toman malas decisiones porque no tienen que rendir cuentas ante el electorado. Esto, por ejemplo, es lo que dijo refiriéndose a un juez que llevaba un caso sobre la política de inmigración de Trump: «Hoy, el Estado de derecho ha sufrido otro golpe, cuando un juez no elegido cambió

de manera unilateral la política en materia de inmigración de nuestro país. [...] Este caso es otro ejemplo más de una flagrante extralimitación por parte de un juez de distrito concreto que no ha sido elegido. La resolución judicial de hoy debilita la fe en nuestro sistema legal».<sup>33</sup> En otros momentos, Trump ha declarado que los jueces tienen prejuicios contra él. En una ocasión bien conocida, afirmó que un jurista tenía prejuicios contra él debido a la etnia de aquel.<sup>34</sup>

A veces, en sus diatribas, Trump no ha dado razones concretas por las que una institución, según él, no rinde o por las que considera que lo trata a él de forma injusta. Pero se muestra, aun así, corrosivo, como en esta valoración sobre la prensa:

¡En ninguna época en toda la historia de nuestro País hemos tenido unos Medios tan Fraudulentos, Falsos o Corruptos! ¡Cuando, dentro de muchos años, miren hacia el pasado, a la «Era de Trump», sólo espero que una gran parte de mi legado sea haber sacado a la luz la descomunal deshonestidad de las Noticias Falsas!<sup>35</sup>

El primer ministro de Hungría Viktor Orbán mantuvo un flujo constante de vituperios contra lo que describía como la debilidad inherente a los sistemas democráticos. En este sentido, las quejas de Orbán contra la democracia (y el «liberalismo») eran más sistémicas que las de otros líderes regresores. Estos otros regresores defienden la idea de la democracia como sistema, al tiempo que socavan la confianza en ciertas instituciones democráticas concretas, tal y como operan en sus propios países. Orbán casi rozaba, abiertamente, la condena de la democracia.

El primer ministro húngaro retrataba a los liberales y demócratas como «débiles». En un discurso del 2015, bromeó con que si su partido, entonces en el poder, perdía las inminentes elecciones parciales, «nuestros compañeros occidentales tal vez se queden tranquilos, por fin, de que seamos buenos demócratas; para ellos, un buen demócrata es uno que pierde, o, si por casualidad gana, es débil».<sup>36</sup>

La debilidad del liberalismo occidental aparece también en la valoración que Orbán ofrecía de las economías de los países democráticos y

autocráticos:

Unos sistemas que no son occidentales ni liberales ni democracias liberales, tal vez ni siquiera democracias, pueden, aun así, hacer que sus países tengan éxito. Hoy día, los países estrella de los analistas internacionales son Singapur, China, la India, Rusia y Turquía. [...] Las sociedades que se construyen sobre el principio de organización del Estado de la democracia liberal probablemente serán incapaces de mantener su competitividad global en las próximas décadas, más bien al contrario: esta se verá reducida, a menos que sean capaces de cambiar de manera significativa.<sup>[37](#)</sup>

¿Qué distingue el lenguaje basura de la mera franqueza acerca de los defectos de la democracia? Después de todo, lo que dice el lenguaje basura de los regresores no es del todo equivocado, o no siempre. Existe, en efecto, cierto elitismo y derroche en la Administración electoral de México, y un actitud distante por parte de la judicatura estadounidense. Y las autocracias a veces florecen económicamente. Un rasgo clave del lenguaje basura es que destaca, de manera selectiva, los defectos de las instituciones que el líder quiere sabotear, e ignora los problemas de las instituciones que el líder favorece. Por ejemplo, las instituciones públicas en México más propensas a la corrupción eran los Gobiernos estatales y municipales, incluidos aquellos bajo la dirección del propio partido político de López Obrador. Esto no se mencionaba en los discursos del presidente.<sup>[38](#)</sup>

Un segundo indicador de que estamos ante un caso de lenguaje basura es la solución propuesta por los regresores: aumentar los poderes del presidente o primer ministro.

De ahí que Hugo Chávez, en abril del 2000, felicitara a su público por un nuevo orden constitucional en el que había doblegado a las instituciones encargadas de la rendición de cuentas horizontal. Chávez declaró: «Ustedes me vieron a mí batallar contra el Congreso Nacional hasta que lo desaparecimos. Ustedes me vieron batallar contra la Corte Suprema de Justicia hasta que la desaparecimos».<sup>[39](#)</sup>

En México, López Obrador fue más allá y ofreció una prototeoría según la cual los órganos independientes violan la democracia. Hacia el final de su

mandato, el presidente propuso una serie de reformas de la Constitución. La doctrina central era hacer que el Estado mexicano fuera más democrático y más receptivo, mediante el debilitamiento de órganos y agencias gubernamentales que anteriormente habían sido independientes. Las reformas se justificaron con un torrente de críticas a la «burocracia de oro» que se dedicaba a «robos monumentales» [es decir, corrupción] y «dispendio, suntuosidad y frivolidad, a expensas del erario [público]». [40](#)

La fórmula del presidente para corregir estos defectos fue aumentar los poderes presidenciales. Según la valoración de un académico, «consideradas en conjunto, las reformas del sistema electoral, de las Fuerzas Armadas, de la judicatura, la burocracia y los órganos autónomos tienen como resultado un importante traspaso de funciones y de poder al brazo ejecutivo y al partido mayoritario».

Así como la polarización conlleva un riesgo, lo mismo ocurre con el lenguaje basura dirigido contra las instituciones. Una desventaja consiste en que, en la medida en que incentiva un cinismo desmovilizador, ese mismo sentimiento puede extenderse a los propios simpatizantes del líder de maneras que pueden llegar a ser un inconveniente. Los regresores no desean que su electorado se hunda en una actitud cínica hacia las elecciones, por ejemplo, y que no salga a votar. Trump advirtió al electorado estadounidense en el 2020 que el voto por correo —ampliamente utilizado durante la pandemia de Covid-19— era propenso al fraude. Pero en posteriores elecciones, Trump y su partido tuvieron que esforzarse mucho por convencer a su electorado para que votaran por correo, como medida para fomentar la participación republicana. Entonces se encontraron con la resistencia por parte de un electorado al que previamente se le había dicho que esa manera de votar era, esencialmente, poco fiable y propensa a la manipulación. [41](#)

## ¿CUÁNDO POLARIZAR Y CUÁNDO EMPLEAR EL LENGUAJE BASURA?

A lo largo de sus mandatos, los líderes regresores desean moldear las instituciones democráticas y ganar las elecciones. Cuando emplean un lenguaje polarizante, retienen el apoyo de sus bases, a pesar de haber debilitado la democracia. Pero, al polarizar, se arriesgan a alentar la participación del electorado independiente y de la oposición. Cuando lanzan su lenguaje basura contra la democracia, reducen el riesgo de un contrataque dirigido contra sus reformas institucionales entre toda clase de sectores del electorado. Pero entonces se arriesgan a desmovilizar a sus propias bases, si esta se vuelve cínica con respecto a la democracia.

El contexto que impulsa a los líderes a polarizar sería uno en el que sus bases electorales naturales estén constituidas por un tipo de persona que tiende a tener un índice de participación bajo: más bajo que el del electorado más propenso a oponerse al regresor. Bajo estas condiciones, es probable que la estrategia de la polarización incremente el número de votos del líder. Este es justo el contexto que se encontró Trump en Estados Unidos en su primera campaña, en el 2016. Un electorado rural con un nivel de estudios bajo era el electorado natural para Trump, y este suele estar formado por personas que, habitualmente, tienen un índice de participación bajo. El electorado urbano con un nivel de estudios más alto era su oposición natural: este electorado ya tenía un índice de participación alto, de manera que una reacción en contra de la polarización generaría un impacto mínimo. Esta estrategia, sin embargo, parecía menos idónea en su campaña de reelección del 2020, en la que perdió, cuando las bases de Trump estaban comprometidas con él, y ya muy movilizadas.

En el caso del lenguaje basura, un escenario propicio es aquel en el que el político tiene el ambicioso objetivo de rehacer las instituciones y le preocupa menos propagar el cinismo entre sus bases. Los políticos emplean el lenguaje basura cuando tienen la corazonada de que eso reafirmará al electorado que esté preocupado por el desmantelamiento de las

instituciones. Este es el contexto que se encontró Chávez en 1998. Anunció que rediseñaría las instituciones venezolanas de arriba abajo, y se enfrentó a una oposición que estaba muy debilitada. En México, López Obrador también tenía un ambicioso plan de reforma institucional, que lo impulsó a combinar el lenguaje basura con una retórica polarizante.

La polarización y el lenguaje basura tienen sentido, en teoría. Pero ¿podemos detectarlos en la retórica de los políticos en vivo y en directo? ¿Cómo afectan al electorado la polarización y un lenguaje basura dirigido contra la democracia? ¿Se encienden las bases del regresor ante las diatribas de su líder? ¿Genera la retórica polarizante un contrataque entre el electorado de la oposición o el independiente, no militante? ¿Elude el lenguaje basura cualquiera de esas reacciones negativas? Estas son las cuestiones que abordo en el siguiente capítulo.

## Polarización y lenguaje basura: la evidencia

Este capítulo pasa de la teoría de la polarización y el lenguaje basura a la evidencia que muestra cómo son de reales y cómo operan. La primera tarea es ver si la distinción entre polarización y lenguaje basura guarda alguna relación con la retórica real de los regresores. Una indicación negativa sería un índice muy bajo de lenguaje basura, comparado con el discurso polarizante. Otra sería que la mayoría de las afirmaciones presenten una mezcla, que sean muy pocas las que incluyan diatribas contra las instituciones y que no culpen, al mismo tiempo, a los partidos políticos de la oposición de los fracasos institucionales.

Cuando los líderes desean polarizar a sus electorados, hablan de lo terribles que son los partidos de la oposición. Cuando desean manchar las instituciones democráticas ante la opinión del electorado, hablan de lo terribles que son estas instituciones. A veces, hacen las dos cosas: denuncian el lamentable estado de las instituciones del país y culpan de ello a los partidos de la oposición. A modo de ejemplo, Donald Trump retrata, persistentemente, la *judicatura* estadounidense como una institución infiltrada por jueces *demócratas*, como hizo en agosto del 2023, cuando acusó al juez que presidía su juicio federal en Washington D. C. de ser «altamente partidista».<sup>1</sup> Por lo tanto, es probable que el discurso de un líder regresor contenga tres tipos diferentes de afirmaciones: unas dirigidas a desacreditar las instituciones (lenguaje basura), otras que aspiren a exacerbar el partidismo en el electorado (afirmaciones polarizantes) y otras más que combinen ambos tipos (mixtas).

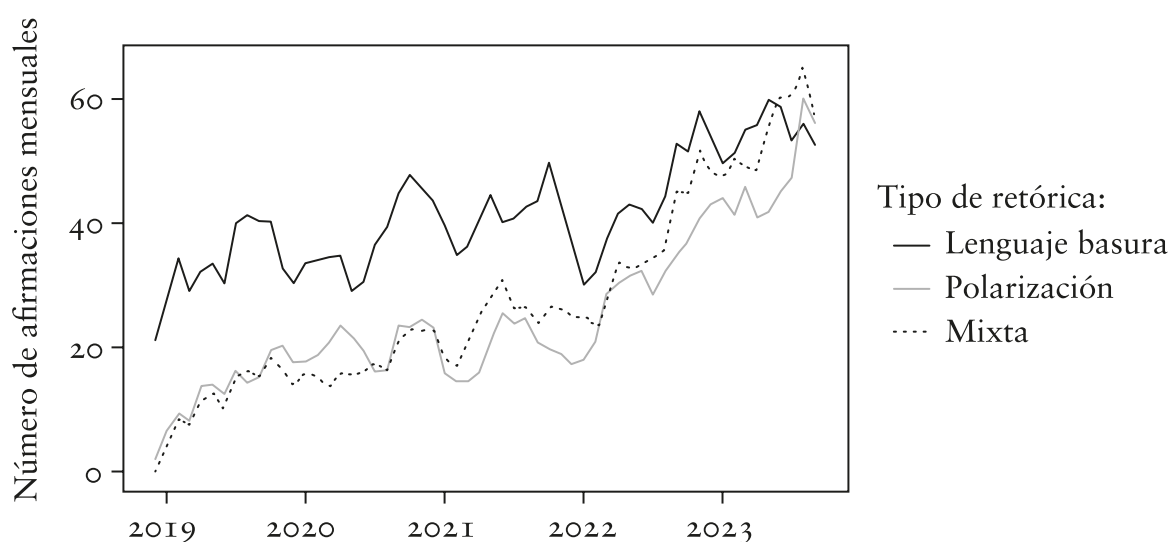
Nuestro equipo en el Chicago Center on Democracy recopiló grandes conjuntos (o corpus) de discursos de líderes. El equipo estaba integrado por Lautaro Cella, Ipek Çinar, Andrés Uribe y por mí.<sup>2</sup> Un político cuya retórica analizamos fue López Obrador, en parte porque nos ofrecía mucho material sobre el que trabajar. Casi cada día laborable durante su mandato de seis años, el presidente dio una rueda de prensa por la mañana (las «mañaneras»), de las que su equipo de comunicación extraía numerosas citas para difundir clips de prensa y mensajes a través de los medios tradicionales y las redes. Además, subían la transcripción completa de todas las ruedas de prensa, para júbilo de los equipos de investigación académica, que así tenían acceso directo a una montaña de discursos presidenciales para su análisis.

En las afirmaciones mañaneras de López Obrador, nuestro equipo identificó ejemplos puros de lenguaje basura contra la democracia mexicana, a menudo centrados en acusaciones de corrupción.<sup>3</sup> El «poder judicial», explicaba el 7 de mayo del 2021 en su estilo habitual, «quedó completamente echado a perder, descompuesto, con predominio de la corrupción». Otras veces, López Obrador empleaba un marco polarizante, acusando a los anteriores Gobiernos de los partidos PRI y PAN de dedicarse «a saquear el país, se apoderaron del Gobierno, lo secuestraron y lo convirtieron en un comité al servicio de unos cuantos» (5 de noviembre del 2020). Aplicaba esta lente maniquea también a sus oponentes contemporáneos, declarando que «existe un bloque conservador que está en contra de la transformación del país, y esto lo he dicho desde siempre, que es un bloque conservador muy corrupto».<sup>4</sup>

Algunas veces, el presidente combinaba el lenguaje basura contra la democracia con la polarización partidista, retratando las instituciones que tenía en el punto de mira como entidades comprometidas con fuerzas alineadas con la oposición: esas eran afirmaciones mixtas. El INE, declaró López Obrador, no sólo era corrupto sino que había sido capturado por los partidos políticos conservadores: sus líderes «están convertidos en el Supremo Poder Conservador. Ya deciden quién es candidato y quién no».<sup>5</sup>

Nuestro equipo empleó varios procedimientos para identificar las afirmaciones polarizantes, las de lenguaje basura y las mixtas, dentro de las declaraciones de López Obrador.<sup>6</sup> La Figura 6.1 muestra los resultados. Se centra en el periodo entre diciembre del 2018 y septiembre del 2023, y revela la frecuencia con la que López Obrador hizo afirmaciones de lenguaje basura, polarizantes y mixtas. La figura sugiere que, en efecto, el lenguaje basura y la polarización pueden separarse en el discurso del presidente. La cantidad de afirmaciones mixtas era menor que las afirmaciones puras (de lenguaje basura y polarizadas, sumadas). El lenguaje basura fue la estrategia empleada con mayor frecuencia. En 51 de los 58 meses estudiados, las afirmaciones de López Obrador que atacaban las instituciones superaron a las polarizantes.

*Figura 6.1. Afirmaciones de lenguaje basura, polarizantes y mixtas por parte del presidente de México Andrés Manuel López Obrador*



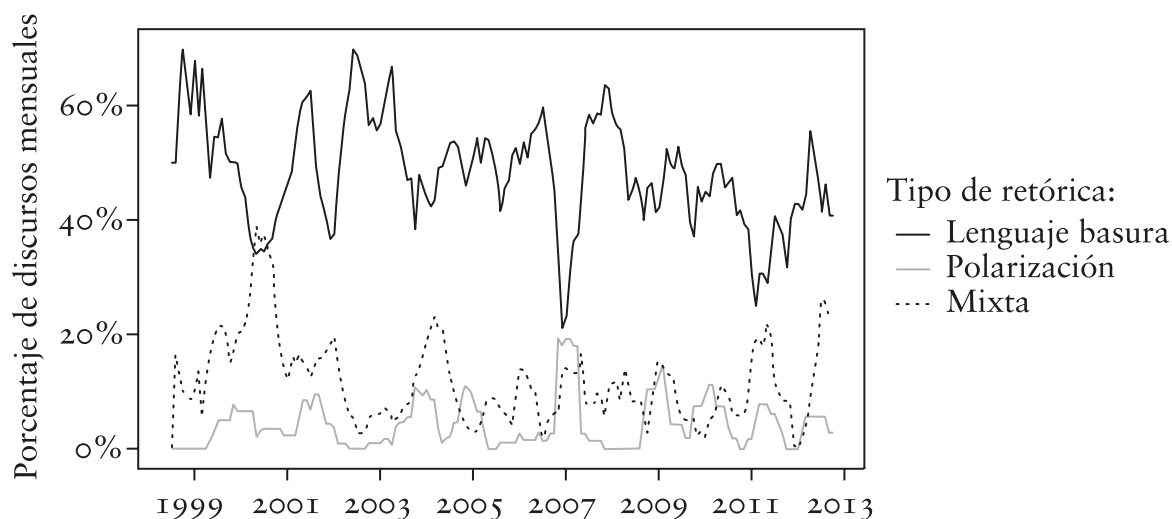
*Nota:* Las cifras reflejan medias móviles de cuatro meses de las afirmaciones que son puro lenguaje basura (sólo ataques a las instituciones), pura polarización (sólo ataques a los partidos o grupos ideológicos) y mixtas (en las que el presidente denigra tanto a las instituciones como a los partidos en una sola declaración). Véase Cella *et al.* (2025) para una descripción más detallada de cómo se recopilaron y clasificaron los discursos, y para acceder a los resultados del análisis de los textos con mayor nitidez, al nivel de la frase.

Hugo Chávez era otro presidente locuaz. Además de pronunciar otros tipos de discursos, presentaba un programa de radio dominical, «Aló Presidente», que se emitía por los canales de televisión y radio estatales, y

que, por lo general, duraba unas cuatro horas. Nuestro equipo reunió todo su contenido, disponible en la página web Todo Chávez, que recoge sus discursos desde 1999 hasta finales del 2013, el año de su muerte.<sup>7</sup> Empleé unos procedimientos similares a los del estudio de México para identificar la retórica polarizante y los ataques contra la democracia de Chávez. Identifiqué palabras clave relacionadas con organizaciones e ideologías de los partidos, y otras relacionadas con las instituciones. Los modelos de lenguaje avanzado (LLM) detectaron, a su vez, el tono de cada conjunto de afirmaciones.

Los resultados se muestran en la Figura 6.2, que revela que el lenguaje basura prevaleció por encima de la polarización en la retórica de Chávez. También era más predominante hacia el principio de su mandato que más adelante. Chávez llegó al poder en un momento en el que, en Venezuela, los partidos políticos que habían sido preeminentes durante muchos años estaban descomponiéndose. Chávez se impuso con facilidad en sus primeras elecciones, en 1999 y en el 2000, en este último caso, poco después de que se aprobara una nueva Constitución. Chávez veía esa primera campaña, la de 1999, como una oportunidad para crear un plebiscito para una nueva Constitución y una renovación de la democracia venezolana.

Figura 6.2. Afirmaciones de lenguaje basura, polarizadas y mixtas por parte de Hugo Chávez



Nota: Porcentaje (media móvil de seis meses) de los discursos mensuales que son puro lenguaje basura, pura polarización o mixtos, 1998-2013.

Los discursos de campaña de Chávez en 1998 y 1999 comparaban el deterioro de la democracia del momento con una futura renovación democrática, y giraban en torno a un llamamiento a redactar una nueva Constitución:

Casi todos los candidatos presidenciales [...] plantean lo mismo: maquillar lo que está podrido. Yo ando planteando nuestra verdad: lo que está podrido no se puede maquillar, lo que está podrido hay que extirparlo y extirpémosles pues en paz, en democracia, a través de un referéndum nacional que convocaré, Dios mediante, siendo ya P residente de la República, para preguntarle a los venezolanos ¿quiere Constituyente sí o no? [...] Es el único camino pacífico, democrático que es lo que queremos, para dar un salto adelante de una democracia moribunda, de un sistema caotizado, donde se acabó la República, insisto, a una democracia nueva, a una democracia verdadera con contenido social, ético, jurídico y político verdaderamente.<sup>8</sup>

Un presidente institucionalmente hiperambicioso, que se enfrentaba sólo de forma esporádica a opositores competentes de otros partidos, al menos en sus primeros tiempos, se apoyó de forma considerable en un lenguaje basura dirigido contra la democracia venezolana.

Repetí los procedimientos que acabo de describir para estudiar la retórica de Trump. Recordemos mis expectativas con los líderes regresores, cuando el riesgo de movilizar a sus oponentes es menor que el riesgo de que se produzca una baja participación por parte de sus simpatizantes naturales. Estos políticos tenderán hacia un discurso polarizante. Esta proposición se ajusta a la situación a la que se enfrentaba Trump, al menos en sus primeros tiempos como político.

Gran parte de la comunicación de Trump con el público se producía a través de las redes sociales. Hasta el año 2000, fue principalmente a través de Twitter, que es de donde recopilé las palabras y frases para este estudio.<sup>9</sup> Un típico hilo de tuits polarizantes publicado en octubre del 2017 acusaba a las filas del Partido Demócrata de ver «una “confabulación” Trump/Rusia que no existe. Los demócratas están usando esta Caza de Brujas terrible (y mala para nuestro país) para hacer una política malvada».<sup>10</sup> Los tuits que atacaban a las instituciones eran igualmente duros. Cuando Trump lanzaba su lenguaje basura contra las instituciones democráticas, el objetivo solía ser la prensa. Un tuit de abril del 2018 es representativo: en él critica a uno de los principales periódicos, el «fallido New York Times . [...] ¡Nada más que Noticias Falsas de un periódico parcial!».

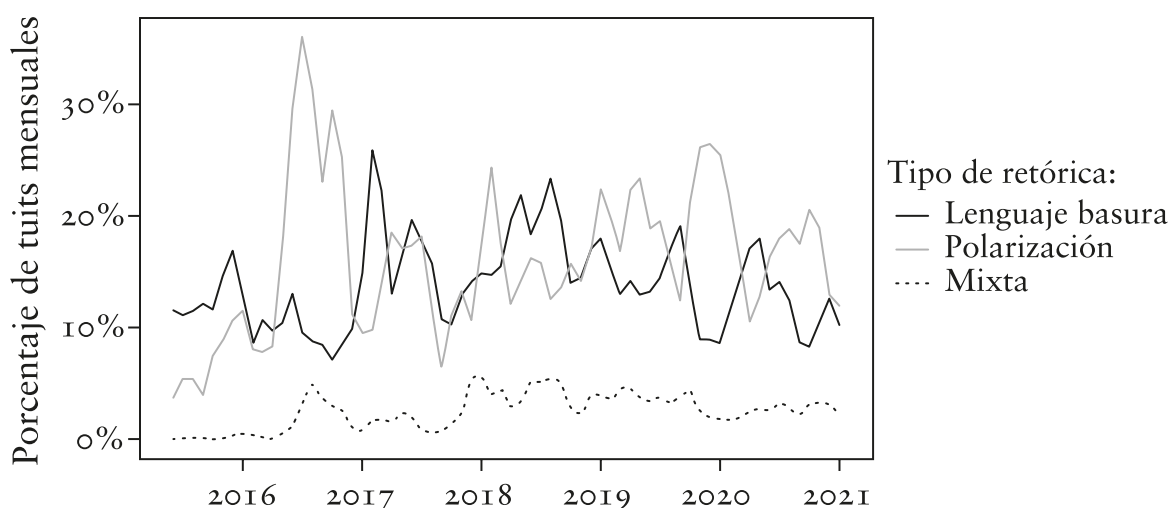
En los tuits que publicó entre el 2015 y el 2020, Trump muestra una preferencia por la polarización partidista, por encima del lenguaje basura dirigido contra las instituciones democráticas. La Figura 6.3 muestra esta preponderancia de las diatribas contra sus oponentes, especialmente en la última parte de su primer mandato. La cifra más baja de tuits corresponde a la categoría de afirmaciones mixtas, las que combinan diatribas institucionales con ataques al partido opositor.

Por lo tanto, la evidencia indica que la distinción conceptual que tracé entre el lenguaje basura y la polarización no es puramente teórica, sino que realmente se ajusta a la retórica de los presidentes regresores.

Estos tres presidentes no siempre mezclaban las críticas a los partidos con las críticas a las instituciones en un mismo enunciado. De hecho, las afirmaciones mixtas son, de los tres tipos, las menos abundantes. La evidencia también confirma mi expectativa de que los líderes que

ambicionan especialmente un cambio institucional tenderán a emplear la estrategia del lenguaje basura contra la democracia. Y cuando movilizar al electorado contrario preocupa menos que movilizar al propio, las desventajas de la polarización se desvanecen.

*Figura 6.3. Tuits de lenguaje basura, polarizantes y mixtos por parte de Donald Trump*



*Nota:* Porcentaje (media móvil de dos meses) de los tuits mensuales de Trump que son puro lenguaje basura, pura polarización o mixtos, 2015-2020.

### ¿CÓMO INFLUYE EN EL ELECTORADO EL LENGUAJE BASURA CONTRA LA DEMOCRACIA?

Si los regresores emplean el lenguaje basura contra sus instituciones, presumiblemente lo hacen porque esperan influir sobre el electorado. Mi hipótesis es que el lenguaje basura mancha la imagen de las instituciones entre el núcleo de los simpatizantes del regresor, sin causar un contrataque entre los opositores. Es posible, incluso, que siembre el cinismo entre el electorado opositor, y por lo tanto lo desmovilice. (El cinismo institucional se convierte en un problema para los regresores sólo si engloba también a sus propias bases). En esta sección, analizo las respuestas del electorado cuando sus líderes emplean un lenguaje basura contra las instituciones democráticas.

## *Encuesta en Turquía*

En el 2022, el Chicago Center on Democracy y la Universidad Koç realizaron una encuesta experimental en Turquía, un país que llevaba más de una década sufriendo un proceso de erosión democrática. Analizamos a 1.553 votantes turcos.<sup>[11](#)</sup> El objetivo era evaluar la respuesta del electorado a la retórica presidencial negativa acerca de una importante institución democrática: el Gobierno municipal. El grupo de control leyó una declaración que describía algunos Gobiernos municipales en Turquía como entidades que funcionan bien, y a otros como entidades corruptas. El grupo de tratamiento leyó un enunciado del presidente cuyo contenido era altamente crítico, una declaración pronunciada realmente por el presidente Recep Tayyip Erdoğan, acerca de las municipalidades controladas por la oposición.

**El grupo de control** leyó este enunciado:

*En cuanto a las municipalidades, algunas trabajan de forma eficaz y con los intereses de los residentes en mente, mientras que otras son ineficaces y corruptas.*

**El grupo de tratamiento Erdoğan** leyó este enunciado:

*En cuanto a las municipalidades, algunas trabajan de forma eficaz y con los intereses de los residentes en mente, mientras que otras son ineficaces y corruptas.*

*En un discurso acerca de las municipalidades, el presidente Erdoğan afirmó: «La municipalidad controlada por la oposición significa basura, significa aire contaminado. La municipalidad controlada por la oposición significa corrupción, sobornos, prohibiciones, pobreza».*

Nótese que, aquí, Erdoğan está denigrando al Gobierno municipal y culpa de sus defectos a los partidos de la oposición. Por lo tanto, es una afirmación mixta: combina el ataque a la democracia y el mensaje polarizante.

A continuación, se les pidió a las personas participantes que evaluaran las municipalidades turcas, respondiendo a la siguiente pregunta:

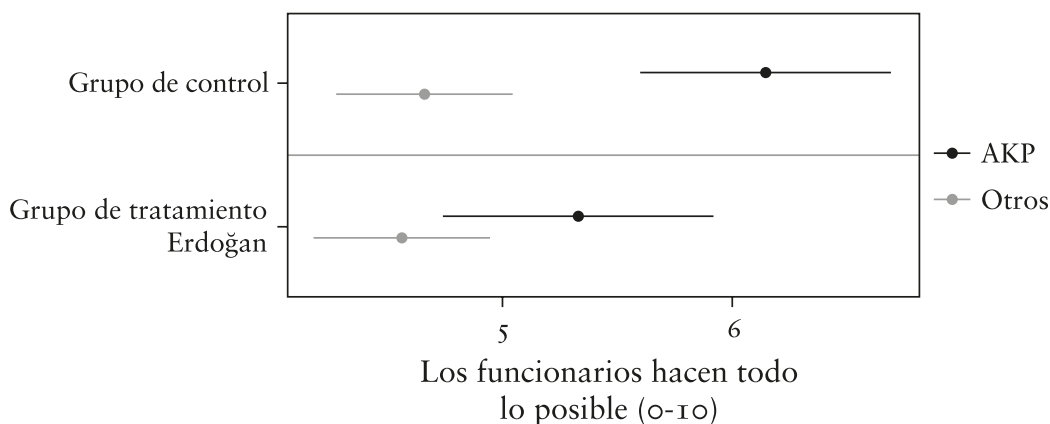
*Considerando las municipalidades en Turquía, ¿hasta qué punto cree usted que el funcionariado municipal hace todo lo que puede por las personas residentes o que busca su propio beneficio?*

Se les pidió que respondieran hasta qué punto estaban de acuerdo con que «todo el funcionariado municipal busca su propio beneficio» o con que «todo el funcionariado hace todo lo que puede por las personas residentes». <sup>12</sup>

Mi expectativa era que los simpatizantes y oponentes del presidente y de su partido, el AKP, responderían de manera diferente. Los simpatizantes del AKP deberían ser más receptivos a la diatriba de su líder. Y en efecto, el menosprecio del presidente hacia los Gobiernos municipales enrareció las opiniones que sobre estos mostraban sus simpatizantes. El efecto, que es estadísticamente relevante, puede comprobarse en la Figura 6.4. Los puntos negros representan a los simpatizantes de AKP en el grupo de control (parte superior) y en el grupo de tratamiento Erdoğan (parte inferior). <sup>13</sup> Los simpatizantes del AKP que leyeron las corrosivas palabras de su presidente mostraron un mayor escepticismo hacia el Gobierno municipal en Turquía que aquellos de sus colegas de militancia que no las leyeron.

Una esperaría que los simpatizantes del partido de la oposición se vieran menos influidos por las críticas del presidente. Pero ¿reaccionaron contra sus afirmaciones?, ¿tenía el electorado de la oposición una opinión más positiva de los Gobiernos municipales, como reacción en contra de la diatriba del presidente? En realidad, los simpatizantes del partido de la oposición no se vieron afectados por las críticas de Erdoğan, ni para bien ni para mal. Esto se comprueba mediante la comparación de los puntos grises de las partes superior e inferior de la Figura 6.4.

*Figura 6.4. Lenguaje basura contra los Gobiernos municipales por parte de Recep Tayyip Erdoğan*



*Nota:* Los puntos son niveles promedio, en los grupos de control y de tratamiento, de acuerdo con el enunciado «Los funcionarios hacen todo lo posible». Las líneas representan intervalos de confianza del 95 por ciento.

Estos resultados concuerdan con la ventaja teórica de emplear un lenguaje basura contra la democracia sobre el empleo de la polarización: el riesgo de un contrataque por parte del electorado de la oposición es menor.<sup>14</sup> Sin embargo, como se ha señalado, este experimento no representa un test limpio del impacto del lenguaje basura en las percepciones del electorado. Erdoğan empleó un lenguaje basura contra los Gobiernos municipales dirigidos por los partidos de la oposición. A pesar de que estos partidos no fueran nombrados en el grupo de tratamiento, es más acertado considerar las palabras del presidente como una afirmación mixta, con elementos tanto polarizantes como de ataque contra las instituciones.

### *Encuesta en México*

Para una encuesta más limpia del impacto del empleo de un lenguaje basura contra la democracia, paso a una encuesta experimental realizada por nuestro equipo de investigación, formado por Cella, Çınar, Uribe y por mí misma, en el Chicago Center on Democracy.<sup>15</sup> Diseñamos un experimento para explorar el impacto del lenguaje basura del presidente en la tolerancia de la gente a la erosión de las instituciones encargadas de la rendición de

cuentas horizontal: la capacidad de las ramas coiguales para controlar al poder ejecutivo. En este caso, analizamos los ataques del Ejecutivo sobre el poder judicial. ¿Consiguen esos ataques retóricos convencer al público mexicano de que el poder judicial debería estar subordinado a la rama ejecutiva? ¿Incrementa el nihilismo institucional un lenguaje basura dirigido contra el poder judicial? ¿Qué efecto tiene sobre el electorado de la oposición: genera un contrataque y lo moviliza en apoyo de la institución atacada, o bien lo desmoviliza al desacreditar esa institución?

Para averiguar todo esto, hicimos una encuesta de campo en septiembre del 2023. Incluía críticas presidenciales contra el poder judicial, pero no retórica polarizante, de manera que permitiera realizar un test de los efectos de un lenguaje basura «puro». Se asignaron, de manera aleatoria, a las personas encuestadas dos enunciados diferentes del presidente López Obrador, ambos sobre el poder judicial mexicano. Uno contenía sólo declaraciones anodinas. El otro, declaraciones despectivas. El enunciado despectivo decía:

Sin embargo, la triste realidad es que el poder judicial hoy está lleno de ineficacia y corrupción. Está controlado por delincuentes de cuello blanco y por el crimen organizado. Los jueces y magistrados a menudo se dejan influir por el dinero y otorgan amparo a los delincuentes. No son gente caracterizada por la honestidad. El poder judicial está podrido. Tenemos uno de los sistemas judiciales más costosos del mundo y uno de los menos eficaces. Estamos malgastando los impuestos de la ciudadanía en un sistema que está roto. El poder judicial necesita una reforma.<sup>[16](#)</sup>

Estas declaraciones son un ejemplo de lenguaje basura dirigido contra una importante institución democrática. Exageran los casos de corrupción personal por parte de la judicatura. El presidente López Obrador hizo estas afirmaciones en medio de los esfuerzos del Gobierno por reducir la independencia del poder judicial mexicano.<sup>[17](#)</sup>

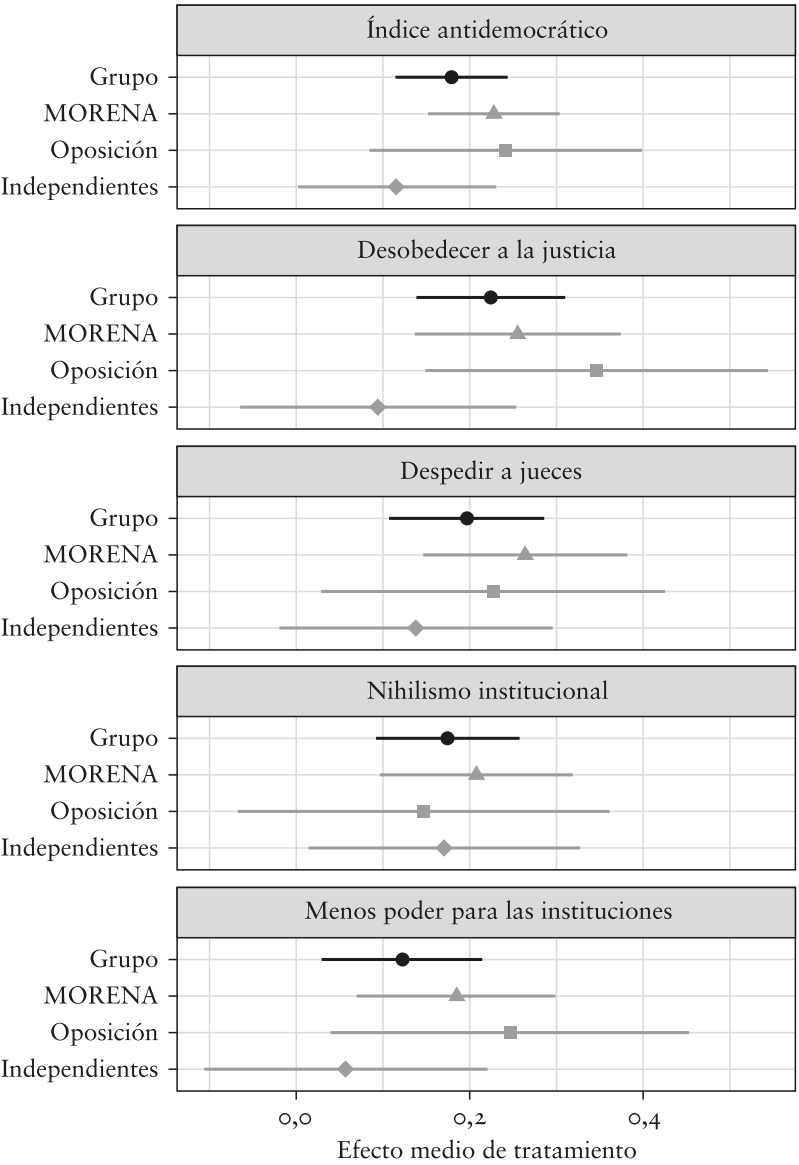
En el experimento, a continuación preguntamos a los encuestados si estaban de acuerdo con una serie de cuestiones diseñadas para detectar actitudes antidemocráticas. ¿Debería el presidente tener potestad para

despedir a jueces que se opongan a él y para desobedecer decisiones de los tribunales que vayan en su contra? Y ¿demuestran los encuestados un nihilismo institucional al estar de acuerdo con la frase *«No podemos arreglar los problemas de nuestras instituciones políticas, así que tenemos que desmantelarlas y empezar de cero»*?

Para ver cómo reaccionan los simpatizantes de la oposición al lenguaje basura, veamos la Figura 6.5. No hay muestras de una reacción. Al menos en México y en relación con los tribunales, la retórica contra el poder judicial del líder regresor afectó de la misma manera tanto a la oposición como a los simpatizantes del partido en el Gobierno: los llevó a mostrar un mayor escepticismo con respecto a los tribunales y un mayor cinismo hacia las instituciones democráticas. En la Figura 6.5, los encuestados bajo la categoría de «Oposición», que se identificaban con el PRI, el PAN o el PRD, se volvieron más escépticos, con tres o cuatro casos en los que el aumento fue significativo. Al responder a la misma cuestión para detectar el nihilismo institucional, el electorado de la oposición se volvió más cínico, pero no en un grado significativo.

Sin embargo, no hubo ningún caso en el que la diatriba del presidente causara un contrataque que llevara al electorado de la oposición a mostrar actitudes más prodemocráticas o una mayor confianza en la judicatura. Tal efecto habría supuesto una caída de los niveles de confianza a cifras bajo cero, hacia la izquierda en el eje horizontal.

Figura 6.5. Lenguaje basura y opiniones de la ciudadanía mexicana acerca de las instituciones democráticas, por partido de la persona encuestada



Nota: Los puntos indican el efecto medio de tratamiento para cada grupo por partidos. Las líneas indican intervalos de confianza del 95 por ciento. La categoría «Grupo» incluye a todas las personas encuestadas. «Morena» remite a los simpatizantes del partido en el Gobierno. «Oposición» se refiere a quienes se identifican con el PRI, el PAN y el PRD. «Independientes» son las personas que no se identifican con ningún partido político. Datos: Cella *et al.* (2025).

El lenguaje basura empleado por López Obrador contra los tribunales también fomentaba el nihilismo institucional entre el electorado independiente, a pesar de que el efecto no fuera grande en otras cuestiones. El electorado independiente de nuestra muestra que fue expuesto a la dura

retórica del presidente acerca del poder judicial tendía a estar de acuerdo en que «no podemos arreglar los problemas de nuestras instituciones políticas» en mayor grado que los independientes en el grupo de control. Este cinismo no es necesariamente un problema para los líderes regresores. Aunque tal vez prefieran atraer a los independientes hacia su territorio, un electorado independiente cínico y desmovilizado, lo mismo que una oposición cínica y desmovilizada, le es útil al regresor.

En suma, los experimentos realizados en Turquía y en México muestran que un lenguaje presidencial hostil hacia las instituciones del país –ya sean los Gobiernos municipales o los tribunales federales– provoca opiniones antidemocráticas entre el electorado simpatizante del regresor, sin incitar una reacción prodemocrática entre la oposición.

Entre el lenguaje polarizante y el lenguaje basura contra la democracia, ¿es claramente más efectivo uno que otro a la hora de moldear las actitudes del electorado? La investigación llevada a cabo por Michael Albertus y Guy Grossman arroja más luz sobre esta cuestión. La conclusión de su estudio es que las críticas institucionales parecen ser tan persuasivas para el electorado como las afirmaciones de polarización partidista.

Albertus y Grossman preguntaron a las personas encuestadas en Brasil, México y Estados Unidos si apoyarían a un presidente hipotético de un país hipotético que llenara el tribunal de jueces afines.<sup>18</sup> Los investigadores plantearon una variedad de razones que este presidente imaginario ofrecía para copar el tribunal. Dos de ellas hacían referencia a los partidos opositores y eran, por tanto, afines al discurso polarizante. Una tercera razón se centraba exclusivamente en las reformas institucionales y era, por lo tanto, similar al lenguaje basura.

Comenzando con el tratamiento orientado al partido, al que los autores llaman «Polarización», el enunciado pone el énfasis en el desacuerdo ideológico entre el presidente y el tribunal:

**Polarización:** «El presidente afirma que los actuales jueces tienen un *sesgo ideológico* hasta el punto de que ponen en peligro los valores centrales del país: por lo tanto, copar los tribunales es necesario para frenar la *ideología rival*».<sup>19</sup>

Un segundo enunciado del tratamiento al que los autores denominan «Legitimidad procedimental» culpa a la clase política de la oposición del sesgo presente en la judicatura:

**Legitimidad procedimental:** «El presidente afirma que el actual partido de la oposición, cuando estuvo en el poder, flexibilizó el proceso de nombramiento de forma que le permitiera designar a varios jueces favorables, lo cual hizo que la composición actual del Tribunal Supremo sea ilegítima».

Teniendo en cuenta el énfasis que se pone en «la ideología rival» y el «partido de la oposición» a la hora de responsabilizar del sesgo del Tribunal, estos dos tratamientos reflejan unos esfuerzos polarizantes o mixtos para desprestigiar al Poder Judicial.

Pero un tercer enunciado de tratamiento elude hacer alusión a la oposición:

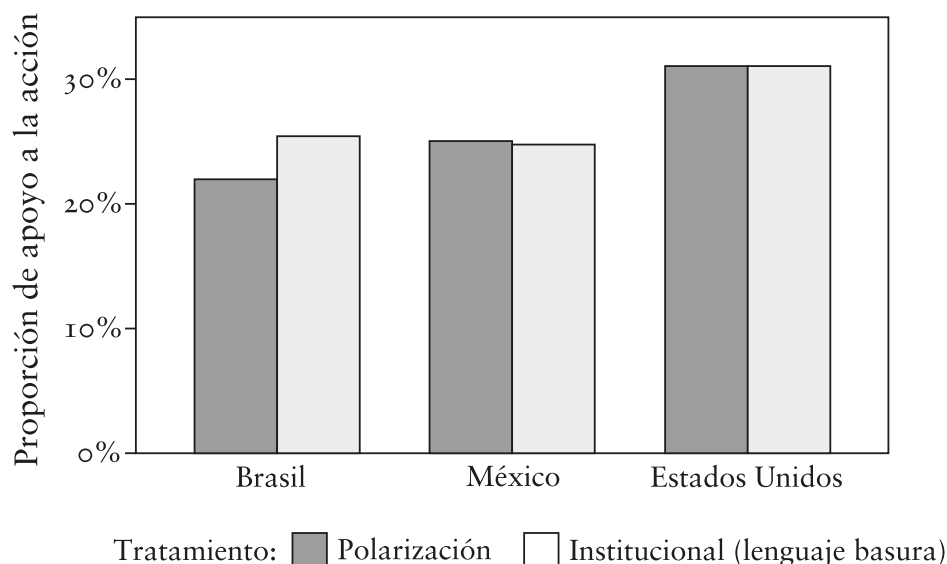
**Mayoritario:** «El presidente afirma que su mandato electoral le otorga la responsabilidad de nombrar jueces *que promuevan los intereses y prioridades de la mayoría*».

Está claro que esta es una crítica leve, carente de la dureza de la descripción por parte de López Obrador del INE como «corrupto» y que «está violando la Constitución porque nadie debe ganar más que lo que gana el presidente», o del retrato de la democracia venezolana ofrecido por Chávez como una «democracia moribunda [...] donde se acabó la República».<sup>20</sup> Aun así, el tratamiento mayoritario de Albertus y Grossman implica que, en caso de que el presidente no modificara la composición del Tribunal, este seguiría ignorando «los intereses y prioridades de la mayoría».

Como muestra la Figura 6.6, las personas encuestadas de Brasil, México y Estados Unidos mostraron cierta tolerancia a copar el Tribunal. Significativamente, las justificaciones polarizantes o que empleaban un

lenguaje basura fueron igual de persuasivas. Su idéntico impacto se refleja en la altura casi igual de las barras negras y grises en la Figura 6.6.

*Figura 6.6. Comparativa de la persuasión de los mensajes polarizantes y los mensajes institucionales/lenguaje basura en tres democracias en proceso de regresión*



*Nota:* Datos de Albertus y Grossman (2021). «Polarización» se refiere a sus tratamientos «Polarización» y «Legitimidad procedimental». «Institucional» se refiere al tratamiento denominado «Mayoritario». Las barras indican la proporción de todas las personas encuestadas que apoyaban que un político copara los tribunales cuando se les presentaban justificaciones polarizantes o institucionales. (Estas proporciones se basan en datos no ponderados de Albertus y Grossman.)

La figura no muestra las respuestas divididas entre quienes dijeron haber votado al líder regresor en su propio país y aquellos que no lo habían votado. Pero si se tiene en cuenta ese dato, los resultados revelan que los simpatizantes de los regresores fueron especialmente tolerantes con el proceso de copar el Tribunal. Como señalan Albertus y Grossman, las personas encuestadas parecían reconocer los paralelismos entre las acciones del hipotético líder y las de su propio presidente.

En resumen, los líderes regresores tienen a su disposición un conjunto de herramientas retóricas a las que recurren cuando quieren debilitar sus instituciones democráticas y lo quieren hacer sin perder demasiado apoyo popular. Pueden polarizar al electorado y pueden desacreditar las instituciones que tratan de debilitar. La polarización enciende a sus bases,

pero con ella se corre el riesgo de provocar una respuesta negativa por parte del electorado de la oposición, una reacción que impulsaría a ese electorado a ir a las urnas, salir a las calles y hacer donaciones a otros partidos. Y se corre el riesgo de alienar a los independientes. Emplear un lenguaje basura dirigido contra las instituciones democráticas reduce estos riesgos, pero aumenta otros, como la propagación involuntaria del cinismo entre las bases del regresor, y su desmovilización. Los presidentes de México, Venezuela y Estados Unidos ejemplifican el modo en que los líderes negocian con ese tira y afloja.

Todas las estrategias funcionan. He expuesto que la polarización parece proteger a los regresores de una reacción no deseada entre sus propios simpatizantes, y que el lenguaje basura silencia la discrepancia cuando los líderes debilitan las instituciones. Y lo hace al tiempo que elude un contrataque del electorado de la oposición e independiente.

\* \* \*

La retórica polarizante y el lenguaje basura que desacreditan la democracia tal vez sean más una exageración que una mentira absoluta. Los presidentes polarizantes a menudo ofrecen un retrato de la oposición como un partido más extremo y enfrentado al partido en el Gobierno de lo que es en realidad. El lenguaje basura exagera los grados de corrupción, la ineficacia y el elitismo de las agencias públicas, pero, por lo general, contiene algo de verdad.<sup>[21](#)</sup>

Pero, algunas veces, las estrategias de la polarización y la difamación requieren de una completa invención de mentiras. El día es la noche, arriba es abajo, alguien ha robado las elecciones. Cuando los regresores pasan de la exageración al engaño, y cuando las mentiras se vuelven extravagantes, ¿por qué hay quien se las cree? El hecho de que sus defensores se las crean realmente puede marcar la diferencia entre que los líderes regresores desaparezcan de escena o continúen representando una amenaza para sus democracias. Para explicar por qué la gente se deja convencer con ideas estrafalarias, con razones que le convienen al presidente o primer ministro que amenaza la democracia, nos vemos obligados a ahondar aún más en los

misterios de la cognición y la emoción humanas, los temas de nuestro siguiente capítulo.

## La base psicológica del respaldo a los regresores

El recuento de nuestros votos se realiza en Alemania y en España, lo hace una empresa que es propiedad de los socios de Chávez y [el entonces presidente de Venezuela, Nicolás] Maduro. ¿Alguna vez creyeron ustedes que algo así podía ser verdad?

RUDY GIULIANI,  
abogado y asesor de Donald Trump,  
19 de noviembre del 2020

Todo el mundo miente alguna vez. Esto vale igual para los líderes convencionales que para los regresores. Pero los regresores son especialmente propensos a la deshonestidad. Durante las campañas y en los primeros momentos de sus mandatos, disimulan sus intenciones sigilosamente.<sup>1</sup> Y, a lo largo de sus mandatos, tienen razones para disimular. Seguir el manual del regresor implica romper las normas y violar las leyes. Para evitar que alguien dé la voz de alarma o que los fiscales les exijan que rindan cuentas, los regresores manipulan. Para lidiar con el electorado, a su vez, los regresores ofrecen un relato falso acerca de sus propias acciones y motivaciones.

No debería sorprendernos que los regresores mantengan ocupada a la prensa y a quienes se encargan de verificar los datos. No sólo mienten: también inventan grandes bulos. Durante su primera presidencia, Donald Trump acumuló 3.294 bulos (cuatro «Pinochos») según la verificación de datos del *Washington Post*.<sup>2</sup> La reciente proliferación de denuncias de

fraude electoral en varios países pone ostensiblemente a la vista esta mendacidad. Antes de que el presidente Nayib Bukele saliera reelegido en El Salvador por un gran margen, había advertido, sin pruebas, de futuras irregularidades y de la exclusión de sus simpatizantes en las elecciones: un paso que «podría haber salido directamente del manual del expresidente Donald J. Trump».<sup>3</sup>

Es sorprendente que se cuenten mentiras, pero sorprende aún más que haya quien se las crea. ¿Por qué se cree la ciudadanía esa desinformación? Reformulando la pregunta de Giuliani: ¿por qué alguien se creería alguna vez que eso era verdad?

En este capítulo analizo los factores que influyen en las creencias del electorado. La investigación nos dice que estas influencias son múltiples. Las falsas creencias pueden reforzarse debido a un fallo interno de las personas, como cuando confían demasiado en su intuición en detrimento del pensamiento crítico, o cuando no son capaces de corregir sus propios sesgos cognitivos. Estas creencias también se ven reforzadas por fuerzas externas a la persona, como la injerencia de las élites y el refuerzo social, que pueden influir en la información a la que se expone la gente, y en las reacciones que esa información suscita entre la población.<sup>4</sup> Primero exploro los fundamentos racionales de las convicciones del electorado, para tratar de comprender por qué una ciudadanía sería podría creerse unas afirmaciones disparatadas. La conclusión es que las personas razonables, efectivamente, pueden llegar a creer que unos hechos sobre el mundo que parecen disparatados son verdad. Después, me adentro en la dimensión emocional de la retórica de la clase política y en las reacciones a esta por parte del electorado.

### ¿POR QUÉ LA GENTE SE CREE COSAS ABSURDAS SOBRE LA POLÍTICA?

Mucha gente se cree «hechos» que parecen, a primera vista, altamente improbables. A saber:

- En Estados Unidos, la crisis financiera del 2008 fue «orquestrada en secreto por un pequeño grupo de banqueros de Wall Street para ampliar el poder de la Reserva Federal y expandir su control sobre la economía mundial». [5](#)
- En el Reino Unido, un líder demócrata liberal disparó con un tirachinas a un número tan elevado de ardillas que provocó que un grupo animalista lo condenara. [6](#)
- En Siria, las fuerzas de la oposición, no el Gobierno de Assad, fueron las responsables de los ataques con armas químicas durante la guerra civil. [7](#)
- En Estados Unidos, una conspiración de los demócratas, con ayuda de un dictador venezolano (fallecido), le robó la victoria a Trump en el 2020.

Una podría pensar que sólo un número minúsculo de personas muy cándidas aceptaría estos «hechos». Pero en el 2011, una de cada cuatro personas encuestadas en Estados Unidos estaba de acuerdo con que la crisis financiera del 2008 había sido un asalto de la Reserva Federal y de Wall Street para dominar el mundo. Una de cada diez estaba de acuerdo con que «el Gobierno estadounidense ha decretado el cambio a las bombillas fluorescentes compactas porque esas lámparas hacen que la gente sea más obediente y fácil de controlar». [8](#)

Ya sean ideas turbias o tonterías, estas afirmaciones pueden serle de gran ayuda a un político tramposo. Y aunque resulte tentador burlarse de la candidez de la gente, las ciencias sociales nos ofrecen buenas razones para pensárnoslo dos veces antes de hacerlo.

### *El bayesianismo y las convicciones*

Reconozcamos, de entrada, que muy pocas de nuestras creencias fácticas están basadas en la experiencia directa. [9](#) Sé lo que he desayunado esta

mañana y la fecha de nacimiento de mis hijos (porque he estado presente). Creo con bastante firmeza que la Tierra gira alrededor del Sol, que mi universidad fue fundada en 1890 y que la frontera entre Estados Unidos y Canadá está bien representada en los mapas convencionales.

Mi confianza en esta segunda serie de creencias, acerca de la órbita de la Tierra, digamos, o de la localización de la frontera entre Canadá y Estados Unidos, se apoya en varios pilares. Uno de ellos es que, a lo largo de muchos años, he recibido mucha información que es consistente con estos hechos, incluso aunque muy poca de esa información se derive de la experiencia directa. (Algo sí: he atravesado la frontera entre Canadá y Estados Unidos al volante muchas veces y siempre aparece justo donde dice el mapa). Además, no he recibido mensajes que digan lo contrario. Yo sé que la (altamente intuitiva) teoría de que el Sol gira alrededor de la Tierra fue refutada hace siglos, y nadie me ha dicho que deba volver a esa vieja creencia. Y no se me ocurre ninguna razón por la que los fabricantes de mapas querrían engañar a sus lectores en cuanto a la localización de la frontera entre Canadá y Estados Unidos.

Pero imaginemos que estas condiciones no se cumplen. Imaginemos que me encontrara con una fuente que asegurara que la frontera entre, por ejemplo, Dakota del Norte y Saskatchewan se encuentra legalmente a unos cincuenta kilómetros más al sur de donde aparece en los mapas. Quizá esta fuente suene como la soflama de un tarado, en cuyo caso, la descarto. Pero si suena como una sólida investigación histórica, tal vez disminuya mi certeza acerca de la ubicación de la frontera. Más aún si me convencen de las motivaciones perversas e interesadas que se esconden detrás de la cartografía estándar.

Aunque resulte un poco rebuscado, este escenario es un ejemplo del modo en que pueden cambiar nuestras convicciones. Y pone el foco en los dilemas a los que nos enfrentamos a la hora de contestar a la pregunta: ¿cómo sabemos lo que creemos que sabemos? Un marco muy respetado para contestar a esta cuestión es el ofrecido por la epistemología bayesiana y la teoría de la probabilidad. La idea principal es que las personas tienen una noción previa de la probabilidad de que un hecho sea cierto y, cuando

reciben una nueva información relevante, combinan el nuevo conocimiento con esa noción previa, para llegar a una nueva idea acerca de la veracidad del hecho. Su noción inicial de la probabilidad es su *estimación previa* o, simplemente, su *previa*, y su noción final de la probabilidad es su *estimación posterior* o su *posterior*.

Existen dudas sobre si una perspectiva bayesiana es aplicable al modo en que las personas piensan acerca de los hechos políticos en un mundo polarizado. Hay razones de peso para sospechar que la gente elige la información que maneja para actualizar sus convicciones, y procesa esa información de maneras que reflejan un sesgo partidista.<sup>10</sup> Sus creencias están moldeadas no sólo por la información, sino por las fuentes y por los sentimientos que les suscitan esas fuentes. Cuando la fuente de una información disparatada es un líder con el que sienten un vínculo emocional, al que tal vez incluso adoren, es más probable que creen esa información, por disparatada que sea.

Más adelante en este capítulo volveré sobre estas teorías psicológicamente conectadas. Aun así, el ejercicio bayesiano es útil a la hora de ilustrar que unas personas razonables pueden llegar a creer «hechos» que en apariencia resultan obviamente falsos, incluso sin influencias ni distorsiones psicológicas.

Con estas debidas prevenciones en mente, consideremos cómo formularía sus convicciones acerca del fraude electoral una persona que siguiera la lógica bayesiana. Digamos que un votante escucha al candidato perdedor quejarse de que ha sido víctima de un fraude masivo en unas elecciones que acaban de celebrarse. El votante tal vez recurra a sus creencias previas acerca de la prevalencia del fraude, junto con observaciones acerca de la frecuencia de las denuncias de fraude, para llegar a una nueva creencia sobre si el fraude ha ocurrido.

¿Cuál podría ser su estimación previa de la probabilidad? Ese individuo tendría que tener ideas sobre la frecuencia general del fraude electoral a gran escala. Si nuestro votante fuera estadounidense y estuviera basándose en una opinión experta, la probabilidad estimada sería muy baja: digamos, siendo generosos, unas elecciones de cada cien (el uno por ciento). También

necesitaría contar con alguna idea sobre la frecuencia con la que los políticos denuncian fraude, tanto cuando realmente ha ocurrido (positivos verdaderos) como cuando no (positivos falsos). Tal vez este votante crea que siempre que tiene lugar un fraude generalizado, la víctima del fraude se queja de la injusticia. Así que añado la premisa de que, en el cien por cien de los casos, el fraude real es denunciado con razón por su víctima. Digamos, más aún, que las denuncias de fraude se expresan en siete de cada cien elecciones, lo cual quiere decir que seis de cada siete denuncias de fraude son falsas. Eso se traduce en un índice de denuncias falsas de seis de cada 99 elecciones: poco más del seis por ciento.

Según el teorema de Bayes, el votante que oye la denuncia poselectoral de fraude debería concluir que esta será verdad el catorce por ciento de las veces. De cada cien casos, 86 veces, si oyen que un político denuncia fraude, deberían no creérselo.<sup>[11](#)</sup>

Las encuestas que cito más adelante en este capítulo muestran que aproximadamente uno de cada tres estadounidenses se cree las denuncias de fraude posteriores al 2020, lo cual sugiere una tasa de credulidad mucho más alta que la tasa a la que apuntaría el análisis que acabamos de ofrecer. ¿son irracionales los estadounidenses?

No necesariamente. Una premisa del análisis bayesiano es que los patrones anteriores –la fuente de las creencias previas– son una buena guía para el futuro. Pero ¿y si no lo son? Cuando las democracias involucionan, es posible que la ciudadanía sienta que ha entrado en un mundo que está patas arriba. Incluso una votante sofisticada podría de repente empezar a oír muchas quejas de fraude aunque apenas las hubiera escuchado antes. En lugar de concluir que esas denuncias son falsas, la votante quizá concluya que antes el fraude solía ser muy escaso, pero que ahora es mucho más común.<sup>[12](#)</sup>

A lo mejor nuestro hipotético ciudadano cree que ahora el fraude capaz de modificar el resultado electoral ocurre en diez elecciones de cada cien. Si mantenemos las probabilidades de falsos positivos y falsos negativos igual que en el ejemplo anterior, el teorema de Bayes ahora da como resultado una probabilidad de que la denuncia de fraude sea correcta del sesenta por

ciento. En seis casos de cada diez elecciones, nuestro votante debería tomarse en serio las denuncias de fraude.

La principal conclusión de este ejercicio es que aquellos que deseen confirmar la veracidad de sus creencias se enfrentan a grandes obstáculos. Y si el mundo que antes nos resultaba conocido ahora parece vuelto del revés, lo que anteriormente habríamos considerado un disparate tal vez ahora nos parezca verosímil.

### *Percepciones acerca del fraude electoral en Estados Unidos*

Teniendo en cuenta este análisis, tal vez no deberían asombrarnos las convicciones del electorado estadounidense. Muchos millones de personas en todo el país se creyeron la Gran Mentira de las elecciones del 2020: que el Partido Demócrata había «robado» las elecciones tras orquestar un fraude masivo.<sup>13</sup> Sin embargo, ni siquiera estas percepciones del electorado fueron siempre inamovibles. Algunas cambiaron a lo largo del tiempo de una mayor a una menor certeza acerca de las denuncias de fraude electoral, y la credulidad en algunos casos cedió ante el pensamiento crítico.

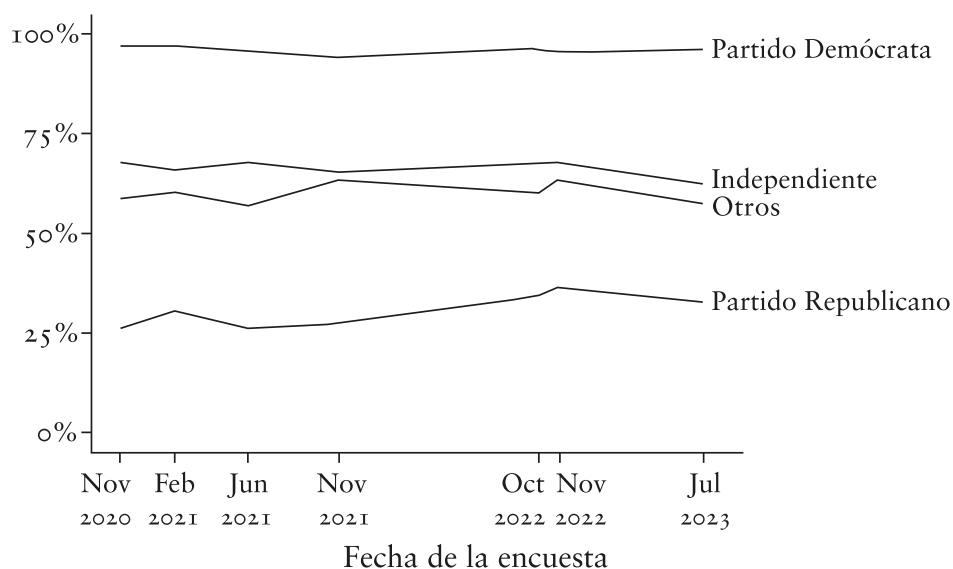
Una gran mayoría del electorado republicano contestó de manera consistente en las encuestas que el presidente Biden no era el vencedor legítimo.<sup>14</sup> Bright Line Watch es una de las organizaciones que han documentado estas percepciones. En seis encuestas realizadas entre noviembre del 2020 y noviembre del 2022, planteamos la siguiente pregunta: «¿Fue Joe Biden el vencedor legítimo en las elecciones del 2020?». <sup>15</sup> La Figura 7.1 muestra la incredulidad sostenida de los republicanos acerca de la elección de Biden. El número de republicanos que respondió que Biden era el legítimo vencedor variaba entre uno de cada tres y uno de cada cuatro: entre dos tercios y tres cuartos de las personas encuestadas consideraban ilegítima esa victoria.

Otras encuestas del sector privado confirman la desconfianza generalizada. En sus sondeos trimestrales, la CNN preguntó repetidas veces

a sus encuestados: «Si piensa en los resultados de las elecciones presidenciales del 2020, ¿cree usted que Joe Biden obtuvo legítimamente los votos suficientes para ganar la presidencia o no?». <sup>16</sup> Desde enero del 2021 hasta julio del 2023, el porcentaje de republicanos o independientes con tendencias republicanas que contestó «no» osciló entre el 63 y el 72 por ciento.

Una podría preguntarse si parte de ese grupo escéptico con respecto a las elecciones en realidad duda de que las elecciones del 2020 fueran «robadas» pero tiene otras razones por las que responde que sí lo fueron en las encuestas. A lo mejor algunas personas desean mostrar su apoyo al expresidente y aprovechan las encuestas como una oportunidad para expresar su militancia y «animarlo». <sup>17</sup> Matthew Graham y Omer Yair despliegan una variedad de ingeniosas técnicas para detectar cualquier motivación de este tipo que pueda esconderse tras la respuesta. <sup>18</sup> Por ejemplo, si una persona sabe que su respuesta es falsa y en realidad tiene una motivación ideológica para responder así, los estudios indican que si se le ofrece un incentivo monetario para decir la verdad, a menudo esa persona cambiará su respuesta. Pero estos incentivos no alteraron demasiado los patrones de respuesta en el estudio de Graham y Yair. Por lo tanto, concluyen que entre el ochenta y el noventa por ciento de las personas encuestadas que apoyan la Gran Mentira está siendo sincero. <sup>19</sup>

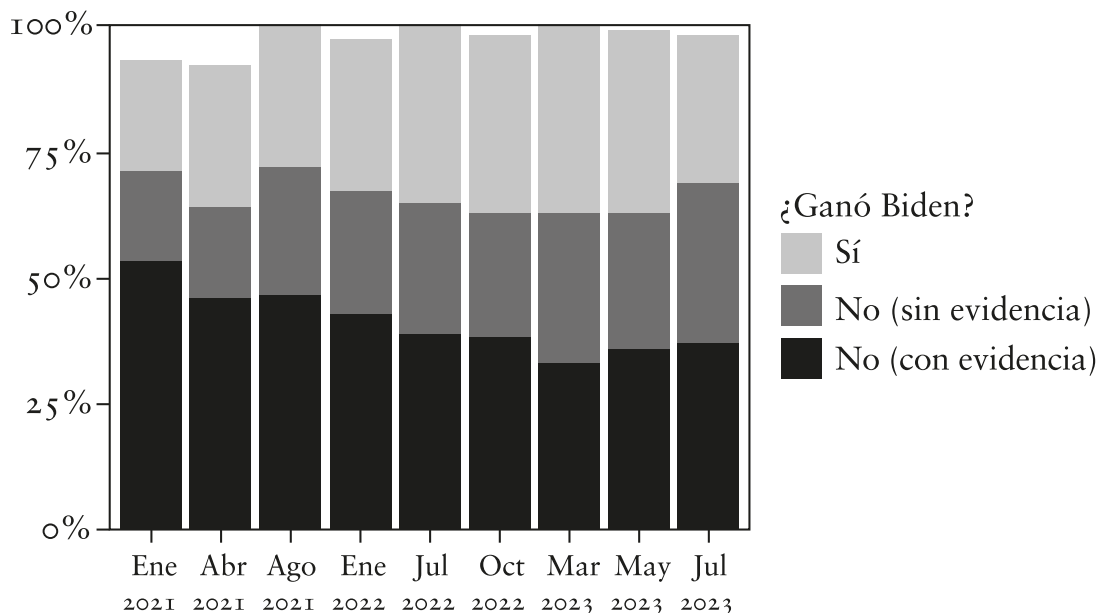
*Figura 7.1. Porcentaje que cree que Biden ganó las elecciones en el 2020, por partido*



*Nota:* Datos procedentes de las encuestas de Bright Line Watch, junio-julio 2023. Porcentajes que respondieron «Sin duda» o «Probablemente» a la pregunta «¿Fue Joe Biden el vencedor legítimo en las elecciones del 2020?».

Incluso si la gente estaba siendo honesta cuando decía que las elecciones del 2020 habían sido robadas, las encuestas detectan, aun así, un declive de esa creencia a lo largo del tiempo. O, como mínimo, un declive del grado de certeza que mostraban de que había sido así. Las encuestas de la CNN realizadas entre el 2021 y el 2023 plantearon una pregunta posterior a las personas encuestadas que habían dicho que Biden no había ganado legítimamente: ¿estaba su opinión basada en una «evidencia sólida» o era «sólo una sospecha»? Al principio, más de la mitad contestó que tenían pruebas del fraude. Pero al cabo del tiempo, este grupo fue disminuyendo, tal y como muestra la Figura 7.2. Las barras (de color negro) de la «evidencia sólida» se fueron reduciendo, mientras que las barras (de color gris oscuro) de la «sospecha» (sin evidencia) aumentaron.

Figura 7.2. Respaldo a la Gran Mentira: ¿evidencia o sospecha?



*Nota:* Datos procedentes de las encuestas de la CNN (CNN, 2023). Porcentaje de personas republicanas e independientes con tendencias republicanas que creían que ganó Biden (Sí, barras de color gris claro); que no creían que ganó, basándose sólo en la sospecha (No, sin evidencia, barras de color gris oscuro) o basándose en evidencia sólida (No, con evidencia, barras negras). Unas pocas personas encuestadas dijeron que Biden perdió sin mencionar en qué se basaba su opinión: fueron agrupadas junto con quienes respondieron «sólo una sospecha». Las barras no siempre suman el cien por cien porque hubo personas que no contestaron.

La opinión menguante de que había pruebas sólidas del fraude tal vez refleje unas «dosis» decrecientes de desinformación a lo largo del tiempo. En el 2021, Trump recibió una cobertura cada vez menor por parte de los medios y fue obligado a salir de varias redes sociales. El cambio llegó a mediados del 2023, cuando las denuncias contra él se multiplicaron y comenzó una intensa campaña para volver a la Casa Blanca. Pero fijémonos en que el porcentaje de personas encuestadas que respondían con la «evidencia sólida» nunca llegó a estar por debajo del cincuenta por ciento: en ningún momento se dio el caso de que una mayoría de las personas crédulas dijera que se basaba sólo en una sospecha personal.

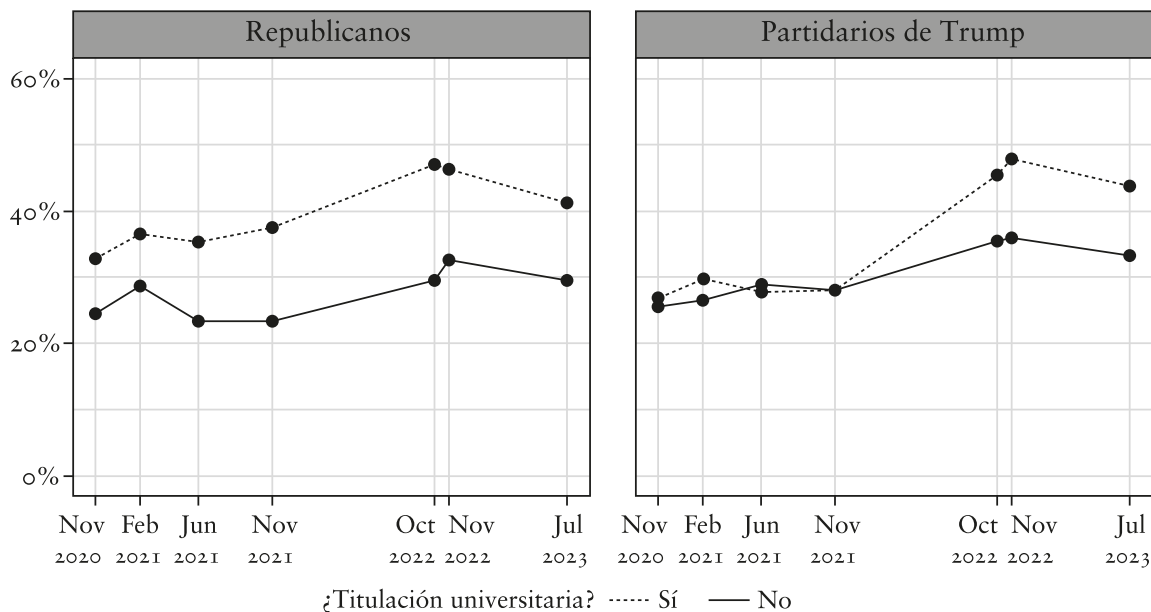
El mejor remedio para el escepticismo del electorado republicano sobre la integridad de las elecciones fue la victoria de su candidato en los comicios presidenciales del 2024. Bright Line Watch preguntó a la gente cómo de segura estaba acerca de la integridad de las elecciones justo antes y

justo después de la votación de noviembre del 2024. La confianza entre el electorado republicano saltó del 54 por ciento que decía que estaba algo o bastante seguro antes de las elecciones al noventa por ciento después.<sup>20</sup> Es obvio que la satisfacción de su candidato y su partido con los resultados fue crucial para restaurar la confianza del electorado. Sus respuestas probablemente también se corresponden con una alta dosis de lo que la sociología llama *favorabilidad de resultados*, la tendencia de la gente a considerar los resultados como justos cuando prevalece su opción (y la tendencia contraria cuando su opción pierde).<sup>21</sup>

Para pulir las propias creencias se necesita pensamiento crítico. En palabras de Brendan Nyhan, se requiere aplicar «un escrutinio cognitivo o atención adecuados a las afirmaciones dudosas que uno encuentre».<sup>22</sup> El electorado podría preguntarse: *¿No debería tener en cuenta que el político que me está diciendo esto se beneficia enormemente de que yo y otras personas nos lo creamos?* También podría dudar de las afirmaciones por la pura extrañeza que despiertan, y tener como referencia no ya su propia experiencia sino, al menos, el sentido común: *¿Que los votos de las elecciones estadounidenses se cuentan en Alemania y España?*

Siempre esperamos que la gente con un mayor nivel de estudios sea más experta en la práctica del pensamiento crítico.<sup>23</sup> Y, de hecho, el escepticismo hacia las denuncias de fraude electoral entre el 2020 y el 2024 estaba asociado con el nivel educativo entre la militancia republicana. El panel izquierdo de la Figura 7.3 muestra los porcentajes de electores republicanos en las encuestas de Bright Line Watch que consideraban legítima la victoria de Biden, desdoblados entre los que tenían titulación universitaria (un grado universitario o más; línea de puntos) y los que no tenían estudios universitarios (línea sólida). El lado derecho corresponde a partidarios de Trump. La confianza en la legitimidad de la victoria de Biden es consistentemente más alta entre los republicanos con estudios universitarios que entre los partidarios de Trump.

*Figura 7.3. Porcentaje de republicanos y partidarios de Trump que opinan que Biden ganó en las elecciones del 2020, por nivel de estudios (con y sin titulación universitaria)*



*Nota:* Datos de las encuestas de Bright Line Watch. El eje vertical muestra los porcentajes de las personas que respondieron que Biden «probablemente» o «sin duda» ganó.

Por lo tanto, todo apunta a que una gran parte del electorado estadounidense creyó sinceramente que un fraude electoral masivo había tenido lugar en el 2020 y que este alteró los resultados. Lo creía a pesar de que hubiera una base sólida para el escepticismo. Además de que, obviamente, un fraude masivo es muy poco probable, el electorado podría haber tenido en cuenta la evidencia que lo desmentía, por ejemplo, que ninguno de los tribunales que atendieron la enorme cantidad de demandas de la campaña de Trump respaldara las denuncias de fraude, ni siquiera los que estaban presididos por jueces nombrados por el propio Trump.

Dicho esto, como he señalado anteriormente, no deberíamos considerar irracionales a quienes creen que hubo fraude electoral. Es muy raro que podamos contar con una experiencia de primera mano con la que confirmar o descartar nuestras ideas sobre cómo se llevan a cabo las elecciones. Muy pocas personas en cualquier país saben por propia experiencia cómo se cuentan los votos, cómo funcionan las auditorías electorales y otros datos

relevantes para conocer la probabilidad de que ocurra un fraude generalizado.

Para desarrollar y vigilar nuestras creencias, recurrimos a gente a la que conocemos personalmente, así como a los medios, a las redes sociales y a los líderes políticos. Y al hacerlo, nos exponemos a ser víctimas de engaños creados por nuestra propia mente, relacionados con nuestra cognición y nuestras convicciones: unos engaños que la clase política alienta.

### *El sesgo cognitivo*

La perspectiva bayesiana da por hecho que la gente procesa una nueva información de una manera libre de sesgos. Pero somos proclives a todo tipo de prejuicios. Uno es el *sesgo de confirmación*: una tendencia a otorgar demasiado peso a una información cuando se adecúa a nuestras creencias previas. Otro es el *sesgo de selección*: la tendencia a incluir unos datos y no otros en la formación de las creencias y en la toma de decisiones. El sesgo de selección puede llevar a la gente a confiar demasiado en su propia experiencia cuando se precisa una perspectiva más amplia. Por ejemplo, una persona podría tender a creer que el fraude fue cometido contra un candidato derrotado si sólo conoce personalmente a gente que apoya a ese candidato.

El tipo de sesgo más significativo, en este contexto, es el *sesgo partidista*: «la tendencia a evaluar una información por lo demás idéntica de manera más favorable cuando respalda las propias creencias o alianzas políticas que cuando desafía esas creencias o alianzas».<sup>24</sup> El sesgo partidista está muy extendido en muchas democracias. Se desarrolla junto con la polarización partidista.<sup>25</sup> Por ejemplo, David Brady, John Ferejohn y Brett Parker muestran que, a medida que el electorado estadounidense se ha ido polarizando, ha aumentado el sesgo partidista en las percepciones del rendimiento económico.<sup>26</sup> En efecto, un electorado altamente polarizado será propenso a mayores sesgos de confirmación, de selección y partidistas. Y los electorados polarizados que están segregados en silos residenciales e

informativos son más proclives a mostrar un sesgo de selección, con lo que la falacia de *cómo-puede-haber-perdido-si-todo-el-mundo-que-conozco-ha-votado-por-él* ganará prevalencia.

La Figura 7.1 revelaba una profunda división partidista en las opiniones acerca del fraude electoral del 2020 en Estados Unidos. Se ha vuelto ya algo muy habitual que estas creencias estén moduladas por la lente del partidismo. El ejercicio bayesiano que desarrollé no incorporaba a partidarios de diferentes tendencias que además seleccionaran y procesaran la información relevante de forma diferente. Sin esa clase de realismo, esperaríamos que las líneas en la Figura 7.1 básicamente estuvieran superpuestas la una sobre la otra. En cambio, un porcentaje de casi 75 puntos separa la confianza del electorado demócrata con respecto al republicano en cuanto a la legitimidad de la victoria de Biden.

Las percepciones sesgadas no son el único factor que hace que la verificación de datos por parte del electorado se desvíe. Una fuente clave de sesgo partidista son los mensajes que proceden de los líderes del partido y de los candidatos. Hace mucho que los politólogos demostraron que los partidos ejercen una poderosa fuerza moldeadora de las opiniones de sus simpatizantes. En su estudio clásico, John Zaller demostró que la ciudadanía que se enfrenta a temas nuevos o desconocidos, a asuntos en los que no tiene una preferencia preconcebida, escucha lo que dicen sus líderes y hace suyas las posiciones del partido.<sup>27</sup> El aumento dramático del sentimiento antiinmigración analizado en el capítulo 3 retrata, en parte, a un electorado que sigue las señales que le ofrecen los líderes de sus partidos. Las diatribas lanzadas por los líderes etnonacionalistas –los Viktor Orbán, los Nigel Farage y los Trump–, así como un sentimiento más espontáneo de pérdida y desplazamiento, están detrás de la creciente prominencia del tema de la inmigración en la política de muchos países.

La clase política juega con todos estos sesgos que operan en nuestros procesos cognitivos. Pero también juega con nuestras emociones. No se limita simplemente a ofrecer información o desinformación sobre, por ejemplo, la frecuencia del fraude generalizado. Lejos de presentar de forma anodina unos (supuestos) hechos, la clase política reprocha, acusa,

denuncia. Su objetivo es llegar a nuestras emociones, tanto como influir en nuestras creencias. Esto es especialmente cierto en el caso de los líderes alarmistas y populistas que advierten que la nación corre peligro ante una inundación de inmigrantes o ante una élite singularmente corrupta. Es a esta dimensión emocional, presente en las estrategias de los regresores cara a cara con sus ciudadanías, a la que ahora prestaré atención.

### *Las emociones y la regresión*

Imaginemos a una persona que se enfrenta a una situación difícil. Tal vez piense que ha tenido mala suerte, en cuyo caso probablemente se sienta triste o deprimida. O quizá considere que la causa de sus problemas no reside en unas fuerzas inanimadas sino en otras personas. Incluso es posible que vea a esas personas que le han causado problemas como gente que la ha perjudicado deliberadamente a ella o a otras personas como ella. Entonces, no estará triste ni deprimida, sino enfadada y moralmente ofendida. La *teoría de la evaluación cognitiva* nos dice que si una persona atribuye una situación negativa a la acción humana (y no a fuerzas inanimadas), si la ve como una consecuencia de una acción humana *intencional* (y no como una consecuencia de una acción involuntaria), y si considera que la acción humana intencional *daña deliberadamente* a quien recibe la acción y a la gente como ella (en lugar de causar un daño de forma involuntaria), su estado de ánimo cambiará. Y cambiará en modos que resultan altamente relevantes para la acción política.<sup>[28](#)</sup>

Las emociones moldean la voluntad de acción del electorado. La psicología distingue entre las *emociones de aproximación* y las *emociones de retirada*. Las emociones de aproximación son prosociales y movilizadoras, y hacen que quienes las experimentan sean más propensos a unirse a otras personas, a ser activos y asumir riesgos. Las emociones de retirada son antisociales y fomentan entre quienes las experimentan actitudes encaminadas a rehuir a los demás y a evitar riesgos. Algunas emociones de aproximación clave son el enfado, la indignación moral y el

entusiasmo. Algunas emociones de retirada clave son la tristeza, el miedo y la repugnancia.

La clase política, con los regresores a la cabeza, parece tener un sexto sentido para la psicología política. Los partidos populistas de izquierdas presentan la inflación como el resultado de una subida deliberada de los precios y de la avaricia corporativa. Los partidos etnonacionalistas presentan la migración no como el resultado de decisiones descentralizadas de una multitud de personas y familias individuales, sino como debida a decisiones estratégicas de agentes poderosos y malintencionados (Gobiernos extranjeros, traficantes de personas y de drogas). Que estas afirmaciones sean o no correctas no es la principal preocupación de los líderes regresores. Al margen de los hechos concretos, la fórmula consiste en tomar un fenómeno, convencer a la gente de que representa un estado de las cosas negativo, atribuirlo a las acciones de unos agentes maliciosos decididos a destruir a los partidarios del político en cuestión, y alentar la ira y la indignación moral. Estas emociones movilizan al electorado militante para acudir a los mítines y a las urnas.

La fórmula retórica según la cual el orador dirige la atención sobre un asunto que va mal y achaca la situación a actuaciones deliberadas de unos oponentes malévolos que quieren hacer daño a quien escucha el discurso encaja con la visión del mundo maniquea del bien contra el mal. Muchos académicos identifican a los regresores como «populistas», y la promoción de una visión maniquea de la política como definitoria del populismo.<sup>29</sup>

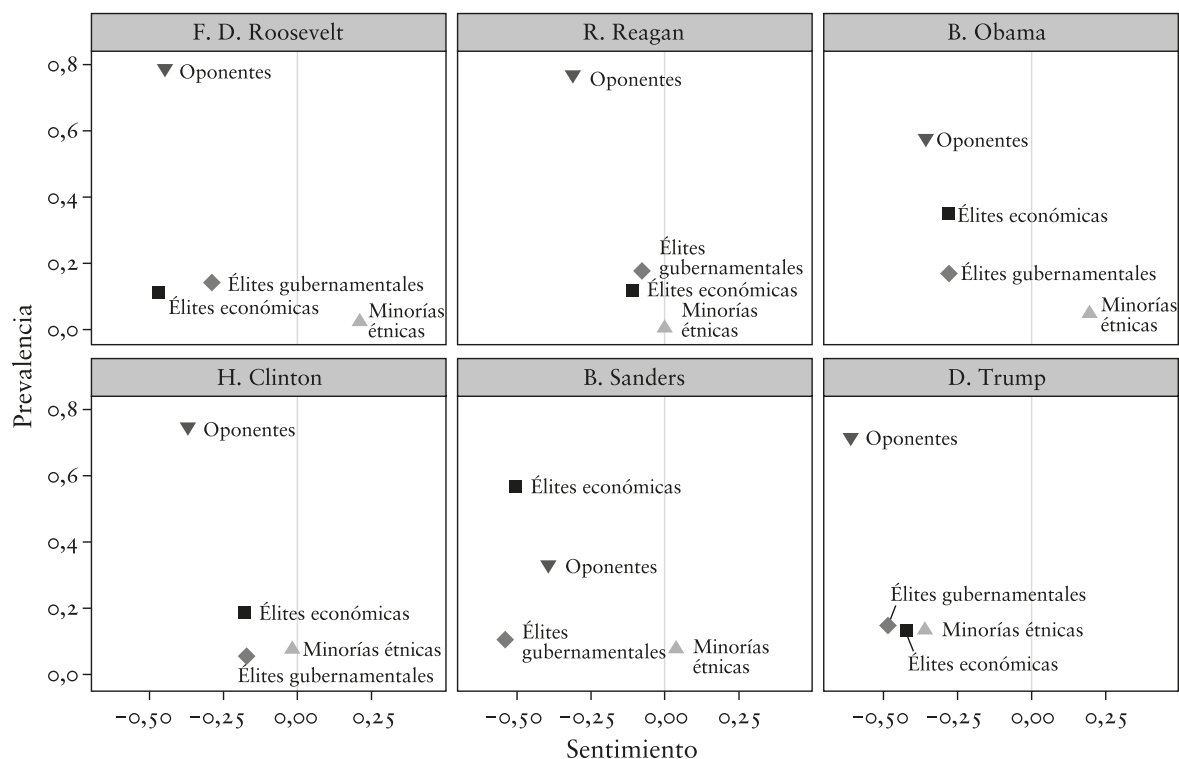
En Estados Unidos, el marco político maniqueo del bien contra el mal ciertamente precede al periodo reciente de etnonacionalismo de derechas y de erosión democrática. La tendencia estadounidense a creer en teorías conspirativas fue el tema de un famoso ensayo publicado en 1952 por el historiador Richard Hofstadter, que se inspiró en el macartismo.<sup>30</sup> En un estudio realizado a principios de la segunda década del siglo XXI, Eric Oliver y Thomas Wood desvelaron que existía un maniqueísmo generalizado entre el electorado estadounidense, al que sondearon con los siguientes enunciados:

- «Gran parte de lo que ocurre hoy en el mundo lo decide un grupo reducido y secreto de individuos», y
- «La política últimamente es una lucha entre el bien y el mal».<sup>[31](#)</sup>

La mitad de la muestra de Oliver y Wood estaba de acuerdo con la afirmación sobre el grupo secreto, y más de un tercio con la afirmación del bien contra el mal. Estudiaron la relación entre estas creencias y una serie de conspiraciones, desde el movimiento «*birther*» (la afirmación falsa de que Obama había nacido en Kenia y por lo tanto no era apto para ser presidente) hasta la idea de que la crisis financiera del 2008 fue orquestada deliberadamente por los banqueros de Wall Street. Hallaron que el grado de asociación entre el maniqueísmo y la creencia en teorías conspirativas era muy alto.

Un estudio del Chicago Center on Democracy apoya la idea de que los regresores democráticos despliegan un marco maniqueo en mayor grado que la clase política convencional. El equipo de investigación estuvo formado por Ipek Çınar, Andrés Uribe y por mí misma.<sup>[32](#)</sup> Analizamos la retórica de seis políticos en su carrera hacia la presidencia de Estados Unidos: Franklin D. Roosevelt, Ronald Reagan, Barack Obama, Hillary Clinton, Bernie Sanders y Donald Trump. Dos de ellos fracasaron en sus campañas por la presidencia, de modo que es complicado valorar si habrían empleado su mandato para erosionar la democracia estadounidense. (Aunque apenas nada del pasado de Clinton o de Sanders indica que lo habrían hecho). Los agentes de Reagan engañaron al público y violaron las leyes en el escándalo Irán-Contra, pero no disminuyeron sistemáticamente el poder de los tribunales, por ejemplo, ni debilitaron la confianza en los procesos electorales. En cuanto a Roosevelt, a pesar de haber pretendido copar los tribunales, no es probable que estuviera en esa categoría. Trump es el único político claramente regresor del grupo.

*Figura 7.4. Afección de los candidatos a la presidencia de Estados Unidos en el debate sobre los grupos objetivo*



*Nota:* La posición de las marcas en el eje vertical indica la proporción de discursos en los que se menciona cada grupo objetivo o actor. La ubicación en el eje horizontal indica cuán positivo (hacia la derecha) o negativo (hacia la izquierda), de media, fue el tono empleado por el político cuando mencionó cada grupo objetivo. Por ejemplo, Reagan menciona a sus oponentes alrededor del doble de veces que Sanders; el tono de Obama al hablar sobre las minorías étnicas es considerablemente más positivo que el de Trump. Véase Çinar, Stokes y Uribe (2020).

Realizamos la valoración de la retórica de cada político mediante el análisis de cómo hablaban sobre una serie de instituciones clave o grupos sociales. La Figura 7.4 ofrece una evaluación sistemática de la frecuencia y con qué afección hablaban los candidatos de sus oponentes políticos, de las élites económicas, de las élites gubernamentales y de las minorías étnicas. La frecuencia de las menciones se representa en el eje vertical de la figura. También queríamos saber, cuando se mencionaban esos grupos objetivo, hasta qué punto era negativo o positivo el tono empleado por el político. Esta valencia emocional se representa en el eje horizontal, con la afección negativa hacia la izquierda y la afección positiva hacia la derecha.

El cero en el eje horizontal, marcado con una línea vertical, indica un tono neutral. Este era el tono que empleaban Hillary Clinton y Ronald

Reagan cuando hablaban de las minorías étnicas. Nadie hablaba en términos positivos sobre sus oponentes políticos, pero algunos (Reagan, Obama) empleaban un lenguaje relativamente suave.

Dado que ninguno de los políticos anteriores erosionó la democracia estadounidense, esperábamos encontrar un mayor maniqueísmo en la retórica empleada por Trump. Y, efectivamente, esta singularidad se evidencia en nuestros datos. Si sumamos las valencias afectivas de los tonos empleados por los candidatos, el tono de Trump es, por mucho, el más negativo. Lo sigue, a cierta distancia, Sanders, luego Roosevelt, Clinton y Obama –con el mismo resultado– y finalmente Reagan, con su tono optimista como símbolo del eslogan de su campaña: «La mañana en América» (*«Morning in America»*).<sup>33</sup> Nótese que Trump, el etnonacionalista de derechas, es el único de estos candidatos cuya valencia emocional es negativa al hablar de las minorías.

En la política presidencial estadounidense, por lo tanto, la regresión se aferra a una retórica maniquea emocionalmente cargada, una retórica que retrata a un supuesto «otro» malvado, malintencionado y peligroso.

#### LAS EMOCIONES Y EL LENGUAJE BASURA CONTRA LA DEMOCRACIA

He sugerido que los líderes regresores influyen en las emociones de sus electorados tanto como en sus percepciones y creencias, y, de hecho, la manipulación emocional desempeña un papel a la hora de moldear las creencias del electorado. Los cambios en las emociones pueden incrementar nuestra tolerancia a las violaciones de las normas democráticas incluso aunque nuestras percepciones sobre esa democracia no cambien. El estudio realizado por el Chicago Center on Democracy sobre López Obrador y los tribunales mexicanos, analizado anteriormente, produjo algunas evidencias interesantes en este sentido.

Recordemos que, durante el estudio, expusimos a algunas personas de nuestra muestra mexicana a enunciados anodinos pronunciados por su

presidente acerca de los tribunales, y a otras, a un enunciado en el que el presidente acusaba a los tribunales de ser corruptos, caros e ineficaces. Las personas que leyeron la diatriba obtuvieron una puntuación más alta en el índice antidemocracia, al no estar de acuerdo, por ejemplo, con que «el presidente debería obedecer las resoluciones de los tribunales incluso cuando van en contra de su Gobierno».

Un detalle interesante es que, de hecho, no todos los grupos del estudio que leyeron la diatriba y expresaron sentimientos antidemocráticos llegaban a considerar los tribunales como más corruptos. Planteamos un «test de manipulación», un tipo de pregunta estándar que emplean los investigadores para ver si las personas encuestadas están prestando atención al enunciado del tratamiento experimental. En este caso, después de la parte experimental de la encuesta, preguntamos: «¿Cómo de generalizada cree usted que está la corrupción en la judicatura mexicana?». Los partidarios de López Obrador contestaron como esperábamos: aquellos que habían leído la diatriba veían el poder judicial como más corrupto, en comparación con los partidarios del presidente que no habían leído la diatriba. Hasta ahí, todo normal.<sup>34</sup>

Pero los partidarios de la oposición respondieron de manera diferente. Los que integraban el grupo de tratamiento, que habían leído la diatriba del presidente, *no* consideraban los tribunales como corruptos en un grado mayor, en comparación con los partidarios de la oposición del grupo de control.

Aun así, como se ha recogido en el capítulo 6, *sí* expresaron niveles más altos de sentimiento antidemocrático. En otras palabras, las personas partidarias de partidos de la oposición –PRI, PAN y PRD– que habían leído la diatriba del presidente López Obrador no se habían dejado convencer de que los tribunales eran corruptos, pero sí presentaban unos índices más altos de acuerdo con que «el presidente debería tener más poder sobre instituciones tales como la judicatura, el Instituto Nacional Electoral y el Banco de México». Y unos índices más altos de desacuerdo con que «el presidente debería obedecer las resoluciones de los tribunales incluso cuando van en contra de su Gobierno». A pesar de que el electorado de la

oposición expuesto al tratamiento contra el poder judicial no lo consideró más corrupto, obtuvo un índice antidemocrático significativamente más alto.

Nuestro equipo no podía determinar con seguridad cómo se explicaba esta anomalía. Pero una pista añadida se halla en el estado emocional de las personas participantes después del experimento. Les pedimos que pensaran acerca de la diatriba del presidente y que nos contaran qué grado de enfado sentían.<sup>35</sup>

La diatriba disparaba los niveles de enfado entre el electorado de la oposición. Es más, su enfado parece ser el enlace entre la exposición a la diatriba de López Obrador y la intensificación del sentimiento antidemocrático. Apunta a esta interpretación el análisis de mediación, una técnica estadística diseñada para detectar las rutas que conectan unas variables con otras. Los partidarios de la oposición que habían leído la diatriba contra los tribunales estaban más enfadados, de media, y este enfado alentaba sus posturas antidemocráticas.

Hará falta una investigación más amplia para decir con seguridad qué está ocurriendo exactamente en estos procesos. Pero el estudio apunta a unas reacciones no cognitivas a estímulos. En este caso, puede que las personas encuestadas se hayan sentido disgustadas por una diatriba acerca de una institución y por lo tanto se sientan dispuestas a consentir violaciones contra ella, *sin que esa reacción llegue al nivel de producir cambios conscientes en las percepciones*. Las personas contrarias al presidente podrían haberse resistido al discurso promovido por él acerca del lamentable estado del poder judicial en el país. Pero, sin saberlo, tal vez tengan la sensación de que la integridad de los tribunales es cuestionable. Si, efectivamente, como explican dos reputados expertos en psicología política, «los seres humanos reaccionan a acontecimientos externos antes de tener conciencia de esos acontecimientos», podría muy bien darse el caso de que las palabras de la clase política despierten nuestro enfado incluso aunque no nos creamos todos los «hechos» que nos presentan.<sup>36</sup>

Para resumir este capítulo, digamos que el mundo de la política cambia de forma rápida e inesperada, es comprensible pensar que una parte de la

ciudadanía creará cosas que, basándose en los hechos, parecen imposibles o ridículas. Esto es especialmente cierto cuando nuestra propia experiencia directa no nos sirve de guía para evaluar los datos relevantes. Pero los sesgos cognitivos, con el sesgo partidista a la cabeza, nos empujan a aceptar esas creencias disparatadas. A su vez, la manipulación emocional juega un papel importante. Expertos por naturaleza en aplicar las lecciones de la teoría de la evaluación cognitiva, los etnonacionalistas y los populistas de izquierdas construyen relatos en los que el mal estado de las cosas es producto de unos enemigos –ideológicos, étnicos, de clase– que intentan hacer daño de manera deliberada. Este relato despertará el enfado y la indignación moral, y el deseo de hacer algo. El último paso es lo que hace que a la clase política le resulte tan tentador lanzar teorías conspirativas, especialmente a aquellos líderes que quieren alentar a la población a romper las viejas instituciones, para «destruirlas y empezar de cero». O, en palabras de un líder de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, que sería destituido poco después, alentar a gente que sencillamente quiere «arrasar con todo».

Mi objetivo hasta ahora con este libro ha sido explicar la erosión democrática, en primer lugar identificando algunas diferencias consistentes entre las democracias que involucionan y las que no. Las primeras tienden a ser lugares en los que la brecha salarial entre las clases alta y media y la ciudadanía más pobre es particularmente grande. Esta revelación ayuda a explicar la pauta temporal de la actual oleada de erosión, tal y como ha llegado, después de un periodo de globalización, desregulación y creciente desigualdad salarial. Muchos de los políticos que debilitaron sus instituciones eran etnonacionalistas de derechas que ganaron protagonismo tras una serie de cambios en las posturas adoptadas y en las coaliciones creadas por los partidos tradicionales de izquierdas y de derechas en sus sistemas políticos. Estos cambios hicieron que la parte del electorado que consideraba que «la habían dejado atrás» se sintiera huérfana bajo la política de partidos. Esa sección del electorado no había visto que la pleamar del crecimiento económico elevara sus barcos a finales del siglo XX, y cuando ese crecimiento se estancó, quedó varada más atrás todavía.

En el sur global, la desigualdad y la decepción alzaron a unos líderes políticos que prometían algo mejor. Varios de ellos, una vez llegaron al poder, reclamaron la necesidad de contar con un poder más amplio y, a menudo, una extensión de su mandato, para poder atender adecuadamente a las necesidades de la ciudadanía. En algunos lugares, estos líderes se hicieron eco de sus homólogos del norte global al menospreciar a las minorías. Pero, por lo general, menospreciaron a la clase alta, a los ricos.

Cuando los generales eliminan la democracia mediante un golpe de Estado militar, emplean la represión para lidiar con una posible resistencia popular. Cuando la clase política civil le inflige una muerte lenta a su democracia, al menos durante un tiempo los líderes tienen que lidiar con las elecciones, el electorado y la opinión pública.

He descrito varias estrategias que los regresores emplean en su relación con el electorado. Una es ganar o mantener el apoyo a la antigua usanza, presidiendo sobre unos resultados, como la prosperidad o la seguridad, que el electorado recompensará, o bien convenciendo al electorado de que sus oponentes en el pasado no les han ofrecido, ni lo harán nunca, esos resultados. Otra táctica es polarizar al electorado para movilizar a sus bases. Y otra más es dirigir un lenguaje basura contra las instituciones que tienen en el punto de mira, para poder atacarlas sin provocar una reacción demasiado fuerte entre el electorado de la oposición o independiente. Y, cuando hace falta, juegan con las mentes y los corazones del electorado, para convencerlo de que sus mentiras son la verdad.

¿Qué estrategias de resistencia funcionan contra los regresores? Ese es el tema del último capítulo.

Parte III

## RESISTENCIA Y REPARACIÓN

## Estrategias para detener (y revertir) la erosión

Los equipos académicos y analistas de toda índole han dedicado mucho tiempo a explicar por qué se está erosionando la democracia, y puede dar la impresión de que esta erosión ha arrasado con cualquier intento de oposición. No es así. De hecho, la regresión ha despertado una amplia resistencia. Hay un activismo en la sociedad civil que se organiza contra él, hay líderes políticos que lo condenan, manifestaciones que protestan en su contra, periódicos que lo denuncian en sus editoriales, y gente en las redes sociales que comparte memes sarcásticos de quienes lo practican. La resistencia se ha alzado gracias a muchas personas en el ámbito legislativo y judicial, gracias a quienes dan la voz de alarma, a líderes militares, a profesionales del periodismo, a activistas y al electorado.<sup>[1](#)</sup>

Y la resistencia, a veces, ha sido eficaz.

En algunos casos, la erosión se ha frenado antes de que lograra cobrar impulso. En Colombia, la oposición en el Congreso Nacional hizo uso de cada ley y norma parlamentaria y de cada procedimiento para ralentizar los intentos de injerencia institucional por parte del presidente, ganando así tiempo para que los tribunales y la sociedad civil pudieran reaccionar. A veces, los partidos ideológicamente afines han mantenido a los autócratas bajo control: esto fue, en parte, lo que evitó la regresión en Suecia. En otros países, los propios partidos políticos de los aspirantes a autócratas los han expulsado del poder. El Congreso Nacional Africano destituyó a Jacob Zuma. El Partido Conservador británico presionó a Boris Johnson, un primer ministro con tendencias autocráticas, para que dimitiera. En otros

casos, las elecciones han puesto el punto final al periodo del regresor en el poder. En algunas ocasiones, los regresores han perdido las campañas de reelección. En Estados Unidos en el 2020, en Brasil en el 2022 y en Polonia en el 2023, una mayoría votó para expulsar del cargo a los regresores. Otros regresores se han retirado respetando los límites del mandato, al margen de que anteriormente hubieran proyectado flexibilizar esos límites (Correa en Ecuador) o que simplemente los acataran (López Obrador en México).

La reelección de Trump en las elecciones presidenciales estadounidenses del 2024 es un ejemplo del poder de las estrategias analizadas en los capítulos anteriores –el poder de la retórica polarizante, del lenguaje basura contra la democracia y de la desinformación– para mantener a un electorado fiel a unos líderes que destruyen la democracia. Esas elecciones fueron, también, un recordatorio de que las fuerzas prodemocráticas pueden perder la presidencia incluso aunque el electorado sea consciente de la amenaza que suponen los regresores. En efecto, lo que hace que las elecciones del 2024 sean diferentes de otras analizadas en este libro es que un candidato que anteriormente había ocupado la presidencia, al que unas amplias secciones del electorado reconocían como una amenaza para la democracia, se presentara para regresar al cargo. Y se presentó contra una Administración bastante convencional, una que representaba una vuelta a unas prácticas democráticas normales.

Por lo tanto, más que un sigiloso «lobo con piel de cordero»,<sup>2</sup> Trump era un personaje bien conocido, a quien una gran parte del electorado optó por apoyar. La Administración convencional a la que Trump hacía frente fue juzgada por el electorado de una manera democrática convencional, particularmente con el criterio del *voto económico retrospectivo*.<sup>3</sup> Un gran número de votantes, especialmente aquellos menos involucrados en la política, en efecto, plantearon esta pregunta a la Administración en funciones: «¿Qué has hecho por mí últimamente?», y la respuesta era que habían permitido que los precios se elevaran hasta el punto de que la seguridad económica de sus familias se había visto amenazada. Muchas personas ignoraron el matiz de que los indicadores económicos estaban mejorando, lo cual sugería una mejora continuada en el futuro. Los

mensajes de campaña del partido en funciones acerca de la amenaza que el contrario representaba para el Estado de derecho o para las libertades esenciales sonaban muy abstractos en comparación con los datos concretos del elevado precio de la vivienda y la cesta de la compra.

El hecho de que a algunas secciones de los electorados les gusten sus democracias pero les preocupe más la seguridad pública y la economía no significa que las fuerzas prodemocráticas deban permanecer calladas ante las amenazas dirigidas contra las instituciones democráticas. Puede que el electorado ceda libertades y cierto control sobre el poder ejecutivo, cada vez más, a cambio de mantener al otro grupo, al que odia, fuera del poder. O puede que vote al potencial autócrata con la esperanza de que este líder al menos restaure la estabilidad de los precios. Pero estas personas, algún día, tal vez quieran votar en las elecciones para expulsar del cargo a estos líderes autocráticos, y se den cuenta de que los mecanismos de la rendición de cuentas están tan oxidados que se han vuelto inservibles.<sup>4</sup> Por eso, las fuerzas prodemocráticas tienen la responsabilidad para con la ciudadanía de recordarle en todo momento qué está perdiendo exactamente cuando accede a hacer esos sacrificios.

Incluso cuando el líder regresor deja el cargo, la democracia no se repara sola. Las fuerzas prodemocráticas necesitan estrategias no sólo para mantener a los potenciales autócratas lejos del poder, sino también para deshacer el daño causado una vez han sido expulsados. En este capítulo hablo de algunas estrategias antierosi3n consideradas prometedoras por quienes las practican y quienes las investigan.<sup>5</sup>

El llamamiento a una *reparaci3n* democrática no puede limitarse a ser un llamamiento para restaurar lo que había antes. Lo que había antes incluye los resquicios que permitieron a los regresores romper las normas y destruir las instituciones, defectos que alentaban el cinismo contra la democracia y desviaban la distribuci3n de la riqueza social. Si no se abordan esos problemas, ese episodio de regresi3n no será el último.

## UN AVANCE DE LAS ESTRATEGIAS PRÁCTICAS

- **Para quienes influyen en la política social y fiscal:** La desigualdad puede producir un deterioro de la vida democrática y llevar a veces a una completa autocracia. Las sociedades con una gran brecha entre la clase alta y la clase baja son entornos difíciles para la democracia. Las políticas que sacan a la gente de la pobreza ofrecen esperanza a los que se han quedado atrás en un mundo globalizado, y las políticas que hacen uso de los enormes recursos de los que están más arriba en la escala económica son políticas que apuntalan la democracia.
- **Para estrategias de la élite política:** Los agentes prodemocráticos deben decidir si quieren responder a las tácticas de juego sucio de los regresores –la violación de las normas y las leyes, de tal manera que potencialmente se desestabilice el sistema– con su propio juego sucio. Ante este dilema, no hay soluciones absolutamente correctas o equivocadas desde el punto de vista moral o estratégico. Cada decisión implica un beneficio y un coste sobre los que los agentes prodemocráticos no estarán de acuerdo. Cuando los estrategias se plantean si hacer frente al juego sucio despiadado con más juego sucio, deben equilibrar los beneficios y los peligros de degradar aún más la democracia a ojos del público.
- **Para los organismos públicos y profesionales:** Una de las debilidades de un Gobierno regresor es la baja calidad de los profesionales que lo integran. El resultado es un Gobierno relativamente ineficaz. Para explotar esta debilidad, las asociaciones profesionales convencionales deberían reforzar constantemente sus estándares de calidad y sus principios éticos, y criticar o sancionar a quienes los incumplen.
- **Para el electorado y todo agente que se comuniquen con él:** El electorado puede ser el último bastión contra la erosión democrática. Pero la polarización y el lenguaje basura contra las instituciones

refuerzan en las urnas a los regresores. La polarización y el cinismo se vuelven endémicos y persisten más allá de la salida del líder regresor. Existen varias medidas, que se analizan más adelante en este capítulo, capaces de moderar la polarización e impulsar la confianza en las instituciones. Es necesario que estas se apliquen tanto durante el mandato del regresor como después de que haya dejado el cargo.

### LAS POLÍTICAS QUE REDUCEN LA DESIGUALDAD TAMBIÉN REFUERZAN LA DEMOCRACIA

Los responsables políticos de las democracias ricas y en desarrollo tienen a su disposición una extensa batería de medidas para reducir la pobreza, desde desgravaciones fiscales por hijos a cargo hasta la subida del salario mínimo o los programas de prestaciones condicionadas. Estos programas necesitan recursos, que generalmente deben recaudarse a través de una subida de los impuestos.<sup>6</sup> Cuando las personas y las corporaciones ricas pagan impuestos más altos y esos ingresos financian estos programas, el resultado es una reducción de la desigualdad.

Las políticas que reducen la pobreza y la desigualdad deben vencer la oposición política. En parte, la oposición proviene de los ricos y de las corporaciones, que tienen que pagar más. También de gente con una firme postura antiimpuestos, entre la que pueden incluirse algunas personas de rentas bajas y medias. Estas últimas tal vez estén en contra porque piensen, siendo extremadamente optimistas, que quizá algún día sean ellos quienes tengan que pagar esos impuestos, o por alguna clase de identificación hacia arriba, mencionada en capítulos anteriores.<sup>7</sup> En Estados Unidos, en años muy recientes, el electorado ha empezado a expresar un mayor apoyo que en periodos anteriores a la idea de subir los impuestos a los ricos. A modo de ejemplo, en marzo del 2024, el 69 por ciento de las personas encuestadas en los sondeos estadounidenses apoyaba una subida de impuestos a quienes ganaran 400.000 dólares o más.<sup>8</sup>

En las democracias en desarrollo, este tipo de oposición está mucho menos extendido. Los líderes de izquierdas, tanto regresores como convencionales, han desarrollado políticas que reducen la desigualdad. El índice de desigualdad ha disminuido sustancialmente en la mayor parte de Latinoamérica desde comienzos de este siglo. Y ha disminuido notablemente también bajo líderes regresores en países como Bolivia y Ecuador.<sup>9</sup>

Quienes se oponen a las medidas que reducen la pobreza y la desigualdad a veces justifican su oposición con la excusa de que estas medidas reducen el crecimiento económico y frenan la creación de empleo. Pero estos argumentos a menudo no son ciertos, y parecen haber perdido su poder de convicción, teniendo en cuenta el aumento de los etnonacionalistas que, con prudencia, se muestran favorables al gasto, y de una izquierda que lo defiende con más entusiasmo.

Al margen de los pros y los contras del debate sobre estas políticas, en el lado de los beneficios la defensa de la democracia debe tener un peso importante.

### ¿JUGAR SUCIO O NO JUGAR SUCIO?

Cuando recuperan el poder, si es que lo hacen, los representantes prodemocráticos deben actuar para mitigar el daño causado previamente y para prevenir daños futuros en una posible siguiente ola de regresión. Una estrategia clave que deberán abordar es el incumplimiento, por parte de los regresores, de las regulaciones y normas que encontraron a su paso. Muchos actores prodemocráticos se escandalizan al comprobar lo endeble que resultan ser esas normas y regulaciones. Una estrategia útil es convertir las normas en leyes o reglas formales.

El tema de si responder a las tácticas de juego sucio del regresor con más juego sucio es más polémico. Mark Tushnet acuñó el término *juego sucio constitucional*, que define como «prácticas que son consistentes con los requisitos formales de la democracia constitucional, pero que la

desestabilizan y potencialmente la transforman». <sup>10</sup> Por ejemplo, la diferencia entre formalizar las normas, como acabamos de mencionar, o aplicar el juego sucio sería la que se da entre formalizar normas previas acerca de la designación de la judicatura o incrementar el número de jueces (copar los tribunales). Si se aplica una respuesta de juego sucio frente al juego sucio de los regresores se corre el riesgo de desencadenar una espiral descendente de revanchas. Entre otros efectos secundarios dañinos, una espiral de juego sucio puede incrementar la tolerancia de la ciudadanía a la acción antidemocrática. Noam Lupu y sus coautores hallaron que una ciudadanía que ve cómo su partido responde de un modo revanchista al juego sucio del otro bando deja de considerar las acciones de sus líderes como antidemocráticas. <sup>11</sup>

Si ambos bandos amenazan con aplicar el juego sucio de manera convincente, las amenazas pueden llevar a una especie de mutua disuasión que proteja a las instituciones democráticas. <sup>12</sup> Pero Gretchen Helmke y sus coautores explican que un juego sucio que sostenga la democracia puede romperse, como cuando uno de los bandos tiene una mayor motivación que el otro para romper las normas. Tal vez al electorado del partido A le importe menos la tradición o el juego limpio que al del partido B. Cuando el partido A incumple las normas, no recibe castigo, mientras que el electorado del partido B reduce su participación electoral o sus donaciones –o tal vez, simplemente, exprese su descontento– cuando el partido B las rompe. La evidencia de esta dinámica en Estados Unidos proviene de un estudio realizado por Bright Line Watch en el 2021. En él se detectó que la probabilidad de que el electorado demócrata aprobara políticas de su propio partido que redujeran la participación del partido contrario era de aproximadamente la mitad que entre el electorado republicano, y la probabilidad de que aprobaran que los funcionarios locales se negaran a certificar los resultados electorales era de menos de la mitad que entre el electorado contrario. <sup>13</sup>

Los actores prodemocráticos pueden caer en una discusión interminable sobre la cuestión de si aplicar o no el juego sucio. Y tienen razones para

ello: los dilemas son difíciles y se dan desacuerdos entre personas razonables, en asuntos generales y sobre cuestiones específicas. Como mínimo, los actores prodemocráticos deberán estar preparados para explicar los casos de juego sucio de manera convincente, para que sus decisiones estén conectadas con la defensa de la democracia.

Los estudios académicos se han centrado en el dilema al que se enfrentan los actores prodemocráticos: elegir entre aplicar estrategias «moderadas» o «radicales».<sup>14</sup> Laura Gamboa define los objetivos de la oposición como *radicales* cuando buscan derrocar al Ejecutivo regresor antes de que su mandato termine. Y define los objetivos como *moderados* cuando van dirigidos a detener prácticas antidemocráticas concretas. Gamboa apunta al momento en que los líderes de la oposición en Venezuela acogieron el breve golpe de Estado contra Hugo Chávez en el 2002 como un ejemplo de torpe radicalismo. Compara este episodio con el magistral uso de los procedimientos parlamentarios por parte de la oposición colombiana –descritos también magistralmente por Gamboa– para apoyar su argumento general de que las medidas radicales son contraproducentes. En una línea similar, Matthew Cleary y Aykut Öztük distinguen las acciones irregulares por parte de las oposiciones prodemocráticas tras una derrota electoral, que tienden a ser contraproducentes, de las respuestas moderadas, que ganan tiempo para la oposición.

Estos estudios contienen muchas reflexiones acerca de los éxitos y los fracasos de la resistencia opositora a los regresores en los países analizados. Pero los actores prodemocráticos, ya sea desde la oposición o desde el poder, se enfrentan a decisiones que se encuentran entre los extremos de expulsar de manera inconstitucional a un líder electo y ejecutar gradualmente demoras legislativas.

A pesar de que destituir a un líder regresor de manera no constitucional nunca es una buena estrategia para restaurar la democracia, a veces el juego sucio tiene sentido. Emplear o no este tipo de tácticas es un dilema real, y quienes toman las decisiones tienen que sopesar cuidadosamente los pros y los contras. Un argumento habitual en contra de responder al juego sucio con más juego sucio, retomando lo dicho, es que se corre el riesgo de

aumentar la visión cínica de que no hay instituciones o principios democráticos, sino sólo acuerdos que los partidos manejan en su propio beneficio. Esto puede ser una ventaja para los potenciales autócratas a la hora de emplear el lenguaje basura contra la democracia.

Pensemos en la situación mencionada anteriormente, en la que el partido del regresor, en efecto, copa el Tribunal Supremo, y las fuerzas democráticas abordan la cuestión de cómo responder. Cuando tienen el control del poder legislativo y un presidente regresor designa el Tribunal Supremo, ¿deberían volver a las normas tradicionales? ¿O deberían adoptar el juego sucio del otro bando?

En este caso, si los actores prodemocráticos vuelven a las normas tradicionales mientras sus oponentes se enrocan en las nuevas normas, la situación sería insostenible. Implicaría que un presidente convencional podría ratificar el Tribunal sólo si su partido también controlara el poder legislativo, mientras que sus oponentes lo ratificarían siempre que hubiera un puesto vacante. Con el tiempo, este arreglo generaría un Tribunal gravemente sesgado, cuya legitimidad se deterioraría rápidamente. Y sin embargo, si ambos partidos adoptan el juego sucio como nuevo sistema, esto apenas resolvería el problema. Podría llevar a largos periodos de puestos vacantes sin cubrir y no se restauraría la imagen pública del Tribunal, que quedaría como una institución completamente partidista.

Otras modificaciones propuestas, tales como acortar los términos de la judicatura, tienen la ventaja de la imparcialidad no partidista. Por supuesto, en un mundo en el que se desprecian o se ignoran las instituciones, la institucionalización de cualquier cambio es objeto de incertidumbre: ¿incumplirán los futuros líderes regresores los acuerdos sobre qué normas emplear?

Un poderoso argumento a favor de emplear el juego sucio en ciertas circunstancias es que es necesario para evitar la destrucción permanente de instituciones democráticas. (O que vayan a sufrir un grave daño en un futuro próximo.) Mientras escribo estas páginas, varias democracias avanzadas enfrentan el dilema de si permitir la participación de candidatos o partidos antidemocráticos en las elecciones. Alemania es uno de esos

países. Cuenta con disposiciones constitucionales para excluir a partidos políticos que amenacen la democracia, y procedimientos legales para decidir qué partidos deberían ser excluidos. Pero resulta difícil implementar estas disposiciones cuando el partido potencialmente excluido cuenta con un amplio apoyo electoral. (En el caso alemán, este partido es Alternativa para Alemania, *Alternative für Deutschland*, AfD.) Estados Unidos bregó con una versión de este dilema cuando algunos estados intentaron expulsar a Donald Trump de las votaciones primarias, sobre la base de una enmienda constitucional de la época posterior a la guerra de Secesión, que prohíbe ocupar cargos públicos a personas que hayan participado en una insurrección. Ante la perspectiva de vetar al probable candidato presidencial de uno de los dos principales partidos, el Tribunal Supremo de Estados Unidos falló en contra de la decisión de un Tribunal Supremo estatal de excluirlo de la votación en ese estado. Tanto el ejemplo alemán como el estadounidense demuestran que las medidas contundentes, incluso cuando son constitucionales, son difíciles de imponer contra unos regresores que inspiran un apoyo generalizado del electorado.

El dilema de qué hacer con unos partidos políticos que probablemente dañen la democracia ha incomodado a los teóricos durante generaciones. La idea de que los actores prodemocráticos tienen derecho, o más bien, la responsabilidad, de defenderse contra actores antidemocráticos internos viene de antiguo. Karl Loewenstein fue un académico nacido en Alemania que había sido testigo del ascenso de los nazis al poder en los años treinta. La teoría de Loewenstein de la *democracia militante* proponía varias medidas para defender el sistema del ataque de los partidos antidemocráticos. Él abogaba por unos poderes de emergencia ampliados y por mecanismos para excluir a los partidos antidemocráticos, limitados por garantías procedimentales. También abogaba por la educación cívica.<sup>15</sup> Cuando las democracias contemporáneas luchan con estos mismos dilemas, deben sopesar el posible efecto dañino sobre la confianza en la democracia y contraponerlo a la erosión de esa democracia. Unas veces, la situación demandará moderación, y otras veces, la balanza se inclinará en favor de medidas «militantes».

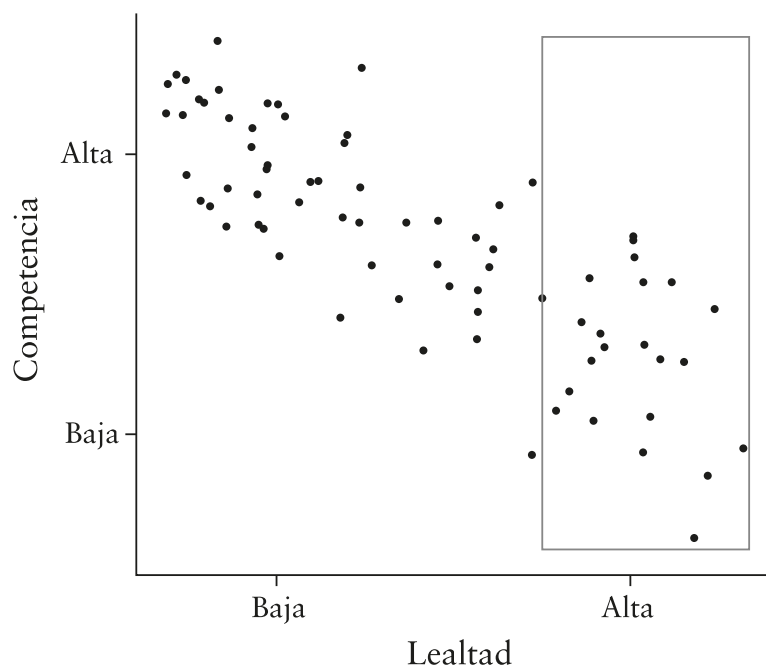
## PARTIDARIOS DEL RÉGIMEN Y PROFESIONALES

El príncipe que desee para sí una reputación de sabio  
precisa ministros que sean competentes y leales.

NICOLÁS MAQUIAVELO<sup>16</sup>

Como le ocurría al príncipe del siglo XVI de Maquiavelo, los líderes de nuestros días necesitan un gabinete ministerial competente y leal, por no hablar de las jefaturas de los gabinetes y organismos, el equipo de asesoría política, el personal de comunicación y el equipo jurídico. Máxime cuando los «príncipes» actuales tienen en mente reorganizar radicalmente las democracias en las que operan. Los regresores preferirían reinar sobre sistemas integrados por personas que sean tanto leales como buenas profesionales. Pero se encuentran con que tienen que elegir entre ambas, tal y como muestra la Figura 8.1.<sup>17</sup> Los líderes convencionales también se enfrentan a esta elección. Pero el problema se agudiza para los regresores.

*Figura 8.1. Conceptualización de la competencia y la lealtad entre los profesionales del sector público*



*Nota:* La figura ilustra el intercambio que se produce entre las características de competencia y lealtad entre el personal profesional empleado en el sector público. El rectángulo delineado a la derecha representa al personal altamente leal. La figura refleja que el personal con menor nivel de competencia supera en número al personal altamente competente entre los más leales.

Michael Bauer y sus colegas explican las consecuencias de la promoción de burócratas sin experiencia en los Gobiernos regresores. «La gestión pública no es fácil de desarrollar, especialmente cuando el objetivo es desmantelar gran parte de lo que se ha hecho antes *y el propio personal que trata de llevar a cabo esa transformación a menudo no tiene experiencia ni conocimientos acerca de los procedimientos o de la materia*». [18](#)

Hay dos consecuencias prácticas que se derivan de esta observación. La primera es que el funcionariado público que coopera con los regresores debería ser objeto de sanciones profesionales. La judicatura tal vez ignore los principios constitucionales, la fiscalía podría acusar a los políticos de la oposición y el personal de la sanidad pública quizá difunda información falsa. Si lo hacen, sus colegas profesionales deberían reaccionar, si tienen oportunidad de hacerlo, como lo hacen los colegios de abogados cuando

imponen sanciones a quienes emplean malas prácticas al servicio de los aspirantes a autócratas. Estas sanciones privan de respetabilidad profesional a estos posibilitadores y evitan que se normalice un comportamiento antidemocrático.

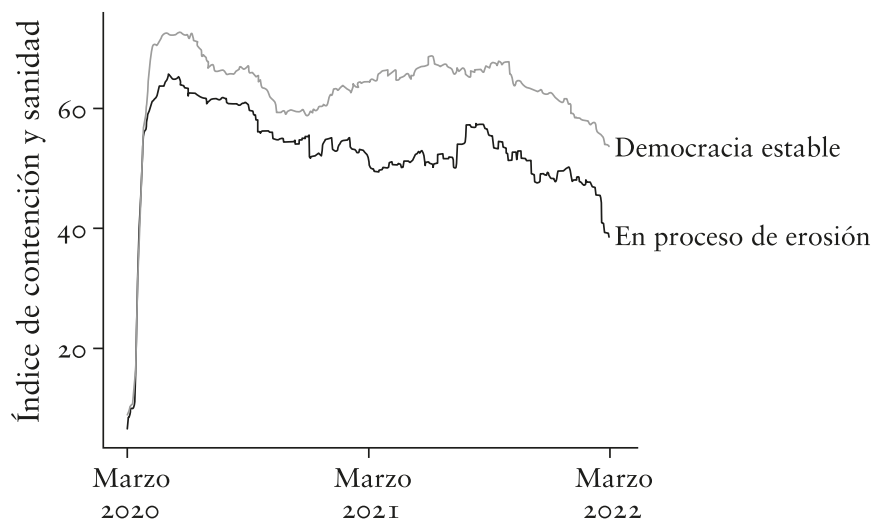
En segundo lugar, las fuerzas prodemocráticas deberían trabajar para lograr que el público sea consciente del bajo rendimiento de los Gobiernos regresores, no sólo cuando dañan la democracia sino cuando practican una mala gestión de las economías, cuando administran pésimamente las crisis de la sanidad pública, etcétera. Habría que animar al electorado a exigirles responsabilidades a los líderes regresores por su mal desempeño, al igual que haría con cualquier Gobierno convencional electo.

Detalladas estas observaciones, volveré sobre las consecuencias prácticas más adelante.

Los observadores a veces se sorprenden de que los Gobiernos regresores consigan cumplir pocos de sus objetivos iniciales. Pero existen razones estructurales que explican su ineficacia, tal y como sugiere el análisis previo. La ineficacia y la incompetencia son defectos previsibles de las Administraciones de los regresores, y las fuerzas prodemocráticas pueden sacar provecho de ello.

Que se prioriza la lealtad sobre la competencia se comprueba en las reacciones de los regresores ante la pandemia de Covid-19.<sup>[19](#)</sup> La Figura 8.2 presenta el rendimiento medio de los países de todo el continente americano (Norteamérica, América Central y Sudamérica), desde los confinamientos de marzo del 2020 y a lo largo de los dos años siguientes. El rendimiento medio de las democracias en proceso de erosión cayó por debajo del de las democracias libres de erosión en el hemisferio occidental.<sup>[20](#)</sup>

Figura 8.2. Rendimiento medio de las políticas de Covid-19 en las Américas, en proceso de erosión y libres de erosión, entre marzo del 2020 y marzo del 2022



Nota: Datos procedentes del Índice de Contención y Sanidad (*Containment and Health Index*) de la Universidad de Oxford, Hale *et al.* (2021). El análisis excluye a Venezuela, que dejó de ser una democracia antes del comienzo de la pandemia.

Un mal rendimiento durante la pandemia era sintomático de que los líderes priorizaban la lealtad sobre la competencia, y de unas Administraciones en las que el personal profesional cualificado se resistía a cumplir lo que se le ordenaba.

Este mal rendimiento asoló el Gobierno de Bolsonaro en Brasil, y no sólo durante la pandemia. El desempeño deficiente estaba prácticamente garantizado por las decisiones de Bolsonaro al formar su gabinete. En palabras de un equipo de politólogos brasileños, el presidente «eligió a dedo a unas personas que nunca habían ocupado cargos políticos ni habían sido elegidas para ocuparlos, gente que no tenía ninguna experiencia en la Administración pública ni en materia de política», lo cual produjo «un Gobierno de *amateurs* de extrema derecha». <sup>21</sup> Teniendo en cuenta la mediocridad profesional del personal que contrató Bolsonaro, y el aparente desinterés del propio presidente por gobernar, su Administración no consiguió hacer demasiado.

En Estados Unidos, la primera Administración de Trump también tuvo un rendimiento notoriamente malo, de acuerdo con varias mediciones. A

diferencia de Bolsonaro, Trump no era un ideólogo. Sin embargo, se sentía deslumbrado por gente a la que consideraba impresionante e importante, y designó a esas personas para cargos de alto nivel. Pero sus carreras profesionales previas y sus ocupaciones a menudo no estaban alineadas con sus nuevos roles. Estos líderes de la industria y del Ejército tuvieron roces bajo el liderazgo de Trump, quien, a su vez, tuvo roces con ellos por sus reticencias a hacer lo que él les ordenaba. Muchos de estos cargos de alto nivel fueron despedidos o renunciaron.

Un ejemplo del rendimiento irregular de la primera Administración de Trump es su flojo historial en los tribunales administrativos. Como parte de sus tareas, las Administraciones estadounidenses se encargan de preparar las defensas legales para los cambios de las regulaciones que proponen. Si una Administración propone flexibilizar las regulaciones sobre la calidad del agua, por ejemplo, lo habitual suele ser que las organizaciones ecologistas presenten una demanda.

La primera Administración de Trump fue particularmente ineficaz en estos casos. Perdió o se retiró ante la probabilidad de perder el 78 por ciento de las veces.<sup>22</sup> Otras Administraciones perdieron o se retiraron entre el veinte y el cuarenta por ciento de las veces. Muchos de los fallos contra Trump –decididos por jueces nombrados tanto por el Partido Republicano como por el Demócrata– consideraban que las acciones de los organismos gubernamentales eran «arbitrarias y caprichosas», lo cual refleja el fracaso de la Administración a la hora de convencer a la judicatura de que cumplían con la Ley del Procedimiento Administrativo. Si tenemos en cuenta que esta ley ha estado en vigor desde los años cuarenta, resulta sorprendente que la Administración tuviera tantas dificultades para cumplirla.

Esa Administración sin duda quería apuntarse tantos en materia de desregulación, de manera que este débil desempeño resulta desconcertante. En gran parte se explica por la falta de experiencia y la incompetencia entre los liderazgos de los organismos gubernamentales y de los equipos legales.

La tercera candidatura de Trump para ocupar la Casa Blanca contó con el apoyo de una serie de conservadores expertos en gestión pública, particularmente de los que redactaron el Proyecto 2025, vinculado con el

*think tank* Heritage Foundation. Por lo tanto, había grandes expectativas de que la segunda Administración de Trump lograra ser más competente. En su segundo mandato, Trump ha inclinado la balanza aún más hacia la lealtad en detrimento de la competencia. Da la impresión, más aún que en su primer mandato, de que el presidente está rodeado de marionetas que responden sí a todo.

En Estados Unidos y en otras partes del mundo, los tribunales son un objetivo clave en el manual de los regresores. Las reticencias de jueces, fiscales y abogados a seguirles la corriente son un obstáculo para sus proyectos. No es infrecuente que jueces y juezas se resistan cuando les piden que violen las normas de su profesión y que ignoren la ley y la Constitución. He aquí algunos ejemplos notables:

- En Hungría, el Gobierno de Orbán introdujo, en el 2010, un impuesto a los ingresos por publicidad digital de los medios de comunicación. En general, la medida se interpretó como un ataque a los medios de comunicación que eran críticos con el Gobierno. En el 2014, el Tribunal Constitucional determinó que era inconstitucional.<sup>[23](#)</sup>
- En Polonia, después del 2015, el Gobierno del PiS adoptó medidas agresivas para limitar la independencia del poder judicial. Pero, en algunos casos, los tribunales contratacaron, dictando en contra de las reformas judiciales del Gobierno, en contra de sus intentos de restringir la actividad de los medios independientes y en varios casos en contra de reformas políticas. Los jueces que sufrieron las represalias del Gobierno recibieron cierto grado de protección por parte de la Unión Europea.
- En México, el Tribunal Supremo anuló repetidamente –en el 2022 y en el 2023– varias leyes aprobadas por la mayoría progobierno en el Congreso para limitar la independencia y los recursos del Instituto Nacional Electoral.
- En Brasil, los tribunales fallaron en contra del Gobierno de Bolsonaro en casos vinculados con diversos temas, desde los derechos de los pueblos indígenas y del colectivo LGBTQ+ hasta el medio ambiente y la

actuación del Ejecutivo durante la pandemia de Covid-19. Tras la derrota de Bolsonaro en las elecciones del 2022 y las protestas públicas de sus simpatizantes para bloquear el traspaso de poderes, en el 2023, el Tribunal Superior Electoral halló al entonces expresidente culpable de abuso de poder y de un uso indebido de los medios de comunicación, y lo inhabilitó para presentarse a la presidencia durante un periodo de ocho años.

- En Estados Unidos, la campaña de Trump del 2020 presentó decenas de demandas en los tribunales estatales y federales, con el objetivo de demorar la certificación electoral o de anular los resultados. Si estos tribunales no hubieran rechazado de manera unánime las demandas de los litigantes, el candidato perdedor tal vez habría continuado como presidente.

Al igual que el funcionariado y la judicatura, en el Ejército muchos oficiales militares que sirven bajo los aspirantes a autócratas han optado por mantener su reputación profesional. Los líderes regresores se han acercado a sus Fuerzas Armadas, pero no siempre con éxito. Yendo en contra de la tradición centenaria de mantener al Ejército mexicano al margen de la política, el presidente López Obrador colmó a las Fuerzas Armadas de atenciones y recursos, y las eximió de sus mordaces ataques retóricos.<sup>24</sup> Bolsonaro, un capitán del Ejército retirado, añoraba abiertamente un regreso a los años de la dictadura en Brasil. Tras su derrota en las elecciones del 2022, sus simpatizantes tenían la esperanza de convencer al Ejército de que interviniera para mantener a Bolsonaro en el poder. Pero el Ejército se mantuvo al margen.

A diferencia de Brasil, Estados Unidos no cuenta con una historia de golpes de Estado militares. Sin embargo, hacia el final de su primer mandato y al inicio del segundo, Trump trató de remplazar en las Fuerzas Armadas a constitucionalistas por gente leal a su Gobierno. Buscó el apoyo militar en un intento de revertir la derrota en las elecciones del 2020, pero su plan se vio frustrado cuando el general Mark Milley, presidente del Estado Mayor Conjunto, se opuso. Como se ha señalado, en su segunda

Administración, más, incluso, que en la primera, Trump a menudo favoreció la designación de individuos leales sobre los candidatos más experimentados para ocupar cargos en su gabinete y en otros puestos importantes.

En ninguno de estos casos ocurrió que el Ejército fuera receptivo a los líderes regresores hasta el punto de apoyar la prolongación del poder del líder. El personal «patriota y profesional» superaba en número al personal «fanático y secuaz»,<sup>25</sup> aunque los expertos advierten de que este profesionalismo podría, con el tiempo, ser destruido.

Los actores prodemocráticos valientes, ya sea desde el funcionariado, desde los tribunales o desde el Ejército, o desde el propio partido del regresor, pueden ser un freno eficaz a la erosión. Pero estos frenos se gastan. Un desafío para las fuerzas prodemocráticas es el desarrollo, a lo largo del tiempo, por parte de los Gobiernos regresores de estrategias claras para «controlar y reorganizar» el Estado. Tal vez entablen alianzas con organismos públicos y *think tanks* que vean a estos Gobiernos regresores como una oportunidad para alcanzar sus propios fines. A cambio, el regresor obtiene acceso a agentes expertos que están menos limitados por los estándares o la ética profesionales establecidos. De la misma manera que un electorado polarizado puede estar dispuesto a aceptar una mala conducta por parte del líder a cambio de mantener lejos del poder a ese «otro» al que odia, también se puede convencer a abogados, jueces, expertos en política y oficiales militares de que tener al otro bando en el poder constituiría un desenlace nefasto e impensable. Esta mentalidad podría, entonces, llegar a justificar una deriva de los acontecimientos que sea asombrosamente antidemocrática.

Volviendo a la primera lección práctica de este análisis, los agentes prodemocráticos tienen la oportunidad de aprovechar las dificultades que encuentra el regresor para reunir una Administración competente. Una manera de hacerlo, como se ha mencionado, es presionar al funcionariado para que se mantenga fiel al estándar profesional en cada ámbito. Cuando los abogados se ven envueltos en planes para erosionar la democracia, los colegios de abogados deberían imponer sanciones disciplinarias. Si los

miembros de la judicatura no exigen responsabilidades a los regresores por violar las leyes, también deberían sufrir penalizaciones profesionales, dentro de lo posible. Las recompensas, a su vez, pueden ser útiles: el funcionariado que resista a las presiones para saltarse los debidos procedimientos debería ser reconocido por la asociación profesional correspondiente. Como en el caso del uso sensato del juego sucio, es importante evitar el partidismo a la hora de asignar reconocimientos y sanciones profesionales. Por supuesto, el liderazgo regresor dirá que estas acciones son partidistas, pero no tienen por qué serlo. Destacar que alguno de los líderes del partido del regresor ha actuado valientemente por resistirse a él sería de gran utilidad.

Volviendo a la segunda lección a la que hemos aludido antes, un rendimiento gubernamental bajo por parte de los regresores abre nuevas oportunidades electorales para los partidos prodemocráticos. He señalado en anteriores capítulos que los líderes regresores se diferencian de los dictadores militares en que deben enfrentarse al electorado en unas nuevas elecciones. Cuando el proceso de transformación en una autocracia llega lo suficientemente lejos, este requisito de reelección pierde relevancia. Es lo que ocurrió en el 2024 en Venezuela, cuando el presidente Nicolás Maduro se declaró vencedor en unas elecciones que, al parecer, perdió por un margen de alrededor de treinta puntos porcentuales. Pero, generalmente, los presidentes, primeros ministros y sus partidos regresores lidian en batallas más significativas.

Las fuerzas prodemocráticas deben decidir cómo hacer frente a los regresores. ¿Deberían centrarse en su ataque a la democracia? ¿O en un asunto más convencional, como la mala gestión de la economía por parte del regresor de turno?

Si se ignoran ataques pasados contra la democracia, se corre el riesgo de que parezca que no se les está dando importancia. Sin embargo, una conclusión del análisis en esta sección es que los regresores pueden tener un bajo rendimiento no (sólo) por casualidad sino, simplemente, porque es previsible que sean malos gobernantes. Y, por supuesto, al electorado le importa el rendimiento. En Polonia, el electorado rechazó al Gobierno del

PiS en parte por sus políticas sociales extremas. En Venezuela, la ciudadanía usó las urnas en el 2024 para expresar su ira por la destrucción de su economía, así como por la destrucción de su democracia. Tal vez una lección más profunda sea que ambos aspectos están relacionados. Las fuerzas prodemocráticas pueden hacer campaña poniendo el foco en el asalto de los regresores a la democracia y en su pésimo rendimiento.

## LA RESISTENCIA DESDE EL ELECTORADO

En las campañas electorales y durante el mandato, los líderes regresores construyen el apoyo para su partido mediante la polarización de la población y el fomento del cinismo contra la democracia. Las fuerzas prodemocráticas deberían actuar para contrarrestar ambas tendencias: suavizar la polarización y restaurar la confianza en las instituciones democráticas. Incluso cuando los regresores dejan sus cargos, a su paso queda un público polarizado y cínico. Por lo tanto, los esfuerzos por despolarizar y por reconstruir la confianza deben continuar después de los periodos de erosión democrática.

### *Cómo despolarizar*

Las ciencias sociales han avanzado mucho a la hora de identificar estrategias que despolarizan al electorado. Pero los actores prodemocráticos —candidatos, campañas, activistas, personas voluntarias— tienen que *querer* despolarizar. Tras años de difamaciones, estos actores tal vez no quieran alejarse de un lenguaje potente contra el otro bando. Además, existen algunos argumentos convincentes para adoptar un marco maniqueo según el cual *el otro lado es malvado*. Esta clase de marco, como hemos visto, aviva emociones como el enfado y la indignación moral, y puede llevar al

electorado a las urnas. Sin embargo, el marco del bien contra el mal también tiene sus desventajas y puede favorecer al líder regresor.

Una solución es acogerse al maniqueísmo para describir el liderazgo del partido regresor, y ser menos polarizante y más hospitalario hacia sus simpatizantes en el electorado. De hecho, los líderes que tratan de aumentar su propio poder mediante el odio y la división son, en realidad, moralmente despreciables, de manera que un discurso que suene maniqueo tal vez sea, efectivamente, acertado. Y la precisión es crucial: imitar al regresor y arrojar falsedades sólo minará aún más la confianza de la gente en la democracia.

Pero la ciudadanía que apoya a los regresores merece un mayor respeto. La retórica del líder es la responsable de gran parte de las ideas políticas de sus simpatizantes. Como he señalado en el capítulo 7, incluso aquellas personas que se creen afirmaciones disparatadas tal vez lo hagan por razones lógicas, aunque es verdad que podrían practicar más el arte del pensamiento crítico. Varios estudios académicos que he citado ofrecen retratos empáticos de personas que apoyan a los regresores. Arlie Russell Hochschild viajó a Lake Charles, en el estado de Luisiana, para tratar de averiguar por qué la ciudadanía residente en el «corredor del cáncer» apoya a políticos que se oponen a la protección medioambiental. Lo que ella encontró allí no fue a unas personas fanáticas e ignorantes sino a gente que veía cómo su estilo de vida y, a menudo, su salud se les escurrían entre las manos, pero que no tenían delante ningún modelo positivo de gobierno que pudiera ayudarlos a protegerse de las amenazas medioambientales. Robert Ford y Matthew Goodwin exploraron el sentimiento antiinmigrante en el Reino Unido, y hallaron valores positivos entre los supuestos xenófobos. Describieron a un electorado de avanzada edad y un nivel de estudios bajo, para el que «la identidad nacional se relaciona con la ascendencia y el lugar de origen, no sólo con las instituciones y el vínculo cívico», y para el que «ser británico es mucho más importante [...] que para los liberales con estudios».<sup>26</sup>

Incluso aunque la clase política, los activistas y las personas voluntarias eviten el maniqueísmo, la política nunca estará libre de reclamos

emocionales. Afortunadamente, no todos los que tienen éxito causan división ni incitan al odio o al miedo. He mencionado en el capítulo 7 que el optimismo y el entusiasmo son emociones de aproximación y pueden resultar tan poderosas como el enfado y la indignación moral. Algunos de los políticos de mayor éxito de la historia han destacado por su capacidad para inspirar optimismo y animar a sus electorados. Pensemos en Winston Churchill, Ronald Reagan o Barack Obama. Es cierto que los mundos discursivos que tejieron incluían enemigos. Pero el énfasis estaba en la construcción de alianzas, en la inspiración y en un futuro mejor: luchar en las playas, celebrar una nueva mañana o doblar el arco de la historia hacia la justicia. Una clase política luminosa y radiante puede ganar las elecciones.

Si los actores políticos optan por reducir la polarización, ¿qué estrategias funcionan? Los estudios han identificado una variedad de mensajes e intervenciones que reducen la animadversión de la gente hacia sus oponentes políticos. Estas intervenciones son una prueba de concepto (PoC) de que es posible despolarizar a la gente. Extrapolar esta clase de mensajes a situaciones del mundo real es la tarea que enfrentan las fuerzas prodemocráticas.

En el capítulo 5 he mostrado que la clase política polariza a sus simpatizantes mediante la descripción de diferentes aspectos identitarios que presentan como agrupados en una única dimensión. Tal vez nos veamos a nosotros mismos como una compleja mezcla de personas adultas con o sin descendencia, trabajadoras o directivas, residentes en una u otra región, practicantes de una entre muchas religiones, forofas de un equipo deportivo u otro, y afiliadas a un partido político o a otro. O podrían inducirnos a pensar que gran parte de estas dimensiones se solapan con nuestro partidismo y que, además, nuestro partidismo es lo que realmente importa. Esta visión puede monopolizar nuestra identidad: cuando el partidismo se cierne sobre las mentes de la gente, desplaza otras dimensiones de la diferencia. Las intervenciones que consiguen despolarizar con éxito a la gente desmontan estas dimensiones solapadas. Nos recuerdan que somos más complejos de lo que nos quieren hacer creer las fuerzas polarizantes.<sup>[27](#)</sup>

Esta es la lección que se desprende de un enorme «megaestudio» organizado por investigadores de la Universidad de Stanford. El estudio fue diseñado para permitir comparar la efectividad de veinticinco experimentos diferentes que examinaban el poder de una amplia variedad de mensajes e intervenciones para reducir la polarización partidista (así como para apuntalar el apoyo a la democracia; hablo de esto más adelante).<sup>28</sup> El equipo de investigación analizó experimentalmente estas intervenciones en una muestra que incluía, en total, a más de 32.000 estadounidenses. Muchos de los experimentos implicaban exponer a las personas participantes a vídeos que mostraban situaciones relevantes para la polarización. Al final de cada prueba, se les preguntaba qué sentían hacia los dos principales partidos.<sup>29</sup> Como se les había preguntado por su orientación ideológica antes del experimento, el equipo de investigación pudo evaluar qué grado de exposición a los tratamientos experimentales producía un cambio en las opiniones de los participantes acerca del partido opuesto.

A la hora de reducir la polarización, la intervención más eficaz fue una que nos hace ser conscientes de que la gente no es unidimensional y puede ser sorprendentemente compleja. En el *Vídeo de contacto positivo*, los participantes observaban una serie de interacciones entre parejas de desconocidos. (El vídeo en realidad era un anuncio de cerveza, aunque las personas que aparecían no eran actores y contaban sus experiencias reales.) Cada pareja escuchaba primero unas afirmaciones de su interlocutor que le producían rechazo. Por ejemplo, un hombre declaraba que «el feminismo actual odia a los hombres». La mujer con la que había sido emparejado decía: «Yo me siento feminista al cien por cien». Las parejas también expresaban opiniones contrarias acerca del cambio climático y la identidad transgénero. Después, cada pareja entablaba una serie de conversaciones que revelaban sus complejidades. Un hombre que parecía muy varonil no era un exmilitar, mientras que su interlocutora mujer era exmilitar y transgénero.<sup>30</sup>

Otro experimento que redujo las antipatías partidistas de la gente fue el llamado *Mayoría exhausta común*. En él, los participantes leían un mensaje sobre el hecho de que las noticias de los medios fomentan la polarización,

como método para incrementar su audiencia. Como explica el estudio, «los participantes leyeron que la mayoría de los demócratas y los republicanos forma parte de una mayoría exhausta que rechaza la polarización».<sup>31</sup> Estas dos intervenciones –el *Vídeo de contacto positivo* y el de la *Mayoría exhausta común*– redujeron la antipatía partidista en un grado sustancial: unos diez puntos en una escala de cien.

Por lo tanto, los mensajes eficaces son aquellos que celebran nuestra sorprendente diversidad y también nuestro rechazo a la retórica política partidista que nos divide.

Por muy útiles que sean estos estudios a la hora de orientarnos para desarrollar estrategias eficaces que reduzcan la polarización, no pretenden ser completamente realistas. No alcanzan lo que la investigación llama «validez externa». Por ejemplo, en el mundo real, la ordenación partidista y el hecho de que nos evitemos unos a otros reducen las oportunidades de interactuar de una forma sostenida con gente del partido opuesto.

No obstante, las lecciones del estudio son importantes. Pueden aplicarse en aquellas campañas mediáticas de los organismos públicos cuyos objetivos pasen por reducir la polarización. E incluso aunque con frecuencia estemos rodeados de personas muy afines, no siempre es así, y no deberíamos rehuir la oportunidad de interactuar con quienes no son tan parecidos a nosotros. En palabras de Arlie Russell Hochschild, ver más allá del estereotipo nos ayuda a derrumbar el «muro de empatía»:

Un muro de empatía es un obstáculo que impide comprender a otra persona, que nos hace sentir indiferencia, incluso hostilidad, hacia quienes profesan creencias diferentes a las nuestras o han vivido su infancia en circunstancias distintas. En los periodos de turbulencia política tendemos a aferrarnos a las certezas inmediatas. Metemos con calzador toda la información que vamos recibiendo en una ideología que tenemos ya configurada. [...] Pero es posible conocer a los otros desde dentro sin modificar nuestras convicciones, ver la realidad a través de sus ojos, entender las conexiones que existen entre vida, sentimientos y política. ¿No equivale eso a atravesar el muro de la empatía?<sup>32</sup>

## *Cómo rebatir el lenguaje basura y contrarrestar el nihilismo*

Al prestar casi toda la atención al problema de la polarización, sabemos menos acerca de qué métodos funcionan para contrarrestar el lenguaje basura dirigido contra la democracia.<sup>33</sup> Lo que sí sabemos plantea algunos puntos clave. Los mensajes positivos y honrados pueden ser eficaces. Pueden incluso serlo entre los simpatizantes del partido regresor. No todos los mensajes son igual de persuasivos, y la fuente de la que proceden tiene su importancia. Además, una sola exposición a un mensaje probablemente no logrará un cambio a largo plazo. Quienes se propongan corregir unas opiniones erróneas acerca de las instituciones tendrán que estar dispuestos a repetir pacientemente sus mensajes, una y otra vez.

El primer estudio que analizo demuestra el poder de la información veraz y detallada a la hora de restaurar la confianza en una institución clave: la Administración electoral. Un estudio realizado por Bright Line Watch en junio del 2021 aprovechó la polémica posterior a las elecciones del 2020 en Arizona y las múltiples auditorías electorales que le siguieron. En ese estado, Joe Biden había ganado por un margen muy pequeño, unos diez mil votos, menos de un tercio de punto porcentual. El objetivo del estudio era comprobar si la información acerca de las auditorías oficiales haría que la gente, especialmente el bando republicano, se quedara más conforme con los resultados oficiales de las elecciones.<sup>34</sup>

Un tercio de la muestra de personas adultas estadounidenses fue designado como grupo de control. Este grupo leyó información general sobre el condado de Maricopa: «El condado de Maricopa es un condado grande de Arizona, donde se sitúa la ciudad de Phoenix. En las elecciones del 2020, Joe Biden obtuvo el 49,81 por ciento de los votos en el condado de Maricopa y Trump obtuvo el 47,65 por ciento de los votos». Otro tercio de la muestra recibió la misma información, así como unos datos adicionales sobre dos auditorías oficiales posteriores a las elecciones. El texto decía: «El condado de Maricopa ya ha realizado múltiples auditorías

de las elecciones del 2020», y explicaba que las auditorías comprobaban los equipos usados en las elecciones e incluían un recuento a mano de una muestra representativa de las papeletas. Este texto de tratamiento informaba –verazmente– de que estas comprobaciones indicaban «una veracidad del cien por cien» del recuento de los votos.<sup>35</sup>

La información adicional acerca de las auditorías oficiales infundía seguridad, especialmente al electorado republicano. El porcentaje que respondió que estaba «muy seguro» o «algo seguro» de la precisión de los resultados oficiales ascendió a más del doble, del veintidós por ciento entre el electorado republicano del grupo de control al 48 por ciento en el grupo de tratamiento, que había leído acerca de las auditorías (véase Figura 8.3). A pesar de que el experimento no indica la duración de este aumento de la confianza, ni su susceptibilidad a los inevitables contrataques por parte de los negacionistas electorales, el poderoso efecto de un informe breve y veraz sobre la confianza del electorado republicano fue excepcional.

Un segundo estudio revela, igualmente, que incluso los simpatizantes de un líder que erosiona la democracia pueden modificar su opinión por medio de pruebas que rebatan los mensajes de sus líderes que transmiten desprecio hacia la democracia.

El estudio fue realizado por Brett Bessen, del Tecnológico de Monterrey, en México, junto con el Chicago Center on Democracy (Andrés Uribe y yo), a finales del 2022.<sup>36</sup> El estudio se centraba en los mensajes despectivos del entonces presidente de México, López Obrador, contra el INE (que «opera contra la gente» y está vinculado con «la corrupción», «el privilegio» y el «narco-Estado» ).<sup>37</sup> Una parte de las personas encuestadas leyó a continuación un enunciado que rebatía las afirmaciones del presidente: «El INE ha obtenido el reconocimiento internacional por garantizar unas elecciones limpias en México».

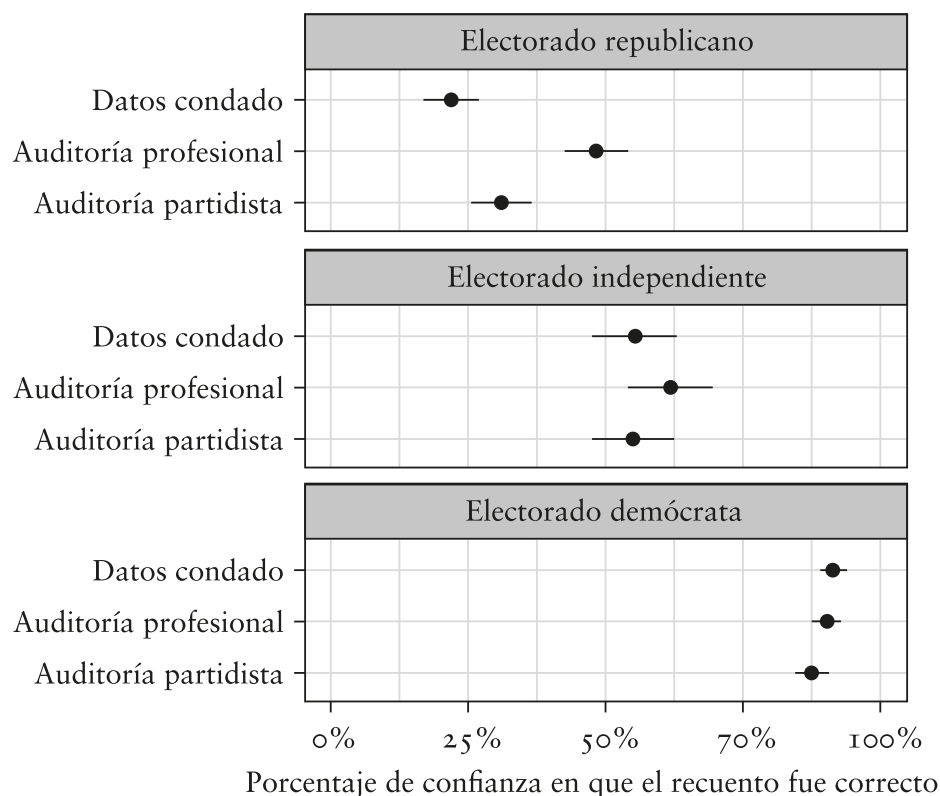
Al final, preguntamos a todos los participantes acerca de su nivel de confianza hacia el INE. Los ataques verbales de López Obrador reducían la confianza en las instituciones, pero su refutación restauraba esta confianza, también entre las personas partidarias del presidente.<sup>38</sup> La refutación

internacional incrementó la confianza tanto de los partidarios como de los detractores del partido en el Gobierno (Morena). No incrementó de manera significativa la confianza de los simpatizantes del partido de la oposición, pero estos participantes ya tenían un alto grado de confianza en la institución.<sup>39</sup>

En conjunto, los estudios de refutación en Arizona y en México muestran que las creencias pueden cambiar. Estos estudios revelan el extraordinario poder de la información veraz a la hora de restaurar la confianza democrática *entre los simpatizantes y partidarios de los líderes autócratas*. Son buenas noticias.

El mundo real, por supuesto, presenta un desafío mayor. En nuestros estudios, las personas partidarias del regresor eran un público cautivo. En las sociedades polarizadas, los actores prodemocráticos tienen que esforzarse mucho ya sólo para que sus mensajes lleguen a los oídos y los ojos de esta sección del electorado. Pero cuando la información correcta y las refutaciones logran llegar, estos estudios demuestran que los mensajes pueden ser eficaces. Sin embargo, no es una tarea fácil. Es más, en el mundo real, incluso si el mensaje llega a oídos de esos votantes, los simpatizantes de los regresores estarán, también, expuestos a un relato contrario manipulador y falso. La ciudadanía estadounidense seguirá expuesta a afirmaciones acerca de unas elecciones «robadas». La ciudadanía mexicana seguirá expuesta a continuas diatribas dirigidas incluso contra sus instituciones más eficaces. Corregir estos mensajes no hará desaparecer para siempre el velo que cubre los ojos del electorado: también hay que repetir las refutaciones.

*Figura 8.3. Impacto de la información sobre las auditorías en el condado de Maricopa, Arizona, sobre la confianza en las elecciones de Estados Unidos*



*Nota:* Datos procedentes de la encuesta Bright Line Watch, junio del 2021. Las cifras indican los porcentajes de personas encuestadas, por ideología y estatus de tratamiento, que respondieron que estaban «muy seguros» o «algo seguros» de que el recuento de votos era correcto en el condado de Maricopa. Muestra nacional de personas adultas estadounidenses. Los promedios del grupo se muestran con intervalos de confianza del 95 por ciento.

Dicho esto, nuestros estudios demuestran que la idea de que quienes apoyan a los regresores son inmunes a la información veraz es demasiado pesimista. No es quijotesco crear mensajes de apoyo a las instituciones, como las Administraciones electorales, y dirigirlos al público. Hacerlo podría restaurar la confianza en que la democracia puede funcionar.

He comenzado este libro con algunos ejemplos de cómo se deterioran los derechos de la ciudadanía cuando la democracia se debilita. El megaestudio de la Universidad de Stanford analizado anteriormente revela que, ante la evidencia de ese debilitamiento, el apoyo de la gente a la democracia aumenta.

En la intervención *Amenaza de colapso democrático*, las personas participantes vieron un vídeo que comenzaba sin sonido y con unas palabras que aparecían sobre un fondo blanco.<sup>40</sup> El texto planteaba una pregunta: «¿Qué aspecto tiene el fracaso de la democracia?». A continuación, se describen unos acontecimientos que tienen lugar en las elecciones en Zimbabwe, y después se muestra una escena caótica del brutal ataque de las fuerzas gubernamentales contra un grupo de manifestantes zimbabuenses. A esta escena le siguen varios escenarios similares, primero en Rusia, después en Venezuela y Turquía: en cada caso, se ofrece información del contexto y, a continuación, un vídeo en el que la ciudadanía es atacada por la policía y las fuerzas de seguridad.

El último segmento se centra en Estados Unidos. En la pantalla aparece este mensaje: «¿Podría ocurrir aquí?». Aparecen varios titulares de periódicos que anuncian que la democracia podría caer en Estados Unidos, seguidos de las escenas del asalto del 6 de enero del 2021 al Capitolio.

Lo excepcional de este experimento no es sólo que aumentara el apoyo a la democracia, sino que lo hizo con un método completamente ajeno al tipo de represión de las protestas que se muestra en los vídeos. Por ejemplo, comparado con el grupo de control, el grupo que vio el vídeo era más favorable a un registro automático del electorado y tenía menos probabilidades de negar la validez de los resultados de las elecciones presidenciales del 2020. Por otro lado, el vídeo generaba un contrataque: aumentaba el apoyo al uso de la violencia. Según los autores del estudio, el contrataque provenía del electorado republicano conservador, probablemente como una respuesta a la insinuación de que el asalto del 6 de enero fue antidemocrático. Tal y como señalaron los autores, el estudio se realizó en un periodo en que gran parte del electorado republicano consideraba los hechos ocurridos el 6 de enero como «una protesta legítima».<sup>41</sup> Por lo tanto, las personas participantes que vieron el vídeo expresaron opiniones más favorables al responder a preguntas como: «¿Hasta qué punto estás de acuerdo en que el uso de la violencia [por parte de republicanos/demócratas] está justificado si el Partido

[Demócrata/Republicano] gana más votaciones en las siguientes elecciones?».

No obstante, el resultado general positivo de la intervención nos hace más conscientes del poder de advertir cómo es vivir el colapso de un sistema democrático o bajo una autocracia.

Otra manera, por lo tanto, de construir la resistencia a la erosión es responder a la pregunta «¿por qué apoyar la democracia?» en clave de comparación. Recordemos al político argentino que cité al inicio de este libro. Él declaró que, con la democracia, no sólo votamos, sino que también comemos, nos curamos y nos educamos. No se equivocaba. La democracia por lo menos nos ofrece mayores posibilidades que la autocracia de alcanzar esos objetivos. La vida bajo una democracia no siempre es buena; ni siquiera es siempre mejor que la vida bajo un sistema autoritario. Pero a la gente que desea evitar el horror de las detenciones y los encarcelamientos arbitrarios, la ausencia del *habeas corpus*, los graves ataques a la libertad de expresión y unas elecciones que no conducen a elegir a los líderes le irá mejor bajo una democracia.

Aparte de lanzar mensajes, obviamente, el mayor antídoto contra el cinismo democrático es lograr que la democracia funcione mejor. La experiencia de la regresión ha llevado a un aluvión frenético de propuestas para reformar la democracia. En Estados Unidos, estas propuestas incluyen reformas dirigidas a aumentar la participación (por ejemplo, el voto obligatorio), mejorar la representatividad y ofrecer al electorado una variedad más amplia de opciones (por ejemplo, un sistema multipartidista para los distritos congresuales y un sistema de voto preferencial), y evitar el veto a las minorías (por ejemplo, eliminando el Colegio Electoral y el filibusterismo del Senado).<sup>42</sup>

\* \* \*

Numerosas personas y organizaciones actúan con valentía para oponer resistencia a la erosión democrática. Además de los casos de resistencia que he analizado hasta ahora, la ciudadanía de muchos países de todo el mundo

ha mostrado una asombrosa creatividad en sus intentos de reforzar la gobernabilidad democrática.

Para terminar con un ejemplo, en el 2016 un joven profesor auxiliar de Ciencias Políticas en la Universidad de Brown miró a su alrededor y se dio cuenta de que el alumnado de su universidad tenía pocas oportunidades de estudiar la democracia: cómo funciona, cuándo deja de funcionar, qué amenazas se ciernen sobre ella. Casi una década después, el consorcio surgido a partir de los esfuerzos del profesor Rob Blair coordina cursos en decenas de universidades, desde (en orden alfabético) Albany State hasta Yale. Otras versiones adaptadas se enseñan también en Irlanda, Filipinas, Rumanía, Turquía, Tailandia y el Reino Unido. Su curso se ha impartido en la Academia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos y en una cárcel de Washington D. C.<sup>43</sup> No es una loa a la democracia: explora el sistema en toda su complejidad y con todos sus puntos débiles. El alumnado de Blair, como sus conciudadanos y conciudadanas, está aprendiendo unas lecciones duras e importantes. Todos estamos aprendiendo cómo proteger la democracia al tiempo que la construimos para convertirla en un sistema por el que merezca la pena luchar.

Cuando los golpes de Estado militares destruyen la democracia, inmediatamente se cierra todo resquicio para la resistencia. Cuando unos presidentes y primeros ministros que quieren ampliar su poder debilitan la democracia, queda una apertura para la resistencia y la restauración, al menos durante un tiempo. Está en manos de todo aquel que valore la democracia –y que tema la autocracia– el llenar ese espacio con valentía y creatividad.

## Referencias bibliográficas

- ACEMOGLU, Daron y ROBINSON, James A. (2006): *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*, Nueva York, Cambridge University Press.
- ACEMOGLU, Daron, NAIDU, Suresh, RESTREPO, Pascual y ROBINSON James A. (2015), «Democracy, Redistribution, and Inequality», en *Handbook of Income Inequality*, Oxford University Press, pp. 1.186-1.966.
- (2019), «Democracy does cause growth», *Journal of Political Economy*, 127(1), pp. 47-100, The University of Chicago Press.
- ACHTENBERG, Emily (2015): «What's behind the Bolivian government's attack on NGOs?», NACLA Report on the Americas, 3 de septiembre del 2015. <https://nacla.org/blog/2015/09/03/what%27s-behind-bolivian-government%27s-attack-ngos>.
- ADEMA, Willem (2000): «Revisiting real social spending across countries: A brief note», *OECD Economic Studies*, pp. 191-197.
- AGENCE FRANCE-PRESSE (2016), «Philippine president-elect says 'corrupt' journalists will be killed», *The Guardian*, 31 de mayo.
- AGUILAR-RIVERA, José Antonio (2022): «Dinámicas de la autocratización: México 2021», *Revista de Ciencia Política*, 42(2), pp. 355-382.
- ALBERTUS, Michael y GROSSMAN, Guy (2021): «The Americas: When do voters support power grabs?», *Journal of Democracy*, 32(2), pp. 116-131, Johns Hopkins University Press.
- ALESINA, Alberto, y ANGELETOS, George-Marios (2005): «Fairness and redistribution», *American Economic Review*, 95(4), pp. 960-980.
- AMERICAN ACADEMY OF ARTS AND SCIENCES (2020): *Our Common Purpose: Reinventing American Democracy for the 21<sup>st</sup> Century*, Cambridge, MA, American Academy of Arts and Sciences. [Disponible en español en: [https://www.amacad.org/sites/default/files/publication/resources/Spanish\\_2020-Democratic-Citizenship\\_Final-Report\\_2.pdf](https://www.amacad.org/sites/default/files/publication/resources/Spanish_2020-Democratic-Citizenship_Final-Report_2.pdf)]

- ANSELL, Ben W. y SAMUELS, David J. (2014): *Inequality and Democratization: An Elite-competition Approach*, Cambridge University Press.
- ARCENEUX, Kevin y TRUEX, Rory (2023): «Donald Trump and the lie», *Perspectives on Politics*, 21(3), pp. 863-879.
- AREAL, João (2022): «‘Them’ without ‘us’: Negative identities and affective polarization in Brazil», *Political Research Exchange*, 4(1), 10.1080/2474736X.2022.2117635.
- ARNESEN, Sveinung, BRODERSTAD, Troy S., JOHANNESSEN, Mikael P. y LINDE, Jonas (2019): «Conditional legitimacy: How turnout, majority size, and outcome affect perceptions of legitimacy in European Union membership referendums», *European Union Politics*, 20(2), pp. 176-197.
- AXELROD, Tal (2023): «Trump lashes out at judge who warned him about ‘inflammatory’ remarks, and more campaign trail takeaways», *ABC News*, 14 de agosto.
- AYLOTT, Nicholas y BOLIN, Niklas (2019): «A party system in flux: The Swedish parliamentary election of September 2018», *West European Politics*, 42(7), pp. 1.504-1.515.
- BANERJEE, Abhijit y DUFLO, Esther (2021): «India’s problem is now the world’s problem», *The New York Times*, 6 de mayo.
- BARTELS, Larry M. (2008): *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age*, Princeton University Press (1ª ed.).
- (2023): *Democracy Erodes from the Top: Leaders, Citizens, and the Challenge of Populism in Europe*, Princeton University Press.
- BATISTA PEREIRA, Frederico, BUENO, Natália S., NUNES, Felipe y PAVÃO, Nara (2022): «Fake News, Fact Checking, and Partisanship: The Resilience of Rumors in the 2018 Brazilian Elections», *The Journal of Politics*, 84(4), pp. 2.188-2.201.
- BAUER, Michael W., PETERS, B. Guy, PIERRE, Jon, YESILKAGIT, Kutsal y BECKER, Stefan (2021): *Democratic Backsliding and Public Administration: How Populists in Government Transform State Bureaucracies*, Cambridge University Press.
- BAUER, Michael W., LOTTA, Gabriela y SCHMIDT, Flávia de Holanda (2024): «Bureaucratic militarization as a mode of democratic backsliding: Lessons from Brazil», *Democratization*, 0(0), pp. 1-19. <https://doi.org/10.1080/13510347.2024.2382355>.
- BBC NEWS (2020): «Heavily-armed police and soldiers enter El Salvador parliament», BBC News, 10 de febrero.
- BERMEO, Nancy (2009): «Does electoral democracy boost economic equality?», *Journal of Democracy*, 20(4), pp. 21-35.
- (2016), «On democratic backsliding», *Journal of Democracy*, 27(1), pp. 5-19.

- BESSEN, Brett, STOKES, Susan y URIBE, Andrés (2024): «Can rebuttals restore confidence in eroding democracies?». Artículo presentado en el congreso anual de la American Political Science Association, Filadelfia, Pensilvania, 5-8 de septiembre del 2024.
- BHARTI, Nitin Kumar, CHANCEL, Lucas, PIKETTY, Thomas y SOMANCHI, Anmol (2024): *Income and Wealth Inequality in India, 1922-2023: The Rise of the Billionaire Raj*, World Inequality Lab, Working Paper n. 9.
- BHATTACHARYA, Deya (2018): «FCRA licences of 20,000 NGOs cancelled: Act being used as weapon to silence organisations», *Firstpost*, Sección: India.
- BLAIR, Robert A., GOTTLIEB, Jessica, NYHAN, Brendan, PALER, Laura, ARGOTE, Pablo y STAINFIELD, Charlene J. (2023): «Interventions to counter misinformation: Lessons from the Global North and applications to the Global South», *Current Opinion in Psychology*, 55(101732), pp. 1-10.
- BLOOMBERG - MORNING CONSULT (2025): «Swing States Tracking Poll 2403038».
- BOIX, Carles (2003): *Democracy and Redistribution*, Cambridge University Press.
- BOXELL, Levi, GENTZKOW, Matthew y SHAPIRO Jesse M. (2017): «Greater Internet use is not associated with faster growth in political polarization among US demographic groups», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 114(40), pp. 10.612-10.617, National Academy of Sciences.
- BRADER, Ted y MARCUS, George E. (2013): «Emotion and Political Psychology», en *The Oxford Handbook of Political Psychology*, eds. Leonie Huddy, David O. Sears y Jack S. Levy, Oxford University Press (2ª ed.), pp. 165-204.
- BRADY, David W., FEREJOHN, John A. y PARKER, Brett (2022): «Cognitive political economy: A growing partisan divide in economic perceptions», *American Politics Research*, 50(1), pp. 3-16.
- BRADY, Henry E. y KENT, Thomas B. (2022): «Fifty years of declining confidence & increasing polarization in trust in American institutions», *Daedalus*, 151(4), pp. 43-66.
- BREWER, Stephanie (2023): «Beyond plan B: Democracy and checks and balances in Mexico», *Washington Office on Latin America*, 6 de marzo.
- BRIGHT LINE WATCH (2018): «Erosion, Polarization, and Norm Violation», informe de agosto de 2018.
- (2021a): «American democracy at the start of the Biden presidency», informe de febrero de 2021.
- (2021b): «Still miles apart: Americans and the state of U.S. democracy half a year into the Biden presidency», informe de junio de 2021.
- (2021c): «Tempered expectations and hardened divisions a year into the Biden presidency», informe de noviembre de 2021.

- (2023): «Uncharted territory: The aftermath of presidential indictments», informe de junio-julio de 2023.
  - (2024a): «Courts, campaigns, and confidence in American democracy», informe de junio de 2024.
  - (2024b): «America looks ahead to a second Trump term», informe de diciembre de 2024.
- BROOCKMAN, David E., KALLA, Joshua L. y WESTWOOD, Sean J. (2022): «Does affective polarization undermine democratic norms or accountability? Maybe not», *American Journal of Political Science*, 67(3), pp. 808-828.
- CALVO, Ernesto y MURILLO, María Victoria (2012): «When parties meet voters: Assessing political linkages through partisan networks and distributive expectations in Argentina and Chile», *Comparative Political Studies*, 46(7), pp. 851-882. [Disponible en español: Calvo, E., y Murillo, M. V. (2013): «Cuando los partidos políticos se encuentran con sus votantes: un análisis de los vínculos políticos a través de las redes partidarias y las expectativas distributivas en Argentina y Chile», *América Latina Hoy*, 65, pp. 15-44. <https://doi.org/10.14201/alh2013651544>.]
- CAMERON, David (2019): *For the Record*, Harper Collins.
- CARNES, Nicholas y LUPU, Noam (2021): «The White working class and the 2016 election», *Perspectives on Politics*, 19(1), pp. 55-72.
- (2023), «The economic backgrounds of politicians», *Annual Review of Political Science*, 26, pp. 253-270.
- CARRIGAN, William D. y WEBB, Clive (2003): «The lynching of persons of Mexican origin or descent in the United States, 1848 to 1928», *Journal of Social History*, 37(2), pp. 411-438.
- CASTORENA, Oscar y ZECHMEISTER, Elizabeth J. (2017): «Representing the national economic agenda in Latin America: Variation by fat and lean times and party brands», *Electoral Studies*, 45, pp. 208-218.
- CASTRO CORNEJO, Rodrigo (2023): «The AMLO voter: Affective polarization and the rise of the left in Mexico», *Journal of Politics in Latin America*, 15(1), pp. 96-112.
- CELLA, Lautaro (2023), «Generalized government underperformance and the emergence of anti-establishment attitudes and protest behavior», texto mecanografiado sin publicar, University of Chicago.
- CELLA, Lautaro, ÇINAR, İpek, STOKES, Susan y URIBE, Andrés (2025): «Building tolerance for backsliding by trash-talking democracy: Theory and evidence from Mexico», *Comparative Political Studies*, 0(0), <https://doi.org/10.1177/00104140251328024>.

- CEPALUNI, Gabriel, DORSCH, Michael y DZEBO, Semir (2021): «Populism, Political Regimes, and COVID-19 Deaths», disponible en: [https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract\\_id=3816398](https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3816398).
- CHEIBUB, José Antonio, JEAN HONG, Ji Yeon y PRZEWORSKI, Adam (2020): «Rights and deaths: Government reactions to the pandemic», disponible en: [https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract\\_id=3645410](https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3645410).
- CHIOPRIS, Caterina, NALEPA, Monika y VANBERG, Georg (2025): «A wolf in sheep's clothing: Citizen uncertainty and democratic backsliding», *Journal of Politics*, 87(4), pp. 1.272-1.287. <https://doi.org/10.1086/734253>.
- ÇINAR, Ipek (2024): «Rhetorical chess: Understanding the playbook of democratic backsliders», tesis doctoral sin publicar, Universidad de Chicago.
- ÇINAR, Ipek, STOKES, Susan y URIBE, Andrés (2020): «Presidential rhetoric and populism», *Presidential Studies Quarterly*, 50(2), pp. 240-263.
- CLAYTON, Katherine, DAVIS, Nicholas T., NYHAN, Brendan, PORTER, Ethan, RYAN, Timothy J. y WOOD Thomas J. (2021): «Elite rhetoric can undermine democratic norms», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 118(23), e2024125118.
- CLEARY, Matthew R. y ÖZTÜRK, Aykut (2022): «When does backsliding lead to breakdown? Uncertainty and opposition strategies in democracies at risk», *Perspectives on Politics*, 20(1), pp. 205-221.
- CNN (2023): «CNN Poll on Biden, economy and elections», Document Cloud. <https://www.documentcloud.org/documents/23895856-cnnpoll-on-biden-economy-and-elections/?mode=document>
- CNN POLITICS (2023): «Trump and GOP attempt to reverse course on mail-in voting ahead of 2024», por Fredreka Schouten y Kristen Holmes, 15 de marzo.
- Co-EQUAL (2024): «Trump administration oversight precedents».
- COMISIÓN ELECTORAL DEL REINO UNIDO (2023): «Young people least likely to be aware of voter ID requirement», 18 de abril.
- COMMITTEE TO PROTECT JOURNALISTS (2022a): «Dom Phillips killed June 5, 2022».
- (2022b): «Radio journalist Percival Mabasa shot and killed in the Philippines».
- COPPEDGE, Michael (1994): *Strong Parties and Lame Ducks: Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*, Stanford University Press.
- CORASANITI, Nick (2021): «Voting rights and the battle over elections: What to know», *The New York Times*, 20 de diciembre.
- CORRALES, Javier (2018): *Fixing Democracy: Why Constitutional Change Often Fails to Enhance Democracy in Latin America*, Oxford University Press.

- CREMASCHI, Simone, RETTL, Paula, CAPPELLUTI, Marco y EUNICE DE VRIES, Catherine (2023): «Geographies of discontent: Public service deprivation and the rise of the far right in Italy», *Harvard Business School Working Paper*, 24-024.
- DADA, Carlos (2023): «La dictadura milenial de Nayib Bukele», en Diego Salazar (coord.), *Populismos: Una ola autoritaria amenaza Hispanoamérica*, Barcelona, Ariel.
- DAFOE, Allan, ONEAL, John R. y RUSSETT, Bruce (2013): «The democratic peace: Weighing the evidence and cautious inference», *International Studies Quarterly*, 57(1), pp. 201-214.
- DAHL, Robert A. (1998), *On Democracy*, Yale University Press. [Disponible en español: *La democracia*, trad. Fernando Vallespín, Barcelona, Ariel, 2022.]
- DALTON, Russell J. y BERNING, Carl C. (2022): «Ideological polarization and far-right parties in Europe», en: *Rechtspopulismus in Deutschland*, ed. Heinz Ulrich Brinkmann y Karl-Heinz Reuband, Wiesbaden, Springer Fachmedien Wiesbaden, pp. 13-35.
- DAVENPORT, Christian (2007): «State repression and political order», *Annual Review of Political Science*, 10, pp. 1-23.
- DAVIS, Lewis y DEOLE, Sumit S. (2017): «Immigration and the rise of far-right parties in Europe», *ifo DICE Report*, 15(4), pp. 10-15, ifo Institute, Universidad de Múnich.
- DE VRIES, Catherine E. y HOBOLT, Sara B. (2020): *Political Entrepreneurs: The Rise of Challenger Parties in Europe*, Princeton University Press.
- DEMKER, Marie y ODMALM, Pontus (2022): «From governmental success to governmental breakdown: How a new dimension of conflict tore apart the politics of migration of the Swedish centre-right», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 48(2), pp. 425-440.
- DEMOCRATIC EROSION: A cross-university collaboration (2023), «Democratic Erosion Event Dataset Codebook v6».
- DITTO, Peter H., LIU, Brittany S., CLARK, Cory J., WOJCIK Sean P., CHEN, Eric E., GRADY, Rebecca H., CELNIKER, Jared B. y ZINGER, Joanne F. (2019): «At least bias is bipartisan: A meta-analytic comparison of partisan bias in liberals and conservatives», *Perspectives on Psychological Science*, 14(2), pp. 273-291.
- DRUCKMAN, James N. (2024): «How to study democratic backsliding», *Political Psychology*, 45(S1), pp. 3-42.
- DRUCKMAN, James N., PETERSON, Erik y SLOTHUUS, Rune (2013): «How elite partisan polarization affects public opinion formation», *American Political Science Review*, 107(1), pp. 57-79.
- DRUCKMAN, James N. y LEVY, Jeremy (2022): «Affective polarization in the American public», en *Handbook on Politics and Public Opinion*, Edward Elgar Publishing, pp. 257-270.

- DRUCKMAN, James N., KLAR, Samara, KRUPNIKOV, Yanna, LEVENDUSKY, Matthew y RYAN, John Barry (2024): *Partisan Hostility and American Democracy*, University of Chicago Press.
- DUCHIADE, André (2023): «‘We left El Salvador so we could continue in El Salvador’: How *El Faro* decided to move its management to Costa Rica», *LatAm Journalism Review*, The Knight Center, 8 de mayo.
- ECKER, Ullrich K. H., LEWANDOWSKY, Stephan, COOK, John, SCHMID, Philipp, FAZIO, Lisa K., BRASHIER Nadia, KENDEOU, Panayiota, VRAGA, Emily K. y AMAZEEN, Michelle A. (2022): «The psychological drivers of misinformation belief and its resistance to correction», *Nature Reviews Psychology*, 1(1), pp. 13-29.
- EGER, Maureen A. (2010): «Even in Sweden: The effect of immigration on support for welfare state spending», *European Sociological Review*, 26(2), pp. 203-217.
- ELIGON, John y CHUTEL, Lynsey (2021): «South African court orders arrest of ex-president Jacob Zuma for contempt», *The New York Times*, 29 de junio.
- EVANS, Geoffrey y TILLEY, James (2017): *The New Politics of Class: The Political Exclusion of the British Working Class*, Oxford University Press.
- EVENS, Marie, VERBURGH, An y ELEN, Jan (2013): «Critical thinking in college freshmen: The impact of secondary and higher education», *International Journal of Higher Education*, 2(3), pp. 139-151.
- FISHKIN, Joseph y POZEN, David E. (2018): «Asymmetric constitutional hardball», *Columbia Law Review*, 118(3), pp. 915-982.
- FOA, Roberto Stefan y MOUNK, Yascha (2016): «The danger of deconsolidation: The democratic disconnect», *Journal of Democracy*, 27(3), pp. 5-17.
- FOER, Franklin (2019): «Viktor Orbán’s war on intellect», *The Atlantic*, junio.
- FORD, Robert y GOODWIN, Matthew (2017): «Britain after Brexit: A nation divided», *Journal of Democracy*, 28(1), pp. 17-30.
- FREEDOM House (2017): «Freedom in the world 2017: Botswana».
- (2020): «Serbia: Freedom in the world 2020 country report», Washington, D. C.
- (2023): «Nicaragua: Freedom in the world 2023 country report», Washington, D. C.
- GABRIEL, Trip (2023): «Trump escalates anti-immigrant rhetoric with ‘poisoning the blood’ comment», *The New York Times*, 5 de octubre.
- GALLUP (2018): «In the news: Approval of South Africa’s Zuma at all-time low», por Jay Loschky y Julie Ray, 9 de febrero, Washington, D. C.
- GAMBOA, Laura (2022): *Resisting Backsliding: Opposition Strategies against the Erosion of Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.

- GAMBOA, Suzanne (2015): «Donald Trump announces presidential bid by trashing Mexico, Mexicans», *NBC News*, 16 de junio.
- GARCÍA HOLGADO, Benjamín y MAINWARING, Scott (2023): «Why democracy survives presidential encroachments: Argentina since 1983», *Comparative Politics*, 55(4), pp. 525-548.
- GARCIA, Raphael Tsavkko (2020), «Bolsonaro's social media war with the press keeps bleeding into the real world», *Slate*, 6 de julio.
- GARRAMONE, Gina M. (1984): «Voter responses to negative political ads», *Journalism Quarterly*, 61(2), pp. 250-259, SAGE Publications.
- GAYLE, Damien (2024): «Five Just Stop Oil activists receive record sentences for planning to block M25», *The Guardian*, 18 de julio.
- GIDRON, Noam, ADAMS, James y HORNE, Will (2020): *American Affective Polarization in Comparative Perspective*, Nueva York, Cambridge University Press.
- GIDRON, Noam, MARGALIT, Yotam, SHEFFER, Lior e YAKIR, Itamar (2024): «Who supports democratic backsliding? Evidence from Israel», *American Journal of Political Science*, pendiente de publicación. [Publicado en el 2025 bajo el título: «Why masses support democratic backsliding», *American Journal of Political Science*, 1-18, <https://doi.org/10.1111/ajps.12958>.]
- GINGRICH, Jane y HÄUSERMANN, Silja (2015): «The decline of the working class vote, the reconfiguration of the welfare support coalition and consequences for the welfare state», *Journal of European Social Policy*, 25(1), pp. 50-75.
- GINSBURG, Tom y HUQ, Aziz Z. (2020): *How to Save a Constitutional Democracy*, Chicago, IL, University of Chicago Press. [Disponible en español: *Cómo salvar una democracia constitucional*, trad. Galimberty R. Ponce Flores, Lima, Zela Grupo Editorial, 2024.]
- GUZELOV, Borjan y IVANOVSKA HADJEVSKA Milka (2020): «Institutional and symbolic aspects of illiberal politics: The case of North Macedonia (2006-2017)», *Southeast European and Black Sea Studies*, Routledge.
- GRAHAM, Matthew H. y SVOLIK, Milan W. (2020): «Democracy in America? Partisanship, polarization, and the robustness of support for democracy in the United States», *American Political Science Review*, 114(2), pp. 392-409.
- GRAHAM, Matthew H. y YAIR, Omer (2023): «Expressive responding and belief in 2020 election fraud», *Political Behavior*, 46, pp. 1349-1374.
- GREEN, Donald P., PALMQUIST, Bradley y SCHICKLER, Eric (2002): *Partisan Hearts and Minds: Political Parties and the Social Identities of Voters*, Yale University Press.

- GRZYMALA-BUSSE, Anna (2019): «Religious nationalism and religious influence», *Oxford Research Encyclopedia of Politics* (consultado el 15 de diciembre del 2024).
- GU, Yanfeng y WANG, Zhongyuan (2022): «Income inequality and global political polarization: The economic origin of political polarization in the world», *Journal of Chinese Political Science*, 27(2), pp. 375-398.
- GUERRA CASTILLO, Marcela (2024): «INICIATIVA, Extinción de OCAs (reforma administrativa)», 6 de marzo. [Disponible en: <https://www.energiaestrategica.com/wp-content/uploads/2024/02/INICIATIVA-Extincion-de-OCAs-reforma-administrativa.pdf>]
- HACKER, Jacob S. y PIERSON, Paul (2010): *Winner-Take-All Politics: How Washington Made the Rich Richer—and Turned Its Back on the Middle Class*, Simon and Schuster.
- HAGGARD, Stephan y KAUFMAN, Robert (2021): *Backsliding: Democratic Regress in the Contemporary World*, Cambridge University Press.
- HALE, Charles R. (1994): *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987*, Stanford University Press.
- HALE, Thomas, ANGRIST, Noam, GOLDSZMIDT, Rafael, KIRA, Beatriz, PETHERICK Anna, PHILLIPS, Toby, WEBSTER, Samuel, CAMERON-BLAKE, Emily, HALLAS, Laura, MAJUMDAR, Saptarshi y TATLOW, Helen (2021): «A global panel database of pandemic policies (Oxford COVID-19 Government Response Tracker)», *Nature Human Behavior*, 5, pp. 529-538, <https://doi.org/10.1038/s41562-021-01079-8>.
- HALL, Matthew E. K. y DRUCKMAN, James N. (2023): «Norm-violating rhetoric undermines support for participatory inclusiveness and political equality among Trump supporters», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 120(40), e2311005120.
- HASELMAYER, Martin (2019): «Negative campaigning and its consequences: A review and a look ahead», *French Politics*, 17(3), pp. 355-372.
- HAWKINS, Kirk A., CARLIN, Ryan E., LITVAY, Levente y ROVIRA KALTWASSER, Cristóbal (2019): *The Ideational Approach to Populism: Concept, Theory, and Analysis*, Nueva York, Routledge.
- HELMKE, Gretchen, KROEGER, Mary y PAINE, Jack (2022): «Democracy by deterrence: Norms, constitutions, and electoral tilting», *American Journal of Political Science*, 66(2), pp. 434-450.
- HIGGINS, Andrew (2023): «Poland's ruling party casts doubt on election that cost it power», *The New York Times*, 21 de octubre.
- HOCHSCHILD, Arlie Russell (2016): *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, The New Press. [Disponible en español: *Extraños en su propia tierra*, trad. Amelia Pérez de Villar, Madrid, Capitán Swing, 2018.]

- HOPKINS, Daniel J. (2010): «Politicized places: Explaining where and when immigrants provoke local opposition», *American Political Science Review*, 104(1), pp. 40-60.
- HUBER, Gregory A. y MALHOTRA, Neil (2017): «Political homophily in social relationships: Evidence from online dating behavior», *The Journal of Politics*, 79(1), pp. 269-283.
- HUDDY, Leonie, MASON, Lilliana y AARØE, Lene (2015): «Expressive partisanship: Campaign involvement, political emotion, and partisan identity», *American Political Science Review*, 109(01), pp. 1-17.
- HUMAN RIGHTS WATCH (2022a): «Brazil: Indigenous rights under serious threat», 9 de agosto.
- (2022b): «Mexico: Address persistent violence against journalists», 3 de mayo.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1991): «Democracy's third wave», *Journal of Democracy*, 2(2), pp. 12-34.
- INGLEHART, Ronald (1977): *The Silent Revolution*, Princeton University Press.
- INSTITUTE FOR POLICY INTEGRITY (2022): «Roundup: Trump-era agency policy in the courts».
- IYENGAR, Shanto, SOOD Gaurav y LELKES, Yphtach (2012): «Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization», *Public Opinion Quarterly*, 76(3), pp. 405-431.
- JACOBSON, Gary C. (2021): «Donald Trump's big lie and the future of the Republican Party», *Presidential Studies Quarterly*, 51(2), pp. 273-289.
- JAFFRELOT, Christophe (2019), «Class and caste in the 2019 Indian election—Why have so many poor started voting for Modi?», *Studies in Indian Politics*, 7(2), pp. 149-160.
- JOLLY, Seth, BAKKER, Ryan, HOOGHE, Liesbet, MARKS, Gary, POLK, Jonathan, ROVNY, Jan, STEENBERGEN, Marco y VACHUDOVA, Milada Anna (2022): «Chapel Hill Expert Survey trend file, 1999-2019», *Electoral Studies*, 75, 102420.
- JOUBERT, Pearlie y BASSON, Adriaan (2015): «The spy who saved Zuma», *Mail and Guardian*, 9 de abril.
- KAHAN, Dan M. (2015): «Climate-science communication and the measurement problem», *Political Psychology*, 36(S1), pp. 1-43.
- KESSLER, Glenn (2019): «About the fact checker», *The Washington Post*.
- KING, Desmond y LE GALÈS, Patrick (2017), «The three constituencies of the state: Why the state has lost unifying energy», *The British Journal of Sociology*, 68(S1), pp. S11-S33.
- KIRSHNER, Alexander S. (2014): *A Theory of Militant Democracy: The Ethics of Combatting Political Extremism*, Yale University Press.
- KITSCHOLT, Herbert (1993): «Social movements, political parties, and democratic theory», *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 528(1), pp. 13-

29, SAGE Publications Inc.

- (1994): *The Transformation of European Social Democracy*, Cambridge University Press.
- KLEIN, Ezra (2020): *Why We're Polarized*, Avid Reader Press. [Disponible en español: *Por qué estamos polarizados*, trad. Antonio M. Jaime, Madrid, Capitán Swing, 2021.]
- KOTWAS, Marta y KUBIK, Jan (2022): «Beyond 'Making Poland Great Again.' Nostalgia in polish populist and non-populist discourses», *Sociological Forum*, 37(S1), pp. 1.360-1.386.
- KOVÁCS, Kriszta y LANE SCHEPPELE, Kim (2018), «The fragility of an independent judiciary: Lessons from Hungary and Poland—and the European Union», *Communist and Post-Communist Studies*, 51(3), pp. 189-200.
- KRIESI, Hanspeter (1998): «The transformation of cleavage politics: The 1997 Stein Rokkan Lecture», *European Journal of Political Research*, 33(2), pp. 165-185.
- KUBIN, Emily y VON SIKORSKI Christian (2021): «The role of (social) media in political polarization: A systematic review», *Annals of the International Communication Association*, 45(3), pp. 188-206.
- LAEBENS, Melis G. (2022): «Beyond democratic backsliding: Incumbent takeover attempts, 1989-2019», V-Dem Working Papers, Universidad Central Europea.
- LAEBENS, Melis y ŚLARZYŃSKI, Marcin (2024): *Opposing Backsliding in Poland: Finding New Political Identities After Realignment*, texto mecanografiado sin publicar, Universidad Central Europea.
- LAZARUS, Richard S. (1991): *Emotion and Adaptation*, Oxford University Press.
- LBC: LEADING BRITAIN'S CONVERSATION (2019): «Jo Swinson responds to 'very fake news' story which said she fired stones at squirrels».
- LEVIN, Josh (2019): *The Queen: The Forgotten Life Behind an American Myth*, Little, Brown.
- LEVITSKY, Steven y ZIBLATT, Daniel (2018): *How Democracies Die*, Crown Books. [Disponible en español: *Cómo mueren las democracias*, trad. Gemma Deza Guil, Barcelona, Ariel, 2018.]
- (2023): *Tyranny of the Minority: Why American Democracy Reached the Tipping Point*, Crown Books. [Disponible en español: *La dictadura de la minoría. Cómo revertir la deriva autoritaria y forjar una democracia para todos*, trad. Guillem Gómez Sesé, Barcelona, Ariel, 2024.]
- LEVITSKY, Steven y ROBERTS, Kenneth M. (2011): *The Resurgence of the Latin American Left*, JHU Press.

- LEWIS-Beck, Collin y MARTINI, Nicholas F. (2020): «Economic perceptions and voting behavior in US presidential elections», *Research & Politics*, 7(4), <https://doi.org/10.1177/2053168020972811>.
- LIEBERMAN, Robert C. y METTLER, Suzanne (2020): *Four Threats: The Recurring Crises of American Democracy*, St. Martin's Press.
- LIMONGI, Fernando, FREITAS, Andréa, MEDEIROS, Danilo y LUZ, Joyce (2022): «Government and Congress», *Ibero-Online*, 14.
- LIPSET, Seymour Martin (1959): «Some social requisites of democracy: Economic development and political legitimacy», *American Political Science Review*, 53(1), pp. 69-105.
- LITTLE, Andrew T. y MENG, Anne (2024): «Subjective and objective measures of democratic backsliding», *PS: Political Science & Politics*, 57(2), pp. 149-161.
- LIU, Ou Lydia, FRANKEL, Lois y CROTTS ROOHR, Katrina (2014): «Assessing critical thinking in higher education: Current state and directions for next-generation assessment», *ETS Research Report Series*, 2014(1), pp. 1-23.
- LOEWENSTEIN, Karl (1937): «Militant democracy and fundamental rights, I», *American Political Science Review*, 31(3), pp. 417-432.
- LONDREGAN, John B. y POOLE, Keith T. (1996): «Does high income promote democracy?», *World Politics*, 49(1), pp. 1-30.
- LÓPEZ, Oscar (2021): «After El Salvador election, Bukele is on verge of near-total control», *The New York Times*, 1 de marzo.
- LUKER, Kristin (1984): *Abortion and the Politics of Motherhood*, University of California Press.
- LUO, Zhaotian y PRZEWORSKI, Adam (2023): «Democracy and its vulnerabilities: dynamics of democratic backsliding», *Quarterly Journal of Political Science*, 18(1), pp. 105-130.
- LUPU, Noam (2016): *Party Brands in Crisis: Partisanship, Brand Dilution, and the Breakdown of Political Parties in Latin America*, Nueva York, Cambridge University Press.
- LUPU, Noam, RAU, Eli y ZECHMEISTER, Elizabeth (2024): «Public tolerance for antidemocratic behavior», artículo presentado en el congreso anual de la American Political Science Association, 5-8 de septiembre del 2024, Filadelfia, Pensilvania.
- LUPU, Noam, RODRÍGUEZ, Mariana, WILSON, Carole y ZECHMEISTER, Elizabeth (2023): «Pulse of Democracy. Technical report», LAPOP Nashville.
- MACHIAVELLI, Niccolò (1979): *The Portable Machiavelli*, trad. al inglés de Peter Bondanella y Mark Musa, Nueva York, Penguin Books. [Disponible en español: Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, ed. Helena Puigdoménech, Madrid, Cátedra, 2006.]

- MAINWARING, Scott y PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal (2007): «Why Regions of the World Are Important: Regional Specificities and Region-wide Diffusion of Democracy», en *Regimes and Democracy in Latin America: Theories and Methods*, ed. Gerardo L. Munck, Oxford University Press, pp. 199-229.
- MARES, Isabela (2003): *The Politics of Social Risk: Business and Welfare State Development*, Cambridge University Press.
- MARKEY, Daniel (2022): «The strategic implications of India's illiberalism and democratic erosion», *Asia Policy*, 17(1), pp. 77-105.
- MARTÍNEZ-GALLARDO, Cecilia, DE LA CERDA, Nicolás, HARTLYN, Jonathan, HOOGHE, Liesbet, MARKS, Gary y BAKKER, Ryan (2023): «Revisiting party system structuration in Latin America and Europe: Economic and socio-cultural dimensions», *Party Politics*, 29(4), pp. 780-792.
- MASON, Lilliana (2018): *Uncivil agreement: How politics became our identity*, Chicago, IL, University of Chicago Press.
- MATHISEN, Ruben, SCHAKEL, Wouter, HENSE, Svenja, ELSÄSSER, Lea, PERSSON, Mikael y PONTUSSON, Jonas (2023): «Unequal Responsiveness and Government Partisanship in Northwest Europe», en *Unequal Democracies: Public Policy, Responsiveness, and Redistribution in an Era of Rising Economic Inequality*, ed. Noam Lupu y Jonas Pontusson, Cambridge University Press, pp. 29-53.
- MAZUR, Stanislaw (2021): «Public Administration in Poland in the Times of Populist Drift», en *Democratic Backsliding and Public Administration*, Cambridge University Press.
- MCADAM, Doug y KLOOS, Karina (2016): *Deeply Divided: Racial Politics and Social Movements in Postwar America*, Oxford, Nueva York: Oxford University Press.
- MCCOY, Jennifer, RAHMAN, Tahmina y SOMER, Murat (2018): «Polarization and the global crisis of democracy: Common patterns, dynamics, and pernicious consequences for democratic polities», *American Behavioral Scientist*, 62(1), pp. 16-42.
- MILLER, Leira (2021): «A top university in Mexico becomes a battleground over academic freedom», *Los Angeles Times*, 15 de diciembre.
- MOORE, Jr., Barrington (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press. [Disponible en español: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, trad. Jaume Costa y Gabrielle Woith, Barcelona, Ariel, 2015.]
- MORRIS, Errol (2014): *Believing Is Seeing: Observations on the Mysteries of Photography*, Nueva York, Penguin.
- MOYNIHAN, Donald P. (2022): «Public Management for Populists: Trump's Schedule F Executive Order and the Future of the Civil Service», *Public Administration Review*,

82(1), pp. 174-178.

- MUDDE, Cas y ROVIRA KALTWASSER, Cristóbal (2017): *Populism: A Very Short Introduction*, Oxford University Press. [Disponible en español: *Populismo: una breve introducción*, trad. María José Enguix Tercero, Madrid, Alianza, 2019.]
- MÜLLER, Jan-Werner (2016): *What Is Populism?*, University of Pennsylvania Press. [Disponible en español: *¿Qué es el populismo?*, trad. Clara Stern Rodríguez, Ciudad de México, Grano de Sal, 2017.]
- MUNGER, Kevin, EGAN, Patrick J., NAGLER, Jonathan, RONEN, Jonathan y TUCKER, Joshua (2022): «Political knowledge and misinformation in the era of social media: Evidence from the 2015 UK election», *British Journal of Political Science*, 52(1), pp. 107-127.
- MUNO, Wolfgang, y BRICEÑO, Héctor (2021): «Venezuela: Sidelining Public Administration Under a Revolutionary-Populist Regime», en *Democratic Backsliding and Public Administration*, eds. Bauer *et al.*, Cambridge University Press, pp. 200-220.
- NICHOLS, Tom (2023): «A military loyal to Trump», *The Atlantic*, enero/febrero 2024.
- NORRIS, Pippa y INGLEHART Ronald (2019): *Cultural Backlash and the Rise of Populism: Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*, Cambridge University Press.
- NOTERMANS, Tom (2000): *Money, Markets, and the State: Social Democratic Economic Policies since 1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- NYHAN, Brendan (2020): «Facts and myths about misperceptions», *Journal of Economic Perspectives*, 34(3), 220-236.
- NYHAN, Brendan y REIFLER, Jason (2010): «When corrections fail: The persistence of political misperceptions», *Political Behavior*, 32(2), pp. 303-330.
- ODMALM, Pontus (2011): «Political parties and ‘the immigration issue’: Issue ownership in Swedish parliamentary elections 1991-2010», *West European Politics*, 34(5), pp. 1.070-1.091.
- O'DONNELL, Guillermo A. (1973): *Modernization and bureaucratic-authoritarianism*, Berkeley, California, Institute of International Studies, University of California.
- (1998): «Horizontal accountability in new democracies», *Journal of Democracy*, 9(3), pp. 112-126.
- OESCH, Daniel (2008): «The changing shape of class voting: An individual-level analysis of party support in Britain, Germany and Switzerland», *European Societies*, 10(3), pp. 329-355.
- OLIVER, J. Eric y WOOD, Thomas J. (2014): «Conspiracy theories and the paranoid style(s) of mass opinion», *American Journal of Political Science*, 58(4), pp. 952-966.
- ONISHI, Norimitsu (2015): «Jacob Zuma appoints third finance minister of South Africa in a week», *The New York Times*, 14 de diciembre.

- ORR, Lilla V., FOWLER, Anthony y HUBER, Gregory A. (2023): «Is affective polarization driven by identity, loyalty, or substance?», *American Journal of Political Science*, 67(4), pp. 948-962.
- OSKARSON, Maria y DEMKER, Marie (2015): «Room for realignment: The working class sympathy for Sweden Democrats», *Government and Opposition*, 50(4), pp. 629-651.
- OYÈKOLÁ, Oláyínká (2023): «Life may be unfair, but do democracies make it any less burdensome?», *The Journal of Economic Inequality*, 10.1007/s10888-023-09607-4.
- PECI, Alketa (2021): «Populism and bureaucratic frictions: Lessons from Bolsonaroism», *Journal of Policy Studies*, 36(4), pp. 27-35.
- PETERS, B. Guy y PIERRE, Jon (2022), «Politicisation of the public service during democratic backsliding: Alternative perspectives», *Australian Journal of Public Administration*, 81(4), pp. 629-639.
- PETERSON, Erik y Shanto IYENGAR (2021): «Partisan gaps in political information and information-seeking behavior: Motivated reasoning or cheerleading?», *American Journal of Political Science*, 65(1), pp. 133-147.
- PIERSON, Paul (1994): *Dismantling the welfare state?: Reagan, Thatcher and the politics of retrenchment*, Cambridge University Press.
- PIERSON, Paul y SCHICKLER, Eric (2020): «Madison's constitution under stress: A developmental analysis of political polarization», *Annual Review of Political Science*, 23(1), pp. 37-58.
- PIKETTY, Thomas (2017): *Capital in the Twenty-First Century*, Harvard University Press (1ª ed.: 2014). [Disponible en español: *El capital en el siglo XXI*, trad. Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, RBA, 2015.]
- POMERANTSEV, Peter (2015): «Beyond Propaganda», *Foreign Policy*, 23 de junio.
- PRZEWORSKI, Adam (1991): *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge University Press. [Disponible en español: *Democracia y mercado*, trad. Mireia Bofill Abelló, Madrid, Akal, 2003.]
- (2019): *Crises of Democracy*, Cambridge University Press. [Disponible en español: *La crisis de la democracia*, trad. Elena Odriozola, Madrid, Clave Intelectual, 2022.]
- PRZEWORSKI, Adam, ÁLVAREZ, Michael E., CHEIBUB, José Antonio y LIMONGI, Fernando (2000): *Democracy and Development: Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990*, Cambridge University Press.
- RAU, Eli y STOKES, Susan (2025): «Income inequality and the erosion of Democracy in the twenty-first century», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 122(1), e2422543121.

- REUTERS (2017): «Turkey sacks 4,400 more civil servants, including teachers and police», 8 de febrero.
- RÍOS FIGUEROA, Julio (2022): «El poder judicial ante el populismo y la erosión democrática. El caso de México, 2018-2021», *Revista de Estudios Políticos*, (198), pp. 187-217.
- (2023): «Democratic backsliding and the Supreme Court in Mexico», *Verfassungsblog*, 22 de febrero.
- (2024): «Mexico 2024: The battle for the Constitution», *ConstitutionNet*, 29 de febrero.
- ROBERTS, Kenneth M. (1995): «Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America: The Peruvian case», *World Politics*, 48(1), pp. 82-116.
- (2021): «Populism and polarization in comparative perspective: Constitutive, spatial and institutional dimensions», *Government and Opposition*, 57(4), pp. 680-702.
- RODRIK, Dani (2017): «Populism and the economics of globalization», National Bureau of Economic Research.
- (2021): «Why does globalization fuel populism? Economics, culture, and the rise of right-wing populism», *Annual Review of Economics*, 13.
- RODRIK, Dani y WACZIARG, Romain (2005): «Do democratic transitions produce bad economic outcomes?», *The American Economic Review*, 95(2), pp. 50-55.
- ROEMER, John E. (1998): «Why the poor do not expropriate the rich: An old argument in new garb», *Journal of Public Economics*, 70(3), pp. 399-424.
- ROMO, Rafael (2017): «Venezuela's high court dissolves National Assembly», *CNN*, 30 de marzo.
- ROTHSTEIN, Bo (2023): «The shadow of the Swedish right», *Journal of Democracy*, 34(1), pp. 36-49.
- RYDGREN, Jens (2006): *From Tax Populism to Ethnic Nationalism: Radical Right-Wing Populism in Sweden*, Berghahn Books.
- SAEZ, Emmanuel y ZUCMAN, Gabriel (2020): «The rise of income and wealth inequality in America: Evidence from distributional macroeconomic accounts», *Journal of Economic Perspectives*, 34(4), pp. 3-26.
- SAMUELS, David J. (2023): «The international context of democratic backsliding: Rethinking the role of third wave 'Prodemocracy' global actors», *Perspectives on Politics*, 21(3), pp. 1.001-1.012.
- SAMUELS, David J. y ZUCCO, Cesar (2018): *Partisans, Antipartisans, and Nonpartisans: Voting Behavior in Brazil*, Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ-SIBONY, Omar (2017): «Classifying Ecuador's regime under Correa: A procedural approach», *Journal of Politics in Latin America*, 9(3), pp. 121-140.

- SÁNCHEZ-TALANQUER, Mariano y GREENE, Kenneth F. (2021): «Is Mexico falling into the authoritarian trap?», *Journal of Democracy*, 32(4), pp. 56-71.
- SANDERS, Bernie (2015): «Remarks at the Liberty University convocation in Lynchburg, Virginia», The American Presidency Project.
- SCHEPPELE, Kim Lane (2014): «Constitutional coups and judicial review: How transnational institutions can strengthen peak courts at times of crisis (with special reference to Hungary)», *Transnat'l L. & Contemp. Probs.*, 23:51.
- SIDES, John, TESLER, Michael y VAVRECK, Lynn (2019): *Identity Crisis: The 2016 Presidential Campaign and the Battle for the Meaning of America*, Princeton University Press.
- SIMÕES, Mariana (2018): «Brazil's polarizing new president, Jair Bolsonaro, in his own words», *The New York Times*, 28 de octubre.
- SMULOVITZ, Catalina y PERUZZOTTI, Enrique (2000): «Societal accountability in Latin America», *Journal of Democracy*, 11(4), 147158.
- SNYDER, Timothy (2017): *On Tyranny: Twenty Lessons from the Twentieth Century*, Nueva York, Tim Duggan Books. [Disponible en español: *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo XX*, trad. Alejandro Pradera, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.]
- SOLT, Frederick (2020), «Measuring income inequality across countries and over time: The standardized world income inequality database», *Social Science Quarterly*, 101(3), pp. 1.183-1.199.
- SOMER, Murat, MCCOY, Jennifer L. y LUKE, Russell E. (2021): «Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies», *Democratization*, 28(5), pp. 929-948.
- SOROKA, Stuart N. (2014): *Negativity in Democratic Politics: Causes and Consequences*, Cambridge University Press.
- STATISTA (2023): «Number of internet users worldwide 2023». Disponible en: <https://www.statista.com/statistics/273018/number-of-internet-users-worldwide/>.
- STOKES, Susan C. (2001), *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise in Latin America*, Cambridge University Press.
- SVOLIK, Milan W. (2019): «Polarization versus democracy», *Journal of Democracy*, 30(3), pp. 20-32.
- SWILLING, Mark (coord.) (2017): «Betrayal of the Promise: How South Africa Is Being Stolen», State Capacity Research Project, Universidad de Stellenbosch, Sudáfrica.
- TABER, Charles S. y LODGE, Milton (2006): «Motivated skepticism in the evaluation of political beliefs», *American Journal of Political Science*, 50(3), pp. 755-769.

- TAPPIN, Ben M., PENNYCOOK, Gordon y RAND, David G. (2020): «Bayesian or biased? Analytic thinking and political belief updating», *Cognition*, 204, 104375.
- THACHIL, Tariq (2014): *Elite Parties, Poor Voters: How Social Services Win Votes in India*, Cambridge University Press.
- THE AMERICAN PRESIDENCY PROJECT (2017): «The American Presidency Project».
- TODO Chávez (2015): «TodoChávez en la Web».
- TREISMAN, Daniel (2023): «How great is the current danger to democracy? Assessing the risk with historical data», *Comparative Political Studies*, 56(12).
- TRUMP, Donald (2018): «Remarks at a ‘Make America Great Again’ rally in Missoula, Montana», The American Presidency Project.
- (2020): «Donald Trump rally speech, Bullhead City, AZ October 28».
- TUCKER, Joshua A., GUESS, Andrew, BARBERA, Pablo, VACCARI, Cristian, SIEGEL, Alexandra, SANOVICH, Sergey, STUKAL, Denis y NYHAN, Brendan (2018): «Social media, political polarization, and political disinformation: A review of the scientific literature», marzo del 2018, The Hewlett Foundation.
- TUDOR, Maya (2023): «Why India’s democracy is dying», *Journal of Democracy*, 34(3), pp. 121-132.
- TUSHNET, Mark (2023): «The Politics of Constitution Making», en *Research Handbook on the Politics of Constitutional Law*, Northampton, Edward Elgar Publishing.
- USCINSKI, Joseph E., ENDERS, Adam M., SEELIG, Michelle I., KLOFSTAD, Casey A., FUNCHION, John R., EVERETT, Caleb, WUCHTY, Stefan, PREMARATNE, Kamal y MURTHI, Manohar N. (2021): «American politics in two dimensions: Partisan and ideological identities versus anti-establishment orientations», *American Journal of Political Science*, 65(4), pp. 877-895.
- VALENTINO, Nicholas A., BRADER, Ted, GROENENDYK, Eric W., GREGOROWICZ, Krysha y HUTCHINGS, Vincent L. (2011): «Election night’s alright for fighting: The role of emotions in political participation», *The Journal of Politics*, 73(1), pp. 156-170.
- VAROL, Ozan O. (2015): «Stealth authoritarianism», *Iowa Law Review*, 100(4), pp. 1.673-1.742.
- VOELKEL, Jan G. *et al.* (2024): «Megastudy identifying effective interventions to strengthen Americans’ democratic attitudes», *Science*, 386(6719), octubre.
- VOETEN, Erik (2017): «Are people really turning away from democracy?», *SSRN Electronic Journal*, Journal of Democracy Web Exchange.
- VOORHEIS, John, MCCARTY, Nolan y SHOR, Boris (2015): «Unequal incomes, ideology and gridlock: How rising inequality increases political polarization», SSRN, 23 de agosto.

- WALDNER, David, y LUST, Ellen (2018): «Unwelcome change: Coming to terms with democratic backsliding», *Annual Review of Political Science*, 21, pp. 93-113.
- WATSON, David, CLARK, Lee Anna y TELLEGEN, Auke (1988): «Development and validation of brief measures of positive and negative affect: The PANAS scales», *Journal of Personality and Social Psychology*, 54(6), pp. 1.063-1.070, American Psychological Association.
- WEDEEN, Lisa (2019): *Authoritarian Apprehensions: Ideology, Judgment, and Mourning in Syria*, University of Chicago Press.
- WEISE, Zia (2018): «How did things get so bad for Turkey's journalists?», *The Atlantic*, 23 de agosto. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2018/08/destroying-free-press-erdoganturkey/568402/>.
- WEYLAND, Kurt (1996): «Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities», *Studies In Comparative International Development*, 31(3), pp. 3-31.
- WEYLAND, Kurt (2024): *Democracy's Resilience to Populism's Threat*, Cambridge University Press.
- WHITELEY, Paul, CLARKE, Harold D., SANDERS, David y STEWART, Marianne C. (2013): *Affluence, Austerity and Electoral Change in Britain*, Cambridge University Press.
- WILDER, Will (2021): «Voter Suppression in 2020», Brennan Center for Justice.
- WOOD, Amy Louise (2018): «The spectacle of lynching: Rituals of White Supremacy in the Jim Crow South», *The American Journal of Economics and Sociology*, 77(3-4), pp. 757-788.
- YASHAR, Deborah J. (2005): *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge University Press.
- ZALLER, John (1992): *The Nature and Origins of Mass Opinion*, Cambridge University Press. [Disponible en español: *La naturaleza y los orígenes de la opinión pública*, trad. Elisa Chuliá Rodrigo, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2014.]
- ZELIZER, Julian E. (2020): *Burning Down the House: Newt Gingrich, the Fall of a Speaker, and the Rise of the New Republican Party*, Penguin.

# Notas

## INTRODUCCIÓN

1. Véase Levitsky y Ziblatt (2018).

2. Rodrik (2018), p. 13. Rodrik emplea el término «populismo» de manera diferente a como lo uso yo en este libro. Él describe una categoría general de políticos y sugiere varias subcategorías de populistas basadas en la clase y la identidad. Yo me refiero a los regresores de derechas como «etnonacionalistas» y reservo el término «populista» para los líderes de izquierdas, con otros matices que se explican más adelante, entre los populistas y no populistas de izquierdas, tal y como analizo en mayor profundidad en el capítulo 2.

3. Rodrik (2021), p. 134.

4. Varios estudios generales clave proponen esta idea. Entre ellos se incluyen Bermeo (2016), Levitsky y Ziblatt (2018), Waldner y Lust (2018), y Haggard y Kaufman (2021).

5. Dafoe, Oneal y Russett (2013).

6. Acemoglu *et al.* (2019). Véanse también Rodrik y Wacziarg (2005) y Przeworski *et al.* (2000).

7. Oyèkolá (2023), p. 23. Para un análisis, véase Acemoglu *et al.* (2015).

8. La frase es de Raúl Alfonsín, quien se proclamó presidente en 1983, el primer presidente argentino elegido democráticamente desde 1973. Agradezco a Luis Schiumerini la referencia. [*N. de la T.*: «Mensaje de asunción del presidente D. Raúl Ricardo Alfonsín. 10 de diciembre de 1983», Dirección Servicios Legislativos, año VI, n.º 153, mayo de 2018. ISSN 2314-3215, Argentina, Biblioteca del Congreso, p. 80.]

9. Casi todos los criterios que enumero pueden encontrarse en Dahl (1998); el requisito de que los partidos que gobiernan pueden perder y se retiran se enfatiza en Przeworski (1991).

10. La mayor protección de los derechos humanos por parte de los sistemas democráticos en contraste con los regímenes autoritarios ha sido el objeto central de muchos estudios en el campo de las ciencias sociales. Para un análisis de toda esta investigación, véase Davenport (2007).

[11.](#) Se trata del Partido Democrático de los Pueblos (*Halkların Demokratik Partisi*, HDP) y de su líder, Selahattin Demirtaş.

[12.](#) Dahl (1998).

[13.](#) Véase Carrigan y Webb (2003).

[14.](#) La comunidad afroamericana también sufría otras formas de violencia, como la agresión, la violación y el asesinato (sin que estuviera incluido el espectáculo público del linchamiento). Véase Wood (2018).

## 1. ¿QUÉ ES LA EROSIÓN DEMOCRÁTICA?

[1.](#) Laebens (2022).

[2.](#) O'Donnell (1998) desarrolló la idea de los mecanismos de control internos o interdepartamentales como una forma de rendición de cuentas horizontal. Smulovitz y Peruzzotti (2000) plantean el concepto de la rendición de cuentas social, que abarca tanto la rendición de cuentas electoral, en manos del electorado, y la influencia que pueden ejercer sobre los Gobiernos los movimientos sociales, los organismos públicos y los medios de comunicación.

[3.](#) Laebens (2022), p. 5.

[4.](#) Las excepciones son sistemas que empezaron como democracias y se han erosionado hasta el punto de ser consideradas autocracias completas. Son ejemplos de ello Venezuela bajo las presidencias de Chávez y Maduro, y Nicaragua bajo la reciente presidencia de Daniel Ortega.

[5.](#) Little y Meng (2024); véase también Treisman (2023).

[6.](#) Que esta es la opinión mayoritaria se comprueba si se observa la gran cantidad de libros y artículos publicados sobre el tema, citados a lo largo de este libro. Se encuentran aún más evidencias de ello en las encuestas de Bright Line Watch, que se analizan más adelante, en las que una multitud de expertos politólogos consideran muchas de las palabras y acciones de estos líderes como algo fuera de lo normal y de gran relevancia.

[7.](#) La única diferencia entre la codificación que emplea Laebens y la mía es que ella añade Colombia y Argentina, aunque estos países no disminuyeron en las mediciones de la rendición de cuentas del instituto V-Dem hasta el grado estipulado por el método general.

[8.](#) En Turquía, el primer ministro y después presidente Recep Tayyip Erdoğan subió al poder primero en 2003, pero no empezó a erosionar la democracia turca hasta el 2010. En Hungría, el primer ministro Viktor Orbán cumplió un primer mandato (1998-2002) como un líder convencional. El periodo durante el que dirigió un deslizamiento de la democracia húngara hacia el autoritarismo comenzó en el 2010, cuando volvió a ascender al poder, tras un periodo en la oposición.

[9.](#) Haggard y Kaufman (2021).

[10.](#) Empleo los términos «presidente» y «primer ministro» a lo largo de este libro como una versión abreviada que se refiere a los jefes de Gobierno en sistemas presidenciales y parlamentarios respectivamente.

[11.](#) Polonia presenta un caso excepcional de involucionismo no impulsado ni por el presidente (el jefe de Estado) ni por el primer ministro (el jefe del Gobierno), sino por un poderoso líder del partido dominante Ley y Justicia (PiS), Jarosław Kaczyński.

[12.](#) Przeworski (2019), pp. 20-21.

[13.](#) Simões (2018).

[14.](#) Gidron *et al.*, p. 2.

[15.](#) García Holgado y Mainwaring (2023).

[16.](#) Discurso de campaña de Chávez, 30 de julio de 1998. [*N. de la T.*: Todas las citas de Chávez en español están extraídas del archivo de sus discursos, disponible en [www.todochavez.gov.ve](http://www.todochavez.gov.ve).]

[17.](#) Los políticos, desde la oposición, también pueden actuar de modos que socaven la democracia. Las actuaciones de López Obrador tras las elecciones mexicanas del 2006 y el 2012 son un buen ejemplo. Agradezco a David Rueda sus observaciones en este sentido.

[18.](#) Kovács y Scheppele (2018), p. 190, escriben que Orbán y Jarosław Kaczyński «mintieron acerca de sus ambiciones revolucionarias antes de ser elegidos. Si estos líderes hubieran sido honestos acerca de sus planes autocráticos, no está claro que ninguno de los dos hubiera podido ganar».

[19.](#) Haggard y Kaufman (2021), p. 3.

[20.](#) A estos ataques les siguió un uso selectivo de la legislación, para silenciar a periodistas críticos. Véase Wise (2018).

[21.](#) Véase Pomerantsev (2015).

[22.](#) Véase Sánchez-Sibony (2017).

[23.](#) Higgins (2023).

[24.](#) Véase Duchiade (2023).

[25.](#) Committee to Protect Journalists (2022*b*); Agence France-Presse (2016).

[26.](#) Committee to Protect Journalists (2022*a*); Garcia (2020).

[27.](#) Human Rights Watch (2022*b*).

[28.](#) Para una descripción de estos recortes y de las motivaciones que los provocan en el México de López Obrador, véase Ríos Figueroa (2022). Para un resumen de los esfuerzos de López Obrador para reducir la rendición de cuentas horizontal, véase Brewer (2023).

[29.](#) Véase Kovács y Scheppele (2018), que ponen de manifiesto no sólo un cambio en la composición sino una completa politización del Tribunal en Hungría.

[30.](#) Véase Ríos Figueroa (2023).

[31.](#) Véase Dada (2023).

[32.](#) Eligon y Chutel (2021).

[33.](#) Corasaniti (2021) y Wilder (2021).

[34.](#) Gjuzelov y Hadjievska (2020).

[35.](#) Co-Equal (2024).

[36.](#) BBC News (2020). El Salvador de la era Bukele no se incluye en la lista de democracias en proceso de involución que aparece en la Figura 1.1. La razón es que el periodo de Nayib Bukele en el cargo no había terminado en la fecha en que Laebens estableció su codificación, y por lo tanto fue omitido. En los análisis estadísticos que se analizan en el capítulo 2, hemos añadido datos relacionados con El Salvador (coeficiente de Gini, PIB, etc.) y lo hemos codificado como una democracia en proceso de erosión durante ese periodo. Su inclusión no altera los resultados de nuestros modelos.

[37.](#) Romo (2017).

[38.](#) Freedom House (2023).

[39.](#) Esta última expresión fue el término despectivo que empleó el presidente López Obrador contra la Administración pública de México.

[40.](#) Mazur (2021), p. 107. Mazur señala que, durante el periodo comunista, en Polonia, la Administración pública estaba considerada como subordinada a, e integrada en, el partido gobernante. A pesar de que las Administraciones públicas se reorganizaron tras la caída del comunismo, algunos rasgos de favoritismo e integración en el partido estatal continuaron durante los mandatos de Plataforma Cívica.

[41.](#) Acerca de Venezuela, véase Muno y Briceño (2021), y sobre Turquía, véase Reuters (2017).

[42.](#) Véase Moynihan (2022).

[43.](#) Freedom House (2020).

[44.](#) Human Rights Watch (2022a).

[45.](#) Freedom House (2017).

[46.](#) Achtenberg (2015).

[47.](#) Véase Bhattacharya (2018).

[48.](#) Véase Foer (2019).

[49.](#) Véase Miller (2021).

## 2. ¿QUÉ HAY DETRÁS DE LA OLEADA DE EROSIÓN DEMOCRÁTICA?

[1.](#) Los ejemplos están extraídos de la primera campaña presidencial de Trump, en el 2016, cuando declaró que los inmigrantes llegados de México eran violadores y criminales, animó a quienes acudían a sus mítines a atacar físicamente a quien se expresara en contra entre el público, e hizo un llamamiento al Gobierno ruso para que publicara los *e-mails* que, según él, implicarían a su entonces oponente, Hillary Clinton, en acciones supuestamente criminales durante el periodo en que esta ocupó la Secretaría de Estado.

2. Levitsky y Ziblatt (2018 y 2023); Snyder (2017).

3. La organización Bright Line Watch es un trabajo colaborativo entre investigadores de Dartmouth College, la Universidad de Rochester y la Universidad de Chicago, fundada por John Carey, Gretchen Helmke, Brendan Nyhan, Mitch Sanders y yo misma. <https://brightlinewatch.org/>.

4. Bright Line Watch (2018).

5. Bright Line Watch (2021a).

6. Lipset (1959).

7. Los expertos en ciencias sociales y en historia han tratado de responder a preguntas acerca de la dictadura y la democracia mediante el empleo de una variedad de métodos de investigación, incluido el análisis histórico comparativo, los estudios comparativos cualitativos y la teoría formal. Algunos importantes ejemplos de cada uno son Moore (1966), O'Donnell (1973) y Acemoglu y Robinson (2006).

8. Hay muchas preguntas a las que el artículo de Lipset no da respuesta de manera tan clara como nos gustaría. Su técnica no nos permite estar seguros de que las diversas medias calculadas reflejen las diferencias reales entre tipos de regímenes y que no sean el resultado del azar. Este problema se aborda mediante el cálculo de los niveles de incertidumbre y de la magnitud de la diferencia que uno tendría que observar para estar suficientemente seguro de que las medias son «realmente» diferentes. Su estudio tampoco nos permite saber qué factores, de entre todos los utilizados, son requisitos más importantes para la democracia y cuáles lo son menos. Además, Lipset se ciñó al análisis «bivariante» o de dos variables: observó la asociación entre cada posible factor causal y el tipo de régimen resultante, de uno en uno. Por lo tanto, no podía estar seguro de que algunas de las asociaciones que detectó no fueran espurias. Supongamos que los países ricos tienen una mayor probabilidad de ser democracias y que los países con un mayor índice de urbanización no. Y supongamos que los países más ricos también tienden a estar más urbanizados. La aparente correlación entre el índice de urbanización y la democracia en tal caso sería espuria, no real.

9. La expresión fue acuñada por Samuel Huntington, para referirse a una serie de países que experimentaron una transición de una dictadura a una democracia, primero en el sur de Europa, desde principios de los años setenta, después en Latinoamérica, desde comienzos de los años ochenta, y luego en la Europa del Este y Centroeuropa, tras la caída del Muro de Berlín, en 1989. Véase Huntington (1991).

10. Treisman (2023); Przeworski (2019).

11. Boix (2003); Acemoglu y Robinson (2006); véase también Lipset (1959). Ansell y Samuels (2014) argumentan que, históricamente, quienes han impulsado la democratización no han sido los marginados económicamente sino los grupos mercantiles en crecimiento.

[12.](#) Para acceder a los detalles técnicos, véase Rau y Stokes (2025). El modelo estadístico empleado fue la regresión logística; la unidad de análisis fue el país-año. Como alternativa, empleamos país-año electoral como unidad de análisis, es decir, que analizábamos la probabilidad de que ganara las elecciones celebradas ese año un líder que, durante su mandato, procediera a erosionar su democracia. (Durante el periodo que estudiamos, se celebraron 68 elecciones nacionales.) Para explicar la correlación de las observaciones dentro de un mismo país, empleamos errores estándar robustos en todos los modelos, agrupados a nivel del país. Nuestra publicación académica analiza también un gran número de comprobaciones del grado de robustez.

[13.](#) El coeficiente de Gini es un método muy extendido que se utiliza para medir la desigualdad económica o la riqueza. Cuanto mayor es el coeficiente de Gini, mayor es el grado de desigualdad.

[14.](#) Probamos nuestro modelo con datos del coeficiente de Gini procedentes de diversas fuentes, principalmente la SWIID (Base de Datos Estandarizada de la Desigualdad Salarial Mundial, Solt [2020]), la WIID (Base de Datos sobre la Desigualdad Salarial Mundial de las Naciones Unidas), la WID (Base de Datos sobre la Desigualdad Mundial) y la WDI (Indicadores de Desarrollo Mundial del Banco Mundial). Asimismo, empleamos mediciones alternativas de riqueza y participación de la renta.

[15.](#) Gamboa (2022) analiza Colombia bajo la presidencia de Álvaro Uribe (2002-2012) como un caso de erosión. Sin embargo, de acuerdo con los cálculos de Melis Laebens a partir de los datos del instituto V-Dem, este periodo no se ajusta a los criterios de la disminución de la rendición de cuentas vertical y horizontal. Yo no lo considero como un caso de erosión sino, más bien, como un caso que se libra por los pelos.

[16.](#) Véase especialmente Londregan y Poole (1996) y Przeworski *et al.* (2000).

[17.](#) Londregan y Poole (1996).

[18.](#) Pensemos en un país con un coeficiente de Gini medio (34) y un PIB per cápita medio (16.000 dólares). Un incremento de la desigualdad entre los percentiles 50 y 75 tiene un impacto sobre la probabilidad de sufrir erosión de más del doble que una reducción del PIB entre los percentiles 50 y 25.

[19.](#) Con el fin de discriminar cualquier posible efecto mediador del nivel de la renta nacional sobre la desigualdad, establecimos unos modelos que incluyeran términos de interacción entre ambos. Los coeficientes de los términos de interacción entre el Gini y el PIB per cápita fueron positivos y relevantes.

[20.](#) Véase Mainwaring y Pérez-Liñán (2007). Samuels (2023) propone una perspectiva singular acerca de los tempos de la oleada de erosión democrática, y la vincula con un declive de la motivación para defender la democracia en los Estados democráticos, tras el fin de la Guerra Fría.

[21.](#) Corrales (2018). La opción de crear una nueva Constitución, redactada de un plumazo, no estuvo al alcance de otro líder latinoamericano, Uribe, en Colombia, que vio

refrenados sus esfuerzos por debilitar su democracia.

[22.](#) Dado que los países entran en la muestra con distintas edades democráticas, esta medición no tiene una alta correlación con la edad de la democracia.

[23.](#) Los tres primeros eran Venezuela, Moldavia y Filipinas. El Gobierno de erosión en Bolivia subió al poder en el 2005. Los casos adicionales acumulados hasta el 2015 eran Ecuador, Macedonia, Nicaragua, Benín, Botsuana, Serbia, Sudáfrica, Ucrania, Hungría, Turquía, Senegal, India, Zambia y República Dominicana.

[24.](#) Sólo con la información del coeficiente de Gini, la tasa de predicciones correctas de nuestro modelo es del 78 por ciento. Nuestro modelo completo, con el coeficiente de Gini, el año y el PIB, eleva la tasa de predicciones correctas al ochenta por ciento.

[25.](#) Statista (2023).

[26.](#) Véanse análisis recientes en Tucker *et al.* (2018) y Kubin y Von Sikorski (2021).

[27.](#) Véase Boxell, Gentzkow y Shapiro (2017).

[28.](#) Como demuestra Munger *et al.* (2022).

### 3. LA DERECHA ETNONACIONALISTA

[1.](#) Véase un análisis de los estudios relevantes en Carnes y Lupu (2023).

[2.](#) Sobre la cuestión de la seguridad social, los empresarios a veces se encontraban con que sus intereses coincidían con los de los trabajadores y la izquierda. Véase Mares (2003).

[3.](#) Gingrich y Häusermann (2015), p. 51; véanse también Kitschelt (1994), Kriesi (1998) y Oesch (2008).

[4.](#) La desigualdad aplicada en el panel superior es una medición posfiscal: tiene en cuenta los impuestos, transferencias y prestaciones sociales. Pero la tendencia en un escenario prefiscal (o desigualdades de mercado) sigue una trayectoria similar.

[5.](#) Piketty (2017).

[6.](#) Lupu *et al.* (2023).

[7.](#) Los partidos etnonacionalistas incluyen a Demócratas de Suecia, el Partido de la Libertad de Austria, el Frente Nacional y la Agrupación Nacional de Francia, el Partido por la Independencia del Reino Unido y Reformar Reino Unido, entre otros –véase Davis y Deole (2017) para una lista más completa, junto con un análisis–. Véase De Vries y Hobolt (2020) para un estudio amplio y profundo sobre el reciente cambio del sistema de partidos en Europa.

[8.](#) Varios expertos y proyectos de investigación han tratado de detectar otras dimensiones, más allá de los elementos económicos izquierda-derecha, para describir la política de partidos en las democracias avanzadas. Se remontan a los estudios políticos posmaterialistas iniciados por Inglehart (1977) y Kitschelt (1993), y otros en los años ochenta, así como a las Chapel Hill Expert Surveys (Jolly *et al.*, 2022), a las que me

referiré más adelante en este capítulo. Para un estudio, bastante conectado con el mío, de la política estadounidense basado en dos dimensiones, véase Uscinski *et al.* (2021).

[9.](#) Véase Kotwas y Kubik (2022).

[10.](#) Véanse Kovács y Scheppele (2018) y Laebens y Ślarzyński (2023).

[11.](#) Véase Thachil (2014).

[12.](#) Véase Jaffrelot (2019).

[13.](#) La distribución de la renta en Brasil, como en gran parte de Sudamérica, se hizo más igualitaria a principios del siglo XXI, pero su índice de desigualdad continuaba siendo muy alto cuando Bolsonaro llegó al poder.

[14.](#) Véanse Samuels y Zucco (2018) y Areal (2022).

[15.](#) En la última dimensión, otros factores como el tamaño de los mercados internos y la naturaleza de las principales industrias también desempeñaron un papel relevante.

[16.](#) Algunos sectores empresariales eran favorables a la inmigración, por la necesidad de mano de obra.

[17.](#) «Remarks at a Rally at Canton Memorial Civic Center in Canton, Ohio». <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-rally-canton-memorial-civic-center-canton-ohio> (14 de septiembre del 2016).

[18.](#) Véase Hopkins (2010).

[19.](#) Véase Munger *et al.* (2022).

[20.](#) Cremaschi *et al.* (2023), p. 1.

[21.](#) Los partidos etnonacionalistas, independientes de los conservadores –UKIP y Reformar Reino Unido– finalmente afianzaron su posición en el sistema de partidos.

[22.](#) Los datos proceden de encuestas de expertos realizadas por el instituto V-Dem.

[23.](#) *Crises of Democracy*, p. 26.

[24.](#) Copresidenta, Comisión Especial del Congreso para investigar el asalto al Capitolio de Estados Unidos, ocurrido el 6 de enero del 2021.

[25.](#) Saez y Zucman (2020), p. 16.

[26.](#) Brady y Kent (2022), p. 43. Para un análisis en profundidad acerca de esta pérdida de confianza, véase King y Le Galès (2017).

[27.](#) Para un análisis y evaluación, véase Pierson y Schickler (2020). Véase también Lieberman y Mettler (2020).

[28.](#) La reducción de los impuestos a los contribuyentes con rentas altas, así como las actuaciones políticas que debilitaron el movimiento sindical, contribuyeron a una creciente desigualdad salarial en Estados Unidos. Para varios debates acerca de este tema, véanse Hacker y Pierson (2010) y McAdam y Kloos (2016).

[29.](#) Como explican Doug McAdam y Karina Kloos, Reagan rebajó el tono de su lenguaje en la campaña de 1980, en parte para alejarse de su imagen de ideólogo de derechas, una imagen que había surgido durante su periodo como gobernador de California. McAdam y Kloos (2016).

30. Ronald Reagan, 1980, «Ronald Reagan's Speech at Moody Coliseum» [2:56]. <https://www.youtube.com/watch?v=inP4mEU4LVs>.

31. El personaje invocado por Reagan tenía su origen en el caso de Linda Taylor, una mujer con un largo historial criminal, que en parte incluía el fraude relacionado con los subsidios sociales. En su biografía de Taylor, Josh Levin señala que «la mera existencia de Taylor otorgaba credibilidad a un cúmulo de estereotipos perniciosos sobre las personas pobres y las mujeres negras». Taylor (2019), p. 152.

32. Véase Zelizer (2020).

33. Sanders es un político independiente pero que participa en las reuniones electorales del Partido Demócrata. En el 2016 y en el 2020 se presentó a las elecciones primarias presidenciales del Partido Demócrata.

34. Sanders (2015).

35. Discurso de campaña de Donald Trump, 16 de julio del 2016. Este era un tema recurrente del candidato y presidente, que a veces ofrecía al público información bastante detallada. En un discurso que dio el 16 de junio del 2015, explicaba: «Así que tengo un valor neto total, ahora con el incremento, que llegará a superar ampliamente los diez mil millones de dólares. Pero escuchad, un valor neto total –valor neto, no bienes, no, un valor neto–, después de todos los adeudos, después de todos los gastos, los mayores bienes: la Torre Trump, el edificio 1290 Avenue of the Americas, el del Banco de América en San Francisco, el 40 Wall Street, al que a veces se refieren como el edificio Trump, justo enfrente del de [la Bolsa de] Nueva York, y muchos otros repartidos por todo el mundo».

36. Discurso del 9 de septiembre del 2016.

37. Dalton y Berning (2022).

38. El componente «étnico» del etnonacionalismo a menudo incluye un fuerte contenido religioso, y los regresores suelen destacar a un grupo religioso como definitorio de la identidad nacional. Grzymala-Busse (2019, p. 1) define el nacionalismo religioso como una fusión tal que «las identidades y los mitos religiosos definen la nación y sus objetivos». De ahí que el BJP fusione hinduismo y nacionalismo en la India, que el partido Fidesz apele al cristianismo como ingrediente principal de la identidad nacional magiar en Hungría, y que los nacionalistas cristianos formen el núcleo del electorado de la coalición MAGA en Estados Unidos.

39. Trip (2023).

40. Acerca de cómo se abordaron las identidades raciales en la campaña presidencial de Donald Trump en el 2016, véase Sides, Tesler y Vavreck (2019).

41. Çınar, Stokes y Uribe (2020).

42. Carnes y Lupu (2021).

43. RINO es el acrónimo de *Republican in Name Only* (algo así como «republicanos de boquilla»); 28 de octubre del 2020.

44. Trump, 2018.

[45.](#) Acerca del giro hacia la derecha del Partido Conservador británico, véase Evans y Tilley (2017). Como muestra Pierson (1994), los esfuerzos de racionalización tuvieron más éxito en unas áreas que en otras. El Gobierno de Thatcher consiguió implantar recortes en materias de vivienda social, seguro de desempleo y pensiones públicas.

[46.](#) Las cifras en los ejes reflejan la valoración de las posiciones de los partidos a partir de encuestas de expertos reunidas por el proyecto Chapel Hill Expert Survey-Europe (CHES-Europe). Véase Jolly *et al.* (2022).

[47.](#) Después de la era Blair, el Partido Laborista de nuevo viró hacia la izquierda; véase Whiteley *et al.* (2013).

[48.](#) Ford y Goodwin (2017), p. 19.

[49.](#) Evans y Tilley (2017), p. 183.

[50.](#) Esta facción estaba representada, por ejemplo, por Suella Braverman, ministra del Interior en el Consejo de Ministros de Liz Truss y Rishi Sunak.

[51.](#) En 2019 la cadena Channel 4 invitó a Boris Johnson a participar en un debate electoral televisado sobre el cambio climático. Cuando este rechazó la invitación, decidieron colocar una escultura de hielo para que ocupara su lugar y se fuera derritiendo durante el debate [*N. de la T.*].

[52.](#) Comisión Electoral del Reino Unido (2023).

[53.](#) La Ley del Orden Público del 2023 pareció surgir en respuesta al activismo medioambiental, dado que varias de estas organizaciones aparecían, de hecho, mencionadas en esta ley.

[54.](#) Véase Gayle (2024).

[55.](#) En el 2023, los tribunales también declararon ilegal el Plan Ruanda. El Plan implicaba enviar a personas que fueran inmigrantes ilegales o solicitantes de asilo a Ruanda para que sus casos fueran procesados allí, desde donde no regresarían. A cambio, el Reino Unido aceptaría una cifra de refugiados altamente vulnerables desde Ruanda. El Gobierno de Rishi Sunak también apoyó esta política.

[56.](#) Cameron (2019), p. 235.

[57.](#) Véase Notermans (2000), p. 195.

[58.](#) Véase Adema (2000). Estas diferencias son menos pronunciadas cuando se tienen en cuenta los beneficios sociales privados (costeados por las empresas, con incentivos fiscales) y los impuestos sobre las transferencias.

[59.](#) Véase Oskarson y Demker (2015).

[60.](#) Véase Mathisen *et al.* (2023).

[61.](#) Rydgren (2006), p. 42.

[62.](#) Véase Eger (2010).

[63.](#) Odmalm (2011).

[64.](#) Un precursor fue el partido Nueva Democracia, *Ny Demokrati*, un partido antiinmigración.

[65.](#) Véase Demker y Odmalm (2022).

[66.](#) Rothstein (2023), p. 38.

[67.](#) Aylott y Bolin (2019), p. 1505.

[68.](#) Un mes después de las elecciones del 2022, en el castillo de Tidö, los cuatro partidos de derechas y centro derecha, incluido Demócratas de Suecia, acordaron unos principios para compartir el poder. Ulf Kristersson, del Partido Moderado, sería primer ministro con un Gobierno en minoría, que dependería del apoyo de Demócratas de Suecia.

[69.](#) Sus dos principales periódicos, *Dagens Nyheter* («Las noticias de hoy») y *Svenska Dagbladet* («El diario sueco»), así como sus dos principales periódicos vespertinos, *Aftonbladet* («El periódico de la tarde») y *Expressen* («El expreso»), informan extensamente acerca de la violencia de las bandas, pero no han impuesto un fuerte discurso antiinmigración. Agradezco a Carl Wennerlind sus observaciones sobre esta materia.

[70.](#) Rothstein (2023), p. 39.

[71.](#) Agradezco a Bo Rothstein que me hiciera esta observación. Hay que tener en cuenta que la posición de influencia sin responsabilidad tiene, también, algunos beneficios para Demócratas de Suecia. Le permite mantener su estatus de partido apartado del sistema al tiempo que ejerce una influencia decisiva sobre las políticas públicas.

[72.](#) En el acuerdo de Tidö, a cambio de apoyar al Gobierno vigente, el partido obtuvo una influencia decisiva en temas como la sanidad, el clima, la energía, el crimen, la inmigración, la educación y el crecimiento económico.

[73.](#) Levitsky y Ziblatt (2018).

#### 4. LOS POPULISTAS DE IZQUIERDAS

[1.](#) Rodrik (2017), p. 24.

[2.](#) Véase Tudor (2023).

[3.](#) Véase Bharti *et al.* (2024).

[4.](#) Swilling (2017), p. 10.

[5.](#) Acerca del escándalo de los servicios de inteligencia, véase Joubert, Author y Basson (2015). Acerca del escándalo financiero principal, véase Onishi (2015).

[6.](#) Gallup (2018).

[7.](#) Limongi *et al.* (2022), p. 30.

[8.](#) Véanse, respectivamente, Bauer, Lotta y De Holanda Schmidt (2024); Peci (2021); Peters y Pierre (2022). Nayib Bukele, como se ha señalado anteriormente, ha sido regresor en cuanto a la ley y el orden, y por esa razón no se ajusta fácilmente al grupo de los populistas de izquierda.

[9.](#) Esta idea se desarrolla más extensamente en el capítulo 7. Véase Çinar, Stokes y Uribe (2020). Véanse, también, Mudde y Rovira-Kaltwasser (2017) y Hawkins *et al.*

(2019).

[10.](#) Véase Castorena y Zechmeister (2017).

[11.](#) CHES-LA realizó encuestas a expertos acerca de las posiciones de los partidos políticos de doce países latinoamericanos, de acuerdo con sus políticas. Véase Martínez-Gallardo *et al.* (2023).

[12.](#) Centrándome en encuestas del 2019, computo la correlación entre parejas de temas para cada uno de los partidos y calculo entonces promedios de esas correlaciones. En los doce países latinoamericanos que abarca CHES-LA, la correlación promedio entre las posiciones de los partidos en cuanto a la economía y el crimen es 0,77: bastante alta. El mismo patrón surge cuando se añade otro tema: derechos sociales, tales como la igualdad de género y los derechos de las personas LGBTQ+. El coeficiente de la correlación entre los derechos económicos y sociales es 0,71. Entre el crimen y los derechos sociales, 0,91. Los datos de la Chapel Hill Expert Survey reúnen las opiniones de expertos regionales acerca de las posturas de los partidos políticos en Europa y en Latinoamérica, en una amplia variedad de temas.

[13.](#) Por supuesto, a veces hay tensiones, como entre Rafael Correa y las organizaciones políticas indígenas en Ecuador; véase Hale (1994) para un informe de las tensiones entre el Gobierno revolucionario de Nicaragua y el pueblo amerindio misquito. Para un contexto más amplio de la política de los pueblos indígenas en una Latinoamérica recién democratizada, véase Yashar (2005).

[14.](#) Cuando repetí el cálculo con los datos de CHES-Europe, la correlación entre asuntos económicos y sociales era 0,38, mucho más baja que en correlaciones equivalentes en los partidos latinoamericanos.

[15.](#) Stokes (2001).

[16.](#) Roberts (1995); Weyland (1996).

[17.](#) Véase Levitsky y Roberts (2011), Introducción.

[18.](#) Bermeo (2009).

[19.](#) Véase Gamboa (2022).

[20.](#) Para un análisis de las condiciones en las que ocurría esto, véase Lupu (2016).

[21.](#) Véase Coppedge (1994).

[22.](#) Véase Lupu (2016).

[23.](#) Chávez, 30 de julio de 1998.

[24.](#) El presidente de ADN era Hugo Banzer, que formó una coalición con varios partidos, incluido el MIR. El método boliviano de elección de los presidentes fomentaba unas extrañas alianzas entre compañeros de mesa, en aquella época: si ningún candidato presidencial recibía más del cincuenta por ciento del voto popular, el Congreso Nacional quedaba a cargo de elegir a un presidente de entre los tres candidatos con mayor número de votos.

[25.](#) Jaime Paz Zamora, del MIR, protagonizó un cambio de política de este tipo tras asumir la presidencia en 1989.

[26.](#) El sistema de partidos, tal y como surgió a partir del periodo del Gobierno de partido único bajo el Partido Revolucionario Institucional (PRI), de centro, incluía también un partido más conservador y prodemocrático, el Partido Acción Nacional (PAN), y varios partidos de izquierdas importantes: el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y, más tarde, el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA). Para consultar varios estudios sobre la política de partidos y la regresión democrática en México, véanse Aguilar-Rivera (2022) y Sánchez-Talanquer y Greene (2021).

[27.](#) López Obrador celebró una «investidura» alternativa en la plaza central de México D. F., mientras sus simpatizantes bloqueaban la entrada al Congreso y obligaban a que la ceremonia real se celebrara en secreto.

[28.](#) Véase Castro Cornejo (2023).

[29.](#) Michel Temer, líder del *Movimento Democrático Brasileiro* (MDB), era el vicepresidente, bajo el Gobierno de Rousseff. Fue acusado de soborno y tráfico de influencias con relación a la empresa estatal de petróleo Petrobras.

[30.](#) Véase Limongi *et al.* (2022).

[31.](#) Véase Samuels y Zucco (2018).

[32.](#) Véase Areal (2022).

[33.](#) García Holgado y Mainwaring (2023), p. 526.

[34.](#) Ese giro tuvo lugar bajo el presidente Carlos Menem (1989-1999). A lo largo de su historia, el partido peronista había carecido de una orientación ideológica o una política clara, a pesar de que, desde sus primeros años, adoptó una postura favorable a los pobres y a la clase obrera. Véase Calvo y Murillo (2012).

[35.](#) El coeficiente de Gini de Argentina era 44 en el 2005, 36 en el 2015.

[36.](#) Bolivia tenía un índice de desigualdad más alto que el 96 por ciento de las democracias en el 2017. Ecuador, más alto que el 87 por ciento.

[37.](#) Véase Cella (2023).

## 5. POLARIZACIÓN Y LENGUAJE BASURA: LA TEORÍA

[1.](#) Los académicos han señalado que preguntas como «En comparación con otros sistemas, ¿estás de acuerdo en que la democracia es la mejor forma de gobierno?» pueden estar distorsionadas por el *sesgo de deseabilidad social*, la tendencia a contestar lo que el encuestado cree que el entrevistador, o la gente en general, cree que debería contestar. Los estudios analizados más tarde en este capítulo eluden este problema (véanse Svolik, 2019, y Graham y Svolik, 2020).

2. La *teoría de la reacción cultural* de Norris e Inglehart plantea que, en los países ricos occidentales, se ha producido una reacción entre la ciudadanía actualmente ya mayor contra los valores posmaterialistas. (Por valores *posmaterialistas* entienden aquellos relacionados con la identidad y el estilo de vida, tales como la protección del medioambiente y la igualdad de género, en lugar de otros asuntos más limitados a lo económico.) Norris e Inglehart (2019).

3. Véase Foa y Mounk (2016), p. 7, y la respuesta de Erik Voeten (2017).

4. Voeten (2017), p. 1.

5. Bartels (2023), p. 116.

6. Bartels (2023), p. 199.

7. Lupu *et al.* (2023), p. 10.

8. La conexión entre la polarización partidista –ya sea afectiva o ideológica– y la tolerancia de la ciudadanía a un comportamiento antidemocrático ha sido ampliamente debatida por los politólogos. Una opinión es que no existe tal conexión (véase, en particular, Broockman, Kalla y Westwood, 2022). Otros sugieren que la conexión se produce mediante un «razonamiento motivado», es decir, mediante un sesgo orientado al resultado en el modo en que la gente reúne y procesa la información. Según Druckman *et al.* (2024), la polarización del electorado induce a este a «oponerse al compromiso entre partidos, apoyar posturas más extremas en las políticas públicas y evaluar el desempeño de los funcionarios públicos en función de su afiliación política en lugar de sus acciones», p. 24. Véase también Druckman (2024).

9. Véase Luker (1984).

10. Véanse Green, Palmquist y Schickler (2002), y Huddy, Mason y Aarøe (2015).

11. Véase Druckman y Levy (2022).

12. Véanse Orr, Folwer y Huber (2023) para una explicación de la polarización afectiva basada en las políticas, y Mason (2018) para el componente tribal de la polarización partidista en Estados Unidos.

13. Véase Iyengar, Sood y Lelkes (2012). Para una importante perspectiva acerca de la polarización y sus vínculos con el populismo, véase Roberts (2021).

14. Huber y Malhotra (2017).

15. Somer, McCoy y Luke (2021), p. 10.

16. *Ibid.*, pp. 9-10.

17. Jair Bolsonaro, 10 de enero del 2018.

18. Batista Pereira *et al.* (2022).

19. Donald Trump, 18 de octubre del 2018.

20. Graham y Svobik (2020), p. 392.

21. Véase Çınar (2024), que ofrece evidencias de que la probabilidad de que los regresores salgan reelegidos aumenta en contextos en los que el electorado está polarizado.

22. Véanse Alesina y Angeletos (2005) y Roemer (1998).

[23.](#) McCoy, Rahman y Somer (2018); véanse, también, Gidron, Adams y Horne (2020), y Gu y Wang (2022).

[24.](#) Véanse Gidron, Adams y Horne (2020), así como Voorheis, McCarty y Shor (2015).

[25.](#) Rau y Stokes (2025).

[26.](#) Descubrimos que la polarización se estabiliza en democracias con unos índices de desigualdad muy altos.

[27.](#) Desde hace tiempo, los equipos de investigación coinciden en que la «campana negativa» conlleva el riesgo de alienar sectores del electorado, incluso aunque el «sesgo de negatividad» comporte ciertas ventajas. Véanse, respectivamente, Garramone (1984) y Soroka (2014). Para un análisis, véase Haselmayer (2019).

[28.](#) Bright Line Watch (2024a).

[29.](#) *Ibid.* (2024a), énfasis añadido.

[30.](#) El hijo del presidente Biden, Hunter, sería finalmente condenado por delitos relacionados con la compra de un arma y fraude fiscal, pero no hubo pruebas que vincularan al presidente con ningún crimen.

[31.](#) Uno de los resultados más interesantes del experimento realizado por Bright Line Watch fue que fracasara a la hora de alterar la opinión republicana. El electorado republicano expuesto a las encendidas palabras del congresista Jackson no estaba, de media, más a favor de procesar a Biden que aquellos que no las habían leído. Hay que mencionar que el 73 por ciento de los republicanos no expuestos a la declaración polarizante de Jackson –aquellos en el grupo de control– eran favorables a procesarlo. La ausencia de repercusión de las palabras del congresista Jackson tal vez refleje un efecto techo, es decir, que no haya demasiado espacio para incrementar el nivel de acuerdo.

[32.](#) Las citas están extraídas de una rueda de prensa celebrada en la mañana del 21 de febrero del 2023. [*N. de la T.*: Todas las citas de López Obrador en español están extraídas de las ruedas de prensa correspondientes, disponibles en YouTube.]

[33.](#) Discurso del 25 de abril del 2017.

[34.](#) Cuando el juez Gonzalo Curiel presidió una vista relacionada con la empresa Trump University, Trump se quejó: «Voy a construir el muro, voy a construir el muro, tengo un juez mexicano. Es de ascendencia mexicana. Tenía que haber solicitado una recusación, no sólo por eso, también por otras cosas» (2 de junio del 2016).

[35.](#) Tuit publicado el 29 de agosto del 2019.

[36.](#) El comentario lo hizo durante su discurso del 27 de febrero del 2015. Más tarde ese mismo mes, el partido Fidesz, de hecho, perdió las elecciones parciales, y con ellas su supermayoría parlamentaria.

[37.](#) Discurso pronunciado por el primer ministro Orbán el 26 de julio del 2014.

[38.](#) Se ha informado de varios de estos casos en el Anuario de la Corrupción (<https://contralacorrupcion.mx/anuario-de-la-corrupcion-2022/>).

[39.](#) Discurso de Chávez, 29 de abril del 2000.

[40.](#) La justificación se expuso en un documento emitido por la líder mayoritaria de la Cámara de Diputados, Marcela Guerra Castillo, en febrero del 2024 (véase Guerra Castillo, 2024). Las reformas propuestas iban destinadas a sustituir el consejo independiente del INE por uno elegido. La independencia judicial sería reducida de la misma manera: toda la judicatura federal, perteneciente a los tribunales de distrito y los tribunales de apelaciones – alrededor de 1.600 jueces–, se retiraría y sería sustituida por jueces electos. Las candidaturas para la judicatura se seleccionarían mediante un proceso que favorece al partido mayoritario en el poder legislativo nacional.

[41.](#) CNN Politics (2023).

## 6. POLARIZACIÓN Y LENGUAJE BASURA: LA EVIDENCIA

[1.](#) Axelrod (2023).

[2.](#) Además, contamos con el talento de Guankun Li como ayudante de investigación.

[3.](#) Para un informe completo de esta investigación, véase Cella *et al.* (2025).

[4.](#) 4 de agosto del 2023.

[5.](#) 6 de marzo del 2021.

[6.](#) Para una descripción detallada de nuestros procedimientos, véase Cella *et al.* (2025).

Nuestro trabajo implicaba identificar palabras clave asociadas con oponentes a su partido y con objetivos institucionales, y entrenar a un modelo de lenguaje avanzado (LLM) para que detectara afirmaciones a partir de palabras clave en un tono negativo. Hay que destacar que el tono y el contenido de los discursos de los presidentes reflejan algo más que la mera estrategia. Los políticos tienen sus personalidades, sus gustos y aversiones, y sus tonos característicos. Entre los tres líderes cuyas palabras analizo aquí, López Obrador y Trump son los que tienen una personalidad más oscura. López Obrador es adusto; Trump es cortante y sarcástico. Chávez, por su parte, tenía un temperamento alegre: era un luchador feliz. Cuando nuestro equipo evaluó el tono de los discursos de los tres presidentes, con los métodos descritos a continuación, hallamos que el 81 por ciento de los discursos pronunciados por Trump y el 45 por ciento de los pronunciados por López Obrador presentaban un tono negativo, algo que sólo ocurría en el trece por ciento de los de Chávez.

[7.](#) Todo Chávez (2015).

[8.](#) Discurso de campaña de Chávez, 30 de julio de 1998.

[9.](#) En este estudio, me centro en sus tuits y no tanto en otro tipo de declaraciones, que a menudo parecían escritas por otros. He excluido mensajes retuiteados y me centro sólo en aquellos que presuntamente vienen del «verdadero» Trump.

[10.](#) The American Presidency Project (2017).

[11.](#) La encuesta se aplicó a una muestra representativa ( $N = 1.553$ ) de la población votante de Turquía. El Instituto Estadístico de Turquía proporcionó la dirección de unos hogares elegidos al azar, dentro de cada región. La selección de los individuos en los hogares se hizo por un método de lotería. El mismo hogar se visitó hasta tres veces hasta que se realizó la encuesta correctamente con el individuo elegido: no hubo sustituciones. Las entrevistas las realizó Frekans Research, cara a cara, en los hogares de los encuestados, entre agosto y septiembre del 2022. Doy las gracias a Erdem Aytaç y a Ipek Çınar por su colaboración en esta encuesta.

[12.](#) Respondieron de acuerdo con una escala del 0 al 10, donde 0 indicaba el grado más alto de acuerdo con la valoración escéptica, y 10, el grado más alto de acuerdo con la valoración positiva.

[13.](#) Los puntos indican el resultado promedio que dieron los encuestados acerca de las municipalidades; las líneas colindantes representan intervalos de confianza del 95 por ciento.

[14.](#) Resulta interesante, asimismo, el hecho de que los simpatizantes de la oposición tuvieran opiniones consistentemente más negativas de los Gobiernos municipales que los simpatizantes del AKP. En el grupo de control, y en los resultados, se daba pie a las personas participantes a pensar en las municipalidades en general, no en concreto en las controladas por la oposición. De modo que su escepticismo hacia los Gobiernos municipales probablemente refleje que el AKP gobierna en la gran mayoría de las Administraciones locales en Turquía.

[15.](#) La información detallada está disponible en Cella *et al.* (2025).

[16.](#) En este enunciado del tratamiento experimental, incluimos extractos de las ruedas de prensa «mañaneras» de López Obrador (30 de agosto del 2022; 2 de febrero del 2023; 13 de abril del 2023 y 25 de mayo del 2023).

[17.](#) Véase Ríos Figueroa (2023).

[18.](#) Albertus y Grossman (2021). Albertus y Grossman también realizaron el estudio en Argentina. Dado que ese país no es una democracia regresora según los criterios que empleamos en este análisis, no incluyo sus resultados aquí.

[19.](#) Las palabras empleadas en cada uno de los tres enunciados de los tratamientos son de Albertus y Grossman (2021), p. 124. El énfasis es mío.

[20.](#) López Obrador hizo esta afirmación durante su rueda de prensa «mañanera» del 9 de mayo del 2023. Las palabras de Chávez pertenecen a su discurso de campaña, del 30 de julio de 1998.

[21.](#) La investigación suele revelar que la ciudadanía estadounidense percibe las posturas del otro lado como más extremas de lo que son en realidad. Véase un ejemplo en Bright Line Watch, 2021c.

## 7. LA BASE PSICOLÓGICA DEL RESPALDO A LOS REGRESORES

1. Las razones detrás de este sigilo y sus consecuencias se analizan en varios artículos académicos: Chiopris, Nalepa y Vanberg (2025), Varol (2015), y Luo y Przeworski (2023).

2. *The Washington Post* define la categoría de «cuatro Pinochos», la más alta, con la palabra «bulo». Está un Pinocho por encima de «tres Pinochos», categoría que se define como: «error fáctico significativo y/o contradicciones obvias». Kessler (2019).

3. López (2021).

4. Para un análisis, véase Ecker *et al.* (2022).

5. Oliver y Wood (2014), p. 956.

6. LBC: Leading Britain's Conversation (2019).

7. Wedeen (2019), pp. 87 y ss.

8. Oliver y Wood (2014), p. 956.

9. Incluso la «experiencia directa» puede ser fuente de creencias de las que deberíamos dudar, como sugiere la imperfección del testimonio de los testigos oculares. Morris (2014) ofrece ejemplos de casos en los que nuestras percepciones visuales están influidas por nuestros sesgos.

10. Para un análisis reciente y evidencia adicional sobre este punto, véase Tappin, Pennycook y Rand (2020).

11. La frecuencia real del fraude en este ejemplo es  $P(A) = 0,01$ . La probabilidad de la hipótesis de que el fraude haya ocurrido cuando el político denuncia que ha sido así es  $P(A|B) = 1,0$ ; la probabilidad de la hipótesis que dice que no ha ocurrido cuando se denuncia es  $P(\neg A|B) \approx 0,06$ . El teorema de Bayes nos permite calcular la probabilidad posterior mediante la siguiente fórmula:

$$P(A|B) = \frac{P(B|A) * P(A)}{P(B)}.$$

La estimación que hace el votante de la probabilidad de que el fraude realmente haya ocurrido es de 0,143 o del 14,3 por ciento.

12. Otra manera de explicarlo es que, a partir de las numerosas denuncias de fraude, en lugar de inferir que el índice de positivos falsos ha aumentado, este votante infiera que lo que ha aumentado es el índice de positivos verdaderos, y por lo tanto que el índice subyacente de fraude también ha aumentado.

13. De hecho, muchas personas, sin cuestionarse su veracidad, se dejaron convencer por las afirmaciones que decían que casi tres millones de personas sin la ciudadanía

estadounidense habían votado en el 2016, cambiando así el resultado del voto popular.

[14.](#) Véanse Arceneaux y Truex (2023) y Jacobson (2021).

[15.](#) Véase Bright Line Watch (2023). Nótese que la pregunta no interroga directamente acerca de las opiniones sobre el fraude: algunas personas podrían responder «no» porque consideran a Biden una figura perversa, al igual que gran parte del electorado liberal, después del 2016, declaró que Trump «no es mi presidente».

[16.](#) CNN (2023).

[17.](#) Véase Peterson e Iyengar (2021).

[18.](#) Graham y Yair (2023).

[19.](#) Clayton *et al.* (2021) ofrece más evidencia experimental de que una exposición repetida a los mensajes engañosos de Trump acerca de las elecciones del 2020 alteraba las opiniones de las personas que recibían esos mensajes. El estudio concluye que «la retórica procedente de las élites políticas puede debilitar entre sus electores el respeto hacia unas normas democráticas cruciales», p. 118. Véanse también Arceneaux y Truex (2023) y Hall y Druckman (2023).

[20.](#) Bright Line Watch, diciembre (2024b).

[21.](#) Véase Arnesen *et al.* (2019) para un análisis reciente.

[22.](#) Nyhan (2020), p. 225.

[23.](#) Véanse Evens, Verburgh y Elen (2013), y Liu, Frankel y Roohr (2014). Nótese, sin embargo, que un alto nivel de estudios se asocia con una fuerte capacidad analítica y, en Estados Unidos, los militantes con este tipo de capacidades han mostrado un *mayor* sesgo en su procesamiento de la información política, y por lo tanto son más propensos a equivocarse con los datos. Como explican Ben Tappin y sus coautores, «los militantes opositores más sofisticados cognitivamente tienden a estar en desacuerdo de manera más intensa acerca de una serie de cuestiones políticas “fácticas”», tales como la presencia de armas de destrucción masiva en Irak durante la invasión estadounidense o el grado de amenaza que supone para la sociedad el cambio climático. Tappin, Pennycook y Rand (2020), p. 1.

[24.](#) Ditto *et al.* (2019), p. 273. El sesgo partidista es un factor impulsor del *razonamiento motivado*; véase Taber y Lodge (2006).

[25.](#) Véase Druckman, Peterson y Slothuus (2013).

[26.](#) Brady, Ferejohn y Parker (2022).

[27.](#) Zaller (1992).

[28.](#) Acerca de la teoría de la evaluación cognitiva, véase Lazarus (1991) y, en su relación con la psicología política, Valentino *et al.* (2011) y Brader y Marcus (2013).

[29.](#) Véanse Mudde y Rovira-Kaltwasser (2017), Hawkins *et al.* (2019) y Müller (2016).

[30.](#) Joseph McCarthy fue un senador estadounidense originario de Wisconsin que, en los años cincuenta, emprendió una serie de audiencias ampliamente publicitadas que

presentaban acusaciones de deslealtad y subversión. Estas acusaciones iban dirigidas contra colegas políticos y funcionarios del Gobierno, entre otros.

[31.](#) Oliver y Wood (2014).

[32.](#) Véase Çınar, Stokes y Uribe (2020).

[33.](#) El cálculo no toma en cuenta las frecuencias de las menciones, que incrementarían aún más el resultado negativo de Trump. Los resultados son: Reagan (-0,053); Clinton y Obama (-0,65); Roosevelt (-0,97); Sanders (-1,38), y Trump (-2,01).

[34.](#) Les dimos las correspondientes explicaciones a las personas participantes, corrigiendo la información engañosa acerca del coste y los niveles de corrupción de los tribunales mexicanos.

[35.](#) Empleamos procedimientos estándar de la psicología para preguntar a las personas participantes acerca de sus reacciones emocionales a los enunciados que habían leído en las condiciones de control y de tratamiento. Preguntamos al grupo de tratamiento lo siguiente: «Si piensa en la afirmación de Andrés Manuel López Obrador de que “el poder judicial es responsable de garantizar que se haga justicia”, indique hasta qué punto siente usted “miedo” y “enfado”». También les preguntamos por sus niveles de entusiasmo, nerviosismo y esperanza.

[36.](#) La cita está extraída de Brader y Marcus (2013), p. 172.

## 8. ESTRATEGIAS PARA DETENER (Y REVERTIR) LA EROSIÓN

[1.](#) Weyland (2024) ofrece un remedio para el miedo al éxito desenfrenado del autócrata. Él sostiene que estos líderes han prosperado únicamente en situaciones restringidas.

[2.](#) Esta es la frase que emplean Chiopris y sus coautores (2025) para expresar el sigilo de muchos líderes regresores.

[3.](#) Para un análisis, véase Lewis-Beck y Martini (2020).

[4.](#) Véase Luo y Przeworski (2023).

[5.](#) Estas reflexiones pretenden sumarse a otras muy útiles que han ofrecido otros escritores; quizá de manera más influyente, Snyder (2017).

[6.](#) La situación es más compleja en las democracias en desarrollo, que en algunos casos dependen de la financiación externa o de ingresos no tributarios (por ejemplo, de la exportación) para financiar la política social.

[7.](#) Véase Bartels (2008).

[8.](#) Morning Consult (2025).

[9.](#) Véase Rau y Stokes (2025).

[10.](#) Tushnet (2023), p. 143. Para unas importantes argumentaciones relacionadas con el tema, véanse Ginsburg y Huq (2020), y Fishkin y Pozen (2018).

[11.](#) Lupu, Rau y Zechmeister (2024). Detectaron este efecto entre las personas encuestadas en Estados Unidos, Perú y Colombia.

[12.](#) Véase Helmke, Kroeger y Paine (2022).

[13.](#) Bright Line Watch (2021*b*).

[14.](#) Véanse Gamboa (2022) y Cleary y Öztürk (2022).

[15.](#) Loewenstein (1937). Para un reciente análisis en profundidad, véase Kirshner (2014).

[16.](#) Machiavelli (1979), capítulo XXII. El énfasis es mío.

[17.](#) Se podría pensar que el ministro ideal es alguien que hace suyos los objetivos del líder, al tiempo que ofrece un asesoramiento sincero acerca de las probables consecuencias de acciones alternativas, incluso aunque esto signifique que el líder tenga que oír cosas que no le gusten. Aquí empleo una noción más simple de lealtad: subordinados que siempre obedecen las órdenes de su líder.

[18.](#) Bauer *et al.* (2021), p. 11. El énfasis es mío.

[19.](#) La eficacia relativa de los distintos tipos de regímenes políticos durante la pandemia ha sido tema de debate en el ámbito académico. Cheibub, Hong y Przeworski (2020) muestran que los regímenes autoritarios respondieron de manera más rápida y efectiva, pero Cepaluni, Dorsch y Dzebo (2021) revelan que las democracias en vías de convertirse en autocracias tuvieron un peor desempeño que las democracias estables. Véanse también Laebens (2022) y Banerjee y Duflo (2021).

[20.](#) La medición fue diseñada por investigadores de la Universidad de Oxford, con el fin de reflejar la calidad de las políticas de salud pública (véase Hale *et al.*, 2021). El índice está integrado por doce componentes: desde el cierre de centros educativos, lugares de trabajo y el tránsito público, hasta los controles de viajeros y las políticas de vacunación, entre otros.

[21.](#) Limongi *et al.* (2022), p. 31.

[22.](#) Institute for Policy Integrity (2022).

[23.](#) Scheppele (2014).

[24.](#) Cella *et al.* (2025) muestran que menos de un tercio de las afirmaciones de López Obrador sobre el Ejército tuvieron una valencia negativa, mientras que el porcentaje al hablar de otras instituciones rozaba el cincuenta por ciento.

[25.](#) Nichols (2023).

[26.](#) Hochschild (2016), Ford y Goodwin (2017).

[27.](#) Un libro reciente que expone este y otros poderosos razonamientos es Klein (2020).

[28.](#) Voelkel *et al.* (2024).

[29.](#) Además de estas preguntas de termómetro emocional acerca de los partidos, también se les invitaba a realizar acciones sencillas, como compartir el vídeo con otras personas, para medir las consecuencias conductuales del tratamiento.

[30.](#) En los materiales adicionales del megaestudio se incluye un enlace al vídeo: <https://www.strengtheningdemocracychallenge.org/paper>.

[31.](#) Voelkel *et al.* (2024), p. 23.

[32.](#) Hochschild (2016), p. 2.

[33.](#) Para un análisis reciente, véanse Nyhan (2020) y Blair *et al.* (2023).

[34.](#) Bright Line Watch (2021a).

[35.](#) Tras una oleada de protestas, las dos auditorías adicionales describían las auditorías previas como un trabajo profesional. La conclusión fue que estas auditorías «incluyeron pruebas para detectar *software* y *hardware* malicioso, comprobar los códigos fuente, la conectividad de la red y de internet, y la precisión a la hora de detectar un cambio del voto. Se invitó a ambos partidos a asistir como observadores, y las auditorías fueron transmitidas en directo por *streaming*».

[36.](#) Bessen, Stokes y Uribe (2024).

[37.](#) Como en otros experimentos anteriores, en este empleamos expresiones reales de López Obrador.

[38.](#) La confianza cayó sobre todo entre los simpatizantes del partido del presidente. Y apenas hubo señal de contrataque entre los simpatizantes de la oposición. Teniendo en cuenta tanto el éxito de López Obrador a la hora de desbaratar la confianza en las instituciones como la ausencia de un contrataque entre el electorado de la oposición, los resultados de este estudio están alineados con nuestro estudio acerca de la confianza en los tribunales, descrito en el capítulo 6. La única refutación que resultó efectiva fue la atribuida a expertos internacionales. Las atribuidas a un *think tank* mexicano y al líder de la oposición no resultaron eficaces.

[39.](#) La refutación atribuida al líder del partido de la oposición sólo influyó en los simpatizantes de ese partido, sin que tuviera un efecto sobre el electorado independiente ni sobre los simpatizantes de Morena. Un estudio posterior que realizamos a principios del 2024 reveló que la ciudadanía mexicana era susceptible a dejarse convencer por expertos internacionales, pero no por los nacionales, incluso cuando estos últimos eran descritos como *think tanks* independientes.

[40.](#) Esta intervención fue diseñada por Katherine Clayton y Michael Tomz. El enlace del vídeo se incluye en los materiales adicionales de Voelkel *et al.* (2024). En los dos vídeos más eficaces, el estudio mostraba que demócratas y republicanos estaban bastante cerca en cuanto a sus preferencias en materia política.

[41.](#) Voelkel *et al.* (2024), p. 14.

[42.](#) Para acceder a un importante conjunto de propuestas, véase American Academy of Arts and Sciences (2020).

43. <https://www.democratic-erosion.com/>.